

# HISTORIA CONCISA DE COLOMBIA (1810-2013)



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO



MinCultura  
Ministerio de Cultura

**PROSPERIDAD  
PARA TODOS**



# **HISTORIA CONCISA DE COLOMBIA (1810-2013)**

**MICHAEL J. LAROSA  
GERMÁN R. MEJÍA**



Pontificia Universidad  
**JAVERIANA**  
Bogotá



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO



**PROSPERIDAD  
PARA TODOS**

**MINISTERIO DE CULTURA**

MARIANA GARCÉS CÓRDOBA  
MINISTRA DE CULTURA

MARÍA CLAUDIA LÓPEZ SORZANO  
VICEMINISTRA DE CULTURA

ENZO RAFAEL ARIZA AYALA  
SECRETARIO GENERAL

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

JOAQUÍN EMILIO GARCÍA SÁNCHEZ, S. J.  
RECTOR

VICENTE DURÁN CASAS, S. J.  
VICERRECTOR ACADÉMICO

JAIRO HUMBERTO CIFUENTES MADRID  
SECRETARIO GENERAL

**UNIVERSIDAD DEL ROSARIO**

HANS-PETER KNUDSEN QUEVEDO  
RECTOR

ALEJANDRO VENEGAS FRANCO  
VICERRECTOR

CATALINA LLERAS FIGUEROA  
SECRETARIA GENERAL

# CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN INGLÉS	13
PRÓLOGO	17
INTRODUCCIÓN	21
<b>CAPÍTULO 1. ORÍGENES</b>	29
La crisis del imperio	30
1810: el desarrollo de las juntas	33
La primera república (1811-1816)	39
La batalla final contra el absolutismo	42
Colombia: la segunda república (1819-1830)	44
El fin de una era de cambio	46
<b>CAPÍTULO 2. LAS NACIONES COLOMBIANAS</b>	49
La población indígena de Colombia	50
La población afrocolombiana	53
Otros colombianos	56
La demografía y sus números	57
Colonos y pobladores: el siglo XIX	60
Un país urbano: el siglo XX	64
<b>CAPÍTULO 3. LAS DINÁMICAS DE UNA COMUNIDAD POLÍTICA</b>	69
La ciudadanía	71
Los derechos	73
El modelo democrático y la política	76
El gobierno	79
La formación de la ley	83

<b>CAPÍTULO 4. LA CADENCIA DE LA UNIDAD</b>	85
Los partidos y la nación	86
Comunión en las creencias	91
Una memoria común	95
Una sola institucionalidad	99
<b>CAPÍTULO 5. EL CONFLICTO</b>	103
La retirada española	105
El conflicto político en el siglo XIX	105
Panamá se separa	109
Conflictos en el siglo XX	110
La Violencia	114
La intervención de la insurgencia	116
La narco-violencia	118
El plan Colombia, 2000	120
<b>CAPÍTULO 6. UNIDAD ECONÓMICA</b>	125
Colombia colonial comparada	126
Monopolio y problemas políticos en el siglo XVIII	127
Café	130
Los locos años veinte	134
Petróleo e industrialización	135
El Frente Nacional	137
Los tiempos modernos	138
<b>CAPÍTULO 7. UN ESPACIO COMÚN</b>	143
Del camino de herradura a la autopista	145
Barcos y locomotoras	148
Cables y aviones	152
El correo y las comunicaciones	153

Los medios impresos	156
<b>CAPÍTULO 8. DINAMISMO CULTURAL</b>	161
Escultura y pintura	162
Literatura	166
Teatro	171
Arquitectura	173
Música	175
<b>CAPÍTULO 9. VIDA COTIDIANA</b>	179
Celebraciones populares religiosas	180
Deportes	182
Desfiles de belleza	185
Reconquistando los centros urbanos	186
Radio, televisión y telenovelas	189
Gastronomía, al estilo colombiano	192
La vida universitaria	192
<b>CAPÍTULO 10. COLOMBIA Y EL MUNDO</b>	195
Los primeros días	196
El proyecto del canal	198
1928	201
La Segunda Guerra Mundial y Jorge Eliécer Gaitán	203
Corea y la alianza por el progreso	206
El Papa Pablo VI y el final de los años sesenta	208
Contadora, Centroamérica y los vecinos de Colombia	209
Uribe y Bush: compañeros de armas	212
Llega Santos	214

CONCLUSIÓN	217
EPÍLOGO. ¿CRÓNICA DE UNA PAZ FRUSTRADA?	221
CRONOLOGÍA DE COLOMBIA, 1810–1991	229
ENSAYO FOTOGRÁFICO	261

## AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a todas las personas que nos han asistido en la investigación y la escritura de este libro. En primer lugar, Susan McEachern, de Rowman & Littlefield, nos ofreció aportes atentos y profesionales desde el inicio de este proyecto. Grace Baumgartner, de Rowman, ha sido una atenta editora y consejera. Tanto June Erlick, de la Universidad de Harvard, como Lance Ingwersen, estudiante del doctorado en historia en la Universidad de Vanderbilt, revisaron las primeras versiones de la propuesta del proyecto; el señor Ingwersen, además, editó capítulos del manuscrito, como también lo hizo el periodista Casey M. Conley, de Portland, Maine.

La profesora Pamela Murray tuvo la generosidad de ofrecerse a escribir la introducción de este trabajo, por lo cual estamos enormemente agradecidos, y el Tte. Paul J. Angelo, con cuidado y paciencia, editó el manuscrito entero.

El escritor Juan Pablo Lombana nos asistió en la investigación, como también lo hizo la historiadora Lina Del Castillo, quien además tradujo algunos capítulos del libro del español al inglés. La curadora Marina Pacini y la historiadora Guiomar Dueñas-Vargas, en Memphis, facilitaron la investigación, al igual que Martha Senn, en Medellín.

En Rhodes College recibimos el apoyo de los estudiantes Andrew Howie, quien colaboró en la confirmación de datos y la edición, y Cameron Goodman, quien aportó material de investigación y asistencia en la edición; también ayudó en la selección de fotografías y compiló partes de la bibliografía.

El decano Michael R. Drompp facilitó fondos de Rhodes College y la profesora Ann Viano apoyó el proyecto con ulteriores fondos para investigación. Nannette Gills nos asistió en varias cuestiones administrativas.

En Medellín, Luis Ospina nos facilitó material de investigación en la Biblioteca Pública Piloto, y Gloria Inés Palomino Londoño, la directora de dicha biblioteca, nos recibió amablemente, como también lo hizo Sergio Carvajal, de la misma institución.

Daniela López y Rubén Carvajal, estudiantes de historia en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, suministraron el copioso material de nuestra cronología. Pablo Silva, estudiante de arquitectura de la Universidad Nacional en Bogotá, dibujó los mapas, con base en diseños de Germán R. Mejía. En Memphis, los diseñadores gráficos Lynn Conlee y Robert Shatzer editaron y ayudaron con el diseño final de los mapas, y Joseph Morris, con poco más que un iPhone 4 a la mano, nos ayudó con la interpretación de datos estadísticos. Jeffrey A. Knowles confeccionó el índice. Queremos también agradecer la asistencia editorial de Kevin Carlucci, John A. Harrison y Tanner Neidhardt; la asistencia del fotógrafo David C. La Fevor, y, la revisión de pruebas de Matt La Fevor, quien mejoró la calidad de nuestras fotos. Estamos profundamente agradecidos por la paciencia, la perseverancia y, en muchos casos, la amable amistad de todas las personas que nos asistieron en este proyecto.

Finalmente, queremos dar las gracias al equipo editorial de la Pontificia Universidad Javeriana y de la Universidad del Rosario por su colaboración y asistencia para hacer posible esta edición en español de la obra que en inglés publicamos hace ya un par de años.

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN INGLÉS

Mi relación con Colombia, al igual que la de los autores de este libro, es tanto personal como profesional. Empezó hacia la segunda mitad de la década del sesenta, durante mi infancia, con visitas a Medellín, la ciudad de mi madre. Comparada con sitios como Buenos Aires, Río de Janeiro, La Habana, Ciudad de México o incluso con la capital de Colombia, Medellín era en esa época una ciudad latinoamericana más bien oscura. Pocos habían oído hablar de ella aquí en los Estados Unidos. Aunque ya vibraba con la energía del desarrollo moderno, aún conservaba esa aura apaciguada de pueblo, muy diferente de la metrópolis actual, apurada y sofisticada, con su elegante tren ligero y sus altos edificios que colman las colinas del Valle de Aburrá. Era una ciudad de barrios, religiosa y familiar, un sitio en que todos parecían conocerse y en que los visitantes, incluidos los infrecuentes extranjeros, recibían un lugar de honor e invitaciones a estadías más extensas (pues sus prontas despedidas ofendían a sus cálidos anfitriones). Los niños eran el centro de atención y los menores, y más caprichosos, siempre consentidos en exceso. A los parientes exóticos, como a mis hermanas, las “gringas”, y yo. Las tres siempre fuimos recibidas con amabilidad, y nuestro torpe español era cortésmente tolerado. Fue a través de esta familia que conocí Colombia y a esa gente cariñosa, recursiva y segura de sí misma, provista de un especial encanto. La vida se tomaba en serio pero había que disfrutarla, vivirla con entusiasmo. Me volví su admiradora. Sin duda los autores Michael LaRosa y Germán Mejía lo encontrarían del todo razonable.

Lo anterior me lleva al tema de este prólogo. LaRosa y Mejía han hecho algo muy útil: ofrecerle al interesado un estudio completo, actualizado, bien investigado y de lectura fluida sobre Colombia, un país que a pesar de su tamaño, su riqueza y su importancia geopolítica, sigue siendo uno de los países menos conocidos y peor comprendidos de América Latina. Aunque ambos autores son historiadores profesionales, su libro no es un trabajo académico tradicional. Es abiertamente “presentista”, como a veces dicen los historiadores con cierto desdén. Sus diez capítulos apuntan menos a diseccionar los misterios del pasado,

el ejercicio favorito de los académicos, que a explicar, del modo más conciso posible, cómo Colombia se convirtió en lo que es ahora. En pocas palabras, muestran el surgimiento de este país como una nación moderna, viable y a todas luces exitosa.

Tal afirmación sorprenderá a algunos lectores. Desde los años ochenta los observadores más conocedores han retratado a Colombia como un caso fallido o, por lo menos, como una gran decepción: un país desgarrado por una violencia sociopolítica crónica con raíces, entre otras cosas, en odios partidistas heredados, profundas desigualdades sociales, un Estado débil y corrupto, y finalmente la influencia de una enorme e insidiosa industria de la droga. El crudo recuento de dicha violencia y de sus diversas manifestaciones, desde los estudios detallados sobre el conflicto partidista y el despliegue nacional de agresiones de mediados del siglo XX conocido como La Violencia, hasta los reportes contemporáneos sobre la cultura de los sicarios, ha protagonizado los escritos sobre el país tanto aquí como en el exterior. Después están los consabidos lúgubres retratos de Colombia en los medios de comunicación. Así mismo sumándose a una prensa adicta al reporte de muertes y desastres, la serie televisiva de los ochenta, *Miami Vice* (inspiración para una reciente película del mismo nombre), junto a películas de Hollywood como *Blow*, se han asegurado de que al menos en los Estados Unidos la imagen del país se mantenga siempre unida a las drogas y a la violencia.

14

LaRosa y Mejía no niegan lo que hay de verdadero en esta imagen. Reconocen plenamente la dura realidad que ha sido documentada por académicos e investigadores dentro y fuera del país. Sin embargo, formulan una pregunta poco común entre los estudiosos de Colombia: ¿cuáles son los factores que han permitido que Colombia sobreviva como nación y que progrese a pesar de sus problemas endémicos? En lugar de investigar ulteriormente un presunto estado de enfermedad o disfunción, los autores proceden sobre la base de un relativo bienestar: ¿qué es lo que funciona y lo que ha funcionado en este ajetreado país de cerca de 45 millones de habitantes? Su libro, por lo tanto, subraya los aspectos de la historia y la cultura colombianas que han contribuido a la unidad nacional, a una paz duradera y a la prosperidad.

El cuarto capítulo del libro, por ejemplo, explica el modo en que instituciones como la Iglesia católica, el ejército, y un sistema político bipartidista tradicional y transversal en cuanto a clases (junto a factores como el idioma español y un sistema de educación pública que enseñaba a todos los colombianos la misma historia y geografía), han sentado las bases de la unidad al construir lazos entre colombianos de razas, clases y regiones diferentes. Su breve resumen del papel del sistema bipartidista, en particular, refleja la perspectiva reciente de los historiadores colombianos sobre la experiencia del país durante el siglo XIX. La profusión de guerras civiles sangrientas, muerte y destrucción no fueron los

únicos (o los más importantes) resultados del surgimiento de los partidos Liberal y Conservador. También tuvo lugar un creciente sentido de pertenencia de los individuos dentro de la nación colombiana. Y tal sentido de pertenencia o identidad se dio a través de la afiliación con uno u otro partido. Al exigir la lealtad de personas dispersas en un vasto territorio y, con cada elección, movilizarlos en función de una gran causa, idea o principio moral, los partidos conectaron comunidades aisladas, elevando a los colombianos por encima de los limitados horizontes de lo local y lo familiar. La afiliación a un partido también le ofreció a la gente un cierto grado de protección de sus enemigos y de acceso a servicios del Estado como vías, colegios y justicia, y a trabajos, becas y carreras profesionales. Ayudó a instaurar el sentido de nacionalidad, por bifurcada que esta fuera.

A lo largo de su libro, LaRosa y Mejía identifican otras fuerzas constructivas o factores que con el tiempo han contribuido a la formación de una Colombia moderna, viable y cada vez más incluyente. Uno de esos factores es una larga tradición de cooperación partidista o de convivencia, que históricamente ha ayudado a refrenar los excesos de la pugna entre partidos y, en el siglo XX, a limitar el daño causado por conflictos como La Violencia. Una versión contemporánea importante de esta tradición apareció en 1991, cuando colombianos de varios partidos, grupos y facciones se reunieron para escribir una nueva constitución que daría voz a sectores previamente marginados y, por primera vez, reconocería los derechos socioculturales de minorías étnicas hasta entonces perseguidas, en particular los de las poblaciones indígenas y afrocolombianas.

Otro factor ha sido el constante desarrollo de modernos sistemas de transporte y de comunicación masiva, que le han permitido a Colombia trascender los límites del tiempo y del espacio y, sobre todo, a superar la formidable barrera que es la cordillera de los Andes. El resultado ha sido, como se detalla en el capítulo siete, un genuino “espacio común” colombiano que es a la vez físico, virtual y espiritual. En ningún otro sitio esto es tan latente como en Bogotá. Como la periodista June Erlick afirma en sus memorias de 2005, la reciente transformación física de Bogotá, su red de parques y bibliotecas junto al sistema de transporte TransMilenio, no solo le confirió a la ciudad brío y optimismo, sino que dio paso a un nuevo espíritu cívico, una nueva voluntad de vivir en comunidad. Todo esto a pesar de la presión ejercida por la llegada de refugiados o desplazados producto de al menos una década de violencia rural.

Los lectores que estén menos interesados en los detalles de la evolución política, económica e institucional de Colombia disfrutarán en el capítulo octavo los logros literarios y artísticos del país, estos últimos apoyados en el legado de los antepasados indígenas (sobre todo muiscas). El capítulo revela que aunque el país tiene escritores y artistas de nombre internacional, como el ganador del Premio Nobel, Gabriel García Márquez, y el distinguido pintor

y escultor Fernando Botero, también goza de talentos menos conocidos. Otras formas de creatividad cotidiana se exploran en el recuento del capítulo nueve sobre la vida diaria en Colombia y la cultura popular, incluyendo desfiles de belleza, telenovelas, festivales culinarios y demás. El capítulo incluye un relato breve y fascinante sobre la forma en que, en la década de los noventa, líderes y urbanistas en Medellín y Bogotá empezaron a “retomarse” sus ciudades. Uno de los alcaldes de Bogotá en la época fue Antanas Mockus, importante figura de esta historia, emblemático de la imaginación y del coraje de los colombianos. Son estas cualidades las que, combinadas con férrea voluntad, le han ayudado a los colombianos a soportar, y finalmente a triunfar, sobre las fuerzas oscuras que han sitiado a su país recientemente. Su ejemplo es envidiable. A Colombia, yo diría, le está yendo bien.

*Pamela Murray*

2011

## PRÓLOGO

*La excepción es el premio del poeta y el castigo del científico. Entre ambos, el historiador. Su reino, como el del poeta, es el de los casos particulares y los hechos irrepetibles; al mismo tiempo, como el científico con los fenómenos naturales, el historiador opera con series de acontecimientos que intenta reducir, ya que no a especies y familias, a tendencias y corrientes.*

Octavio Paz, Prefacio a Quetzalcóatl y Guadalupe

Durante el 2013 una nueva negociación con las FARC ha sido recibida por algunos con un tímido optimismo y por otros con franco escepticismo. Esto probablemente se deba a un sentimiento de impotencia, resultado de múltiples procesos fallidos que van desde el llevado a cabo en La Uribe, Meta, en la década de 1980, y luego en Tlaxcala, México, en los años noventa hasta el que tuvo como escenario al Caguán, Caquetá, 1999-2002, en donde el país vio con frustración cómo el propósito de la paz se diluyó en mesas de negociación sin fin y en actos de violencia.

Con cada nuevo fracaso, la idea de una violencia intrínseca y connatural al país es más fuerte, como si casi fuera algo que formara parte del paisaje nacional. Con ello, la búsqueda de soluciones, que parecen ser siempre elusivas, es cada vez más difícil y menos clara. La idea de un Estado fracasado, un país dividido a sangre y fuego, parece obedecer a una suerte de determinismo histórico que en su forma más simple nos condena a repetir una y otra vez los mismos errores del pasado, y en sus formas más complejas ofrece las herramientas para perpetuar las inequidades de una sociedad desigual.

La historiografía sobre Colombia no ha escapado a esta tendencia. Desde la década de 1960 es habitual ver en textos académicos un sombrío análisis del país en el cual la violencia, la falta de identidad y las limitaciones económicas son factores comunes para explicar un aparente fracaso como sociedad y como nación.

Este libro de Germán Mejía y Michael J. LaRosa es, por lo dicho atrás, un refrescante cambio historiográfico, fruto del trabajo juicioso de dos historiadores capaces de romper con este molde y de presentar un texto descaradamente

moderno. Inicialmente publicado para el público estadounidense, con el propósito de presentar una historia contemporánea de Colombia que permitiera dar una base comprensiva de los procesos que han llevado al país a ser lo que es hoy, el texto sobrepasa esta intención inicial, de por sí inédita en este mercado.

Sin olvidar o subestimar el papel que la violencia crónica ha tenido en el país, Mejía y LaRosa lanzan una pregunta novedosa: ¿cuáles son los factores que le han permitido a Colombia ser una nación cohesionada, moderna y próspera a pesar de las enormes dificultades que enfrenta? Hacerlo representa, sin duda, un quiebre historiográfico de fondo, que invita y reta a pensar el país más allá de las claves acostumbradas. No se recurre en el libro, por ejemplo, a la división tradicional de los periodos históricos para explicar a partir de momentos políticos la historia del país. Al no hacerlo, consigue que la división de capítulos no sea la de costumbre –la ruptura con el periodo colonial, las reformas de medio siglo, la Regeneración, las repúblicas conservadoras y liberales, la dictadura, el Frente Nacional, hasta hoy–. En contraste, cada uno de los capítulos de este libro plantea un interrogante que, en su desarrollo, permite resolver la cuestiones sobre los factores que definen los elementos de cohesión nacional en Colombia.

Así, el primer capítulo es la pregunta por los orígenes –no los coloniales, que no se discuten en el texto– sino los del Estado nación. Se trata entonces de sus inicios como un Estado liberal en su concepción, pero que tarda más de cien años en hacerse realidad debido a los cambios que tienen lugar en el mundo Atlántico a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX y que conducen, con diferentes velocidades y tiempos, a revertir la soberanía de la monarquía al “pueblo”. Este tránsito, ligado a las guerras napoleónicas, es mostrado a través del camino que se recorre entre la primera república (1811-1816) y los sombríos años finales de Bolívar, la creación de la “Gran Colombia” y su disolución, y el nacimiento de la República de La Nueva Granada, en 1832.

El segundo capítulo fija el tono del resto del libro. En vez de continuar con el relato cronológico, se pregunta, atípicamente, por las “naciones” que se constituyen en este territorio. Colombia es de manera mayoritaria un país mestizo, pero existen en él pueblos indígenas, afroamericanos y gitanos que lo hacen diverso en términos de sus tradiciones, sus creencias, su organización social, su uso del lenguaje, etc. Mejía y LaRosa logran mostrar cómo esta diversidad se despliega a lo largo de un proceso de ampliación agresiva de la frontera agraria andina durante el siglo XIX y comienzos del XX que, paradójicamente, no condujo a una dispersión de la población en el ámbito rural, sino a una profunda concentración urbana que para el 2005 concentró el 74% de la población. Aunque la Constitución Política de 1991 reconoce por primera vez la diversidad étnica, la realidad social y económica aún está lejana de este ideal.

El tercer capítulo se pregunta por las dinámicas de una comunidad política, y pasa por las dificultades de definir qué es un ciudadano; el sistema de pesos y contrapesos, los derechos y deberes ciudadanos, el modelo democrático y el ejercicio de la política. Normalmente se encuentra, en la bibliografía tradicional, una crítica al modelo político colombiano y, en particular, al bipartidismo. Sin embargo, los autores muestran cómo este es, precisamente, uno de los elementos que brinda una explicación a la cohesión de Colombia como nación. Si bien está claro que no se trata de un sistema ideal, y que ha pasado por momentos difíciles, sí es evidente que este modelo político y democrático ha sido la constante en más de 200 años de historia y que solo en una ocasión cedió su sitio a un régimen dictatorial. Esto sin menospreciar los defectos evidentes y el costo social y en vidas humanas que ha acompañado el desempeño político y la consolidación de una comunidad política marcada por el *convivialismo* entre los partidos tradicionales.

El cuarto capítulo es tal vez la piedra angular del texto. En él se demuestra cómo la arquitectura social colombiana es una amalgama de la Iglesia católica, el ejército, el bipartidismo multclasista, el sistema público de educación y el uso del idioma español. En este sentido, se deja ver de qué manera un sistema de creencias común y una filiación política han servido como elementos articuladores de comunidades diversas y distantes y han marcado un ritmo, una cadencia, en la construcción de la unidad nacional. Así, los autores ilustran la forma en que el sistema de educación pública ha provisto los medios para la construcción de una memoria común, para crear un sentido de identidad nacional. Lo más interesante de este capítulo probablemente sea el carácter retador de estas ideas respecto a la visión tradicional sobre los marcos institucionales y que, sin caer nunca en una suerte de leyenda rosa, logran identificar los elementos claves que permitieron darle una unidad a lo diverso que es Colombia.

El quinto capítulo está dedicado a un tema ineludible: la violencia crónica en el país. Se muestra con claridad el ritmo permanente, casi paisajístico, del conflicto en Colombia e identifica su origen en las severas inequidades sociales, políticas y económicas, así como en factores geográficos que han ocasionado el aislamiento de vastas zonas del país en diversos momentos de la historia. No obstante, los autores son claros al mostrar que el conflicto no define ni a la nación colombiana ni a sus gentes.

Los capítulos sexto y séptimo coinciden con la propuesta del capítulo cuatro, pero hacen énfasis en las preguntas sobre la construcción de un sistema económico y de un espacio nacional. En el primero de ellos se hace un balance del desarrollo y de la construcción de un modelo económico que, si bien muestra resultados positivos en términos de crecimiento económico, aún evidencia desigualdades en la distribución del ingreso y en las oportunidades, lo cual

constituye un reto de la mayor importancia para la dirigencia del país. En el segundo, se muestra el esfuerzo constante para la creación de una infraestructura de transporte y de comunicaciones que permita la comunicación entre las regiones colombianas y, en esencia, la creación de un espacio común que se despliega tanto en el espacio físico como en el cultural y en el espiritual.

El capítulo ocho es un respiro en los temas económicos y políticos. Ofrece un complejo panorama de las artes en Colombia, que no solo recurre a los artistas de mayor renombre, sino a talentos menos famosos pero de gran relevancia cultural. Este capítulo se enlaza con el siguiente, en el que se muestra la cultura popular y la cotidianidad del día a día en la gastronomía, la radio, la televisión e incluso en la compleja y dinámica vida universitaria.

Finalmente, el texto realiza una proyección de Colombia en el contexto regional y mundial a través de algunos momentos que ejemplifican la política exterior colombiana, más allá de los argumentos reduccionistas y homogeneizadores de la droga o de la violencia. Muestra un país complejo, con retos mayores a la hora de definir su lugar en el contexto internacional, con oportunidades de cooperación y proyección más allá del manido debate acerca de la viabilidad del país como Estado y como nación.

El libro de Mejía y LaRosa logra proponer, con claridad y mesurado equilibrio, nuevas interpretaciones a la historia colombiana. En particular, lo consigue con una estructura y un estilo que superan los atavismos de la historiografía tradicional, para plantear preguntas novedosas y reinterpretaciones provocadoras en un texto que se despliega con éxito entre el rigor científico y la narración amena y precisa. El lector encontrará sorpresas agradables.

Juan Santiago Correa R.

16 de octubre de 2013

# INTRODUCCIÓN

Para los Estados Unidos, Colombia sigue siendo una especie de anacronismo y de enigma. El país permanece en una lista de advertencia para viajeros del Departamento de Estado de Estados Unidos, y sin embargo recibe más fondos militares y de defensa de esta nación que cualquier otro país latinoamericano. Bajo el mando de Juan Manuel Santos, el gobierno colombiano es decididamente pro-Estados Unidos, y sin embargo al Congreso de dicho país le tomó cinco años aprobar un tratado de libre comercio (TLC) con Colombia. El TLC, firmado por el presidente Barack Obama en octubre de 2011, ha recibido fuertes críticas por parte de sindicatos y organizaciones de derechos humanos. Paralelo a esto, los medios globales han cambiado significativamente el modo en que cubren las noticias de Colombia. Historias sobre turismo, restaurantes, estrellas del tenis colombiano y reseñas positivas de obras literarias y espectáculos musicales hechos por colombianos sugieren que la percepción de los medios estadounidenses se ha ido distanciando de la visión miope y unidimensional que solía caracterizar los reportes sobre el país. El terrorismo, el secuestro y la violencia han pasado a un segundo plano en los medios, mientras que otras caras de la cultura y de la historia, tan ricas y complejas, han florecido a ojos de los lectores de la prensa internacional.

Nuestro libro ofrece una interpretación diferente de la historia colombiana basada en la multiplicidad de hechos, eventos históricos y circunstancias que han confluído para formar esa historia. Nos enfocamos en el periodo moderno, es decir, desde 1800 aproximadamente hasta el presente. Los colonialistas sin duda se lamentarán de nuestras preferencias, pero nuestro trabajo no prescinde por completo del significativo periodo de tres siglos de colonialismo español.

El historiador peruano Alberto Flores Galindo nos recuerda en *Buscando un Inca*, uno de sus libros más importantes, que “La historia debe servir para liberarnos del pasado y no para permanecer [...] encerrados en esas cárceles de ‘larga duración’ que son las ideas”.<sup>1</sup> Nuestra meta al escribir esta historia de Colombia

---

1 Alberto Flores Galindo, *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes*. La Habana: Casa de las Américas, 1986, 417.

sigue la lógica de Galindo, aplicada a la historia reciente de nuestro país. La excelente historiografía sobre Colombia escrita por académicos tanto fuera como dentro del país ha sido un importante punto de referencia para nosotros. Sin embargo, con la revisión de textos recientes, hemos notado que aún son pocos los libros que brindan una interpretación concisa y contemporánea del pasado colombiano. La idea central de este proyecto es la de ofrecer una historia que, sin desconocer la investigación existente, se aparte de sus puntos de partida. Los nuevos trabajos de historia han de ser valientes, enérgicos e innovadores, conectados con el pasado mas no atrapados en él. “Dominados por fantasmas”, escribió Galindo, “es imposible enfrentar el futuro”.<sup>2</sup> Confrontar el futuro parecería evocar los métodos de los astrólogos; sin embargo, los autores de este libro son historiadores profesionales que entienden cómo la lectura del pasado moldea su interpretación.

Una de las mayores contribuciones de nuestra historia de Colombia, que recoge 213 años (1800-2013), es que pone en primer plano los temas y no las cronologías. Los modelos coloniales, las instituciones, la economía, el gobierno y la cultura dan fundamento a nuestro texto, por ello están siempre presentes, pero no necesariamente en el primer plano de nuestra presentación.

Este libro continúa el trabajo del difunto David Bushnell, quien en 1993 publicó su innovador *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself*.<sup>3</sup> Su trabajo, el primer estudio completo de historia colombiana escrito en inglés por un historiador estadounidense, se considera el texto de referencia más autorizado para estudiantes, académicos y demás, tanto en Norteamérica como en Suramérica. El texto de Bushnell, escrito con claridad, hace énfasis en la política y la sociedad decimonónicas, “fundacionales” en cuanto explican patrones de la Colombia del siglo XX. En 2001, Marco Palacios, historiador colombiano que ahora trabaja en México, y el historiador estadounidense Frank Safford, publicaron *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. Su libro se enfoca en tendencias y desarrollos económicos y sociales, y de ese modo resulta un buen complemento al enfoque más político de Bushnell.

Recientemente, autores provenientes de diversas disciplinas y contextos han publicado libros sobre Colombia en inglés. Muchas de estas publicaciones tratan temas tomados de titulares de prensa de la época cuyo enfoque eran los episodios más lúgubres de la historia colombiana. Aunque algunos de estos libros son trabajos serios y pensados, sus títulos en general sugieren las limitadas miradas de casi todo lo escrito, estudiado y publicado sobre Colombia en los últimos diez años. En 2013, por ejemplo, el activista de derechos humanos Robin Kirk publicó un libro llamado *More Terrible Than Death: Violence, Drugs*

2 Galindo, *Buscando un Inca*, 417.

3 En español: *Colombia, una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta, 1996.

*and America's War in Colombia*,<sup>4</sup> el cual hacía un recuento de las recientes tragedias de derechos humanos en Colombia, señalando las drogas y la intervención militar estadounidense como las causas principales del caos actual. La periodista y escritora colombo-estadounidense Silvana Paternostro publicó *My Colombian War* en 2007, y en 2009 Garry Leech publicó *Beyond Bogotá: Diary of a Drug War Journalist in Colombia*. La socióloga canadiense Jasmin Hristov es la autora de *Blood and Capital: The Paramilitarization of Colombia* (2009), un relato apasionado pero excesivamente impresionista. En conjunto, estos trabajos dibujan un retrato desigual y sensacionalista de la historia de Colombia.

Al contrario de muchos de los trabajos arriba mencionados, nosotros no hemos escrito nuestro libro desde la perspectiva de Colombia como un país al borde del fracaso. De este modo, evitamos elaborar comparaciones explícitas con un modelo de desarrollo político y socioeconómico por completo distinto: el del Atlántico Norte. En efecto, Bushnell, Palacios y Safford estudiaron a Colombia comparándola con las naciones del Atlántico Norte: es natural que “fragmentación” y “división” sean las conclusiones a las que llegaron al dar razón de una situación de cambio casi perpetuo. En los capítulos a continuación, nos desviaremos de los confiables esquemas que han usado repetidamente los historiadores para escribir la historia de Colombia. En otras palabras, no recurriremos a las comparaciones típicas, ni tampoco haremos uso de esa división en siglos, un tanto artificial, de los periodos significativos de la historia colombiana.

Por lo general, muchos de los textos históricos escritos acerca de Colombia hacen énfasis en un conflictivo siglo XIX, debido a sus incontables guerras civiles, pugnas entre la Iglesia católica y el Estado, rivalidades regionales, y un periodo de disminución de las tensiones hacia finales de la década de 1880, con la nueva Constitución de 1886 y la firma de un tratado con la Santa Sede: el Concordato de 1887. El desarrollo económico durante la década de 1880 se funda en la exportación del café, mientras que una gran guerra civil a fin de siglo perdura hasta comienzos del siglo XX: la famosa Guerra de los Mil Días. Los historiadores usan esta guerra y la subsiguiente separación de Panamá, orquestada con el apoyo decisivo de los Estados Unidos, para diferenciar el siglo XIX del siglo XX. Los grandes temas del siglo XX son el desarrollo político, el resurgimiento del poder liberal (después de 1930), el desarrollo económico, la urbanización y la modernización, y la destructiva violencia social y política que se mitiga durante un periodo de veinticinco años (desde aproximadamente 1903 hasta el final de los años veinte) pero que jamás amaina del todo.

Nuestro libro adopta una organización temática, mediante la cual hemos sido cuidadosos de no poner en primer término la violencia política y social,

4 En español: *Más terrible que la muerte: masacres, drogas y la guerra de Estados Unidos en Colombia*. Barcelona: Paidós, 2005.

la crisis económica y la fragmentación. En lugar de este enfoque catastrófico de la historia de Colombia, basado en el concepto de subdesarrollo, o en definiciones de progreso y dependencia que provienen de sociedades del Atlántico Norte más modernas, ricas y progresivas, hemos escrito acerca de una Colombia que perdura. A lo largo del texto planteamos unas preguntas centrales, conectándolas con nuestra estructura temática: a pesar de todos los problemas conocidos, la mala gestión, el caos y las crisis, ¿por qué el país permanece unido? ¿Cuáles son los factores que han ayudado a unificar a Colombia a través de las décadas? ¿Cuáles son los programas culturales, económicos y sociales que han mantenido unida a Colombia como una entidad política y económica viable? ¿Qué es lo que ha sido construido en Colombia? ¿Qué ha perdurado? ¿Qué ha sido reconstruido, y cómo? Estas son preguntas importantes que han sido ampliamente omitidas por autores que defienden la idea de Colombia como un caótico fracaso. Aunque no tenemos intención alguna de blanquear la conflictiva historia contemporánea de Colombia, hacemos énfasis en esas instituciones perdurables, mecanismos culturales y patrones económicos que han sostenido a la nación durante décadas. El lector identificará ciertas repeticiones intencionales en uno y otro capítulo, pues los sucesos más importantes de la historia de Colombia serán abordados desde diferentes perspectivas. Por ejemplo, la “toma de Panamá” en 1903, un suceso que marcó decididamente a la Colombia del siglo XX, será analizado en el capítulo cinco, que trata sobre el conflicto, y nuevamente en el diez, que se centra en las relaciones internacionales de la Colombia contemporánea.

La historia de Colombia puede ser y será comparada con las historias de sus vecinos, y con los proyectos y prioridades de las más avanzadas naciones industriales del Atlántico Norte. Sin embargo, en su discurso de aceptación del Premio Nobel, en 1982, Gabriel García Márquez nos advirtió acerca de las comparaciones apuradas: “La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos solo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios”.<sup>5</sup> No podemos hacer que la historia de una nación sea menos solitaria, pero podemos tratar de presentarla desde una perspectiva distinta, confiriéndole así dinamismo a una narración histórica basada únicamente en suposiciones, patrones establecidos y tradiciones. El estudio de la historia es liberador, y las interpretaciones nuevas nos dan la oportunidad de reconsiderar nuestra lectura, nuestro entendimiento, nuestro sentido de la historia de una nación.

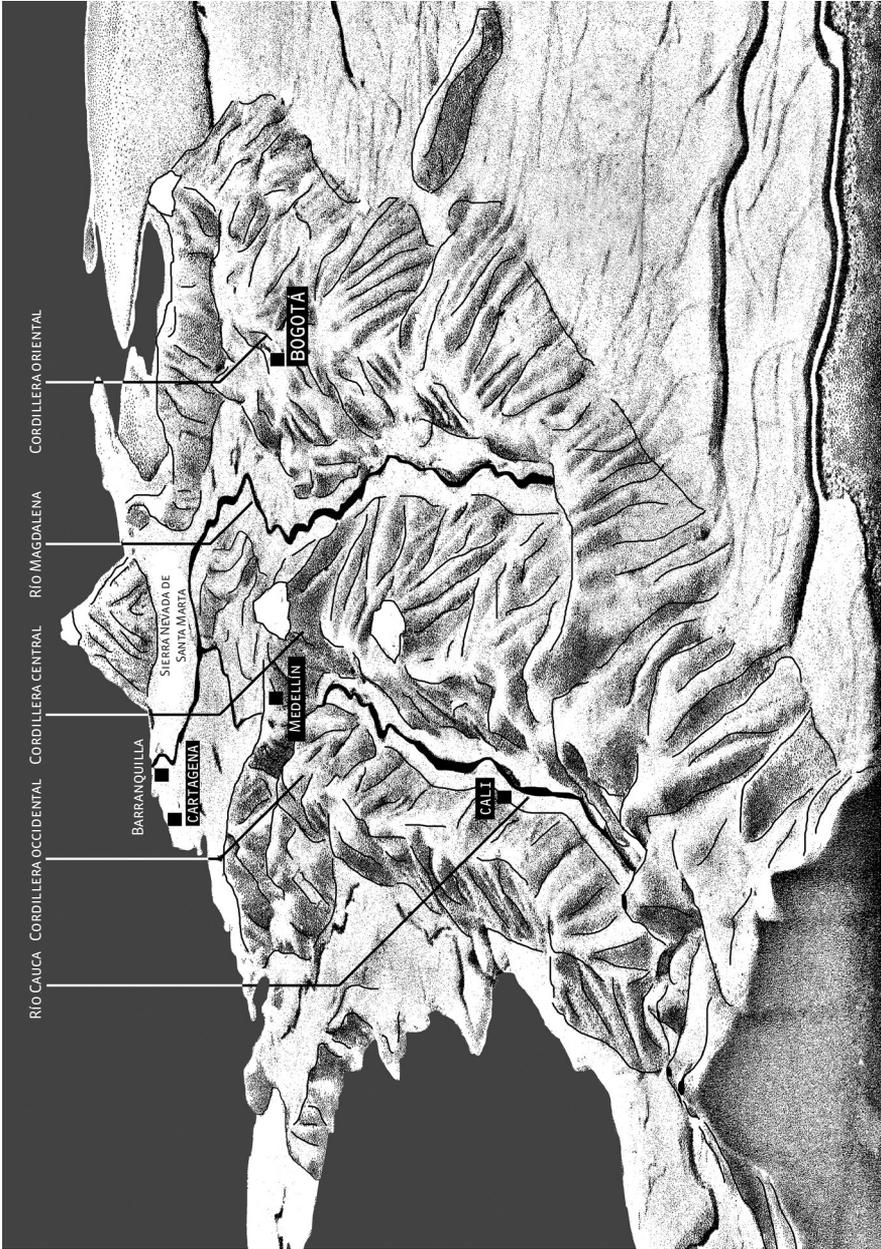
---

5 Gabriel García Márquez, “La Soledad de América Latina”. Discurso de aceptación del Premio Nobel, Estocolmo, Suecia, 8 de diciembre de 1982.



COLOMBIA EN LAS AMÉRICAS





EL RELIEVE COLOMBIANO



# CAPÍTULO 1

## ORÍGENES

La América Latina actual comenzó a tomar forma hace unos doscientos años. Los movimientos de independencia en la América española, desde 1810, abrieron el camino al nacimiento de las repúblicas y, con ellas, a los Estados nacionales que conforman hoy la América Latina. Dicha transformación no ocurrió de la noche a la mañana; el proceso tomó casi un siglo en completarse. Sin embargo, los orígenes pueden rastrearse hasta 1808, el año en que las tropas de Napoleón Bonaparte invadieron la península ibérica (hoy España y Portugal), apresando al rey español en territorio francés. Este sorprendente acontecimiento trajo consigo un espinoso problema: ¿quién gobernaría las provincias españolas?

Gracias a este asunto de principios del siglo XIX, es fácil identificar el inicio de lo que hoy es América Latina. Esto no quiere decir que nada haya cambiado en los doscientos años que han transcurrido desde entonces. Las zonas que consiguieron la independencia de la Corona española tuvieron que encontrar el tipo de gobierno más apto para satisfacer sus necesidades; y la gran mayoría de los Estados nacionales eligieron la república liberal. Colombia fue uno de ellos. El nacimiento del país, por lo tanto, puede ubicarse en esos años tempranos del siglo XIX, aunque tardó más de cien años en consolidarse como una república liberal.

Este capítulo expone lo sucedido de 1808 a 1830, época durante la cual ocurrieron muchas primeras cosas, se debatieron numerosos modelos e ideas acerca del futuro del Estado y la sociedad, al tiempo que se libraron numerosas guerras civiles. Fueron años en que el mundo cambió para millones de personas que habitaban la América española. En este capítulo se examinan dichas transformaciones ideológicas, políticas, económicas y territoriales para el caso de Colombia,<sup>1</sup> las cuales estaban inextricablemente ligadas a los cambios que ocurrían simultáneamente en el contexto del Atlántico.

---

1 En este capítulo usaremos el nombre Colombia para referirnos en general a la República de Colombia a consciencia de que el país tuvo diversos nombres entre 1810 y 1886.

## LA CRISIS DEL IMPERIO

Hace doscientos años una verdadera oleada de profundas transformaciones sacudió al continente americano. El imperio español se estremeció hasta sus raíces y, aunque no fue suficiente para causar su disolución, lo cierto es que no salió indemne de la crisis que sufrió por la ocupación napoleónica y la prisión de los monarcas en Francia. En todos los territorios españoles, la gente argumentó que la crisis daba lugar a que la soberanía revirtiera a manos del pueblo. Declaraban su derecho a escribir sus propias leyes y a elegir a sus propios líderes. La ocupación de la península ibérica por parte de Napoleón, y su decisión de nombrar a su hermano José rey de todos los territorios españoles, fue el catalizador del proceso a través del cual las provincias españolas en América se convirtieron en repúblicas democráticas. El ciclo de revoluciones burguesas de mediados del siglo XVIII, incluyendo la independencia de las colonias inglesas en Norteamérica, la Revolución francesa, la Revolución haitiana, y la guerra casi crónica entre el emergente imperio inglés y el veterano imperio español, influenciaron la dirección que la política habría de tomar tras el colapso de la monarquía española.

En 1808, por lo tanto, la crisis de la monarquía causó protestas en contra del “mal gobierno”. Los críticos empezaron por reclamar autonomía, y al poco tiempo ya exigían independencia absoluta. La autoridad de la monarquía empezó a dividirse cuando el rey Carlos IV le entregó el gobierno de todo el reino a Manuel Godoy, su ministro predilecto. Los excesos de Godoy desencadenaron una conspiración liderada por Fernando, hijo del rey, en contra tanto del rey como del ministro. En marzo de 1808, Carlos IV se vio obligado a abdicar en favor de su hijo, quien asumió el trono con el nombre de Fernando VII. Mientras tanto, las tropas francesas invadieron la península ibérica con la evidente intención de tomar control de la corona. Carlos y Fernando optaron por viajar a Bayona, en Francia, para saldar su disputa ante Napoleón, emperador de Francia. Al mismo tiempo, y en respuesta a la invasión francesa, los habitantes de Madrid se levantaron el 2 de mayo de 1808 contra el invasor, rebelión que recibió el apoyo de las provincias y de los territorios españoles en América. De ese modo, los españoles y los criollos se mantuvieron fieles a Fernando VII, pero este se vio inhabilitado para gobernar por el arresto al que fue sometido por Napoleón. De manera que sobrevino una crisis de liderazgo. La respuesta fue inmediata: las provincias españolas (en España) formaron juntas o cuerpos de gobierno que le juraron lealtad a Fernando VII y que, en su ausencia, tomaron control provisional del gobierno. Una de ellas, la Junta de Sevilla, se autoproclamó Junta Suprema y ordenó a todas las provincias del reino hacer juramento de lealtad a Fernando VII, para lo cual envió comisionados a todos los territorios. Al Virreinato de la Nueva Granada (hoy Ecuador, Colombia, Venezuela y Panamá) fue

enviado Juan José Pando y Sanllorente. Se llevaron a cabo juramentos solemnes en las ciudades principales del virreinato, y Santafé, la capital (hoy Bogotá), juró lealtad a Fernando VII el 11 de septiembre de 1808. Mientras tanto, los españoles vencieron a los franceses en la batalla de Bailén, lo que obligó a José Bonaparte, o José I, a huir de Madrid. Las provincias peninsulares enviaron entonces representantes a Madrid con el fin de formar la junta central.

El 25 de septiembre de 1808, en Aranjuez, España, se estableció la Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino. De este modo el gobierno volvió a estar centralizado y logró detener los movimientos autónomos que brotaban en las provincias españolas. Pero los triunfos de los ejércitos españoles no duraron mucho tiempo, ya que los franceses lograron retomar Madrid, y obligaron a la Junta Central a retirarse a Sevilla. Desde allí, y en el transcurso del año siguiente, esta fue la junta que gobernó a nombre de Fernando VII en todos los territorios que él consideraba su patrimonio personal.

La Junta Suprema Central consideraba un acto de traición cualquier intento de autonomía, tanto en la península como en América. Los primeros hombres que conformaron la junta fueron delegados de las provincias peninsulares, pero esta rápidamente aceptó representantes provenientes de América. El 22 de enero de 1809 decretó que los territorios americanos de la monarquía no fuesen considerados colonias sino partes integrales y esenciales del reino, y que por lo tanto tenían derecho a enviar delegados elegidos por sus poblaciones correspondientes. Por consiguiente, a cada uno de los cuatro virreinos (Nueva España o México, Perú, el Nuevo Reino de Granada y Buenos Aires) y a cada una de las seis capitanías generales (Cuba, Puerto Rico, Guatemala, Chile, Venezuela y Filipinas) les fue dada la oportunidad de elegir un representante, diez en total.

No deja de ser irónico que fue precisamente debido a este cálculo político que tantas poblaciones de América clamaron primero la autonomía y después la independencia completa de España. ¿Por qué? Aunque el Decreto del 22 de enero de 1809 reconoció el derecho de todas las partes del reino a estar representados en la Junta Central, dejó claro que los territorios en América y Filipinas no gozarían de una representación justa y equitativa. Las dieciocho provincias peninsulares, más pequeñas que los territorios de ultramar tanto en población como en extensión, estaban representadas por dos delegados cada una, treinta y seis en total. Pero los criollos (descendientes de españoles nacidos en América) querían ser reconocidos como descendientes legítimos, con los mismos derechos que los españoles de España, y la sesgada representación que favorecía los intereses peninsulares en la junta no dejaba duda alguna de que no había igualdad entre españoles y americanos.

A pesar de las protestas, la América española continuó un proceso electoral acorde con las instrucciones provenientes de la Junta Central Suprema. De

acuerdo con estas, cada uno de los virreinos y capitanías debía convocar elecciones en sus ciudades principales. El ganador de cada elección debía entonces competir en la selección que determinaría al representante del territorio correspondiente. En la Nueva Granada fue Antonio de Narváez y Latorre quien ganó las elecciones finales, el 16 de septiembre de 1809. Sin embargo no alcanzó a viajar a España, pues cuando ya estaba listo para partir, la Junta Suprema Central se disolvió.

El proceso electoral, junto con el principio de representación que había generado, fueron sin duda dos innovaciones políticas de gran importancia para los días venideros. Igualmente importantes fueron las instrucciones que los cabildos o consejos municipales de la Nueva Granada le habían dado a los que habrían de representar sus intereses ante la Junta de Sevilla, pues los cabildos hicieron mucho más que lamentarse de la representación desigual de los americanos en la junta o presentar las consabidas quejas sobre los abusos de la autoridad real. En cambio, formularon brillantes ideas y verdaderos programas de gobierno. Narváez y Latorre recibió instrucciones de los cabildos de Santafé (que hoy conocemos con el nombre de *Memorial de Agravios*), Popayán, El Socorro, Tunja y Loja, entre otros. También recibió un documento escrito por Ignacio de Herrera y Vergara, datado el 1 de septiembre de 1809 en Santafé, y titulado *Reflexiones que hace un Americano imparcial al diputado de este Nuevo Reino de Granada para que les tenga presente en su delicada misión*. En este documento Herrera escribió: “Los pueblos son la fuente de la autoridad absoluta. Ellos se desprendieron de ella para ponerla en manos de un jefe que los hiciera felices. El Rey es el depositario de sus dominios”.<sup>2</sup> Otro de los documentos para leer en España, escrito por el cabildo del Socorro y fechado el 20 de octubre de 1809, pedía la “Supresión de las clases estériles, reducción de empleos improductivos, libertad de las tierras y del trabajo, imposición de tributos, recaudación y distribución según las leyes de la justicia en que se apoya el pacto social”.<sup>3</sup> También pedían que el delegado hiciera una petición por la abolición de la esclavitud y de los resguardos, tierras destinadas al uso exclusivo de los indios; propusieron la liberación de los mercados, reducciones en el número de días festivos y tarifas eclesiásticas, hacer mejoras en caminos y colegios, y simplificar los códigos civil y penal. En suma, lo que los cabildos proponían era un programa de gobierno.

2 Ignacio de Herrera y Vergara, “Reflexiones que hace un Americano imparcial al diputado de este Nuevo Reino de Granada para que les tenga presente en su delicada misión”, en Ángel Rafael Almarza y Amaro Martínez, eds., *Instrucciones para los diputados del Nuevo Reino de Granada y Venezuela ante la junta central gubernativa de España y las Indias*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2010.

3 Cabildo de la Villa del Socorro, “Instrucción que da al diputado del Nuevo Reino de Granada a la Junta Suprema y Central Gubernativa de España e Indias”, en Almarza y Martínez, *Instrucciones*.

Mientras tanto, en España, iniciando el año de 1810, la Junta Central Suprema colapsó y fue reemplazada por el Consejo de Regencia, que estaba conformado por cinco miembros. Ese consejo no cambió ninguna de las políticas que la Junta Central había desarrollado desde 1808 con respecto a las provincias americanas, lo que provocó que muchos americanos no aceptaran la legitimidad del Consejo de Regencia para gobernar en nombre de Fernando VII. Tal malestar estaba además motivado por el miedo de que Napoleón estuviera a punto de conseguir una victoria definitiva en España y en Europa. Ante la posibilidad de perder del todo a su rey, las Américas entendieron que debían tomar decisiones rápidas y radicales con respecto a su futuro, y eso fue exactamente lo que hicieron.

### **1810: EL DESARROLLO DE LAS JUNTAS**

Para la Nueva Granada, 1810 fue un año largo que, para nuestros propósitos, duró desde septiembre de 1809 hasta febrero de 1811. Estos dieciocho meses pueden dividirse en cuatro fases. La primera duró desde septiembre de 1809 hasta mayo de 1810, y consistió en rebeliones violentas, represión y la necesidad de tomar decisiones urgentes. La segunda duró desde mayo hasta julio de 1810, cuando las primeras juntas se organizaron. La tercera vio el florecimiento de las juntas, que duró desde los últimos días de julio hasta septiembre de 1810. La cuarta, finalmente, duró desde agosto de 1810 hasta febrero de 1811, y fue un periodo en que las juntas consolidaron sus nuevas administraciones, tomaron acción militar en contra de las provincias y poblaciones disidentes e intentaron formar un gobierno para todas las provincias que hacían parte de la antigua Audiencia de Santafé.

Durante la primera fase, que empezó en septiembre de 1809, los criollos de Santafé pensaron que debían considerar seriamente la oferta del cabildo de Quito de unirse a su junta autónoma, que había sido consolidada un mes antes, el 10 de agosto. Como hemos explicado, los criollos de Quito y Santafé, como también los de otras partes de la América española, creían que la Junta Central Suprema y Gubernativa (en España) era ilegítima. Sin embargo, el virrey español en Bogotá, Antonio Amar y Borbón, decidió responder a la invitación bloqueando completamente la conformación de una junta en Santafé y reprimiendo con violencia todo intento de hacerlo. Para las autoridades españolas en América, había una sola opción: permanecer leales a una sola junta, la Junta Central Suprema y Gubernativa. Los criollos, en cambio, veían otras posibilidades.

Estos criollos continuaron exigiendo que el virrey aceptara la formación de una junta gubernativa para la Audiencia de Santafé. Presionado,



PROVINCIAS EN 1810

Amar y Borbón aceptó. Convocó una reunión el 6 de septiembre de 1809 para discutir lo ocurrido en Quito el 10 de agosto de 1809, mientras se debatía la posibilidad de establecer una junta para sus propias provincias en Santafé. La reunión no tuvo grandes resultados, pero unos días después, el 11 de septiembre, tuvo lugar una segunda reunión, en la que escasamente se logró la conformación de dos partidos opuestos: los que estaban a favor de permanecer sujetos a la Junta Central Suprema y Gubernativa y los que apoyaban la idea de formar una junta aparte en Santafé. Con respecto a la rebelde Quito, el virrey decidió enviar a unos cuantos hombres, apoyados de fuerzas armadas, a “negociar” con la junta.

El fracaso de tales reuniones y la decisión de someter a Quito por las armas, condujo a la segunda alternativa: la conspiración. Varios panfletos impresos que favorecían explícitamente la creación de la junta de Quito empezaron a circular. El 28 de septiembre de 1809 el virrey emitió un decreto según el cual el porte de documentos “sediciosos” era ilegal y la pena sería dura e

incluiría el encarcelamiento. El primero de varios complots para derrocar el poder español, hoy recordado como la Revolución del Cohete, tuvo lugar dos días después, pero falló: un mensaje anónimo le dio al virrey tiempo de anticiparse a la revuelta y encarcelar a los que él consideraba culpables. En un complot subsiguiente, un grupo de residentes de Santafé planeó apoderarse del armamento de las tropas realistas que marchaban hacia Quito. El plan consistió en asaltar a los soldados, tomar las armas y enviarlas a El Socorro, un pueblo cercano desde el cual se lanzaría la insurrección general. El plan falló debido a la mala logística de sus líderes. Poco tiempo después, una rebelión estalló en el Casanare, una planicie al oriente de la cordillera en la que está Santafé. El objetivo de dicha revuelta era tomarse el pueblo de Pore, lo que sucedió el 15 de febrero de 1810, pero los líderes fueron rápidamente capturados, juzgados, culpados de traición, colgados y decapitados, y sus cabezas enviadas a Santafé para su exhibición pública. Las cabezas (literalmente) llegaron a la capital el 13 de mayo de 1810, pero no fueron exhibidas por miedo a las protestas de los habitantes de la ciudad.

Debido al fracaso de las conspiraciones, algunos americanos de la Nueva Granada optaron por una tercera opción: conformar, ellos solos, sus propias juntas gubernativas. Esto inauguró la segunda fase de ese largo año de 1810: el primer conjunto de juntas gubernativas autónomas, la primera de ellas organizada en la ciudad de Cartagena, el 22 de mayo. Después de esta, cobraron forma la de Cali el 3 de julio, la de Pamplona al día siguiente y la del Socorro el 11 de julio. El rechazo del virrey a dar su aprobación a una junta en la capital se mantuvo contra toda lógica, pero, contrario a lo que pensaba, la suerte ya estaba echada: el 20 de julio se organizó en Santafé la que se proclamó provisionalmente como Junta Suprema del Reino. Los meses de mayo a julio de 1810 marcaron, entonces, el punto de inflexión, el umbral, hacia el cual había conducido la agitada situación de los dos años anteriores.

El viernes 20 de julio, día de mercado en Santafé, un altercado en la plaza, planeado por un grupo de criollos en contra de un español, desató una revuelta general.

Don Josef (González) Llorente, español, y amigo de los ministros opresores de nuestra libertad, soltó una expresión poco decorosa a los americanos. Esta noticia se difundió con rapidez, y exaltó los ánimos ya dispuestos a la venganza. Grupos de criollos paseaban alrededor de la tienda de Llorente con enojo pintado en sus semblantes. A este tiempo pasó un americano que ignoraba lo sucedido, hizo una cortesía de urbanidad a este español. En el momento fue reprendido por Don Francisco Morales, y saltó la chispa que formó el incendio y nuestra libertad. Todos se agolpan a

la tienda de Llorente: los gritos atraen más gentes, y en un momento se vio un pueblo numeroso reunido e indignado contra este español y contra sus amigos.<sup>4</sup>

A partir de ese momento, los sucesos se salieron de las manos. A González Llorente lo metieron a la cárcel debido al descontento del público. Esa tarde llegaron tres comisiones a la casa del virrey, exigiendo que este convocara un cabildo abierto. El virrey se rehusó a reunirse con las dos primeras comisiones, pero acordó con la tercera en que podría convocarse un cabildo extraordinario. Sin embargo, muchos criollos decidieron llenar la plaza de gente y excitarla con discursos incendiarios y reclamos. Debido a tales demostraciones, a la caída del sol ya el cabildo había dejado de ser extraordinario y se había convertido en un cabildo abierto. Entonces se hizo evidente, y el virrey lo sabía, que el ejército no atacaría a los manifestantes. El plan había funcionado: la junta estaba conformada. Al amanecer del 21 de julio de 1810 se firmó un documento al que los colombianos se refieren como su Acta de Independencia. Lo escribió José Acevedo y Gómez, y en él se aclaran los objetivos y directrices de la junta recién consolidada:

[Que] se deposite en toda la Junta el Gobierno Supremo de este Reino interinamente, mientras la misma Junta forma la Constitución que afiance la felicidad pública, contando con las nobles Provincias, a las que en el instante se les pedirán sus Diputados, firmando este Cuerpo el reglamento para las elecciones en dichas Provincias, y tanto este como la Constitución de Gobierno deberán formarse sobre las bases de libertad e independencia respectiva de ellas, ligadas únicamente por un sistema federativo, cuya representación deberá residir en esta capital, para que vele por la seguridad de la Nueva Granada, que protesta no abdicar los derechos imprescindibles de la soberanía del pueblo a otra persona que a la de su augusto y desgraciado Monarca don Fernando VII, siempre que venga a reinar entre nosotros, quedando por ahora sujeto este nuevo Gobierno a la Superior Junta de Regencia, ínterin exista en la Península, y sobre la Constitución que le dé el pueblo, y en los términos dichos.<sup>5</sup>

Del acta resulta claro que la “autonomía” se estableció formalmente el 21 de julio de 1810. Tal autonomía se basaba en el derecho de la gente de gobernarse a sí misma por medio de una constitución, de reunirse bajo un sistema federal, y de establecer que el rey seguiría siendo el rey siempre y cuando viniera a la Nueva Granada y siguiera las normas de la constitución. Se había alcanzado un punto

4 Francisco José de Caldas y Joaquín Camacho, “Diario Político de Santafé de Bogotá”, Instituto Colombiano de Cultura, *Revolución del 20 de julio de 1810. Sucesos y documentos*. Bogotá, 1996, 118.

5 “Acta de la Independencia”, en Instituto Colombiano de Cultura, *Revolución del 20 de julio*, 75-76.

de quiebre, y la clara separación tanto de España como de la monarquía absoluta había sido establecida.

El 21 de julio y los días siguientes fueron días de mucha agitación. El grupo más radical de santafereños, conocidos como los “chisperos”, se encargó de dificultarle a la Junta Suprema de Santafé la moderación de sus decisiones iniciales. A consecuencia de ello, el 26 de julio, la junta finalmente declaró que no reconocía al Consejo Supremo de Regencia, marcando un momento decisivo: ninguna corporación o individuo ubicado o proveniente de la península tendría autoridad alguna sobre estas tierras, a excepción de Fernando VII. Además, la junta de Santafé, que había declarado que Fernando tendría que vivir en Santafé, estableció que no tenía derecho a delegar la autoridad que el pueblo le había conferido en ninguna persona o institución. El día siguiente, 27 de julio, la junta se dividió en secciones para manejar con más eficacia las decisiones cotidianas de gobierno, como había sido planeado unos días antes. Las secciones incluían: Negocios Eclesiásticos; Gracia, Justicia y Gobierno; Guerra; Hacienda; y Policía y Comercio. El 29 de julio la junta envió a todas las provincias de la Nueva Granada una invitación a elegir representantes al Congreso General del Reino, que habría de reunirse en diciembre de 1810. El 13 de agosto, bajo presión de los radicales, el ex virrey Amar y Borbón fue encarcelado, y el 15 de agosto fue enviado en secreto a Cartagena. Al día siguiente la junta silenció a los radicales chisperos encarcelando a sus líderes.

Los efectos de la decisión de la junta de Santafé de organizarse y rehusar el reconocimiento de toda autoridad proveniente del Consejo de Regencia se hicieron sentir muy pronto en toda la jurisdicción de la antigua Audiencia de Santafé. Por un lado, la junta de Cartagena declaró su oposición a las pretensiones de la junta de Santafé de llamarse “Suprema”; la junta de Pamplona se declaró como junta provincial aparte de Santafé; el cabildo de Cali empezó a actuar como una junta, aunque provisionalmente; y la junta del Socorro se atrevió a diseñar su propia constitución el 15 de agosto. Paralelo a esto, varias ciudades pequeñas y pueblos se movilaron políticamente. Además, la invitación del 29 de julio de Santafé a las provincias con el fin de que participaran del Congreso en diciembre creó las condiciones para que en otras poblaciones de la antigua Audiencia de Santafé los cabildos organizaran sus propias juntas de gobierno durante el curso de los dos meses siguientes. Todas las comunidades que habían ejercido como cabeza de provincia, como muchas otras que resentían su relación con sus cabeceras, procedieron a formar sus propias entidades gubernativas y a elegir a un representante que sería enviado a Santafé.

El tercer periodo de este año dramático de 1810 empezó así a tomar forma. En Tunja, el 26 de julio, los residentes organizaron un cabildo abierto, que rehusó reconocer el Consejo de Regencia y nombró la junta que habría de

liderar el gobierno de la provincia con el nombre de Junta Patriótica. Ese mismo día, el cabildo de Mariquita conformó una junta de gobierno propia, también producto de un cabildo abierto. Neiva hizo otro tanto el 27 de julio, procurando acatar la exigencia del procurador general de formar una junta gubernativa la cual, el 13 de agosto, se proclamó Junta Provincial Superior. El 30 de julio, la población de Girón se reunió en la plaza principal y exigió que el Padre Eloy Valenzuela, un cura local, tomara el mando del pueblo. Mompo dio un paso más radical al declarar la independencia absoluta no solo de España, sino también de Fernando VII y de todo intento de dominación extranjera. Santa Marta, en la costa Caribe, estableció su junta durante un cabildo convocado en la tarde del 10 de agosto. La junta de Popayán se constituyó el 11 de agosto y se llamó Junta Provisional de Salud y Seguridad Pública. El 6 de septiembre los líderes del pueblo de Garzón se reunieron para crear una junta autónoma; el documento fundacional incluía provisiones que más que el plan de las políticas de gobierno de una junta, parecían una constitución. El 30 de agosto, en Santafé de Antioquia, el Congreso estableció una Junta Provincial Superior en la cual participaron tanto representantes de esa ciudad como de Rionegro, Marinilla y Medellín. Quibdó, en la región de Citará, cerca de la costa Pacífica, declaró su junta el 1 de septiembre; Nóvita, en la misma región, el 27 de agosto (aunque algunas fuentes fechan su constitución el 27 de septiembre). Por último, Pore creó su Junta Autónoma Gubernativa el 13 de septiembre de 1810.

El cuarto y último periodo de 1810 fue el de las elecciones, que se llevaron a cabo y registraron en varias poblaciones de la Nueva Granada a partir del mes de agosto de ese año. Se trataba de las elecciones en que serían elegidos los representantes al Congreso General que se reuniría en diciembre. Los elegidos en cada junta aceptaron el reto de organizar los gobiernos recién formados; para tal fin, siguieron los principios de la separación de poderes, el diseño de leyes a cargo de órganos especializados, la abolición de los monopolios y otras imposiciones que la gente detestaba, además de otros principios análogos inspirados por la Constitución de los Estados Unidos y por la de Francia de 1791. Por último, las juntas se prepararon para la guerra. Inicialmente se preocuparon por una posible invasión de las tropas francesas y después dirigieron su atención a las represalias que podría tomar el rey luego de retornar al trono. Esos miedos justificaron tanto el sometimiento de los grupos disidentes en las provincias como la invasión de provincias que permanecían leales al Consejo Supremo de Regencia en España.

El 22 de diciembre de 1810, el Congreso General del Reino se reunió en Santafé. Cartagena sabotó la reunión desde el comienzo, y siempre hubo claros indicios de que el Congreso fracasaría. Solo asistieron los representantes de las provincias del Socorro, Neiva, Pamplona, Mariquita, Nóvita y Santafé; los de Sogamoso y Mompo fueron admitidos al final, aunque los representantes presentes

en la primera reunión no los aceptaron de manera unánime. Pronto iniciaron los desacuerdos relacionados con la soberanía y la representatividad de los poderes provinciales, los cuales desembocaron en la clausura del congreso durante los primeros días de febrero de 1811. De este modo, con las provincias desunidas y bajo una amenazante incertidumbre, el largo año de 1810 llegó a su fin.

## LA PRIMERA REPÚBLICA (1811-1816)

El fracaso del Congreso General del Reino condujo a las antiguas provincias de la antigua Audiencia de Santafé a organizarse según lo que cada una consideraba más conveniente de acuerdo con sus intereses. Así surgieron tres proyectos políticos importantes: el primero buscaba un ordenamiento liberal republicano que respondiera a una organización política y jurídica centralista; el segundo también tenía en cuenta el republicanismo, pero no aceptaba delegar la soberanía a otra provincia y por eso eligió un modelo federal; el tercero era el sistema político que se mantenía leal al Consejo de Regencia en España y, en cuanto tal, no aceptaba ningún tipo de cambio en el modelo político existente antes de 1810. Que una provincia optara por uno u otro programa político dependía principalmente de los grupos sociales que ejercieran mayor influencia en una región dada. Sin embargo, al interior de cada provincia, los habitantes estaban divididos. Desde su nacimiento, la Primera República estuvo, para su infortunio, desunida. Esto significaba que a medida que nuevas formas constitucionales y gubernamentales se ponían en marcha, la guerra civil se iba haciendo cada vez más inevitable.

Entre 1811 y 1815 emergieron dos repúblicas importantes: Cundinamarca y las Provincias Unidas. Estaban en bandos opuestos, y ambas atacaban a las provincias vecinas que permanecían leales a España para someterlas a su área de influencia. El conflicto disminuyó en 1815, cuando las Provincias Unidas salieron victoriosas, a lo cual siguió la unificación de la república. Tal unificación, empero, no cambió las tensas relaciones entre las provincias republicanas y las leales a España, al contrario, los años de combates violentos y turbulencia política facilitaron el rápido triunfo de las fuerzas de ocupación enviadas desde España después de que Fernando VII retomara el trono en 1814.

La República de Cundinamarca nació el 19 de febrero de 1811, cuando la gente decidió convocar un colegio electoral que expidiera una constitución para la provincia. Las deliberaciones fueron rápidas: la constitución se promulgó el 4 de abril, marcando el fin definitivo de la Junta Suprema que había sido creada el 20 de julio de 1810. La constitución, conformada por catorce títulos y varios artículos, declaraba que la provincia se llamaría Cundinamarca y sería una monarquía constitucional, reiterando a Fernando VII como rey con poderes

limitados según el derecho constitucional. La monarquía constitucional de Cundinamarca estableció una clara división de poderes entre las ramas legislativa, ejecutiva y judicial; declaró que el catolicismo seguiría siendo la religión oficial de sus habitantes; dictaminó procesos electorales, la organización del ejército, y un sistema de impuestos; y afirmó en el Título XII que “Los derechos del hombre en sociedad son la igualdad y libertad legales, la seguridad y la propiedad.”, y que “La soberanía reside esencialmente en la universalidad de sus ciudadanos”.<sup>6</sup> De este modo, la primera constitución de lo que hoy llamamos Colombia estableció una monarquía limitada e incluyó principios como el de la separación de poderes y los derechos del hombre y del ciudadano, y en últimas fue el texto que sentó el precedente para posteriores constituciones liberales.

Las demás provincias que habían optado por separarse del Consejo de Regencia, teniendo en cuenta el paso que había dado Cundinamarca, defendieron con celo su propio derecho a la soberanía. Creían que no tenían otra alternativa que la de instaurar su propia forma de gobierno fundada en su propia constitución. Pero incluso antes de que el gobierno institucional de Cundinamarca se formara, era urgente resolver un tema clave: cómo estructurar un Estado en el cual todas las provincias pudieran participar sin que ninguna tuviera que renunciar a su soberanía, y permitirles al mismo tiempo adquirir el poder necesario para defenderse y ser reconocidas como poderes independientes. El federalismo, al estilo del gobierno de los Estados Unidos, era la solución. No era, sin embargo, un paso fácil, y no todas las provincias lo aceptaron.

El presidente de Cundinamarca, Jorge Tadeo Lozano, presentó un proyecto para crear un Estado federal. Paralelamente, Antonio Nariño, quien estaba en rotunda oposición al sistema federalista, lideró un movimiento militar en contra de todas las manifestaciones de federalismo. Esta polarización culminó en el derrocamiento violento del presidente Lozano en julio de 1811, cuando Nariño asumió la presidencia mediante un golpe de Estado. Preocupados por tales sucesos, los delegados de las otras provincias organizaron el Congreso de Delegados, con el objeto de decidir la mejor forma de gobierno. El resultado fue el Pacto Federal.

Este pacto, firmado el 27 de noviembre de 1811, creó las Provincias Unidas de la Nueva Granada. Lo firmaron los delegados de las provincias de Antioquia, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja, y no fue aceptado por Cundinamarca ni Chocó. El texto del pacto estaba dividido en setenta y ocho artículos y establecía que el gobierno estaría en manos del Congreso de Delegados, que podría convocar sesiones cuando fuera necesario; que solo las provincias que existían el 20 de julio de 1810 podrían ser elegidas para unirse a las Provincias

<sup>6</sup> “Constitución de Cundinamarca, 1811”, en Manuel Antonio Pombo y José Joaquín Guerra, *Constituciones de Colombia*, Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1951, vol. 1, 188-199.

Unidas, además de las que ya se habían sumado voluntariamente. Por último, el pacto afirmaba que “Las Provincias Unidas de la Nueva Granada se reconocen mutuamente como iguales, independientes y soberanas, garantizándose la integridad de sus territorios, su administración interior y una forma de gobierno republicano”.<sup>7</sup> Tal sistema de gobierno prometía igualdad para todos de manera que entre las Provincias Unidas perduraran las relaciones pacíficas.

Lo que sucedió entre 1812 y 1815 fue consecuencia, por lo tanto, de los efectos generados por la decisión que se tomó en cada provincia respecto del modo de organizarse en república y el modo en que cada una debía relacionarse con las provincias vecinas. Los que decidieron seguir siendo leales a España se acercaron a la sede del virreinato, ubicada en Panamá, y gozaron de un cierto nivel de continuidad en sus gobiernos. El Estado de Cundinamarca defendió el centralismo como su forma constitutiva de gobierno y formó un ejército que intentó someter por la fuerza a las provincias aledañas, fueran realistas o federales. En abril de 1812, Cundinamarca reformó su constitución aboliendo definitivamente todo poder monárquico en el Estado. En consecuencia, declaró su independencia absoluta de España el 16 de julio de 1813. Cada una de las Provincias Unidas, por su parte, desarrolló su propia constitución: Tunja en 1811; Antioquia, Cartagena, Mompo y Neiva en 1812; Popayán en 1814; y Mariquita y Pamplona en 1815, todas ellas declararon su independencia absoluta de España en esos años. Estas constituciones compartían características básicas similares: división de poderes; un presidente a cargo del poder ejecutivo; reconocimiento de los derechos de los ciudadanos; la adopción del catolicismo como la religión oficial del Estado; y el establecimiento de un sistema electoral, un sistema fiscal, y una fuerza policial y militar para asegurar el orden público.

La guerra civil que se desató entre estos tres grupos políticos principales –Cundinamarca, las Provincias Unidas y las provincias leales al rey– fue larga y sangrienta. En lugar de encauzar su potencial humano y económico hacia el desarrollo de las repúblicas emergentes, se encauzó hacia la guerra. Ni Cundinamarca ni las Provincias Unidas fueron capaces de subyugar del todo a los realistas, aunque sus esfuerzos fueron constantes, y en cambio, lucharon varias batallas importantes entre sí. En diciembre de 1814, las Provincias Unidas vencieron al ejército de Cundinamarca gracias al liderazgo militar de Simón Bolívar. La victoria marcó el fin de la República de Cundinamarca, pero no logró establecer un orden federal sólido, justo cuando los ejércitos españoles de la reconquista partían de Cádiz hacia la Nueva Granada en febrero de 1815.

<sup>7</sup> “Acta de Federación de las Provincias Unidas de la Nueva Granada,” en Pombo y Guerra, *Constituciones de Colombia*, vol. I, 210.

## LA BATALLA FINAL CONTRA EL ABSOLUTISMO

La caída de Napoleón Bonaparte le permitió a Fernando VII regresar a España el 22 de marzo de 1814. Poco después, el 4 de mayo, emitió en la ciudad de Valencia el decreto por el cual abolió la Constitución española de 1812 y restableció el absolutismo en todos los territorios que por herencia le pertenecían en Europa, América y Asia. Para poner su gobierno en marcha, especialmente en los territorios americanos, armó un poderoso ejército de más de diez mil soldados encabezados por el reconocido y exitoso general Pablo Morillo. El ejército partió hacia Venezuela y la Nueva Granada; en julio de 1815 llegaron a la Isla Margarita, y de ahí se dirigieron hacia la ciudad de Santa Marta. Morillo planeó su ataque a las Provincias Unidas de Nueva Granada desde Santa Marta y decidió empezar por asediar a la vecina ciudad de Cartagena, el 6 de agosto de 1815. Cartagena cayó el 5 de diciembre, después de sufrir un desastroso sitio de seis meses. La victoria le abrió el camino a Morillo y a sus tropas, que pronto marcharon hacia el interior del país, hasta llegar el 26 de mayo de 1816 a Santafé. La capital se rindió, y Morillo inició una serie de persecuciones hoy recordadas con el nombre del “Régimen del Terror”.

42

Antes de estos acontecimientos, Simón Bolívar, en su campaña de 1813, había decretado la Guerra a Muerte, esto es, la persecución sin piedad a todo peninsular presente en estas tierras y el perdón a los americanos sin importar la ideología. Cuando Morillo llegó, el decreto aún estaba en funcionamiento, y respondió a él con un despliegue de crueldad aún mayor hacia los americanos. Una vez en Santafé, estableció los tres pilares del Régimen del Terror: la Junta de Secuestro, encargada de confiscar todas las propiedades de los patriotas; el Tribunal de Pacificación, que detenía a todos los que apoyaban la causa patriótica, encarcelándolos o exiliándolos; y el Consejo de Guerra Permanente, que estaba encargado de la ardua tarea de juzgar y ejecutar a los culpables de traición. Los pocos militares que permanecieron en la República de las Provincias Unidas escasamente alcanzaron a escapar; algunos se refugiaron en las planicies orientales del Casanare, desde donde organizaron una resistencia débil pero valerosa.

Tales persecuciones violentas por parte de Morillo terminaron por favorecer a Bolívar. Los habitantes de la Nueva Granada creían que sufrían en manos de Morillo por haber cometido el “crimen” de haber nacido en América. Desde ese momento la lealtad al rey se cortó definitivamente. En las regiones montañosas surgieron grupos guerrilleros que encontraron apoyo a través de una red de espías urbanos que les daban información sobre los movimientos de las tropas realistas. Poco a poco, estos grupos lograron ir debilitando el dominio militar de Morillo. Cada vez más ciudadanos veían al ejército de Morillo como un ejército de ocupación, y de ese modo la expulsión del ejército de ocupación se convirtió en

el objetivo principal. Con este fin en mente, los patriotas buscaron restablecer el Estado convocando para los inicios de 1819 un Congreso en la ciudad de Angostura, en Venezuela (hoy llamada Ciudad Bolívar), y formando un ejército capaz de derrotar a los españoles. Simón Bolívar estaba a la cabeza de ambos procesos.

Bolívar viajó de la Nueva Granada hacia Jamaica en mayo de 1815. La caída de la Segunda República Venezolana y el reto insuperable de unir políticamente a la Nueva Granada y de liderar las acciones militares en contra de las provincias realistas lo obligaron a buscar refugio en las Antillas. Una vez allí, el 6 de septiembre de 1815, escribió su famosa Carta de Jamaica o “Contestación de un sudamericano a un caballero de esta isla”, en la que examinó cuidadosamente la situación de las provincias españolas en América; aventuró predicciones sobre su futuro; y, siguiendo lo que Francisco Miranda había dicho años atrás, recuperó el nombre de Colombia para la entidad política que habría de formarse si la Nueva Granada (Colombia y Ecuador) y Venezuela podían unirse en una sola nación. Poco tiempo después, viajó de Jamaica hacia Haití y, con la ayuda del Presidente Alexandre Petión, organizó la expedición a los Cayos el 20 de marzo de 1816, un nuevo esfuerzo para liberar a Venezuela, que resultó fallido. El 17 de julio de 1817 Bolívar había logrado tomar control del territorio de Angostura y, unos días después, el 24 de julio, se declaró Jefe Supremo del Ejército. Una vez Bolívar había reafirmado su control sobre Angostura, le abrió el río Orinoco a la Legión Británica, que entró a Venezuela por esta ruta con el fin de reforzar la precaria posición militar de los ejércitos de los patriotas y suministrarles ayuda y valiosas provisiones.

Unos meses después, ya en febrero de 1819, en la misma población de Angostura, Bolívar dio un paso fundamental: instaló, el 15 de ese mes el Congreso de Angostura, restableciendo así la república. En su discurso de apertura expresó: “He tenido el honor de reunir a los representantes del pueblo de Venezuela en este augusto Congreso, fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la Nación”.<sup>8</sup> Aclaró ante el Congreso que “La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los Colombianos; de hecho estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos”.<sup>9</sup> Las cartas estaban sobre la mesa: la república había sido restablecida, el ejército reforzado y Bolívar era el líder

8 Simón Bolívar, “Discurso pronunciado por el Libertador Simón Bolívar ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819, día de su instalación”, documento online disponible en [Wikisource](http://www.wikisource.org), [www.wikisource.org](http://www.wikisource.org). consultado el 3 de junio de 2011.

9 Bolívar, “Discurso pronunciado por el libertador”.

militar indiscutido. La unión entre Venezuela y la Nueva Granada, bajo el nuevo nombre de Colombia, parecía un objetivo posible.

Uno de los militares refugiados en los llanos de Casanare, donde llegó escapándose de Pablo Murillo, fue Francisco de Paula Santander. En el precario ejército que se mantuvo en aquel lugar durante los años 1816 y 1817, Santander no solo ascendió como oficial hasta alcanzar el grado de General de Brigada, sino que recibió el encargo de Bolívar de convertir en ejército organizado las fuerzas revolucionarias dispersas en las extensas llanuras de esa región del país. Santander logró lo solicitado y además sugirió a Bolívar que la Nueva Granada era el objetivo inicial si el propósito era liberar todo el norte de Suramérica de la presencia española. Bolívar así lo entendió y dio forma a la invasión que tras cruzar los Andes debía liberar a Santafé. El 23 de mayo de 1819 se dio inicio a la campaña; el 5 de julio comenzó el paso de los Andes, por un lugar casi imposible de cruzar, lo que sin embargo se logró. El 25 de julio Bolívar llevó a sus tropas a la victoria en la batalla del Pantano de Vargas, y el siguiente 7 de agosto consiguió la famosa victoria militar de la batalla de Boyacá, lo que le permitió entrar triunfante en Santafé tres días después. Con la victoria, sin embargo, Bolívar no logró libertar la totalidad de la Nueva Granada. El tortuoso camino de la independencia sería largo, y habría de durar varios años más. Pero la victoria sí le permitió instalar en Santafé un gobierno capaz de dirigir las acciones políticas y militares necesarias. La ciudad no volvería a caer jamás en manos del dominio imperial español.

44

## COLOMBIA: LA SEGUNDA REPÚBLICA (1819-1830)

Bolívar regresó triunfante a Angostura para anunciar al Congreso su éxito militar. Con la victoria asegurada, el Congreso emitió la Ley Fundamental de la República de Colombia el 17 de diciembre de 1819. El artículo primero de la ley establecía que “Las Repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola bajo el título glorioso de República de Colombia”. El artículo segundo determinaba que el territorio de la república “será el que comprendían la antigua Capitanía General de Venezuela y el Virreinato del Nuevo Reino de Granada”. El artículo quinto dividía el territorio en “tres grandes Departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá las provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos Departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santafé”. El artículo octavo ordenaba que el Congreso de Colombia debía reunirse nuevamente el primero de enero de 1821, en la ciudad de Villa de Rosario de Cúcuta.<sup>10</sup>

10 “Ley fundamental de la República de La Gran Colombia”, documento online disponible en *Wikisource*, [www.wikisource.org](http://www.wikisource.org). consultado el 3 de junio de 2011.



LA "GRAN" COLOMBIA

Esta cita tuvo lugar, solo hasta el 6 de mayo de 1821. El siguiente 30 de agosto los representantes firmaron la Constitución de Colombia, conocida como la Constitución de Cúcuta o la Constitución de 1821, debido al lugar y la fecha en que se firmó. De carácter centralista, en su Título Segundo, Sección Segunda, determinó que el gobierno de Colombia será popular representativo, que el pueblo no ejercerá por sí mismo otras atribuciones de la soberanía que las elecciones primarias, y que el poder supremo estará dividido para su administración en legislativo, ejecutivo y judicial. El Congreso determinó que el Presidente debía ser Simón Bolívar y, Vicepresidente, Francisco de Paula Santander, y para capital del Estado se señaló por su posición central a la ciudad de Bogotá. Santander, de hecho, gobernó pues Bolívar siguió al mando de los ejércitos libertadores, los que estuvieron en campaña hasta 1826.

Los años que transcurrieron entre 1821 y 1826 estuvieron marcados por la continuación de la guerra y los esfuerzos por dar forma y estabilidad al Estado recién creado. Mantener dichos ejércitos en campaña representó un esfuerzo enorme para la población que luchaba por dar fundamento a un orden civil: proyectos para fundar universidades, crear instituciones de gobierno y administración, establecer la navegación a vapor y los ferrocarriles, construir escuelas y caminos, fomentar la industria, contratar sabios en el extranjero, impulsar la imprenta, en fin, estas y otras actividades que resumen rápidamente las intensas acciones emprendidas por el régimen de Santander durante estos primeros años, lo que siempre se vio limitado por la necesidad de continuar la guerra contra los españoles.

Pronto emergieron graves tensiones entre los líderes del ejército y los de la sociedad civil. Bolívar y Santander no lograban ponerse de acuerdo sobre las prioridades, y los problemas crecieron debido al resentimiento que los gobernantes en Quito y Caracas desarrollaron frente al poder adquirido por Cundinamarca. En 1826, la ciudad venezolana de Valencia intentó sabotear el gobierno de Santander. Bolívar regresó del Perú y, de camino a Caracas, se detuvo en Bogotá. Se puso del lado de los venezolanos en contra de Santander y de ese modo se granjeó la enemistad de los cundinamarqueses. La Constitución de Cúcuta comenzó a perecer, y con ella la República de Colombia.

Las dos facciones principales en conflicto intentaron negociar sus diferencias a través de una convención que tuvo lugar en Ocaña entre marzo y junio de 1828, pero no fue posible llegar a un acuerdo. Con el colapso de la convención, la Constitución de Cúcuta dejó de existir. Ante estos hechos, la población de Bogotá aclamó como dictador a Bolívar, declarada por decreto el 23 de agosto de dicho año, pero con la condición de que debía convocarse a elecciones en 1830. Los opositores de Bolívar se radicalizaron, y el 25 de septiembre de 1828 intentaron asesinarlo. Bolívar sobrevivió al atentado, pero políticamente se vio incapaz de mantener el orden en el territorio. Además, en marzo de 1829 Perú le declaró la guerra a Colombia, situación que obligó al libertador a salir de Bogotá y retornar a las campañas militares. Cuando regresó, en enero de 1830, el Congreso que se había reunido para discutir una nueva Constitución ya había iniciado sus sesiones. Este, que fue conocido como *Admirable*, alcanzó a cumplir con su cometido, pero ya era poco lo que se podía hacer: los venezolanos se habían pronunciado a favor de separarse de Cundinamarca y los ecuatorianos iban por el mismo camino. Sencillamente Colombia había dejado de existir. Bolívar así lo entendió, renunció a la presidencia, se despidió de sus pocos amigos en Bogotá y de su amante, Manuela Sáenz, y salió rumbo al exilio. Murió en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830.

## EL FIN DE UNA ERA DE CAMBIO

Numerosos factores, aparte de la muerte de Bolívar, confluyeron para crear las condiciones de la guerra civil que llevó a la Segunda República a su fin en 1830. La dictadura de Bolívar, las conspiraciones en su contra, la guerra con el Perú, las numerosas rebeliones en contra del régimen colombiano, la rebelión abierta de Venezuela en contra del gobierno nacional en Bogotá, los esfuerzos del consejo de ministros de establecer una monarquía constitucional, el apabullante rechazo con que muchos recibieron la reciente constitución y, en particular, la presencia de tropas venezolanas en Bogotá, fueron todas circunstancias determinantes.

La llamada rebelión del batallón Callao marcó el comienzo del fin. Este batallón, conformado principalmente por venezolanos, estaba bajo el mando de un fervoroso bolivariano, Rafael Urdaneta. A pesar de su gran influencia sobre la política bogotana, el nuevo presidente de la república, Joaquín Mosquera, se rehusó a aumentar el número de soldados, como lo exigía Urdaneta. Del mismo modo se rehusó a nombrar a Urdaneta ministro de guerra. En “El Santuario”, un lugar cercano a Bogotá, las tropas de los partidos opositores se encontraron en una violenta batalla. Los venezolanos salieron triunfantes. La Constitución de 1830 quedó en entredicho, así como los gobernantes elegidos bajo su manto. Estos renunciaron y el Consejo Municipal de Bogotá, el 5 de septiembre de 1830, ratificó el pedido de algunos habitantes de nombrar en el poder al general Urdaneta.

La muerte de Bolívar, tres meses después, cambió el curso de las cosas. La legitimidad de Urdaneta se fundaba en las peticiones de que Bolívar volviera a Bogotá a gobernar a Colombia. Los venezolanos en Bogotá ya no tenían a Bolívar como excusa para imponer sus intereses. Aunque al principio Urdaneta se dedicó a perseguir sin misericordia a los sospechosos de conspiración, la realidad de los hechos lo obligó a negociar la paz. Las dos facciones se reunieron en las Juntas de Apulo a finales de abril de 1831. Allí todos los partidos se propusieron buscar un acuerdo, aceptar la separación de Venezuela y Quito, y fomentar la unión de las provincias que habrían de pertenecer a Cundinamarca bajo un solo gobierno hasta que una nueva reunión creara un modelo político satisfactorio. Y así ocurrió: Urdaneta renunció a su cargo y regresó a Venezuela. El 20 de octubre de 1831 la asamblea constituyente se reunió y el 29 de febrero de 1832 fue aprobada la nueva constitución. Con esta nació la República de la Nueva Granada.



## CAPÍTULO 2

### LAS NACIONES COLOMBIANAS

Los Estados nacionales ocultan bajo su manto de unidad jurídica y administrativa la presencia en el mismo territorio de una gran variedad de grupos étnicos, que para el caso colombiano comprenden poblaciones indígenas, afrocolombianas y gitanas (Rom), además de la mestiza, fruto de la mezcla de los anteriores con los europeos llegados a estas tierras desde los primeros años del siglo XVI. En este sentido, Colombia es resultado de dinámicas históricas poblacionales que hicieron de este país una mixtura de naciones, esto es, un variado tapiz compuesto por comunidades con diferencias profundas en sus lenguas, costumbres, prácticas y creencias. Después de muchas tensiones y pugnas, esta realidad es reconocida hoy en la Constitución (Artículo 7º: el Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la Nación), pero ello no significa que siempre haya sido así.

Así mismo, si consideramos la manera como esa población se ha distribuido en el territorio a lo largo de los últimos dos siglos, encontramos que las dinámicas demográficas supusieron movimientos de colonización que no solo expandieron la frontera agrícola interna hasta los extremos de la Amazonia y Orinoquia colombiana, sino que hoy ocupan todos los nichos ecológicos existentes en el país. Luego de la independencia, dichas corrientes migratorias han sido provocadas principalmente por la expulsión masiva de pobladores de regiones con gran concentración de la propiedad de la tierra, primero hacia zonas consideradas en el siglo XIX como tierras baldías, esto es, libres de toda posesión o propiedad salvo por haber sido propiedad de la monarquía española, y después, ya en el siglo XX, hacia zonas de selva, las que hasta la fecha solo habían estado habitadas por tribus indígenas que nunca fueron sometidas a la Conquista española.

El rostro de la actual Colombia, su mapa, pacientemente configurado durante el siglo XIX y perfeccionado merced a los adelantos tecnológicos del siglo XX, muestra hoy un país de grandes ciudades y populosas poblaciones, que albergan más del 70% del total de la población, casi toda ella concentrada en las regiones andina y caribeña. Este predominio urbano oculta, sin embargo, un pasado campesino que, aunque se remonta hasta los años posteriores a la Independencia, nació igualmente de movimientos colonizadores y sobrevivencias étnicas de indígenas y afrocolombianos. En este sentido, las tensiones generadas por dichas movilizaciones de población y su transformación en sociedades campesinas, forzadas luego a trasladarse a las nuevas o rejuvenecidas ciudades, contienen una de las claves de la historia contemporánea de Colombia que conocemos como *La Violencia*.

Este capítulo muestra, entonces, a partir de ese carácter multiétnico de Colombia y del predominio de la población urbana sobre la rural, cómo se construyó el país actual. Para ello, se toman en consideración sus dinámicas demográficas y los modos de poblamiento que se han operado durante los últimos dos siglos.

## LA POBLACIÓN INDÍGENA DE COLOMBIA

50

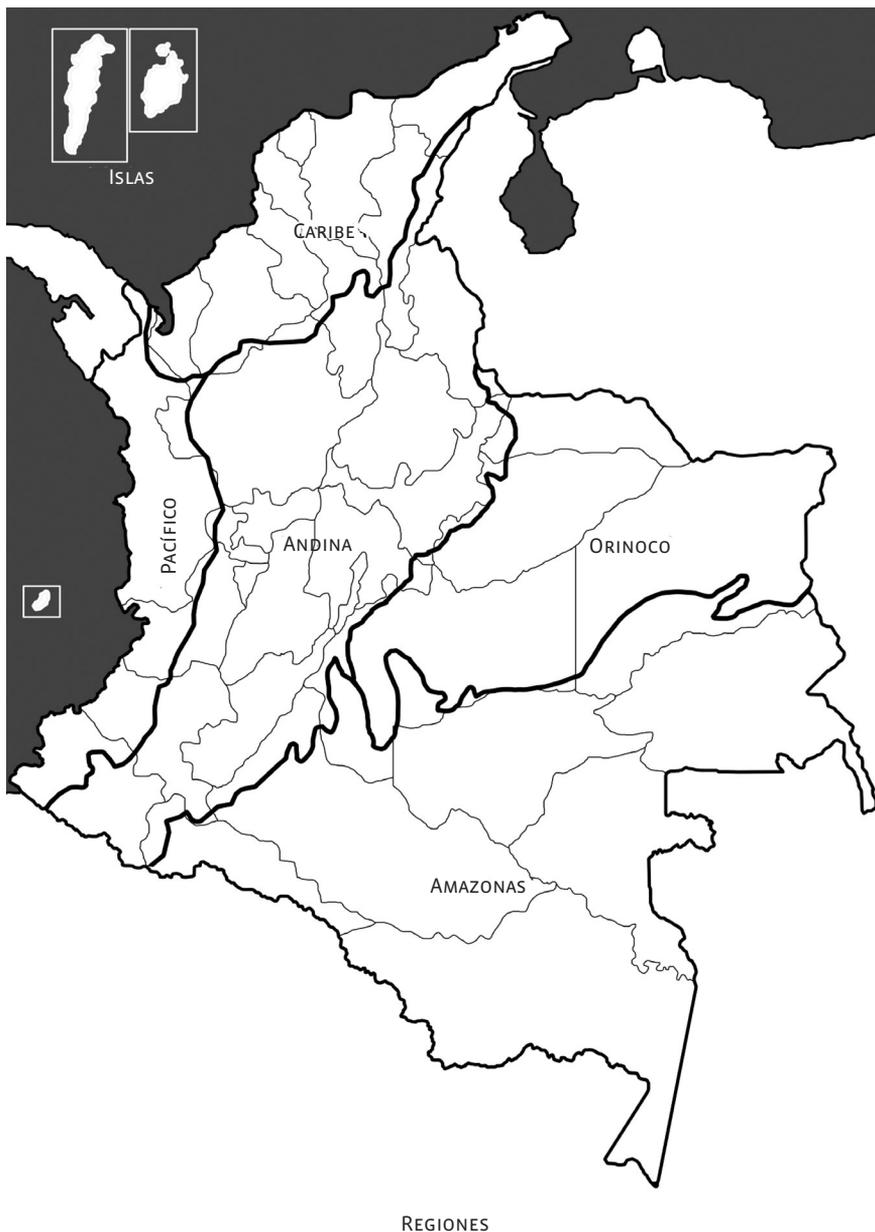
Colombia es hoy en día, más de cinco siglos después de la Conquista europea, un país con significativa presencia indígena y numerosa población de ancestros africanos. De los 41.468.384 habitantes que tenía el país según el censo de 2005, y descontando el 2,1% de la población que no respondió a la pregunta con la autodefinición étnica (860.976 individuos), tenemos que 34.898.171 de los colombianos (78%) se identificaron como blancos o mestizos, 1.392.623 (3,4%) se reconocieron como indígenas y 4.311.757 (10,4%) lo hicieron como afrocolombianos. Lo que nos muestra que cerca del 14% de los colombianos estima que es de origen distinto al mestizo, el más numeroso y por ello dominante en términos demográficos, y al blanco descendiente de europeos. Si bien es difícil establecer tales categorías con absoluta certeza, pues en Colombia, después de cinco siglos de mezcla, las categorías étnicas o raciales son altamente subjetivas, lo importante es que parten de lo que las personas registradas pensaban de sí mismas y no de la percepción del funcionario que los estaba empadronando.

Ahora bien, Colombia ciertamente es un país de mestizos, pues el 58% de sus habitantes se reconoce como tal y otro 20% dice ser blanco; no es posible desconocer, sin embargo, que el 22% restante está compuesto por etnias y naciones que son igualmente colombianas. Comenzando por los indoamericanos, estas comunidades se caracterizan por su diversidad: 87 etnias diferentes, las cuales hablan al menos 67 lenguas distintas al español. Ellos están presentes en todas las regiones del país, pese a que la mayoría se concentra en la región

amazónica, que alberga 48 de dichos grupos. Esto significa que en la zona con menor presencia mestiza y blanca del país, pero sujeta a intensos procesos de colonización por parte de estos grupos, la población indígena es abundante. En la región andina de Colombia, en la que mestizos y blancos son dominantes, se asientan trece grupos indígenas y una cantidad igual en la región de la Orinoquia, que sigue aún poco poblada en términos absolutos; en la costa Caribe habitan diez grupos y en la del Pacífico, seis.

Estas etnias son las sobrevivientes a cuatro siglos de dominación por parte de la población blanca, mestiza e incluso afrocolombiana. No se sabe cuántos naturales habitaban este territorio antes de la llegada de los españoles a comienzos del siglo XVI, aunque cuatro millones es la cifra generalmente aceptada, pero se estima que sesenta años después quedaban cerca de un millón y medio, concentrados paradójicamente en las zonas de mayor presencia española o definitivamente en las selvas, lejos de cualquier contacto con los invasores y sus nuevas poblaciones y rutas de comercio. Después de esta inicial catástrofe poblacional, que en las zonas de poblamiento español significó que solo quedaran vivos un poco más de medio millón de naturales a mediados del siglo XVII, las comunidades sobrevivientes tendieron a estabilizarse e incluso a mostrar algo de mejoría en términos demográficos. Las razones son de dos tipos: unas tienen que ver con los efectos a largo plazo de la aplicación de medidas relativamente protectoras por parte de la Corona española, como lo fueron las Leyes Nuevas de 1542 o el régimen de resguardos instaurado desde los años finales del siglo XVI y que duró en muchos lugares hasta después de la Independencia; otras razones, tal vez más importantes, se encuentran en la resistencia cultural que las comunidades indígenas desarrollaron, esto es, el hecho de convertirse en grupos activos capaces de utilizar el sistema español en su propio beneficio.

Lo cierto es que hacia 1810 muchas de dichas etnias se manifestaron contrarias a la independencia, pues entendieron que para su futuro ofrecía mayores garantías seguir fieles a un rey lejano y básicamente protector que a una población de mestizos y criollos que lo único que deseaba era su tierra y, al convertirlos en individuos, ponerlos a trabajar como jornaleros. Durante el siglo XIX vivieron además los efectos del poderoso proyecto civilizador del naciente Estado nacional, que en su ideal de consolidar una república de ciudadanos no podía aceptar que existieran personas distintas a ciudadanos educados al modo del dominante modelo occidental. Así mismo, tuvieron que adaptarse a una creciente economía de mercado, para lo cual fueron transformadas en sociedades campesinas arrinconadas en el minifundio o en la aparcería, lo que las mantuvo crónicamente en la pobreza rural. En este sentido, la historia de estas comunidades en el siglo XX fue, de una parte, la de su lucha contra la pobreza y, de otra, la de la movilización política en defensa tanto de sus tierras como de su lengua, prácticas y creencias.



REGIONES

Los movimientos colonizadores del siglo XX, que fueron efecto de la expulsión de grandes cantidades de campesinos de sus tierras y de poblaciones en las zonas andinas y caribeñas, así como de la puesta en marcha de proyectos agroindustriales, madereros y mineros, tuvieron un efecto devastador sobre las comunidades indígenas en zonas que nunca antes habían enfrentado de manera masiva la presencia mestiza y blanca. La Orinoquia y Amazonia colombianas, así como las zonas selváticas en el Pacífico y en los límites con Panamá y Venezuela, fueron el objetivo de estos procesos que transformaron

antiguos campesinos en nuevos colonos, los que buscaron tierras en zonas habitadas desde hace milenios por naturales de la zona. La tragedia ha sido enorme, pues los efectos demográficos causados por la dominación de los colonos, hacendados y empresarios, sin dejar de mencionar narcotraficantes y guerrilleros, revivió las ahora ya viejas historias de la época de la conquista española.

En consecuencia, aunque Colombia no es un país con predominio de población indígena, como lo pueden ser Bolivia, Perú, Ecuador o Guatemala, sí tiene un significativo porcentaje de indoamericanos que, protegidos por la Constitución actual y orgullosos de sus tradiciones y modos de vida, deben enfrentar las presiones de dinámicas sociales y económicas que después de dos siglos de vida republicana siguen atentando contra su continuidad como etnias y, por ello, su derecho a existir como tales en el futuro. La Independencia para estas poblaciones no se dio con el fin del dominio español que se logró a partir de 1810, pues la Independencia solo incumbió a mestizos y blancos, su historia en los decenios siguientes fue igualmente de dominio y resistencia; por el contrario, que estos grupos llegaran a ser vistos como comunidades independientes y al mismo tiempo parte de una nación, es fruto de las luchas políticas del siglo XX que hicieron visibles y reconocibles sus derechos ante la Constitución de 1991.

## LA POBLACIÓN AFROCOLOMBIANA

53

Colombia es el tercer país en América con mayor población de ancestro africano, después de los Estados Unidos y Brasil. Como quedó dicho al inicio, según el censo de 2005 este conjunto es de 4.311.757 habitantes. Sin embargo, con base en otros estimativos que no parten del autorreconocimiento y que incluyen zambos (mezcla de indígena y negro) y mulatos (blanco con negro), el número de afrocolombianos puede llegar hasta unos trece millones de colombianos, el 29% de la población. Se distribuyen en todo el país, incluso en zonas tan remotas como la Orinoquia y la Amazonia; sin embargo, por razones históricas, los afrocolombianos se concentran mayoritariamente en el departamento del Chocó (región del Pacífico), donde representan el 83% del total de la población; en el departamento isleño de San Andrés y Providencia, donde son el 57%; y en los departamentos de Bolívar, Valle y Cauca en los que agrupan al 28%, 27% y 22% de los habitantes, respectivamente. Cabe advertir que, aunque desde mediados del siglo XIX la población afrocolombiana ha permanecido concentrada en las regiones mencionadas, los fenómenos de pobreza y violencia propios de la segunda mitad del siglo XX han generado desplazamiento de personas y grupos familiares desde sus zonas de origen hacia las grandes ciudades, ocasionando así que en Cartagena, Cali, Barranquilla, Medellín y Bogotá viva más del 29% de la actual población afrocolombiana.

Los afrocolombianos, al contrario de los indígenas, no se diferencian entre sí por etnias con culturas y lenguajes diferentes salvo dos excepciones: la raizal y la palenquera. Aunque en América todos encuentran su origen más remoto en la trata de esclavos, activa desde el siglo XVI y con el puerto de Cartagena de Indias como uno de los más dinámicos en todo el continente, la mezcla deliberada de los miembros de las diferentes tribus, como estrategia para impedir toda forma de solidaridad de origen, creó al cabo del tiempo un grupo humano que se diferenció no por su lugar de origen sino por la adaptación al lugar de residencia.

Con todo, esta estrategia no siempre fue exitosa, y aunque el lugar común de origen y las penas de la esclavitud pudieron haber influido en la creación de vínculos entre algunos esclavos en América, fueron más bien las experiencias cotidianas que la gente vivía y compartía, las familias y los lazos de parentesco que crearon con el tiempo, y las estrategias que usaron para dar sentido a sus vidas, las que tuvieron una decisiva influencia en las formas como los africanos se adaptaron y adoptaron sus lugares de residencia en América convirtiéndola en su hogar.

La comunidad afrocolombiana de San Basilio de Palenque, en el departamento de Bolívar, es un magnífico ejemplo de lo anterior: resultado de una fuga de esclavos a comienzos del siglo XVII, desarrollaron con el tiempo una lengua y cultura propia, consecuencia de las varias comunidades de distinto origen africano presentes al interior de la empalizada que los protegía de los españoles. Además de estos palenqueros colombianos, otro grupo de descendientes de africanos disfruta de una cultura e idioma propios: la comunidad raizal, que pobló originalmente las islas colombianas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina; allí llegaron provenientes de las colonias inglesas en las Antillas, principalmente de Jamaica. Por esto, hablan un idioma más cercano al inglés y desde el punto de vista religioso muchos son miembros activos de la Iglesia Bautista.

Otros afrocolombianos que reclaman un estatus étnico propio y son reconocidos como tal son los que habitan en el corredor del Pacífico que atraviesa los departamentos del Chocó, Valle, Cauca y Nariño. Del mismo modo, hay una densa población de afrocolombianos y otros ciudadanos de raza mezclada en la región Caribe y en la cuenca del río Magdalena, pese a que algunos de ellos niegan su ascendencia africana por variadas razones, una de las cuales es sin duda la atmósfera histórica de discriminación y exclusión hacia gente de tales orígenes en Colombia. Además, los que han sido desplazados de las regiones del Pacífico y del Caribe hacia las grandes ciudades como resultado de actos sistemáticos de violencia con motivos raciales, se autodenominan “afrodes”, término que combina el significado de ser descendientes de africanos con el de ser desplazados, pues han sido forzados a dejar sus hogares. Algunos de los individuos que conforman estas nuevas poblaciones afrocolombianas urbanas han encontrado maneras

de resistir y de adaptarse a sus nuevos contextos con el uso de estrategias como la creación de comunidades alrededor de orígenes o experiencias comunes, centradas en la devastadora realidad del desplazamiento y la separación.

También existe una gran población de mulatos en la región de la costa norte y la zona ribereña de los grandes ríos que desembocan en el Magdalena o directamente en el mar Caribe, de la cual una parte reconoce su ascendencia afrocolombiana. Todos ellos en conjunto dan lugar a la diferencia estadística entre los cuatro millones autorreconocidos y los otros nueve millones que no lo aceptan por razones culturales o lo niegan con fines de registro ante el Estado. Finalmente, la población urbana de origen afrocolombiana está en aumento por las razones ya expuestas, y así vincula las prácticas ancestrales y la adaptación de costumbres propias de las grandes ciudades.

La Independencia de España, a comienzos del siglo XIX, no representó para los esclavos y negros libres un cambio significativo. Con respecto a los esclavos, tanto los *peninsulares* como los patriotas les ofrecieron la libertad a cambio de combatir en sus filas, lo que realmente significó que terminaran reclutados por los dos bandos. La constitución instaurada en Cúcuta en 1821 ofreció la libertad solo a aquellos que nacieran a partir de ese año (libertad de vientres), pero la obtendrían una vez cumplidos los 21 años de edad. A los negros libres, por su parte, no les fue reconocida la ciudadanía, razón por la cual ser libres no significaba ser iguales a blancos o mestizos, únicos que podían tener derechos en la nueva República. En 1851 se decretó la liberación de todos los esclavos que habitaran en el país y se prohibió a partir de entonces cualquier forma de esclavitud en el territorio.

Muchos de los libertos, que a la fecha habitaban en las zonas mineras de la región del Pacífico y habían poblado las riberas de los grandes ríos que de los Andes desembocan en el Caribe, además de las ciudades costeras sobre este mar, se quedaron a vivir en dichas zonas, razón que explica su alta concentración en estas regiones. Sin embargo, ahora permanecían convertidos en campesinos y mineros pobres en las zonas rurales y artesanos o pequeños comerciantes en las zonas urbanas. Muy pocos de ellos lograron destacarse en una sociedad predominantemente mestiza y blanca, que favorecía a aquellos que mejor se adaptaban y sacaban provecho de las condiciones de vida en las grandes ciudades. Por este motivo, su relación histórica con la discriminación es análoga a las tribulaciones de las poblaciones indígenas en cuanto a que la Independencia tampoco significó la emancipación inmediata ni la igualdad política y económica para los descendientes de africanos en Colombia. Fueron las luchas políticas del siglo XX las que finalmente lograron traerle un mayor reconocimiento a los afrocolombianos, reconocimiento que fue codificado en “derechos” en la Constitución de 1991.

## OTROS COLOMBIANOS

Además de los grupos anteriores, en Colombia se asienta una pequeña comunidad de origen gitano, también conocida como población Rom, que según el censo de 2005 apenas llega a unas cinco mil personas, organizadas en familias que se ubican mayoritariamente en las ciudades de Bogotá, Girón y Cúcuta. Llegaron al país después de la Independencia, aprovechando el aligeramiento de las prohibiciones que sobre ellos estuvieron vigentes durante los siglos coloniales, y huyendo de la difícil situación que tuvieron que enfrentar en la Europa decimonónica y en las dos guerras mundiales. Aunque la Constitución colombiana de 1991 garantiza sus derechos como Nación y no solo como individuos, lo cierto es que se han visto afectados por la violencia urbana vinculada al narcotráfico.

Un número significativo de colombianos tiene su origen en la migración que desde fines del siglo XIX se realizó desde Palestina, Siria y Líbano. Varias son las razones que motivaron este movimiento de población, que podemos rastrear desde la Guerra de Crimea hasta el conflicto árabe-israelí que comenzó a mediados del siglo XX. En conjunto, entrando principalmente por el puerto de Barranquilla, se asentaron inicialmente en las ciudades de la costa Caribe, donde aún hoy es manifiesta la influencia de su cultura, para luego, siguiendo el curso del río Magdalena, penetrar lentamente hacia el interior del país. Aunque se autorreconocen como colombianos, y en forma alguna se valen del principio constitucional que da autonomía a las etnias para lograr derechos especiales, son ellos la población colombiana de origen extranjero más numerosa del país.

En términos generales, Colombia no es un país de inmigrantes. Salvo por las dinámicas iniciales que trajeron a españoles y africanos a estas tierras, después de la Independencia las colonias de extranjeros se han destacado precisamente por ser minoría en la sociedad colombiana, a diferencia de lo sucedido en Argentina y Brasil, para mencionar solo casos suramericanos. En este sentido, durante el siglo XIX llegaron algunos alemanes, ingleses, franceses e italianos, no en número suficiente como para variar la composición demográfica del país, pero sí como para influir en las costumbres de las élites. La historia del siglo XX no es muy diferente, apenas muestra una mayor variedad de orígenes pero no un incremento importante en los números. Todos ellos terminaron asimilados a la sociedad urbana colombiana, sobre todo por emparentar, a través del matrimonio con familias de nacionales. Cabe destacar la presencia de judíos en Colombia, que se conoce desde que se hicieron visibles en el siglo XIX al desaparecer la persecución de que eran objeto por la Inquisición española, pero que no fue significativa hasta la emigración forzada por la persecución nazi durante la Segunda Guerra Mundial.

## LA DEMOGRAFÍA Y SUS NÚMEROS

La Colombia mestiza es, sin duda, la dominante en términos de su composición étnica y cultural. Hoy, ese 58%, además del 20% que se autorreconoce como blanca, es resultado del modo como ha crecido la población durante los últimos cien años. No obstante, si queremos entender estos fenómenos de crecimiento debemos tener en cuenta el siglo anterior para tener una base de comparación. El primer censo de población de la República independiente, realizado en 1825 y nunca aceptado oficialmente por deficiencias en su elaboración, arrojó un total de 1.129.200 habitantes en lo que hoy es Colombia y en ese entonces se llamaba Departamento de Cundinamarca. Si tenemos en cuenta a todas las personas que poblaban lo que en ese momento se conocía como República de Colombia (que incluía a Venezuela, Ecuador y Panamá) el total asciende a 2.583.799. Esto significa, por lo tanto, que Cundinamarca era el más poblado de los departamentos que conformaban el naciente Estado nacional, pues reunía cerca del 50% del total. De esta manera, si tomamos como punto de partida las cifras de 1825 para Cundinamarca, la evolución de la población colombiana hasta el día de hoy es la siguiente:

Tabla 1. Población 1825-2005

Censo	Total
1825	1.129.200
1835	1.570.900
1843	1.812.600
1851	2.105.600
1864	2.441.300
1870	2.713.000
1887	3.666.000
1898	4.183.000
1905	4.122.000
1912	5.972.604
1918	5.855.077
1928	7.851.110
1938	8.697.041
1951	11.548.172
1964	17.484.508
1973	20.785.235
1985	27.837.932
1993	33.109.840
2005	41.468.384

Fuente: Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE.<sup>1</sup>

1 Las cifras para el siglo XIX son indicativas, pues ningún censo goza de aceptación, igual sucede con el de 1905.

Según la tabla anterior, durante los doscientos años de vida republicana que han transcurrido hasta el presente, Colombia multiplicó un poco más de 36 veces su población inicial. Este aumento, que en términos absolutos resulta constante, no mantiene sin embargo el mismo ritmo a través de los años: durante todo el siglo XIX el total de la población se multiplicó por tres (de 1.129.200 en 1825 a 4.122.000 en 1905) mientras que durante los cien años que corrieron entre 1905 y 2005 el total de habitantes se incrementó en poco más de diez veces (de 4.122.000 a 41.468.384). Son evidentes, entonces, unas mejores condiciones de vida para los colombianos a medida que corría el siglo XX.

En términos demográficos, la tasa promedio anual de crecimiento fue del 1,6% durante los primeros setenta y cinco años del siglo XIX. Las malas condiciones de salubridad en las ciudades, la inexistencia de hospitales y otros cuidados médicos en las zonas rurales, la proliferación de epidemias y otras situaciones similares explican el lento crecimiento de la población colombiana. Sin embargo, más allá de la alta mortalidad, es posible hablar del crecimiento de la población gracias a una estrategia cultural que favoreció familias numerosas y matrimonios o embarazos en edad temprana; no obstante, esto tuvo sus costos: la gente se casaba pronto y mujeres muy jóvenes, adolescentes para estándares actuales, tenían hijos y con frecuencia morían dando a luz. Con todo, no podía ser de otra manera, pues la esperanza de vida de los colombianos era de apenas 29 años al terminar el siglo XIX y nunca llegaron al país inmigrantes en número suficiente como para alterar de manera positiva el ritmo de crecimiento demográfico.

A diferencia de Argentina, Brasil y Chile, Colombia no acrecentó su población a través de la inmigración, dada la escasa cantidad de inmigrantes europeos que llegaron a la república a finales del siglo XIX y principios del XX. Sin embargo, desde 1875 hasta 1900 el porcentaje de crecimiento en Colombia aumentó a un promedio de 1,8%, lo que refleja ciertas mejoras de salud pública en las ciudades, el desarrollo de hospitales y de la atención médica en zonas rurales y urbanas, y un tratamiento más efectivo de las epidemias, pese a que las campañas de salud pública modernas no empezaron sino hasta el siglo XX.

Ahora bien, el siglo XX significó un cambio sustancial en la situación anterior. De una parte, las transformaciones favorables respecto a las condiciones de vida tanto en las ciudades como en muchos de los pueblos –de la zona andina primero, y del resto del país después– permitieron que la expectativa de vida pasara el umbral de los 70 años al comenzar el siglo XXI. En este sentido, un mayor cubrimiento en salud tanto de poblaciones urbanas como rurales, mejores prácticas higiénicas, el aumento progresivo de los médicos e instituciones de salud en relación con el total de la población, en fin, la reducción de la mortalidad, causó que la tasa promedio anual de crecimiento subiera al 2,2%. De otra parte, estas mejoras, al cabo de los años y ante las dificultades para

planificar el crecimiento demográfico –pues lo impedían las creencias católicas dominantes en la nación– llevó a la explosión demográfica de los decenios de 1960 y 1970. Durante estos veinte años la tasa promedio anual de crecimiento fue al menos del 3%, momento en el que el Estado favoreció la migración del campo a la ciudad, dando como resultado la Colombia urbana del presente.

Finalmente, los últimos años del siglo XX y los primeros del XXI evidencian una clara disminución de la tasa de crecimiento de la población, no así la tendencia a vivir en las ciudades. En efecto, aunque el paso hacia el siglo XXI ha visto una marcada reducción en la tasa de crecimiento, la tendencia en años recientes ha favorecido el crecimiento urbano. Ahora, los colombianos que nacieron durante el *boom* de población de los años sesenta y setenta, están en la etapa más productiva de su vida, un fenómeno que no concuerda con el número de trabajos disponibles. La pobreza que esto ha generado, ha producido un crecimiento rápido de grupos guerrilleros o insurgentes, de redes de narcotráfico y otras actividades criminales. En su conjunto, esta “crisis social” es uno de los retos más difíciles que enfrentan los colombianos en la actualidad.

Otras características importantes de anotar con respecto a la demografía colombiana durante los dos siglos de vida republicana son: primero, según el censo de 2005, el 51,4% de la población colombiana es femenina, mayoría que se ha mantenido invariable a través del tiempo, pues esta proporción ya era manifiesta al finalizar la época colonial. Segundo, lo que sí cambió, y dramáticamente durante estos dos siglos, fue la relación entre lo urbano y lo rural en términos demográficos: en 1938 el 31% de la población habitaba en las cabeceras municipales, lo que representa que para entonces unos 2.700.000 habitantes vivían en condiciones más cercanas a la vida urbana que a la rural, mientras que los restantes 6.000.000 estaban dedicados a las faenas del campo y poblando el territorio en pequeñas veredas, cuando no dispersos entre las montañas y valles del país; esta herencia del siglo XIX, que examinaremos a continuación, contrasta con las cifras del censo de 2005, que arrojan un 76%, esto es 35.600.000 colombianos, asentados en las cabeceras municipales, ya claramente urbanas por los modos de vida y prácticas sociales allí desarrolladas. Por último, es una constante el modo como se distribuye la población en el territorio, apenas con variaciones por los procesos recientes de colonización, pero muy similar en términos de preferencias a lo largo de los últimos doscientos años y aún desde los siglos coloniales: si tomamos como referencia el censo de 2005, vemos que el 70% de los colombianos vive en la región andina, preferiblemente en zonas que van de los 1.000 a los 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar; el 20% habita los territorios del Caribe; apenas el 5% puebla las inmensas zonas de la Amazonia y Orinoquia; un 3% se distribuye en las selvas y bosques húmedos del corredor del Pacífico; y el restante 2% tuvo que salir del país por razones económicas o políticas.

## COLONOS Y POBLADORES: EL SIGLO XIX

De acuerdo con la tendencia señalada al finalizar el aparte anterior, la preferencia de los habitantes del país fue habitar desde épocas coloniales en las zonas templadas y frías de los Andes colombianos y, en un muy lejano porcentaje, en las llanuras del Caribe. El siguiente cuadro, que presenta la población por provincias según el padrón de 1789, así lo deja ver:

Cuadro 1. Población por provincia, 1789

Provincia	Población
Tunja	270.813
Santafé	119.779
Cartagena	119.647
Santa Marta	83.908
Popayán	70.463
Antioquia	48.604
Mariquita	47.138
Llanos	21.931
Chocó	15.286
Neiva	13.000
<b>Total</b>	<b>810.569</b>

Fuente: Martha Herrera, "Las divisiones político-administrativas del Virreinato de la Nueva Granada a finales del periodo colonial", en *Historia Crítica*, 22, diciembre de 2001, Bogotá, Universidad de Los Andes, 76-104.

60

Las provincias de la zona andina, que comprendían Tunja, Santafé, Popayán, Antioquia, Mariquita y Neiva, reunían en esa fecha el 70% de la población empadronada, la cual se organizaba en torno a 39 ciudades y villas y 331 *pueblos de indios*; las provincias del Caribe, Cartagena y Santa Marta, congregaban el 25% de la población en 12 ciudades, 56 pueblos de indios y 50 *sitios* (lugares poblados por individuos libres de distintas razas); el 5% restante, con solo una ciudad y 29 pueblos de indios, apenas poblaba las extensas regiones de la Orinoquia, Amazonia y Pacífico de la Nueva Granada. Las preferencias eran entonces claras y sentaron la tendencia que hemos mencionado. La Independencia y el incremento demográfico del siglo XIX no cambiaron las primacías regionales pero sí se dieron movimientos de población de gran envergadura que terminaron por cambiarle el rostro al país: a partir del urbanismo colonial se dio paso en el primer siglo republicano a una nación cuya población era en su mayoría campesina. Muchos colombianos poblaron nuevas tierras y habitaron cientos de aldeas recién fundadas o heredadas de los siglos coloniales, que ahora servían como núcleos de vinculación de dicha población a una naciente economía de mercado y como asiento de las aún débiles instituciones del Estado.

El siguiente cuadro, que nos presenta la distribución de la población en 1825, 1870 y 1912, organizada por estados según el ordenamiento federal de 1870, para hacer comparables los números, nos permite apreciar las direcciones y magnitudes de los movimientos de población que ocurrieron durante el siglo XIX:

**Cuadro 2. Población en el siglo XIX**

Estado	1825	1870	1912	Aumento 1825-1870	Aumento 1870-1912
Antioquia	104.017	365.974	1.082.135	261.721	716.161
Bolívar	121.663	241.704	535.617	120.041	293.913
Boyacá	208.762	498.541	620.730	289.779	122.189
Cauca	149.778	435.078	865.728	285.300	430.650
Cundinamarca	188.695	413.658	717.714	224.963	304.056
Magdalena	56.320	88.928	202.560	32.608	113.632
Santander	201.207	433.178	604.465	231.971	171.287
Tolima	98.496	230.891	440.617	132.395	209.726
<b>Total</b>	<b>1.129.174</b>	<b>2.707.952</b>	<b>5.069.566</b>	<b>1.578.778</b>	<b>2.361.614</b>

Fuente: Hermes Tovar Pinzón, *Que nos tengan en cuenta. Colonos, empresarios y aldeas: Colombia 1800–1900*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1995, 28.

El aumento de poco más de millón y medio de habitantes que se produjo entre 1825 y 1870 se repartió en su mayoría entre los estados de Antioquia, Boyacá, Cauca, Cundinamarca y Santander; en menor medida en los estados de Bolívar y Tolima y, escasamente, en el estado del Magdalena. Es importante advertir que mientras el crecimiento demográfico en los estados de Cundinamarca y Boyacá se debió a un incremento natural, el de Antioquia, principalmente, y los de Bolívar, Cauca, Santander y Tolima, tuvieron lugar debido a la migración.

Estos movimientos se aceleraron aún más durante los decenios finales del siglo XIX, evidenciando las líneas principales de movilización que se sucedieron a lo largo de dicho siglo, particularmente durante la segunda mitad de la centuria: las rutas migratorias más importantes llevaron a la gente desde la región andina de la cordillera Oriental en el centro del país hacia la cordillera Occidental o bien hacia el extremo norte de la cordillera Oriental, en lo que hoy es Norte de Santander. Del mismo modo, la gente se desplazó desde las cordilleras Central y Oriental hacia las sabanas en el interior de la costa Caribe, en lo que hoy son los departamentos de Córdoba y Sucre.

De esta manera, el aumento de más de dos millones de habitantes que se produjo durante los cuarenta y dos años que transcurrieron entre 1870 y 1912, se repartió entre la zona antioqueña, los estados caribeños, tomados en conjunto, y el estado del Cauca. Por su parte, Cundinamarca y Tolima experimentaron una disminución relativa de crecimiento poblacional, y Boyacá y Santander tuvieron



#### DIVISIÓN POLÍTICO-ADMINISTRATIVA

una disminución absoluta de población. En otras palabras, las fuentes de población de los movimientos colonizadores del siglo XIX fueron principalmente Boyacá y Santander, que expulsaron de sus tierras a personas que se fueron a habitar, en su mayoría, lo que se denominó la *Gran Antioquia*, abierta a golpe de hacha y machete desde fines del siglo XVIII; pero también poblaron las zonas templadas de Cundinamarca y Norte de Santander, que habrían de producir la primera economía del país centrada en el café, a través de un sistema de haciendas.

La expansión de la frontera agrícola durante el siglo XIX se movió hacia climas más templados, bajando la montaña. Resulta interesante cómo la expansión colombiana hacia el occidente concuerda con un fenómeno similar de expansión hacia el occidente en los Estados Unidos en el siglo XIX. En términos generales, el movimiento hacia el occidente en Colombia fue llevado a cabo por

colonos. Con sus familias o en grupos pequeños, se desplazaron y despejaron zonas que consideraban tierras del Estado, no privadas. El Estado nacional apoyó tal iniciativa, pues era de interés económico integrar grandes extensiones de tierra fértil al emergente proyecto nacional. También iba de la mano de los ideales políticos y económicos defendidos por el Partido Liberal Radical. Esto es, que la democracia (o así se suponía) se reforzaría al compartir el desarrollo democrático con los ciudadanos que tenían parcelas de tierra pequeñas y medianas, una especie de “democracia jeffersoniana” en el occidente de Colombia, modelada según el ejemplo estadounidense.

Este ideal, sin embargo, jamás se alcanzó. Rápidamente los colonos empezaron a competir con los grandes terratenientes, especuladores y juristas que habían logrado apropiarse, por medio de una variedad de estrategias, de las tierras recién abiertas y trabajadas por los colonos. Sus tácticas obligaban a los colonos a colonizar nuevas tierras o a volverse jornaleros y aparceros en las grandes haciendas construidas por personas más ricas y políticamente influyentes. Al final, por lo tanto, y aunque las nuevas fronteras agrícolas fueron el resultado del desplazamiento de miles de colonos, muchos de ellos y sus familias vieron cómo sus oportunidades se truncaban debido a los abusos de los grupos más ricos que lograban adueñarse de grandes extensiones de tierra, las mismas que ellos habían despejado y trabajado. Las tensiones que este proceso generó dieron paso a una nueva forma de violencia atada a la tierra en Colombia. Las guerras civiles del siglo XIX habían sido conflictos ideológicos liderados por caudillos. Para finales del siglo, la propiedad sobre la tierra y las condiciones para su explotación y usufructo se habían vuelto las dos causas principales de las violentas contiendas entre los colombianos.

La dinámica de abrir la frontera agrícola interna durante el siglo XIX estuvo acompañada de un fenómeno importante: la colonización no ocasionó la dispersión de la población en el territorio sino, al contrario, reunió a la gente en los pueblos y ciudades. Este proceso de poblaciones crecientes alrededor de centros urbanos funcionó como un importante principio organizador del territorio. Surge entonces una gran paradoja del siglo XIX: mientras el país se volvió cada vez más agrícola, la cantidad de pueblos aumentó considerablemente. Estos pueblos reunieron grandes grupos de personas y, sobre todo, fue en ellos en donde las instituciones de la emergente república se situaron: la Alcaldía, el mercado, la Iglesia, la tienda, el colegio, el juzgado, la notaría, el consultorio médico, la cárcel, el café, el hotel, la terminal de transportes y la estación de telégrafo. Estos nuevos pueblos se volvieron los nuevos centros de un tipo de institución heredada del periodo colonial que sobrevivió a la Independencia: el municipio.

El Estado nacional hizo un gran esfuerzo por desarrollar el nivel de institucionalidad requerido para mantener una presencia notoria a lo largo de todo

el territorio. Así, las *cabeceras municipales*, pueblos considerados los más importantes en un área dada, se volvieron centros fundamentales de organización política y de integración socioeconómica. Fue allí donde se fundaron las instituciones del Estado emergente. En este sentido, los movimientos colonizadores del siglo XIX, de los cuales proviene nuestro campesinado moderno, estuvieron acompañados de la fundación sistemática de pueblos, que se volvieron núcleos de los municipios. Por lo tanto, en vez de darse una dispersión aleatoria de gente, los pueblos permitieron que las fronteras agrícolas de Colombia, en los costados de las montañas, se integraran lentamente al Estado nacional y adoptaran de diversas formas las costumbres y las prácticas de las zonas urbanas. En resumen, la mayor parte de la población se volvió rural en el siglo XIX, a medida que las fronteras agrícolas se expandían hacia los valles y las montañas donde los colonos trabajaban las tierras propias o ajenas, pero jamás vivió tan lejos de un pueblo como para no poder visitarlo con frecuencia y beneficiarse, en mayor o menor medida, de los servicios que le ofrecía.

## UN PAÍS URBANO: EL SIGLO XX

64 Ya entrado el siglo XX, en 1912, los poco más de cinco millones de colombianos se agrupaban en unos 800 municipios; sin embargo, en ellos todavía predominaba la población que vivía por fuera de las cabeceras municipales: un 75% de esos cinco millones, esto es, 3.750.000 habitantes. Por tanto, se puede afirmar que Colombia era un país rural. Pero, según lo advertimos en el aparte anterior, lo importante para señalar es que ese restante millón y medio de habitantes (25%) ejercía el control real del territorio al dominar las relaciones de mercado, las instituciones del Estado y las otras dinámicas socioculturales de la nación. Por ello, las cabeceras municipales terminaron convirtiéndose en los núcleos que marcaron la dirección que tomaron las dinámicas de crecimiento y asentamiento poblacional durante los decenios que siguieron, hasta el punto de transformar a Colombia en un país mayoritariamente urbano al finalizar el siglo XX: según el censo de 2005, el 74,3% de los colombianos viven en las cabeceras municipales, mientras que el resto, el 25,7%, unos once millones, se asientan en las zonas rurales de los municipios.

Las dinámicas demográficas del siglo XX, que como vimos significaron multiplicar la población inicial por diez a lo largo de la centuria, dieron lugar a un doble fenómeno, no enteramente nuevo si atendemos a lo explicado para el siglo anterior: de una parte, al tiempo que crecía la población, esta era expulsada o migraba de unas regiones hacia otras, lo que expandió de nuevo la frontera interna del país y dio lugar a la fundación de nuevos municipios: hoy existen en total 1.102; de otra parte, una proporción significativa de esa población expulsada

ya no buscó nuevas tierras, sino que prefirió migrar a las grandes ciudades, movimiento que se vio impulsado por políticas gubernamentales y por los modelos de desarrollo del capitalismo colombiano. Desde esta perspectiva, afirmar que Colombia se convirtió en un país urbano significa que dicho cambio se operó sobre la base de un aumento considerable de la población pobre en las ciudades.

Con relación a la expansión de la frontera agrícola, la expulsión de población favoreció el crecimiento de la agroindustria en zonas rurales, al tiempo que los campesinos transformados de nuevo en colonos tuvieron que buscar nuevas tierras pero en las zonas que quedaban, esto es, las tierras muy cálidas de los valles interandinos y, sobre todo, las tierras selváticas de la Amazonia y Orinoquia colombianas. En las ciudades, la consolidación del Estado y del capitalismo, al tiempo que enriqueció sobremanera a unos pocos y aumentó dramáticamente el número de pobres, permitió un incremento importante de la clase media, en parte gracias al desarrollo del sector de servicios y de empleados, a lo que se sumó la profesionalización de amplios sectores de la población.

De esta manera, el componente principal de las naciones colombianas, la población mestiza y blanca, en su mayoría es hoy social y culturalmente urbana, aunque muchos de ellos aún encuentran filiaciones con el campo en sus padres y abuelos; esta característica la distancia todavía más de la población indígena y afrocolombiana, cuya gran mayoría sigue habitando las zonas rurales de los municipios en los que se asientan o en las poblaciones de las regiones de más reciente colonización. Vale la pena advertir que la tendencia a preferir las regiones andina y caribeña sobre las demás no ha variado en forma alguna. Además, las diferencias culturales que cada región genera en la población asentada en ella sigue haciendo de la diversidad la marca más profunda de la población colombiana.

El siguiente cuadro, que reúne datos generales del censo de 2005 relacionados con la distribución de la población por departamentos –y que especifica la población residente en sus respectivas capitales y el número de municipios que los conforman– nos permite dar una rápida mirada a la Colombia que resulta hoy luego de doscientos años de historia.

**Cuadro 3. Distribución de la población por departamentos**

Departamento	Total población <sup>a</sup>	Población en la capital <sup>b</sup>	Número de municipios
Bogotá D.C.*	6.824.510		1
Antioquia	5.601.507	2.175.681	125
Valle del Cauca	4.052.535	2.083.171	42
Cundinamarca	2.228.682	*	116
Atlántico	2.112.001	1.142.312	23
Santander	1.913.444	509.216	87

Continúa

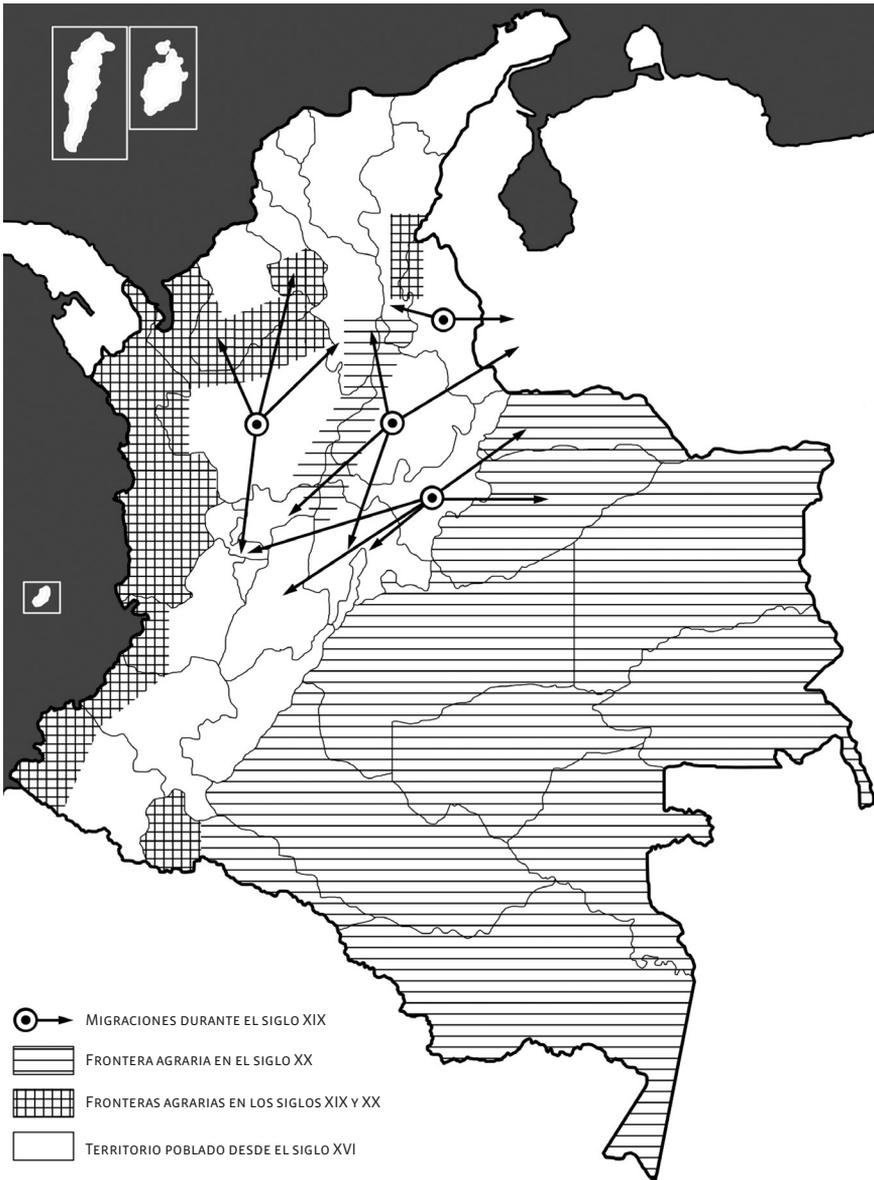
Departamento	Total población <sup>a</sup>	Población en la capital <sup>b</sup>	Número de municipios
Bolívar	1.836.640	842.228	46
Nariño	1.498.234	312.377	64
Córdoba	1.462.909	286.575	30
Tolima	1.312.304	468.647	47
Boyacá	1.210.982	146.621	123
Cauca	1.182.022	226.978	42
Norte de Santander	1.208.336	567.664	40
Magdalena	1.136.819	385.122	30
Huila	1.001.476	295.961	37
Caldas	898.490	353.312	27
Cesar	878.437	299.065	25
Risaralda	859.666	371.239	14
Meta	713.772	356.464	29
Sucre	762.263	219.639	26
La Guajira	655.943	136.183	15
Quindío	518.691	273.114	12
Chocó	388.476	101.134	30
Caquetá	337.932	121.898	16
Putumayo	237.197	25.751	13
Casanare	281.295	90.218	19
Arauca	153.028	62.634	7
Guaviare	56.758	34.863	4
San Andrés y Providencia	59.573	48.421	2
Amazonas	46.950	23.811	2
Vichada	44.592	10.032	4
Vaupés	19.943	13.066	3
Guainía	18.797	10.793	1
<b>Total</b>	<b>41.468.384</b>	<b>31.890.892</b>	<b>1.102</b>

<sup>a</sup> Censo de población, sin modificaciones.

<sup>b</sup> Población modificada en 30 de junio de 2005.

\* Capital de la nación.

Fuente: Departamento Administrativo Nacional de estadística, DANE. Censo 2005.



MOVIMIENTOS DE POBLACIÓN, SIGLOS XIX Y XX



## CAPÍTULO 3

# LAS DINÁMICAS DE UNA COMUNIDAD POLÍTICA

Disuelta la República de Colombia en 1830, conocida como la *Gran Colombia* por reunir en ella las actuales repúblicas de Colombia, Panamá, Ecuador y Venezuela, lo que entonces era el Distrito de la Nueva Granada se convirtió en la *República de la Nueva Granada*. Nació de las cenizas de la guerra civil de 1830 a 1831, que enfrentó al general Rafael Urdaneta, jefe del ejército y quien actuaba como dictador luego de la renuncia de Simón Bolívar a la presidencia y de su posterior deceso en 1830, con caudillos regionales que se oponían no solo a dicha dictadura sino a cualquier intento de establecer una monarquía o concentrar todo el poder político en una persona.

El proyecto de unir a La Nueva Granada, Ecuador y Venezuela en una gran república llamada Colombia, imaginado por Francisco de Miranda pero hecho realidad por Simón Bolívar al proponerlo al Congreso de Angostura en 1819, tuvo problemas desde muy temprano. En 1826 los distritos de Venezuela y Quito dieron a conocer su inconformidad con el centralismo que impuso la Constitución de Cúcuta, que favorecía a La Nueva Granada al concentrar todo el poder en Bogotá, y también manifestaron su recia oposición a las nacientes ideas monarquistas y en especial a la decisión de Bolívar de instaurar la Constitución que ideó para la recién creada Bolivia. Federalistas contra centralistas, los segundos como defensores de un riguroso control de las personas y las instituciones frente a los primeros, los protectores de las libertades individuales tuteladas únicamente por las leyes, dieron así forma rápidamente a las irreconciliables facciones políticas cuyos enfrentamientos llevaron a que el proyecto de la Gran Colombia llegara a su fin. Con todo, la situación ya venía siendo políticamente insostenible desde 1828, pues el fracaso de la Convención de Ocaña no solo dejó sin vigencia la Constitución de Cúcuta sino que preparó el camino

para la separación de Venezuela y Ecuador, ocurrida durante los primeros meses de 1830, precisamente cuando debía sesionar la Convención que dio forma a la llamada *Constitución Admirable*. De esta manera, tanto la ausencia de dichos distritos, que pronto se convertirían en repúblicas, como la renuncia a la presidencia que Simón Bolívar presentó a la Convención, causaron que esta nueva carta política naciera muerta.

La secesión, y la guerra civil que ella produjo, permitieron que en las provincias de La Nueva Granada naciera un nuevo caudillismo. Los caudillos, hombres poderosos acompañados de soldados leales, se abrieron campo en la política al participar en la nueva convención legislativa. De esta manera, en Bogotá, del 20 de octubre de 1831 al 29 de febrero de 1832 se discutió la nueva Constitución; las elecciones para presidente dejaron como ganador a Francisco de Paula Santander, en ese momento en el exilio como consecuencia de las acusaciones de las que fue objeto debido a la conspiración contra Bolívar del 25 de septiembre de 1828. Santander envió su aceptación al cargo desde Nueva York y se posesionó el 7 de octubre de 1832, tres días después de haber regresado a Bogotá, elegida de nuevo capital, pero ahora de la República de La Nueva Granada.

Con este cambio, concluida ya la época de la independencia y de la primera Colombia, se dio inicio a una nueva etapa histórica. A partir de febrero de 1832 corren los 181 años que tiene hoy como entidad jurídico-política este país. Es cierto que para la fecha ya habían transcurrido dos agitados decenios, abiertos en ese ya lejano 1810 que le había dado forma con sus juntas autónomas a las repúblicas urbanas; lo es también que fueron años durante los cuales se debatieron los alcances de las nuevas libertades y las fórmulas para garantizarlas; y, no menos importante, durante esos dos decenios iniciales se fraguaron las instituciones, se enunciaron los posibles modelos administrativos, se formularon los principios irrenunciables y se abrió un nuevo horizonte de posibilidades para este conjunto humano. Pero todo esto fue el inicio, el momento del nacimiento. Es a partir de 1832 cuando comenzó la ingente tarea de poner todo eso en marcha y darle forma a un ideal republicano que no solo era difícil de alcanzar sino que se iba transformando con el transcurso del tiempo.

Este capítulo aborda entonces el comienzo de dicha construcción colectiva de lo que hoy conocemos como Colombia, tarea que no ha dejado de ser ardua y a veces sangrienta. Quienes defendieron los principios de la democracia y el republicanismo moderno, también se entregaron a feroces y penosos conflictos. El capítulo comienza con la historia del Estado colombiano y su transformación de un Estado democrático liberal (esto es, según la definición decimonónica, uno guiado por filosofías y preceptos de la Ilustración europea) a un Estado Social de Derecho, guiado por un creciente sentido de ley y sociedad.

## LA CIUDADANÍA

Durante los años finales del siglo XVIII, entre criollos, mestizos y peninsulares –habitantes de las ciudades neogranadinas–, rondaban ya noticias sobre los hechos ocurridos en Estados Unidos y Francia, las cuales daban lugar a comentarios sobre los derechos del hombre y del ciudadano, el derecho a elegir y ser elegido o la posibilidad de hacer las leyes soberanamente, entre otros temas. De esta manera, algunos habitantes comenzaron a pensar que era lícito aspirar a vivir en una república democrática, esto es, fundada en el reconocimiento y garantía de derechos civiles y políticos de un nuevo ser social: el ciudadano.

La independencia de España demostró rápidamente que la organización de las nuevas entidades políticas se haría sobre tales términos; por eso, en las primeras constituciones, como la de Tunja de diciembre de 1811 o la del Estado de Antioquia de mayo de 1812, se incluyó el siguiente texto como parte del articulado relacionado con el tema de los derechos: “Dios ha concedido igualmente a los hombres ciertos derechos naturales, esenciales e imprescriptibles, como son defender y conservar su vida, adquirir, gozar y proteger sus propiedades, buscar y obtener su seguridad y felicidad. Estos derechos se reducen a cuatro principales, a saber: la libertad y la igualdad legal, la seguridad y la propiedad”.<sup>1</sup> En otras palabras, los principios esenciales de la carta francesa de los derechos del hombre, que consideramos civiles, ya estaban incluidos en las primeras constituciones de las repúblicas que se estaban formando en la antigua Audiencia de la Nueva Granada; algo similar ocurría con los derechos políticos, esto es, aquellos referidos a la participación en el gobierno: la misma Constitución de Tunja de diciembre de 1811 estableció, en sus artículos 21 a 23, que la soberanía consiste en la facultad de dictar leyes; que ninguna parte de la nación puede dominar a otra; que nadie sin delegación legítima puede ejercer autoridad sobre los demás ni realizar funciones públicas; que toda elección debe ser libre y que cada ciudadano tiene derecho a participar, mediata o inmediatamente, en la formación de las leyes y el nombramiento de los representantes o funcionarios públicos. De esta manera, enfrentar la separación de España era alcanzar la libertad civil y la política mediante la transformación del súbdito o vasallo en ciudadano, pero ¿quién es este ciudadano?

Los desarrollos constitucionales de la actual Colombia, a partir de la carta de 1832, dan una respuesta clara a dicha pregunta. En primer término, es requisito insalvable para ser ciudadano de la república pertenecer a ella, esto es, ser natural del territorio por nacimiento o por naturalización. Este principio se encuentra ya desde las cartas de 1811 y no ha variado hasta

1 “Constitución de la República de Tunja, 1811,” en Manuel Antonio Pombo y José Joaquín Guerra, *Constituciones de Colombia*, vol. 1, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1951, 246.

el día de hoy. Segundo, para ser ciudadano tienen que ser aplicables al individuo los requisitos para serlo, lo que comprende, además de ser parte de una comunidad política que se desarrolla en un territorio, las limitaciones provisionales o permanentes al ejercicio de la ciudadanía. En este aspecto sí se han dado cambios de importancia a lo largo de los últimos dos siglos: de una ciudadanía en extremo excluyente y formalista, guiada por la aspiración de homogeneizar a todos los habitantes de acuerdo con una sola definición de individuo, a otra que no solo es incluyente sino que acepta la diversidad como parte de la pertenencia a dicha comunidad política, esto es, a un Estado Social de Derecho<sup>2</sup>.

De esta manera, en 1832, se estableció que solo eran ciudadanos los mayores de veintiún años o los casados, con propiedades con un valor mínimo de \$300 o rentas por un valor base de \$150 y que la obtuvieran sin ser servidores domésticos o jornaleros, además de saber leer o escribir (aunque este requisito se difirió inicialmente hasta 1840). La Constitución de 1843 aclaró que la ciudadanía era solo para los varones mayores de veintiún años, aplazó la aplicación de la cláusula de alfabetismo hasta 1850 y determinó como obligatorio pagar las contribuciones directas correspondientes a los bienes o ganancias que se debían para ser considerados ciudadanos. La Constitución de 1853 redujo los requisitos a ser varón mayor de veintiún años o que se esté o se haya estado casado. La legislatura provincial del pueblo de Vélez, al norte de la capital, fue aún más lejos y votó para extender el sufragio a las mujeres, añadiendo que estas deberían estar debidamente representadas junto a los hombres en paneles electorales locales para asegurar que su participación fuese realmente válida. La Corte Suprema anuló esta ley, argumentando que los estados no tenían derecho a otorgar más derechos políticos que el resto de la nación. La Constitución federal de 1858 mantuvo los requisitos anteriores, y la igualmente federal de 1863 estableció que las constituciones de los estados debían todas garantizar los principios del gobierno popular, electivo, representativo, alternativo y responsable, pero dejaba a cada uno el derecho a determinar las calidades del ciudadano. Finalmente, en 1886, la última de las constituciones del siglo XIX estableció que “son ciudadanos los colombianos varones mayores de veintiún años que ejerzan profesión, arte u oficio, o tengan ocupación lícita u otro medio legítimo y conocido de subsistencia”.<sup>3</sup>

2 Este término hace referencia al hecho de que la Constitución de 1991 insiste en que el Estado colombiano funciona según una compleja carta de derechos humanos, en el sentido y uso contemporáneo del término.

3 “Constitución de 1886, Artículo 15”, documento online disponible en *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes*, [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com). consultado el 3 de junio de 2011.

Cincuenta años más tarde, en 1936, la reforma realizada ese año a la Constitución de 1886 cambió lo establecido por la carta original, pero lo hizo solo para dejar la ciudadanía en los varones mayores de veintiún años, quitando lo demás. Sin embargo, en esta reforma también se dio un paso para hacer realidad la participación de la mujer en los asuntos públicos, pues determinó, luego de reiterar que la calidad de ciudadano en ejercicio era requisito indispensable para elegir y ser elegido, y para desempeñar empleos públicos que lleven anexa autoridad o jurisdicción, que “la mujer colombiana mayor de edad puede desempeñar empleos, aunque ellos lleven anexa autoridad o jurisdicción, en las mismas condiciones que para desempeñarlos exija la ley a los ciudadanos”.<sup>4</sup> Unos años más tarde, en 1945, la reforma de la Constitución eliminó la referencia a los varones en la definición de la ciudadanía, dejándola así abierta para todo colombiano mayor de veintiún años, pese a que en el artículo siguiente limitó expresamente su ejercicio a los hombres en lo relacionado con el derecho a votar y a ser elegido. Un cambio fundamental se dio en 1957, cuando la reforma de la Constitución reconoció a la mujer los mismos derechos políticos de los varones. Finalmente, en 1975 se reformó la Constitución con el fin de establecer que se es ciudadano colombiano a partir de los dieciocho años.

La Constitución de 1991 solo determina cuándo se pierde o se suspende y mantiene la edad mínima en los dieciocho años. En este sentido, el carácter formal de la ciudadanía se universalizó al máximo, manteniendo invariable que la calidad de ciudadano en ejercicio es requisito insalvable para ejercer el derecho al sufragio, para ser elegido y para poder desempeñar cargos públicos que lleven anexa autoridad o jurisdicción. Lo nuevo en esta Carta, sin embargo, es la extensa consideración que hace sobre los derechos y deberes del colombiano. La ciudadanía formal, que implicó que todas las personas, hombres o mujeres, indígenas o afrocolombianos, en cuanto ciudadanos eran seres homogéneos, dio así paso a aceptar que se puede ser ciudadano y diferente a la vez, por lo que los derechos no se aplican a un ser humano definido en abstracto o, lo que es peor, como resultado de un ejercicio de dominación de un sector sobre los otros.

73

## LOS DERECHOS

Aunque la capacidad del Estado colombiano es aún limitada a la hora de garantizar efectivamente a todos el beneficio de los derechos que el actual contrato social reconoce y otorga, lo cierto es que la situación es hoy, después de casi dos

4 “Acto legislativo nro 1, agosto 5, 1936”, en “Reformas de la Constitución de 1886”, documento online disponible en *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes*.

siglos de vida republicana, muy distinta a la de los primeros años. En este sentido, los derechos civiles y políticos sin duda se han ampliado, lo cual es importante; sin embargo, la actual carta de derechos sociales, económicos, culturales y ambientales que establece la Constitución de 1991, y la institucionalidad que se ha ido formando para garantizar su cumplimiento, constituyen algo realmente contundente. Fruto de rebeliones políticas, resistencias culturales, batallas tanto ideológicas como partidistas, en fin, claros enfrentamientos sociales que llenan las páginas de la historia contemporánea colombiana de guerras fratricidas, la democracia formal que se inauguró en los decenios iniciales del siglo XIX propende hoy por un sistema político en el que el individuo es entendido también como un ser social y cultural con derecho a ser diferente.

Del listado básico de derechos civiles, tomados de la experiencia francesa de 1789 y consignados en las primeras constituciones, la coyuntura de la independencia permitió luchar al mismo tiempo por la inclusión de un sistema de derechos políticos. En este sentido, la historia de la democracia en Colombia parte de una situación inicial en la que se entendió que para afirmar los derechos del individuo se requería igualmente garantizarlos mediante la soberanía política. Por ello, no es extraño que en un momento tan temprano como abril de 1811, la Constitución de Cundinamarca, al tiempo que mantenía la monarquía como forma de gobierno, limitó su ejercicio al imperio de las leyes y a la soberanía del pueblo; igualmente, en los dieciséis artículos de su título XII, dio legitimidad a los siguientes *Derechos del Hombre y del Ciudadano*: igualdad y libertad legales, seguridad y propiedad, desarrollados mediante explicaciones sobre lo que debía entenderse por esos cuatro principios; además de explicitar el derecho a la libre expresión de las opiniones; a no establecer impuestos sino con fines de utilidad pública y con previo consentimiento; a no ser llamado a juicio, acusado o puesto preso sino bajo los casos y formas prescritas por la ley; y a participar en la elaboración de las leyes y en el nombramiento de sus representantes. Esto último, participar ya sea directamente al ser elegido o indirectamente al elegir, sustenta la soberanía popular.

Las siguientes constituciones del siglo XIX dejan ver lo poco que cambió esta concepción de los derechos durante los siguientes decenios. Las posibilidades de ampliarlos estaban limitadas por dos factores que no fueron fáciles de transformar: el primero, como ya lo explicamos, se debió a las restricciones de lo que en cada momento se entendió por ciudadano, lo que limitaba a solo una pequeña porción de la sociedad el gozo de los derechos políticos; el segundo, a la distancia que de hecho separó el ejercicio de los derechos civiles de los políticos, pues, mientras que un derecho civil, como el derecho a la propiedad privada, estaba igualmente garantizado para blancos, indígenas o negros (después de la abolición de la esclavitud en 1851), y además crecía con el rápido desmonte de los

mayorazgos<sup>5</sup> y de otras herencias del régimen colonial español —que incluyó el intento ampliamente exitoso de abolir los resguardos indígenas, la confiscación de propiedades en manos muertas, y los censos sobre la propiedad— un derecho político como la posibilidad de ser elegido, elegir y ejercer un cargo público quedó reducido durante casi toda la historia republicana de Colombia a los varones mayores de veintiún años. Por ello, corregir las ventajas que obtenían las clases sociales altas en el gozo de los derechos civiles y ampliar las bases sociales para el ejercicio de los derechos políticos es lo que le confiere sentido e importancia a las luchas sociales que han poblado la historia colombiana de los últimos dos siglos: gremios, organizaciones étnicas y de género, sindicatos, partidos de izquierda democrática o revolucionaria, en fin, individuos o colectividades con posturas libertarias acordes con cada momento, han jalonado por diferentes medios la ampliación democrática de los derechos civiles y políticos de los colombianos, en resumen, el proceso de pasar de la igualdad y libertad ante la ley, ya proclamadas y defendidas en 1811, a la equidad social enunciada en 1991.

Ahora bien, una nueva categoría de derechos tomó forma en el mundo durante la segunda mitad del siglo XX, la que se introdujo en el país por los mencionados grupos y personas: los derechos sociales. En este sentido, el debate sobre la necesidad de ampliar la base participativa del Estado colombiano, que se dio cuando organizaciones de género, étnicas y políticas de oposición civil o armada tomaron el liderazgo de la resistencia y rebeldía contra el régimen bipartidista imperante desde mediados del siglo XX, adquirió una magnitud insospechada cuando el movimiento estudiantil de la *Séptima Papeleta*, conformado en los últimos días de 1989 y primeros de 1990 como consecuencia de los asesinatos de varios de los candidatos de oposición a la Presidencia ejecutados por paramilitares y carteles de la droga, impulsó la idea de una nueva Asamblea Constituyente. La Constitución de 1991 nació de este movimiento, abriendo así el espacio para que desde un renovado pacto social se establecieran las nuevas bases de los derechos de los colombianos.

Esta constitución establece que Colombia es un Estado Social de Derecho, que afirma su carácter democrático, participativo y pluralista, por lo que se funda en el respeto de la dignidad humana, en el trabajo y la solidaridad de las personas que la integran y en la prevalencia del interés general, asegurando la convivencia pacífica y la vigencia de un orden justo. En el Título II agrupa en su primer capítulo los derechos fundamentales de los colombianos, que comienzan por la defensa de la vida y la prohibición de la pena de muerte; en el segundo capítulo reúne lo que considera derechos sociales, económicos y culturales; en el tercero agrupa los relacionados con los derechos colectivos y del ambiente; en el cuarto establece

5 Este sistema colonial español, cuya función era mantener intactos los grandes territorios dominados por España, prohibía que nadie excepto el hijo mayor pudiera heredar una propiedad.

cómo serán protegidos y aplicados; y, finalmente, en el quinto capítulo determina los deberes y obligaciones de los colombianos. En síntesis, un conjunto de principios que, más allá del debate sobre su aplicabilidad, estableció un nuevo horizonte de posibilidad para los colombianos: el de la equidad social como fin del Estado.

## EL MODELO DEMOCRÁTICO Y LA POLÍTICA

Desde 1810, no se ha considerado seriamente la posibilidad de establecer un Estado monárquico en Colombia, aunque es cierto que en algunas ocasiones se propuso, como ocurrió en 1811 con la Constitución de Cundinamarca o luego, durante los años finales del decenio de 1820, producto de una facción opuesta a la Constitución de Cúcuta. Por ello, algo que no se volvió a discutir en Colombia fue la naturaleza de su organización política como República Democrática Representativa. Con alguna recurrencia aparece en el horizonte nacional la solicitud de transformarlo al sistema parlamentarista, sin embargo, rápidamente se deja de lado por no ajustarse a la tradición presidencialista que desde sus inicios arraigó en el sistema político de la nación. Lo que sí se ha discutido, y muchas veces con la fuerza de las armas, es el carácter centralista o federalista de su organización y, al mismo tiempo, el equilibrio entre los poderes públicos. En términos generales, en el país ha predominado el centralismo político, lo que en consecuencia ha producido un desequilibrio en favor del poder ejecutivo.

Muy temprano en la historia republicana comenzaron los debates sobre los alcances del centralismo en la organización política de la nación. Ya examinamos en el capítulo relativo a la independencia que el desacuerdo produjo dos repúblicas al mismo tiempo, Cundinamarca y las Provincias Unidas; vimos igualmente, que una de las causas principales del derrumbe de la primera Colombia fue precisamente el rechazo de venezolanos y quiteños a un gobierno centralizado en La Nueva Granada. Luego de la disolución, el régimen a que dio lugar la República de La Nueva Granada en 1832 fue además de unitario –esto es centralista–, favorecedor del poder ejecutivo, en otras palabras presidencialista. Esta tendencia se mantuvo hasta 1853, cuando la Constitución de ese año abrió el espacio para la organización autónoma de las provincias, lo que dio lugar a una época breve y asombrosa de la historia decimonónica colombiana: ante el derrumbe de las tradiciones corporativas y barrocas construidas durante los siglos del dominio español, el desmonte del Estado central, de 1854 a 1857, significó que las provincias, convertidas de nuevo en repúblicas –al estilo de las de 1810– adoptaron nuevas normas, que incluyen la legalización del divorcio, el Estado secular separado de la Iglesia católica, la tasación directa, y otras medidas que subrayaban la importancia del individuo ante el Estado.

Estos extremos fueron los que pretendió controlar la Constitución de 1858, que aunque también federal, trató de recuperarle espacio político al centralismo y al presidencialismo al permitir al Estado federal intervenir en los asuntos locales mediante funcionarios nombrados con tal fin. Esto propició una recia guerra civil que le dio paso a la Constitución de 1863, igualmente federalista y claramente restrictiva de las autonomías absolutas reivindicadas por algunas de las antiguas provincias agrupadas de nuevo en estados; se seguía así el modelo norteamericano de 1787 pero tomando partido por las tesis de George Washington y John Adams, las del Partido Federalista, que favorecían un mayor control del poder central sobre las libertades de los estados asociados. De esta manera, la Constitución Federal colombiana de 1863 fue realmente una reacción contra los *excesos* de las provincias convertidas en repúblicas, y producto igualmente del proyecto que buscaba favorecer el sistema federal como estrategia para mantener el poder político partidista en las regiones.

Por ello el regreso al sistema centralista y presidencialista fue más rápido de lo pensado: de hecho la guerra civil de 1885 fue una de las más cortas y menos cruentas del siglo XIX. La Constitución de 1886 restableció, pero con más fortaleza, el Estado centralista y presidencialista, lo que dio paso a la guerra de 1895, primero y luego a la Guerra de los Mil Días (1899-1902) que, sin vencedores claros, dio lugar a la primera gran reforma de la Constitución, en 1910. Esta reforma moderó los excesos de la carta de 1886 y permitió un largo periodo de relativa paz política hasta 1945. Sin embargo, ni la reforma de 1910 ni la de 1936 pudieron evitar que la dinámica de la política colombiana se diera en términos de la disputa de los partidos políticos por hacerse al control del poder ejecutivo, y en general del Estado, con exclusión total del partido opositor: en lugar de permitir que el debate y las decisiones se tomaran en el Congreso mediante el juego de los partidos y sus ideas-programas, dejando la burocracia a cargo de técnicos y especialistas, lo que se buscó fue cimentar el poder en el monopolio de todos los cargos públicos, asegurando así las decisiones y, de grandes consecuencias para el futuro, creando clientelas políticas que garantizaran las fidelidades partidistas. La batalla pasó así de los campos a las elecciones, y por medio de estas a la administración pública, en el momento preciso en que su burocracia se hacía más amplia y compleja por los adelantos en la modernización del país.

El siglo XIX dejó como lección que el presidencialismo, como campo propicio para que el manejo partidista del Estado, propio de las democracias liberales, se convirtiera en factor de violencia crónica entre los asociados, pues el desequilibrio que generaba en el sistema de control de los poderes públicos debía mantenerse en calidad de monopolio, y por ello excluyente del partido opuesto, como requisito de permanencia en el poder. Esto se logró, generalmente, por la

fuerza de las armas: el triunfo garantizaba la exclusión del opositor, situación que por lo mismo solo podía ser corregida de nuevo por la guerra. Aunque la guerra civil formal desapareció con la llegada del siglo XX, la violencia partidista continuó siendo una de las características básicas del modelo político en Colombia, esto es, del modo como se lograba controlar el Estado colombiano.

En este sentido, el siglo XX presencié tanto la continuidad del centralismo y del presidencialismo como las consecuencias de las luchas partidistas por su control, las cuales dieron lugar a la gran crisis de violencia ocurrida durante los decenios centrales del siglo, y luego a lo que se conoció como el Frente Nacional: arreglo de las diferencias mediante la alternancia en la presidencia de los partidos Liberal y Conservador, y paridad al milímetro en la distribución de los cargos públicos. Este régimen, que duró constitucionalmente desde 1958 hasta 1974, pero que se prolongó de una u otra manera hasta 1986, cuando el presidente liberal Virgilio Barco tomó la determinación de regresar al gobierno de partido, marcó el punto más alto del presidencialismo en la historia del país. El acuerdo bipartidista, mediante la obligatoria alternancia en la presidencia, logró solucionar la confrontación armada que no solo ensangrentó al país durante los duros años de 1930 a 1958 sino que, además, sometió a una crisis profunda las instituciones que se venían forjando de tiempo atrás y abrió el espacio para la dictadura militar que gobernó de 1953 a 1957; así mismo, la paridad en los cargos públicos solucionó la disputa, pero debilitó definitivamente la adherencia partidista por razones ideológicas al fortalecer el clientelismo como mecanismo principal de fidelidad a los mismos. Con algunos antecedentes, la tendencia a fundar el Estado en una tecnocracia suprapartidista que controlara los altos cargos de gobierno fue establecida desde la reforma constitucional de 1958, cambio que fue posible como resultado de la paz partidista del Frente Nacional; sin embargo, las consecuencias de esta transformación y de dicha paz generaron impactos profundos en la sociedad y cultura política de los colombianos: la política como ejercicio ciudadano se desvirtuó, favoreciendo al técnico y castigando al político, al tiempo que nuevos actores, como el guerrillero, el narcotraficante, el paramilitar y el funcionario público corrupto, irrumpieron con fuerza en la vida nacional. Una sociedad cada vez más urbana se hizo políticamente apática, fenómeno evidente en la mayoritaria abstención electoral que acompañó todas las elecciones de los últimos dos decenios del siglo XX.

En este sentido, el modelo de Estado que se impuso con posterioridad al Frente Nacional y hasta la Constitución de 1991, no supo responder a los retos que los cambios que la sociedad y la cultura del país le planteaban, ni tampoco pudo ampliar las bases de participación en el mismo. Una solución se buscó con la reforma constitucional de 1986, que intentó ampliar la base de participación y acercar la democracia a la población mediante la elección popular de

gobernadores y alcaldes, y la descentralización administrativa. De una parte, las elecciones de los gobernantes regionales y locales reavivaron en algo la actividad política y, al menos en las grandes ciudades, se convirtió en factor de renovación al favorecer terceros partidos y aun candidaturas cívicas; sin embargo, en muchas regiones y poblaciones este cambio no fue suficiente para desterrar el clientelismo político, por el contrario, al derrumbarse el control del proceso electoral por parte de las directivas de los grandes partidos, se favoreció el ingreso al Estado, vía elecciones, de narcotraficantes y paramilitares. De otra parte, la descentralización no ha significado realmente trasladar a las regiones una mayor capacidad de autonomía en la toma de decisiones y, con ello, en las actividades que deben adelantar las instituciones que se desempeñan en este nivel. Las entidades de gobierno del sector central, esto es del Ejecutivo, siguen dictando hoy lo que debe hacerse tanto o más que en el pasado.

La Constitución de 1991 quiso fundar un nuevo modelo de Estado. Los tiempos así lo requerían: un movimiento guerrillero que se radicalizó ante el fracaso que supuso las conversaciones de paz de fines del decenio de 1980 y, en especial, el asesinato de prácticamente todos los miembros de la Unión Patriótica, partido de izquierda del que formaron parte las FARC y el Partido Comunista Colombiano, que buscó con éxito y por vía electoral acceso tanto al Congreso como a otras corporaciones y cargos públicos de gobierno; un paramilitarismo en ascenso, cuya actividad política iba más allá de controlar elecciones en los pueblos y cuya injerencia estaba convirtiendo a sus miembros en actores políticos nacionales que defendían sus propios intereses; la necesidad de acabar con los carteles de la droga, que en el decenio anterior ya habían conseguido llegar al Congreso y controlaban a empresarios, políticos y gobernantes; la crisis económica de los años 1980, y otro sin fin de problemas, hicieron necesario replantear el modelo colombiano de Estado. Los resultados fueron rápidos, pues en menos de un año se discutió y dio forma a una nueva Constitución, la de 1991, que propuso como fórmula el ya mencionado Estado Social de Derecho y una relación entre los poderes distinta a la que se había desarrollado en el pasado: ahora se buscaba controlar los excesos del presidencialismo mediante el fortalecimiento del poder legislativo y la ampliación del campo de acción de las altas Cortes en la rama judicial. Los resultados han sido limitados y, sin embargo, gobernar hoy en Colombia comienza a ser distinto a lo que se entendía y practicaba tanto en el siglo XIX como en el XX.

## EL GOBIERNO

Una gran paradoja es perceptible en la historia del Estado colombiano: al tiempo que el centralismo y el presidencialismo han generado una violencia crónica por

su carácter excluyente, todavía no solucionado por el actual modelo de Estado, el acto de gobernar ha permitido alcanzar logros importantes en la modernización del país y mejoras significativas en la calidad de vida de sus habitantes. Desde luego, es imposible afirmar que la pobreza, producto de desigualdades e inequidades sociales, económicas y aún políticas, esté hoy erradicada o en camino de estarlo, pero sin duda las tareas que han definido el objeto de gobernar a lo largo del tiempo, producto tanto de cambios ideológicos y culturales como de presiones surgidas de la lucha social, indican que hoy es posible adelantar en la consolidación de un Estado Social de Derecho.

Colombia definió desde muy temprano lo que entendería por gobernar: desde la Constitución de 1832, con continuidades claras a las primeras Cartas aprobadas en 1811, formuló que el poder supremo estaría dividido para su administración en legislativo, ejecutivo y judicial, prohibiendo la injerencia de los unos en los otros, y que es el objeto del gobierno proteger la libertad, la seguridad, la propiedad y la igualdad de sus habitantes; igualmente, desde sus inicios hasta 1991, enunció que era obligación del gobierno proteger a los habitantes en el ejercicio de la religión católica. Los cambios en esta concepción han sido pocos pero significativos: de una parte, propio del siglo XIX, la aceptación o no de un poder municipal, cuestión que aun hoy hace parte del debate sobre los alcances de la descentralización administrativa; de otra parte, la ampliación de los asuntos que deben ser gobernados; y, finalmente, la capacidad que deben tener los gobernantes de *asegurar* el futuro de la nación mediante el adecuado manejo de instrumentos modernos de administración pública. Considerar estos tres factores permite una mejor comprensión de algunas particularidades de la historia del Estado colombiano.

El primer factor que ha estructurado al Estado colombiano es el alcance de la descentralización administrativa. El origen del problema está en la tensión que los gobiernos municipales generan en la vida política de los colombianos debido a la diversidad de las regiones. Estas cambian según las características del territorio nacional, la forma en que la región fue poblada, y la imposición crónica del gobierno centralizado y sus instituciones. Las constituciones de 1832 y 1843 impusieron una postura centralista al exigir las autoridades locales se eligieran solo a través de la intervención directa del poder central. Por ejemplo, en la Constitución de 1843, el gobernador de una provincia era nombrado directamente por el presidente, que podía retirarlo en cualquier momento, lo cual aseguraba el poder político inmediato del Ejecutivo en las provincias. Los nueve estados que finalmente dieron forma a la Confederación Granadina (1858-1863) y a los Estados Unidos de Colombia (1863-1886) ofrecieron una solución intermedia para la relación de gobierno entre el municipio y el Estado central. La autoridad esta vez se fundaba en una especie de tensión permanente entre

los niveles central y federal, y esta tensión impedía que el municipio en efecto gobernara. Las condiciones de la concepción federal establecían, sin embargo, que el gobierno central gobernaría solo en asuntos expresamente delegados por los gobiernos federales. Por este motivo, la tendencia de los estados a gobernarse autónomamente, y los conflictos que en ellos surgieron cuando los cargos políticos regionales estaban bajo el control del partido o la facción opuesta, debilitaron al gobierno y, en general, al Estado federal.

Con la Constitución de 1886 el Estado se centralizó, y el gobierno quedó en manos de un solo partido político. El gobierno regresó a un poder ejecutivo exclusivo con agentes por todo el país, causando nuevamente una distribución desigual de poder entre las ramas del gobierno a favor del presidente, sus ministros, los gobernadores y los alcaldes. Estas fueron las figuras políticas que dominaron la escena durante el siglo siguiente. La situación no cambió hasta la reforma constitucional de 1986, año en que se aprobó la elección popular de gobernadores y alcaldes y, de este modo, la potestad del presidente y de la coalición que lo llevó al poder se limitó. A pesar del resurgimiento de la participación política en los contextos local y regional, especialmente en las áreas urbanas, causado por esta transformación, la reforma no consiguió una expansión significativa de los poderes de estos nuevos funcionarios públicos. El gobierno colombiano seguía siendo eminentemente centralista. Después de doscientos años, y aun tomando en cuenta los cambios en el pacto social, en Colombia los contextos regional y local de gobierno siguieron limitados en su capacidad de tomar decisiones administrativas fundamentales. Tales decisiones eran tomadas primordialmente en los niveles más altos del gobierno central.

Segundo, los asuntos objeto de gobierno han ido variando a medida que la sociedad y la vida en ella se ha ido haciendo más compleja con el correr de los años. A pesar de las diferentes ideas sobre quién debía gobernar durante el siglo XIX, la democracia imperante se mantuvo sin mayor cambio en cuanto a su concepción liberal, esto es, compuesta por individuos-ciudadanos a los que debían garantizarles sus derechos. En este sentido, el Estado decimonónico no fue interventor de la libertad y la igualdad ante la ley, así como tampoco de la propiedad privada. La crisis mundial del decenio de 1930, que forzó una profunda transformación en las democracias liberales, afectó igualmente al Estado colombiano y, con ello, a lo que se consideraba el propósito de gobernar: el Estado intervencionista cobró forma, pudiendo así limitar, bajo reglas predeterminadas, los derechos de propiedad; se extendió el concepto de igualdad más allá de la ley, pues se introdujo la consideración de bienestar social, y, respecto de la libertad, que se podía restringir desde lo dispuesto por la Constitución de 1886, se ampliaron más las capacidades del gobierno para limitarla aunque siempre provisionalmente. De nuevo, las ya mencionadas crisis y nuevos actores sociales de los decenios

finales del siglo XX, que llevaron a la Constitución de 1991, forzaron el cambio más importante que se ha dado en los últimos dos siglos al concepto de cuál debe ser el objeto de gobernar: en el Estado Social de Derecho es la equidad, y no el simple bienestar, lo que debe interesar al gobernante.

El poder ejecutivo, central o federado, durante el siglo XIX, entendió que sus tareas principales de gobierno estaban circunscritas al control del orden político y militar interno, a las relaciones con los otros países tanto políticas como comerciales, y a ampliar y consolidar la hacienda pública. Estos asuntos dieron forma a las secretarías de despacho, así llamadas hasta que la Constitución de 1886 las denominó ministerios. Es interesante anotar que muy pronto, desde 1843 y hasta el día de hoy, las constituciones dejaron de enunciar cuáles debían ser las secretarías o ministerios y lo dejó a la determinación de lo que en cada momento, de acuerdo con la ley, fuera necesario. En este sentido, si seguimos las fechas de creación de los ministerios encontraremos la ruta que nos devela los cambios sustanciales en las tareas principales del gobierno del poder ejecutivo: la Ley 7 de 1886 marcó el inicio del Estado moderno en este sentido, pues determinó la creación de los ministerios de Guerra (hoy Defensa), Fomento (hoy Desarrollo Económico), Instrucción Pública (hoy Educación), Hacienda y Crédito Público, Interior, y Relaciones Exteriores. Pocos años después se consideró necesaria la creación del Ministerio de Justicia, en 1890, y quince años después, en 1905, el de Obras Públicas (hoy Transportes).

De esta manera, en apenas dos decenios se organizaron la mitad de los ministerios que actualmente acompañan al Presidente de la República en el cumplimiento de sus funciones. En 1913 se organizó el de Agricultura y Comercio (hoy Agricultura) y en 1923 el de Correos y Telégrafos (hoy Comunicaciones y Tecnologías de la Información); coincidiendo con la gran reforma de 1936 que implantó el Estado de Bienestar,<sup>6</sup> se creó el Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social (hoy Trabajo y Seguridad Social). En 1940 se organizó el Ministerio de Minas y Petróleos (hoy Minas y Energía) y en 1946 se separó del Ministerio de Trabajo lo relacionado con la salud, dando forma así al Ministerio de Higiene (hoy de Salud).

Pasaron varios decenios para que se sintiera la necesidad de crear nuevos ministerios, lo cual ocurrió en 1991 con la creación del Ministerio de Comercio Exterior (hoy Comercio, Industria y Turismo), en 1993 con el de Medio Ambiente y, finalmente, en 1997 con el de Cultura. Estos desarrollos fueron acompañados desde el inicio, en 1832, de actividades de fomento directamente guiadas y emprendidas por el poder ejecutivo, según lo que en cada momento entendiera por tales: creación de industrias manufactureras, concesión de terrenos baldíos,

6 Reforma modelada, en cierta forma, a partir de las medidas implantadas por el gobierno de Franklin Delano Roosevelt durante la década de 1930.

atracción de inmigrantes de origen europeo, construcción de ferrocarriles, telégrafos y caminos carreteables, escuelas normales, textos de estudio, museos y bibliotecas, vacunas y hospitales, haciendas agroindustriales o medios de comunicación como la radio o la televisión, para mencionar algo de lo mucho que en este sentido adelantaron los gobiernos en cumplimiento de lo que entendían como progreso de la nación.

Tercero, y último, la capacidad de asegurar el futuro de los gobernados mediante el uso de herramientas de administración pública moderna se convirtió en un asunto constitucional. Fue la planeación estatal soviética de la década de 1920 la que inspiró este cambio, como también lo hizo la necesidad de intervenir eficientemente sobre las libertades individuales para contraponer soluciones de bienestar a las crisis de los años treinta. Este tipo de intervención se convirtió en una fórmula política alternativa al sistema comunista, propuesto y apoyado por el Partido Comunista de Colombia, PCC, pero que jamás se ha puesto en práctica en el país.

La planeación se volvió una tarea clave del gobierno y hoy lo sigue siendo. La reforma constitucional de 1958 estableció permanentemente la planeación en Colombia. La ley colombiana requiere que los departamentos y municipios tengan una institución de planeación. Además, el Estado intervencionista permitió que la rama ejecutiva desarrollara varias entidades públicas, tales como las Superintendencias de Comercio y Finanzas, el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS, cerrado en 2011), el Departamento Administrativo de la Función Pública (DAFP) y el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), empresas industriales y comerciales del Estado (como Ecopetrol, que administra lo referente al petróleo en el país), entre otras. En su totalidad, estas entidades públicas le han permitido al gobierno cumplir su tarea más eficientemente pero a la vez intervenir directamente en el desarrollo del país.

83

## LA FORMACIÓN DE LA LEY

El Congreso, compuesto por el Senado y una Cámara de Representantes, ha sido desde siempre en la democracia colombiana la institución encargada de formar las leyes de la República. Salvo contadas excepciones, su funcionamiento ha sido constante en la historia del Estado colombiano: durante la Primera República, los dos Estados (Cundinamarca y Provincias Unidas) organizaron cuerpos legislativos; luego, durante la primera Colombia, funcionó el Congreso entre 1823 y 1828, dejando de existir por la decisión de Simón Bolívar de clausurarlo con el fin de crear las condiciones políticas para una nueva Constitución, lo que en efecto ocurrió poco después. Desde 1832 y hasta 1905, el Congreso funcionó sin otros tropiezos que algunos cierres ocasionales y no muy duraderos causados

por las guerras civiles o enfrentamientos de facciones al interior de los partidos, siendo los más prolongados el de la guerra civil de 1860 a 1863 y el de la Guerra de los Mil Días, de 1899 a 1902. Apenas tres años después, en 1904 y hasta 1909, el Presidente Rafael Reyes disolvió el Congreso e impuso una Asamblea Nacional. Un cierre de la Institución no se volvió a presenciar hasta 1949, cuando por decreto fue cerrado por el Presidente Ospina Pérez y así permaneció hasta la caída de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla en 1957 y la finalización del régimen de transición de la denominada Junta Militar el 20 de julio de 1958. El último cierre, que en realidad fue causado no por una decisión de gobierno sino por los efectos de la creación de la Asamblea Constituyente que dio forma a la Constitución de 1991, surtió efecto entre 1990 y este último año.

La permanencia en actividad de esta institución ha sido, entonces, una de sus características. Sin embargo, ha marcado su naturaleza dentro del Estado colombiano la preferencia de los gobernantes por un *Congreso débil*, lo que ha dado lugar a que el poder ejecutivo lleve la iniciativa legislativa en el país, ya sea porque muchos de los proyectos de ley que discute el Congreso han nacido en los despachos de los ministros, o porque la Constitución desde 1886 permitió que el presidente gobernara por decreto abusando de las causales de excepción que propiciaban esta situación. La Constitución de 1991 prohibió estos excesos y ha tratado de poner al país bajo los dictados de un Congreso fuerte, el cual solo existió durante los años del federalismo decimonónico. La dificultad para generar esta nueva situación radica en la debilidad de los partidos políticos colombianos debido a la dependencia que aún mantienen del poder ejecutivo, pues el clientelismo no ha desaparecido como mecanismo de negociación política y control de la oposición en el país, y por la persistencia del caudillismo político en las costumbres y concepciones políticas de los colombianos.

De esta manera, la formación de las leyes en Colombia ha seguido los dictámenes del gobierno encargado en cada momento del poder ejecutivo, independientemente de lo positivas que hayan sido para el conjunto de la población o para solo una parte de ella. Mantener un Congreso débil ha sido posible ya que, al ser generalmente el gestor de las leyes o vigilar su discusión y aprobación mediante el control de las mayorías en el Congreso, el Ejecutivo ha limitado la capacidad del Legislativo para solucionar sus vicios más arraigados al obstaculizar, mediante el ejercicio del poder, su posible transformación. Con todo, tampoco se puede afirmar que la permanencia de un Congreso débil a través de la historia del Estado colombiano haya favorecido una especie de dictadura de hecho del Ejecutivo, pues la oposición política ha logrado, aunque con grandes dificultades, evitar esta situación. Este ejercicio de resistencia ha sido, por lo tanto, positivo para la salud del Estado, pero el costo en vidas y épocas de inestabilidad ha sido muy alto para la sociedad colombiana.

## CAPÍTULO 4

### LA CADENCIA DE LA UNIDAD

A lo largo de un periodo de doscientos años, el país que hoy llamamos la República de Colombia cambió varias veces de nombre. En 1819, la República de Colombia (que los académicos llaman con el nombre no oficial de Gran Colombia) cubría los territorios actuales de Venezuela, Colombia, Panamá y Ecuador. En 1830, Venezuela y Ecuador se separaron, y la República de La Nueva Granada que surgió incluía las actuales Colombia y Panamá. El nombre de Nueva Granada cambió en 1858 al de Confederación Granadina, que a su vez fue reemplazado en 1863 por los Estados Unidos de Colombia. No fue sino hasta 1886 que regresó el nombre de República de Colombia, aunque con referencia a una entidad territorial ya bastante diferente de la República de Colombia de 1819. Tales cambios de nombre y de territorio lo que sugieren es que la nación (esto es, la presencia de una cultura que le da unidad a una comunidad humana), no existía cuando el Estado (las instituciones que perfilan esa unidad) se formó por primera vez; y así, lo que surge de las profundidades de la historia republicana de Colombia es el hecho admirable de que fue el Estado el que hizo posible una nación. Es gracias a la consciente y deliberada creación de instituciones tanto gubernamentales como culturales en el territorio, que Colombia habría de alcanzar la estabilidad y, con el tiempo, consolidarse en una nación unificada.

Dichos cambios de nombre no fueron, por ello, accidentales. Como lo hemos examinado en los capítulos anteriores, el siglo XIX se caracterizó por la búsqueda del modelo de Estado que se acomodara a lo que las elites de cada momento entendían como lo mejor para ellas y, por extensión, para el país. Sin embargo, estos grupos de poder estaban dispersos en las regiones, razón por la cual los cambios en el nombre y las concomitantes guerras civiles contienen las huellas de las tensiones políticas y sociales que debían ser resueltas para que el Estado colombiano encontrara un modo posible de reunir las “partes”, esto es,

naciones distintas que afincaban las diferencias que las singularizaban en siglos de construcción social de sus espacios y modos de vida propios.

El objeto de este capítulo es pues examinar las principales dinámicas que permitieron a unas elites débiles construir y estabilizar un Estado que fuera viable en términos de su control social y territorial. Podría afirmarse, por la lógica de los eventos, de una parte, que lo propio del siglo XIX fue la puesta en marcha de dinámicas políticas y culturales que permitieran corregir la tendencia centrífuga del orden social colombiano, como quedó manifiesto en la disputa entre los diferentes federalismos colombianos del siglo XIX y el centralismo finalmente triunfante. Y, de otra parte, una vez resuelta esa inclinación a la dispersión, la historia del siglo XX puede ser apreciada, primero, en términos de moderar los excesos de un extremado centralismo presidencialista y su manera de controlar la autonomía regional; segundo, corregir la contradicción que implicaba consolidar un Estado fuerte mediante el debilitamiento y aun exclusión de amplios sectores sociales; tercero, fortalecer aquellos mecanismos que permitían dar a entender a los habitantes que formaban parte de un solo cuerpo político, social y cultural; y cuarto, entre otros asuntos, superar lo mejor posible las barreras geográficas y culturales que separaban las viejas provincias, mediante la mejora sustancial de la comunicación e intercambio entre ellas, el poblamiento sostenido de las zonas intermedias, y la urbanización, la cual permitía la consolidación de amplios sectores medios de profesionales, trabajadores y empleados con concepciones de habitabilidad comunes, aspiraciones de futuro posibles de realizar y, con ello, mecanismos reales de ascenso social.

Varias son las fuerzas primarias que ayudaron a forjar la unidad nacional. Los dos partidos políticos tradicionales, el Liberal y el Conservador, han sido cruciales en esta empresa. A ellos se suman el catolicismo como religión común y el español como idioma nacional y, por último entre otros factores, la instauración de un ejército y de una moneda nacional.

## LOS PARTIDOS Y LA NACIÓN

Es fácil admitir que las divergencias entre los partidos políticos, en su lucha por monopolizar el Estado y sus instituciones, se convirtieron en causa medular de la violencia política que ha acompañado al país durante su historia republicana. Sobre esto se profundizó en el capítulo anterior y se hará igualmente en el relacionado con los conflictos sociales. Interesa ahora, aunque pueda parecer paradójico, un aspecto fundamental para entender la permanencia del Estado en el tiempo: los partidos políticos tradicionales, al mismo tiempo que con sus pugnas fueron causa de divisiones y enfrentamientos, se erigieron también en factor de unidad en la construcción de una nación que era necesaria precisamente para

darle viabilidad a ese Estado. La explicación no está en los principios ideológicos que les dieron forma y los acompañaron por decenios, sino por el contrario en su composición social y distribución en el territorio. En este sentido, esos dos partidos fueron pluriclasistas y panregionales.

En efecto, los dos partidos nacieron al mismo tiempo como respuesta a la necesidad de alinderarse ideológicamente frente a las disputas reinantes a mediados del siglo XIX respecto al modelo de Estado más conveniente para la compleja sociedad que habitaba un territorio que no terminaba de ser conocido y mucho menos controlado. Los años finales del decenio de 1840 vieron así tomar forma a lo que se constituyó de manera simultánea en fórmula de solución y factor de confrontación violenta: con meses de diferencia, en 1848 y crispados los ánimos ante las elecciones que debían celebrarse en marzo de 1849, fueron publicadas las plataformas iniciales de lo que serían durante los siguientes ciento treinta años los únicos partidos políticos colombianos con capacidad de controlar el Estado y sus instituciones.

Antes de examinar brevemente la trayectoria histórica de los dos partidos, vale la pena hacer una aclaración respecto a la tesis de su fundación en el Bolívarismo y Santanderismo de la época de la primera Colombia. Para los hombres de mediados del siglo XIX era claro que no había razón alguna para encontrar el origen en aquellos tiempos, pues todo debate y diferencia ideológica partía, en realidad, de un acuerdo básico sobre el que no cabía disputa alguna: la república, cualquiera que fuera su modo de organizarse, sería popular, representativa y con equilibrio entre sus poderes públicos. Mariano Ospina Rodríguez, uno de los dos fundadores del conservatismo, así lo expresó en un artículo publicado hacia 1850:

Hoy no hay en la Nueva Granada bolivianos ni realistas, como no hay pateadores ni carracos. Hoy no puede haber discusión sobre si la Nueva Granada debe estar unida o separada de España; si el gobierno debe ser monárquico o republicano; como no puede haberla sobre si se separan o no los Estados que formaron a Colombia, si viene o no a este país el cólera asiático. Estas son cuestiones decididas, y estas decisiones son hechos consumados, en que no es posible volver atrás.<sup>1</sup>

De esta manera, y enfrentando lo que se percibía como una necesaria reforma del Estado de La Nueva Granada, propiciada por los cambios que había puesto en marcha Tomás Cipriano de Mosquera durante su primera administración (1845-1849) el texto que hoy es reconocido como el primer programa del

1 Mariano Ospina Rodríguez, “Los partidos políticos en la Nueva Granada”, en Jaime Jaramillo Uribe, *Antología del pensamiento político Colombiano*, vol. 1, Bogotá, Banco de la República, 1970.

Partido Liberal fue publicado por Ezequiel Rojas en el periódico *El Aviso* el 16 de julio de 1848, que en su aparte final afirma que el Partido Liberal quiere

[...] que se organice un gobierno en beneficio de los gobernados; quiere República, sistema verdaderamente representativo; congreso independiente, poder ejecutivo que no pueda hacer sino lo que la ley le permite, responsabilidad positiva y para ello tribunales independientes, buenas leyes, una política en el Poder Ejecutivo, eminentemente nacional y americana, justicia imparcial con todos, que en sus actos no se tenga en cuenta otra consideración que el bien público, y quiere todo esto para que los que obedecen no sean esclavos de los que gobiernan; para que haya verdadera libertad; para podernos liberar del gobierno teocrático; para que los granadinos realmente tengan aseguradas sus personas y sus propiedades; y para que las garantías no sean engañosas promesas.

De otra parte, menos de tres meses después, en el periódico *La Civilización* del 4 de octubre de 1848, Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro publicaron un artículo con el título de *Programa Conservador de 1849*, que es hoy reconocido como el primero del partido, pues enuncia los ocho principios que lo guiarían en el futuro:

88

El orden constitucional contra la dictadura; la legalidad contra las vías de hecho; la moral del cristianismo y sus doctrinas civilizadoras contra la inmoralidad y las doctrinas corruptoras del materialismo y del ateísmo; la libertad racional, en todas sus diferentes aplicaciones contra la opresión y el despotismo monárquico, demagógico, literario, etc.; la igualdad legal contra el privilegio aristocrático, universitario o cualquier otro. La tolerancia real y efectiva contra el exclusivismo y la persecución, sea del católico contra el protestante y el deísta, o el ateísta contra el jesuita y el fraile, etc.; la propiedad contra el robo y la usurpación ejercida por los comunistas, los supremos o cualquier otro; la seguridad contra la arbitrariedad de cualquier género; La civilización, en fin, contra la barbarie.

Y termina este programa aclarando que “ser o haber sido enemigo de Santander, de Azuero o de López, no es ser Conservador”.

Estos partidos se convirtieron rápidamente en nacionales y es precisamente este punto el que es importante resaltar. Primero, puede explicar este hecho el que nacieran los dos partidos en la capital, Bogotá. En este sentido, si bien es cierto que la búsqueda de las autonomías regionales estaba liderada por sus propios caudillos, lo cierto es que para triunfar debían tomarse a Bogotá, esto es, controlar la capacidad del gobierno central para disminuir o aumentar esa pretendida autonomía, por lo que afiliarse a uno de los dos partidos era, al mismo tiempo,

garantía para conseguir apoyo de otras regiones e impedir que el oponente utilizara los mecanismos de gobierno para imponer su modelo de Estado. Segundo, la continuidad que ofrecían las líneas de autoridad familiares y laborales que se habían consolidado desde épocas coloniales por la sociedad patriarcal y corporativa que había echado fuertes raíces en el país. Del padre al hijo y del patrón al trabajador, las opciones políticas se heredaban y su trasgresión podía causar estragos tanto en las relaciones familiares como en las lealtades basadas en el principio de obediencia al patrón. Tercero, esas opciones heredadas, o las que se establecieron como producto de nuevas relaciones familiares o laborales, siguieron el curso de los movimientos de población que, como examinamos anteriormente, se dieron con gran fuerza durante los últimos dos siglos, por lo que los partidos hicieron fácilmente tránsito a los nuevos territorios y fueron de la mano con el crecimiento demográfico del país. Cuarto, el sistema electoral, ya fuera por elección indirecta mediante electores, o secreta y universal, propició que se mantuvieran y crecieran los partidos en las regiones ya que los candidatos surgían inevitablemente de las filas de estos, pues, de una parte, pese a que la posibilidad de enfrentar intereses ideológicos o regionales diversos dentro del mismo partido llevó a que estos se dividieran internamente, ello no generó la creación de partidos diferentes; y, de otra parte, el control que los partidos lograron tener tanto de la mecánica electoral como de la contratación de funcionarios en los cargos no sujetos a elección, hizo que ellos se convirtieran en el único camino para acceder a los puestos tanto políticos como administrativos en cualquiera de los niveles del sector público. Quinto, relacionado con el punto anterior, la población quedó atada a los partidos para conseguir los beneficios del Estado, pues solo a través de ellos se podían beneficiar de acciones de fomento, justicia y protección, dado el monopolio que lograban imponer en la burocracia del sector público. Sexto, finalmente, tanto el Estado como el partido político, en la medida en que se ataron de tal manera que la suerte de uno era la del otro, dieron lugar a una dinámica de crecimiento y consolidación que hizo que se confundieran entre sí.

Este último aspecto, sin embargo, dio lugar a uno de los problemas que permiten entender, entre otras razones, la debilidad crónica del Estado colombiano: gobernar estaba sujeto a la capacidad de un partido de controlar los aparatos de Estado no solo en el centro sino también en cada lugar del país, y eso nunca fue posible pues el control partidista podía variar en cada región. En otras palabras, controlar el Estado central y monopolizar sus principales instituciones no era aún garantía de obediencia en todo el territorio, ya que el partido en la oposición la ejercía precisamente desde aquellos lugares donde seguía siendo mayoría, y en el caso de cerrársele esa posibilidad reaccionaba mediante el recurso a la oposición armada, esto es la violencia política. De esta manera, los mismos mecanismos que hicieron nacionales a los partidos, generando así los

colombianos liberales y los colombianos conservadores sin importar el lugar de residencia o sus culturas provinciales, fortalecieron al Estado; pero una vez en el gobierno, el partido político de turno se exponía a confrontaciones cuando se mostraba incapaz de entender la administración pública con un criterio diferente al de la filiación al partido.

La construcción de una nación colombiana está, entonces, atada al partidismo político. Por ello, la filiación política liberal o conservadora se convirtió en una de las razones del ser colombiano hasta los años del Frente Nacional. Es importante advertir, sin embargo, que en esas filiaciones cabían matices, aun divergencias, pero rara vez por fuera de los propios partidos. Las razones podían variar, pero casi siempre se dieron entre posiciones radicales y moderadas en cada partido, entendiendo por las primeras aquellas que se fraguaban desde los principios doctrinales, y las segundas en las conveniencias que facilitaba el pragmatismo político para el avance del capitalismo y la vida burguesa. Así mismo, cuando la confrontación partidista llegaba al extremo de poner en riesgo al propio Estado, surgía desde los sectores moderados y como válvula de escape el acuerdo interpartidista: sucedió en 1854 con la reacción de sectores corporativos contra las reformas liberales, las cuales habían abolido todo fuero y privilegio según el principio de que la comunidad política debía fundarse en la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos que la componen; de 1880 a 1884 cuando el Partido Nacional permitió el acercamiento de los liberales moderados a los conservadores; en 1910, con el triunfo del Republicanismo en las elecciones de ese año, que vinculó esta vez a los conservadores moderados con los liberales; en 1946 y 1948, de limitados alcances, pero propiciado por los sectores moderados de ambos partidos ante la debacle política que se venía venir; y el Frente Nacional, entre 1958 y 1974 pero con continuidad hasta 1986, como solución a esa crisis partidista de mediados del siglo XX y desmonte del modelo político impuesto por la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla.

En efecto, el Frente Nacional, mediante el acuerdo para gobernar de manera alternada y paritaria, camufló el tipo de disputas que habían aquejado al Estado hasta 1958, unas disputas que para entonces ya no eran acerca de ideologías sino de control sobre la burocracia. Tal acuerdo coincidió con la notoria secularización, urbanización y aburguesamiento de la sociedad colombiana. Igualmente, la paridad en los cargos públicos propició que el ciudadano cambiara de partido como estrategia para mantener o conseguir un puesto que le asegurase el sustento, rompiendo así viejas lealtades; al mismo tiempo, los jóvenes en las ciudades ya no encontraron en la filiación política un lazo de unidad familiar y tampoco un factor de identidad provincial o generacional.

Posteriormente, la reforma del Estado en 1991 favoreció la creación de nuevos partidos políticos, organizados como estrategia electoral o claramente

como alternativa política a los modelos tradicionales de dominio; al tiempo que, no menos importante, la corrupción de algunos de los políticos, expresada en sus alianzas con narcotraficantes o paramilitares cuando no en el uso de los recursos públicos en beneficio propio, y de funcionarios llegados a los cargos públicos en pago de favores electorales y no por sus capacidades y conocimientos, comenzaron a ser sistemáticamente develados, lo que propició escepticismo cuando no claro abstencionismo y aun despolitización en amplios sectores de la población.

Todo esto en conjunto favoreció la “personalización” de la política durante los veinte años que han transcurrido desde la Constitución de 1991: los partidos ahora son maquinarias electorales en función de una persona que, según su carisma personal, puede llegar a adquirir las dimensiones de un caudillo. Sin embargo, los excesos a que esto puede dar lugar, dispararon de nuevo la válvula del acuerdo interpartidista, no tanto en las últimas elecciones presidenciales, las de 2010, como en la organización del nuevo gobierno a que dio lugar. De esta manera, ya los partidos tradicionales no son necesarios para darle uno de sus fundamentos al ser colombiano; pero sin ellos, que siguen siendo indispensables para mantener al Estado funcionando adecuadamente –con todo lo positivo y negativo a que han dado lugar–, no hubiera sido posible construir la Colombia de hoy.

## COMUNIÓN EN LAS CREENCIAS

El catolicismo se erigió en una fuerza formidable en la construcción de una identidad común para los colombianos durante los años formativos del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX. En este sentido, la religión católica se convirtió en factor de unidad en la tarea que adelantaba el Estado de construir la nación, gracias a que ejerció durante décadas un claro dominio en los sistemas de creencias religiosas y prácticas culturales de la población, homogeneizándola, y ello debido a la protección expresa que tuvo a nivel constitucional de su institucionalidad y dictámenes morales, al monopolio que por muchos decenios ejerció sobre los contenidos educativos brindados a los niños y jóvenes en todos los rincones del país e, igualmente, al hecho de ser la Iglesia católica la encargada, mediante las denominadas “misiones”, de incorporar a la sociedad blanca las comunidades indígenas y negras que no lo habían sido en los siglos anteriores. De esta manera, la sociedad colombiana construyó su identidad como comunidad, no en la participación basada en una ética civil, sino en la obediencia de las reglas dictadas por la moral católica: la comunidad política se confundió con la de creencias. Hoy en día, esto ha cambiado a favor de un Estado laico; sin embargo, ello es resultado no tanto de los efectos sociales de la secularización de la población, que es muy

limitada, como de la pérdida de dominio y control de la jerarquía eclesiástica sobre el conjunto general de la nación y del Estado.

La nación colombiana nació en la fe católica y así se mantuvo hasta 1991. Esto no significa que la intolerancia religiosa haya predominado necesariamente en su sociedad, pues lo cierto es que, salvo en los años finales del siglo XIX y mediados del XX, la libertad de cultos fue respetada por los ciudadanos. Lo que la confesionalidad implicó fue que ninguna Iglesia, salvo la católica, podía tener acceso a las instituciones del Estado y hacer proselitismo desde ellas en beneficio propio. Igualmente, si la nación fue construida desde el Estado, y este hizo expreso su catolicismo, la identidad que resultaba de dicha construcción no podía ser diferente: ser colombiano era ser católico. Para asegurar este dominio estaban los templos presentes en las plazas de todas las poblaciones colombianas, de vieja o reciente fundación; además de las otras parroquias, colegios, conventos, hospicios y hospitales que sin excepción contaban con el apoyo del Estado y las sociedades locales, y lograban así mantener en la vida cotidiana y en sus interrupciones festivas el sentido de pertenecer todos a una misma nación, la católica.

Por supuesto, el catolicismo fue una de las herencias de los siglos de dominio español a la que no quisieron renunciar los republicanos independentistas. En este sentido, las propias actas de autonomía que se produjeron en 1810, y como tales, documentos anteriores a cualquier fórmula constitucional, invariablemente garantizaron la continuidad y protección de la Iglesia católica en la nueva provincia autónoma. Así lo expresa, por ejemplo, en el acta del 20 de julio de 1810 formada por la nueva Junta de Santafé, el juramento que debían dar los diputados:

[...] puesta la mano sobre los santos evangelios y la otra formada la señal de la cruz, a presencia de Jesucristo Crucificado dijeron: juramos por el Dios que existe en el cielo, cuya imagen está presente y cuyas sagradas y adorables máximas contiene este libro, cumplir religiosamente la constitución y voluntad del pueblo expresada en esta acta, acerca de la forma de gobierno provisional que ha instalado; derramar hasta la última gota de nuestra sangre por defender nuestra sagrada Religión Católica, Apostólica, Romana [...].<sup>2</sup>

Las constituciones posteriores, incluida la de 1991 y con la sola excepción de la de 1863, fueron promulgadas con una fórmula que de una u otra manera expresaba que Dios era la fuente de toda autoridad o invocaba su protección.

2 “Acta de la Independencia”, en Instituto Colombiano de Cultura, *Revolución de 20 de julio de 1810. Sucesos y documentos*, Bogotá, 1996, 77.

¿Qué consecuencias generó la ruptura con Dios como fuente de toda autoridad en la Constitución de 1863? Los liberales radicales dominaron el Estado tras la guerra civil de la década de 1860 y mantuvieron el control hasta 1880. Proponían un Estado secular como modelo de gobierno, pero hacia 1876 tal propuesta encontró un amplio rechazo entre los conservadores y los liberales no radicales. La Constitución de 1886 rompió con el secularismo de los liberales radicales, y aunque en forma alguna prohibió la libertad de cultos (Artículo 39), los limitó a solo aquellos que no fueran contrarios a la moral cristiana y a las leyes (Artículo 40), y en su Artículo 38 estableció con claridad lo que será dominante durante los siguientes cincuenta años: “La Religión Católica, Apostólica, Romana, es la de la Nación; los Poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento del orden social. Se entiende que la Iglesia Católica no es ni será oficial, y conservará su independencia”.<sup>3</sup> La reforma constitucional de 1936 suprimió por completo el artículo anterior, limitando así los poderes de la Iglesia católica en el Estado, pero no alteró su confesionalidad pues, aunque por supuesto sostuvo la libertad de conciencia y cultos, mantuvo vigente del texto de 1886 la consideración de que dicha libertad y prácticas no podían ser contrarias a la moral católica ni a las leyes.

Así se mantuvo hasta 1991, cuando la formulación de un Estado Social de Derecho obligó a erradicar de la Constitución cualquier consideración de origen o preferencia religiosa. Una sentencia dictada por la Corte Constitucional en 1994 no deja duda al respecto:

La Constitución de 1991 establece el carácter pluralista del Estado Social de Derecho colombiano, del cual el pluralismo religioso es uno de los componentes más importantes. Igualmente, la Carta excluye cualquier forma de confesionalismo y consagra la plena libertad religiosa y el tratamiento igualitario de todas las confesiones religiosas, puesto que la invocación a la protección de Dios, que se hace en el preámbulo, tiene un carácter general y no referido a una Iglesia en particular. Esto implica entonces que en el ordenamiento constitucional colombiano, hay una separación entre el Estado y las Iglesias porque el Estado es laico; en efecto, esa estricta neutralidad del Estado en materia religiosa es la única forma de que los poderes públicos aseguren el pluralismo y la coexistencia igualitaria y la autonomía de las distintas confesiones religiosas.<sup>4</sup>

El poder que la Iglesia católica adquirió con el triunfo conservador y de los liberales moderados en la guerra civil de 1885, y la consecuente Constitución de 1886, se vio fortalecido con el acuerdo que firmó el Estado colombiano

3 “Constitución de 1886”, documento online disponible en *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes*, [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com) consultado el 3 de junio de 2011.

4 Corte Constitucional de Colombia, Sentencia nro C-350/94.

con la Santa Sede en 1887. El Concordato, que es como se conoce este tipo de convenios, le entregó a la Iglesia católica, entre otras garantías, el control del registro público de los ciudadanos al unirlo a la partida de bautismo, le garantizó el dominio de la educación pública de niños y jóvenes y de los contenidos que en materia moral se podían enseñar en la educación privada, auxilios económicos y exenciones tributarias, así como su presencia exclusiva en los entonces llamados “territorios nacionales”, esto es, aquellos en los que todavía predominaban los pueblos indígenas no “incorporados” al país y en los que apenas tenía presencia el Estado y sus instituciones. Podríamos afirmar que este vínculo entre el Estado y la Iglesia católica alcanzó su punto máximo en 1902, cuando por el Decreto 820 se consagró la República al Sagrado Corazón de Jesús y, en consecuencia, se mandó construir un templo en Bogotá, el del Voto Nacional, que sirviera para recordar que el Estado y la nación colombianos eran católicos.

La relativa autonomía que se quiso alcanzar en esta materia con la reforma de 1936, solo sirvió para radicalizar aún más las animosidades partidistas que cubrieron de sangre el país durante los años centrales del siglo XX. En 1952, celebrando los 50 años del decreto de 1902 y con el pleno dominio del Estado por parte del conservatismo radical liderado por Laureano Gómez, se firmó la Ley 1ª, por la cual no solo se renovó la consagración hecha en 1902 sino que se mandó que dicha ceremonia la hiciera el Presidente de la República o un representante suyo e, igualmente, dispuso que cada año se repitiera ese acto de la misma manera y en la fecha que la Iglesia católica festeja el día del Sagrado Corazón de Jesús, el que a partir de la fecha se convertirá en festivo nacional con la denominación de *Acción de Gracias*. Esta imposición obtuvo continuidad durante los años siguientes porque la dictadura de Rojas Pinilla, que sucedió al gobierno de Gómez, se valió de sus vínculos con el sector moderado del Partido Conservador y porque tanto los gobiernos del Frente Nacional como los posteriores hasta 1991 no creyeron conveniente para la paz política intervenir en este asunto.

Contrario a lo que algunos pensaban, el paso dado en 1991 de terminar con esa alianza ancestral entre el catolicismo y el Estado colombiano no fue tan difícil de dar. No solo la propia crisis interna de la Iglesia católica en el contexto mundial, sino además las dinámicas de secularización propias de una sociedad que al hacerse cada vez más urbana y orientada al bienestar se tornaba permeable a valores y concepciones de la vida provenientes de lo que en otras épocas se llamó materialismo –todo esto sucediendo de forma simultánea desde mediados del siglo XX–, permitió que el Estado colombiano por fin pudiera declararse abiertamente laico. Como en el caso de los partidos políticos, este cambio ocurrió cuando ya el catolicismo y la jerarquía eclesiástica habían cumplido su papel en la tarea de crear y consolidar una nación. Con todo, su fuerza ha sido tal que todavía hoy es visible en el calendario festivo de los colombianos, en las

prácticas de celebración y duelo que realizan, en la cantidad de niños y jóvenes que siguen formando, en los fundamentos morales que acompañan la toma de decisiones públicas y privadas, en fin, en el sentido que toman las disciplinas diarias o la concepción misma de su futuro y destino. Hoy el Estado no es católico, ya no es necesario, pero la sociedad colombiana, de muchas maneras y aunque muchos no lo acepten expresamente, sigue siendo tan católica como la de antaño.

## UNA MEMORIA COMÚN

En medio de las polémicas y enfrentamientos por razones del modelo de Estado y sociedad que se debía implantar, todos los bandos coincidieron en la necesidad de educar a los habitantes, en la importancia de conocer en detalle las riquezas y posibilidades que brindaba el territorio en el que vivían, y en la valía de compartir una misma explicación sobre aquello que les confería una identidad singular frente a las demás naciones. En este sentido, el objeto de disputa entre ellos no era lo que había que hacer ni el cómo hacerlo, sino a qué debía dar lugar aquello que era necesario construir para vivir como una nación civilizada. La educación, y su sistema de instituciones que permitía controlar los contenidos; el conocimiento detallado del territorio y sus gentes, que además de facilitar su gobierno permitió a los colombianos conocerse entre sí y distinguirse de otros grupos; y, junto con la defensa del idioma español, la construcción de un pasado que fuera adecuado para explicar el origen del Estado y de la nación, todo ello hizo posible que el país llegara al siglo XX con la seguridad de compartir una memoria común, factor que mostró su eficacia a la hora de construir una identidad cuyos rasgos se mantuvieron vigentes hasta los decenios finales de la misma centuria.

No es difícil entender la importancia dada a la educación en todo sistema democrático: la representación política y la elección de gobernantes están basadas en la toma racional de decisiones, lo cual solo es posible si impera la opinión pública y para ello se requiere ser alfabeto. Por esta razón, ya lo vimos, tanto la Constitución de 1832 como la de 1843, establecieron como requisito de la ciudadanía el alfabetismo y, comprendiendo que la mayoría de los habitantes no lo eran, difirieron su aplicación hasta que el nuevo Estado cumpliera con la tarea de educar a todos aquellos que podían ser ciudadanos: varones con cierto nivel de ingresos económicos. Las constituciones posteriores dejaron de mencionar esta condición, pues entendieron que era tarea indiscutible del Estado impartir la educación básica a todos los habitantes que así lo quisieran sin distingo alguno y de manera gratuita. Y eso hasta el día de hoy. El requisito básico, educar, era claro entonces desde el comienzo, y si no se logró de inmediato se debió más a la

escasez de recursos durante gran parte del siglo XIX que a no considerarla fundamental para la vida democrática del país.

Ahora bien, son las disputas por los contenidos de la educación las que realmente nos interesan: al formar a todos los estudiantes según un mismo programa, y ser este de obligatorio cumplimiento en todos los rincones del país, se lograba unidad de conciencia y, por lo menos, las mismas habilidades básicas para enfrentar los requerimientos de la vida moderna. Todos partieron del mismo punto: formar en la democracia y adiestrar a todos en los requerimientos básicos de la escritura, la lectura y las matemáticas; más allá de esto, sin embargo, no hubo acuerdo ni tregua entre los contendores y ello, como todo en la Colombia de mediados del siglo XIX, se resolvió vía control del Estado a través de los partidos políticos. Un ejemplo de lo que llegó a generar estos desacuerdos fue la guerra civil de 1876: se gestó, entre otras razones, por el desacuerdo manifiesto del Partido Conservador y la Iglesia católica con las reformas educativas introducidas desde 1870 por el liberalismo radical en el poder, que impuso la enseñanza laica, la intervención del Estado en la educación, y contrató una misión pedagógica de origen alemán con el fin de crear un sistema de escuelas primarias para niños, niñas y normalistas en todos los estados de la Federación.

Dentro de esta misma lógica, la Constitución de 1886 dirimió en favor de la Iglesia católica para los siguientes cincuenta años la disputa por el control de la educación en el país: le entregó por completo el control de la educación pública y la capacidad de vigilar a la privada. En efecto, el Artículo 41 de la Constitución de 1886 estableció que “la educación pública será organizada y dirigida en concordancia con la Religión Católica”. Este hecho lanzó a los disidentes al sector privado, soportados en el principio de libertad de enseñanza; sin embargo, dicha libertad fue limitada, pues en asuntos morales la Iglesia tenía capacidad de vigilarla e intervenirla. La reforma de 1936, como ya lo hemos expresado, limitó el poder del catolicismo en el Estado, situación que en materia educativa había cambiado desde 1930, año en que el Partido Liberal volvió al poder. Los educadores católicos y conservadores, ahora en la oposición, comenzaron a defender la libertad de enseñanza y, con ella, a refugiarse en la educación privada. El repunte conservador y católico de mediados del siglo XX, en materia educativa, siguió el mismo camino de los otros asuntos públicos de esos años: la intolerancia. Los años finales del siglo XX nos cuentan en este asunto la misma historia que hemos explicado para el Estado, los partidos y el sistema de creencias, y permiten ver cómo el proceso de urbanización y secularización de estos años hicieron que la Iglesia perdiera poder real sobre el sistema educativo.

De otro lado, al mismo tiempo que la polémica por la educación se adelantaba durante el siglo XIX, el Estado propició el desarrollo de expediciones científicas que permitieran un mayor y mejor conocimiento del territorio y sus

habitantes. La Comisión Corográfica, contratada durante la primera administración de Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) y liderada por el italiano Agustín Codazzi, se realizó en prácticamente todo el país poblado a esa fecha e incluso en territorios todavía incultos al oriente del país, y ello durante los tumultuosos años del medio siglo XIX colombiano. Es de anotar que varios de los presidentes decimonónicos escribieron libros de geografía y estuvieron atentos a los adelantos que en esta materia se realizaban tanto en este como en los demás países de la región. Objeto de esta expedición, el desarrollo de la cartografía fue fundamental para el naciente Estado y sus gobernantes: darle un rostro al país y hacer que todos se apropiaran de él fue un objetivo que se logró financiando estas labores y difundiendo sus resultados por medio del sistema educativo: la cátedra de geografía se hizo obligatoria y los textos que se escribieron para hacerla posible llevaron a que los habitantes comenzaran a tener una misma idea de lo que era Colombia en sus regiones, sus habitantes, sus costumbres y sus riquezas. De esta manera, el geógrafo y el cartógrafo se hicieron imprescindibles para el Estado, y la necesidad de tener profesionales formados en estas áreas dio origen a la Oficina de Longitudes y Fronteras en 1902 y a la Sociedad Geográfica de Colombia en 1903.

La defensa del idioma español como el único de la nación se erigió desde los años mismos de la Independencia en bandera de los nuevos gobernantes. Junto con la religión católica, se acordó con relativa facilidad que eran los únicos legados de los siglos coloniales que debían ser conservados, todo lo demás, lo relacionado con la administración monárquica, los controles a la producción y al comercio y un sistema educativo alejado de la ciencias y los oficios mecánicos, debía ser abolido. Sin embargo, como ya lo explicamos, el acuerdo sobre la religión católica como asunto de Estado nunca fue unánime, algo que sí se logró respecto del idioma, pues las elites en el gobierno coincidieron en obligar a que todos hablaran la misma lengua. El Estado, liberal o conservador, siempre propició la difusión y la pureza del idioma español mediante su enseñanza en todas las escuelas (para las cuales se escribieron y publicaron textos de gramática) y con el apoyo dado a una institución como la Academia Colombiana de la Lengua, en 1872, y a una disciplina como la filología, encargadas de velar por la buena salud del idioma y de garantizar, entre otras funciones, el control de los neologismos llegados inevitablemente con la exposición de los habitantes a las novedades del mundo.

De igual manera, desde mediados del siglo XIX comenzó la tarea de establecer lo que se convertiría en el repertorio originario de la literatura colombiana, esto es, su historia. El asunto no es de menor valor, pues implicó definir qué era lo propiamente nacional, esto es, lo colombiano. De esta generación del medio siglo es José María Vergara y Vergara. Este, en 1867, dio a conocer su *Historia de*

la *Literatura en la Nueva Granada*, primera de las muchas que irán apareciendo en los años posteriores. El valor de esta obra no es tanto ser la inicial como haber enfrentado el asunto de los orígenes y resolverlo con un catálogo de obras escritas con anterioridad a 1810. De hecho, los textos y escritores historiados en los capítulos relacionados con la época colonial sirvieron de base para configurar durante los decenios siguientes el repertorio de los primeros siglos de las letras nacionales. Por ejemplo, unos años después, Isidoro Laverde Amaya, en su *Ojeada histórico-crítica sobre los orígenes de la literatura colombiana*, no tiene ya problema en listar primero a Gonzalo Jiménez de Quesada, el bachiller fundador de Bogotá, y seguir con los cronistas Juan de Castellanos, Juan Rodríguez Freyle, Lucas Fernández de Piedrahita, Juan Flórez de Ocariz y Alonso Zamora; incluir luego a la Madre Francisca Josefa de la Concepción y Castillo, y terminar con el nacimiento del periodismo, esto es, Manuel del Socorro Rodríguez. El límite que hacía de la Independencia el primer momento de la historia de la nación, al menos en lo que toca a la literatura, había sido superado: la lista se irá haciendo más larga, las clasificaciones más complejas, los debates más arduos, pero las letras nacionales tenían ya una historia que había logrado remontar el parte aguas de la ruptura con España. Las letras colombianas tenían ya un pasado, el idioma era entonces patrimonio, esto es, herencia constitutiva de la nación.

98

Algo similar ocurrió con la historiografía. La construcción del Estado y su consolidación requirió también escribir su historia, la de sus orígenes, herencias y grandes gestas patrióticas. Esta tarea ya tenía claros sus perfiles cuando la celebración del centenario de la independencia, que se hizo coincidir con el 20 de julio de 1910, engalanó las calles bogotanas con la anuencia de los demás ciudadanos del país: la historia de los colombianos había dejado de ser la de sus provincias para convertirse en una sola, común a todos, pues era la del Estado. En este sentido, el 20 de julio, que hace relación a lo sucedido únicamente en la entonces capital del Virreinato, significó la celebración del triunfo de todo un Estado democrático de claro talante centralista, tanto en su forma de gobernarse como de entender la nación. Con ello el país andino, y en él Bogotá, se erigió en el núcleo del proyecto civilizador que se desprendió de la carta de 1886. La historiografía hizo de este fenómeno el principio para edificar el pasado que las nuevas generaciones debían aprender, esto es, recordar. Así pues, todo lo sucedido con anterioridad a 1886 fue convertido en preparación; los personajes centrales de la gesta independentista fueron presentados como padres fundadores, acompañados ahora de nuevos héroes, aquellos que en las guerras civiles dieron su vida en la construcción del centralismo; el juicio sobre los presidentes anteriores a Núñez se edificó sobre el mismo principio de contribución a la consolidación del Estado colombiano de 1886. Este nuevo pasado se acompañó de una nueva

liturgia civil, los actos del 20 de julio, que se convirtieron en regla y así se reprodujeron por décadas en muchas partes del país. Y, como ocurrió con el idioma o con la geografía, una Academia fue constituida para vigilar la verdad en estos asuntos: la Academia Colombiana de Historia nació en 1902.

El siglo XX heredó esta construcción y la ha mantenido vigente hasta el presente en algunos de sus estamentos sociales, aunque pueda verse que en grupos de jóvenes académicos y diversas etnias ya no tiene la fortaleza que era incuestionable hace apenas unas décadas. Los textos de educación fueron los encargados de mantener como tradición la perspectiva del pasado colombiano que escribieron las generaciones de fines del siglo XIX e inicios del XX. No resulta extraño encontrar, entonces, que los primeros síntomas de un gran cambio se encuentran precisamente en estos mismos textos. Ya desde la década de 1960 fueron introducidos libros de historia para la educación secundaria que revisaban lo que se erigió en verdad a comienzos del siglo XX. Esto rápidamente pasó al nivel básico primario y, por supuesto, desde antes estaba en debate en la universidad. Los movimientos sociales que de una u otra manera se gestaron desde esos años abrieron la posibilidad de otorgarle un marco histórico distinto, un nuevo pasado, a esta situación, pues muchos sectores de la sociedad comenzaron a no entenderse a sí mismos y a los demás dentro de los parámetros de la Constitución de 1886. No bastaba con erigir un Estado sobre fundamentos diferentes –lo cual empero tampoco implica negar la herencia sino más bien entenderla ahora como patrimonio, como el capital con el cual fundar la propia vida–, hacía falta también responder las preguntas que ahora interesaban: aquellas que hacen referencia a la descentralización del Estado y de la política, a la pluralidad ideológica y a la heterogeneidad cultural de los colombianos.

## UNA SOLA INSTITUCIONALIDAD

Otras fuerzas sociales y actividades desarrolladas por el Estado contribuyeron igualmente a construir y consolidar la idea de pertenecer todos a la misma comunidad, sin que ello significara desprenderse de costumbres y prácticas locales. En este sentido, la capacidad del colombiano de entenderse como católico, con un mismo idioma, vinculado a uno de dos partidos políticos, y educado bajo los mismos fundamentos y contenidos que tenían los demás, instruido en un pasado común y consciente de existir dentro de un mismo territorio, no requirió borrar los particularismos regionales, porque todo ello se impuso como una superestructura ideológica que generaba los vínculos entre los habitantes: la nación colombiana no se afincó así en una cultura común sino en la idea impuesta desde el Estado y por las elites dominantes de formar parte de una misma comunidad. De igual manera, acciones provenientes del Estado y de esas elites, que por su

naturaleza se hacían interregionales, terminaron fortaleciendo la idea de unidad entre los colombianos ya que los acostumbraron a vivir bajo una misma institucionalidad.

Son varias las acciones que podemos citar en este sentido, las que no podremos explicar en extenso por limitaciones de espacio. Comencemos por las Fuerzas Armadas, que como institución unificada y organizada jerárquicamente comenzó a tomar forma desde 1886. Hasta esa fecha, que con la nueva Constitución simbolizó el triunfo del centralismo y el inicio del presidencialismo a ultranza, cada uno de los estados que dieron forma al federalismo colombiano, organizaba y financiaba su propio ejército. El Estado central apenas contaba con una *Guardia Nacional*, la que nunca superó los seiscientos miembros, ya que los ideólogos radicales fueron contrarios a la idea de una institución militar fuerte y centralizada. De esta manera, las fuerzas sociales y políticas que llevaron al triunfo del centralismo vieron que también era necesaria la organización de un ejército único, que al concentrar el monopolio de las armas en él hiciera converger en el Estado el poder que se derivaba de su existencia. Disolver los ejércitos y milicias regionales fue así tarea primordial durante los años finales del siglo XIX, lo que demostró sus beneficios al triunfar el Estado en las dos guerras civiles de esos años: la de 1895 y, en especial, la de los Mil Días. Sin embargo, las graves tensiones políticas entre las facciones radicales de ambos partidos, que son las que están en la base de dichas guerras civiles, impidió que el proceso de unificación de las armas regionales en un solo ejército nacional se acompañara del requerido proceso de profesionalización e institucionalización, lo que no comenzaría a suceder sino hasta 1907, bajo la presidencia de Rafael Reyes, quien fundó la Escuela Militar de Cadetes y contrató una Misión Militar chilena con el fin de dar orden a la naciente institución.

Con el paso del tiempo, y la presencia de otras misiones militares contratadas en el exterior, tomó forma definitiva el ejército nacional, al cual se unió desde 1919 la Aviación Militar Colombiana, convertida en Fuerza Aérea Colombiana en 1944. La Armada Nacional, luego de varios intentos durante el siglo XIX e inicios del XX, fue finalmente establecida en 1935, año en que se creó la Escuela de Cadetes y se ordenó que debieran ser inscritos en la misma dos cadetes por cada departamento y cinco por Bogotá. Esta última medida deja apreciar sin dudas el carácter nacional que habían adquirido las Fuerzas Militares y el deseo expreso desde el Estado para que ello siguiera siendo de esa manera. La Policía Nacional, en 1890, nació realmente organizada para Bogotá y bajo la influencia de la gendarmería francesa, aunque un decreto presidencial de 1891 ordenó la eliminación total y definitiva de las policías departamentales y municipales, así como de los cuerpos de serenos y otras organizaciones similares, al tiempo que disponía que la nueva institución debía quedar adscrita

al Ministerio de Gobierno. El carácter nacional de la Policía tomó así forma, dejando la cuestión de su carácter civil o militar sujeta a debate, aunque los perjuicios de su uso político por parte del partido que controlaba el Estado ensombrecieron su historia durante los primeras cinco décadas del siglo XX; en 1953, la dictadura de Rojas incorporó la Policía al Ministerio de Guerra, convirtiéndola así en fuerza militar, lo que duró hasta 1991 cuando la Constitución le restableció su carácter civil.

La economía política colombiana desde 1886 hasta el presente nos cuenta igualmente una historia de unificación nacional proveniente de concepciones y prácticas del Estado central. Por supuesto que se dieron diferencias ideológicas en estos asuntos a lo largo del tiempo, las cuales muchas veces fueron irreconciliables y dieron lugar a divisiones profundas al interior de las elites que se entendían a sí mismas como nacionales, pero lo que nos interesa anotar es que dichos desacuerdos se discutieron y resolvieron por la vía del control partidista del Estado. De esta manera, de una parte, la eliminación de los estados federados corrió aparejada de la necesaria abolición de aduanas, peajes y otros obstáculos internos al libre tránsito de personas y mercancías por un territorio que, en consecuencia, se hizo real y no nominalmente nacional; de otra parte, la política económica, en particular la relacionada con el sistema agroexportador, distribución de las tierras baldías e imposición de condiciones laborales propicias para los empresarios en las ciudades y los propietarios de la tierra en los campos, fue defendida por los sectores moderados de ambos partidos, lo cual facilitó así la implantación desde épocas tempranas de un sistema económico de carácter bipartidista desde el gobierno nacional.

Igualmente, la creación de la Hacienda Nacional como un sistema único de tributación y administración de los bienes nacionales generó los recursos necesarios para que el Estado diera lugar a las políticas de fomento, creación de instituciones y remuneración de la burocracia que requería para gobernar el país; no menos importante, la aparición de agremiaciones de carácter productivo con sedes en todas aquellas regiones en que su actividad era importante cuando no en todas las capitales departamentales, como la Sociedad de Agricultores de Colombia (1871), la Federación Nacional de Cafeteros (1927), la Asociación Nacional de Industriales (1944) o la de Comerciantes (1945), para mencionar solo las más influyentes hoy día, mantuvieron activos y controlados los vínculos entre los sectores de poder, en una economía que ya era nacional, y los políticos en el Estado; finalmente, la consolidación de una moneda nacional, el *peso*, y la creación del Banco de la República como efecto de la Misión Kemmerer de 1923, que debió su existencia precisamente al propósito de impedir que los gobiernos controlaran la moneda y el crédito público en su beneficio, dieron estabilidad y credibilidad al sistema económico en todas las regiones y municipios

del país, sin dejar de mencionar el valor simbólico de unidad que se logró con la confiabilidad que adquirió entre los habitantes el peso como instrumento único de intercambio.

Podríamos seguir mencionando, por ejemplo, la implantación de sistemas únicos de control en todo el aparato de Estado, como la Contraloría General o las diferentes superintendencias, pero ello no sería más que abundar sobre lo mismo: afianzar el carácter centralizado del Estado al imponer unas únicas instituciones en todo el territorio, al tiempo que con ello afirmaba la superestructura ideológica que daba lugar a la consciencia de ser colombianos: todos comenzamos a transitar por el mismo camino, aunque no todos de la misma manera.

## CAPÍTULO 5

### EL CONFLICTO

La historia de Colombia ha sido explicada por sus épicos conflictos. En años recientes, a juzgar por los títulos de libros y artículos publicados por editoriales internacionales, las palabras *Colombia* y *conflicto* son prácticamente sinónimas. Este capítulo explora las dimensiones históricas del conflicto en Colombia, y examina este asunto de acuerdo con las siguientes cuatro categorías: la política, las relaciones internacionales, la estructura social y (más recientemente) las drogas ilícitas. Algunos conflictos, por supuesto, pertenecen a más de una categoría, como por ejemplo el extenso periodo conocido como *La Violencia* durante las décadas de 1940 y 1950. En el siglo XIX, los conflictos políticos eran la norma más que la excepción, pero el caso colombiano no es único en el contexto latinoamericano; al comparar a Colombia con México y Argentina en el siglo XIX se observan patrones de conflicto comunes relacionados con la difícil tarea de construir una nación después de trescientos años de dominio colonial español. En el siglo XX, el historiador Michael F. Jiménez advierte la persistencia de una dramática contienda social en Colombia. Aunque algo cercano a una calma social (definida como la relativa ausencia de lucha) se mantuvo por un periodo de casi veinticinco años, desde 1904 hasta el final de la década de 1920, el siglo XX colombiano sufrió una compleja serie de conflictos que se han extendido hasta el siglo XXI e incluso han llegado a afectar a países vecinos como Ecuador y Venezuela.

A pesar de los conflictos endémicos, Colombia se ha mantenido unida como entidad territorial, con la excepción de la separación de la provincia de Panamá, que fue el resultado de la colisión de numerosos factores nacionales e internacionales. Los colombianos han logrado resolver los conflictos a través de métodos creativos y de eficientes mediadores. Por lo menos cuatro ejemplos históricos nos pueden ayudar a ilustrar esto. Primero, la rebelión de los

Comuneros, que empezó en El Socorro en 1781 y fue tomando fuerza a medida que gente decepcionada con la administración española marchaba hacia Bogotá para exigir el fin del odiado monopolio del tabaco y la reducción de los impuestos con los que habían sido gravados este, el aguardiente y otros productos. El pueblo en armas, unos veinte mil hombres, fue detenido en la ciudad de Zipaquirá, a unos cuarenta kilómetros o un día de marcha de la capital. La muchedumbre se dispersó, lo que evitó el saqueo de Bogotá, cuando el arzobispo, el español Antonio Caballero y Góngora, negoció un acuerdo con los líderes de la rebelión. El arzobispo incumplió el trato, y a varios de los líderes del movimiento se les capturó y ejecutó, incluyendo en ellos a José Antonio Galán, considerado hoy por los colombianos un héroe.

Segundo, ya entrado el siglo XX, el presidente Marco Fidel Suárez impulsó un acercamiento político y diplomático con los Estados Unidos. Las relaciones diplomáticas con la Unión Americana habían quedado congeladas desde la intervención en Panamá de 1903, pero Suárez entendía la importancia de acercar a Colombia con la dinámica nación del norte, la “estrella polar”, los Estados Unidos. Las negociaciones diplomáticas resultaron en el pago de una indemnización de veinticinco millones de dólares a Colombia por la intervención arbitraria y agresiva en Panamá.

104

Tercero, a finales de la década de 1950, la élite colombiana acordó dar fin a diez años de violencia sociopolítica continua. Crearon el Frente Nacional, un arreglo creativo y funcional para compartir el poder entre los dos partidos políticos consolidados. En vez de matarse unos a otros en las regiones rurales del país, los liberales y los conservadores se pusieron de acuerdo para turnarse la presidencia por dos periodos de cuatro años cada partido. Sin embargo, la consecuencia no calculada de este arreglo fue la de lanzar a la gente que no pertenecía a ninguno de los partidos hacia la marginalidad sociopolítica y finalmente hacia las organizaciones guerrilleras.

Por último, hacia finales del siglo XX, los colombianos se unieron para replantear los fundamentos de su organización política y social mediante la revisión total de su ya gastada constitución. La Asamblea Nacional Constituyente se reunió con el objeto de aliviar algunas de las tensiones sociales que habían causado los disturbios y la devastación durante las décadas de 1970 y 1980. Fruto de esta Asamblea, en Colombia se promulgó una nueva constitución en 1991, que modernizó el Estado, reconoció que Colombia es un país multiétnico, no solo de origen hispánico, y garantizó para todos los habitantes del país una amplia gama de derechos civiles. Sin embargo, no fue mucho lo que hizo para resolver la profunda desigualdad económica que hasta el día de hoy causa que guerrilleros y narcotraficantes permanezcan activos.

## LA RETIRADA ESPAÑOLA

Las guerras de independencia latinoamericanas fueron épicas en cuanto a su envergadura, territorio y organización. Hubo por lo menos cuatro “escenarios” en el proceso de independencia en los que se dio la derrota completa de España en tierras americanas a principios del siglo XIX; esto redujo su dominio a solo las islas caribeñas de Puerto Rico y Cuba. En la Colombia posterior a la Independencia, un asunto central fue siempre la persistente tendencia contraria al centralismo que primaba, debido a la geografía, en la cultura y la historia reciente de sus habitantes. Los círculos regionales, que gozaban de una cultura propia y una élite gobernante independiente, no dirigieron su atención a Bogotá inmediatamente en busca de liderazgo o inspiración. La Gran Colombia<sup>1</sup>, organizada y tolerada entre 1821 y 1830, había sido el sueño del Libertador Simón Bolívar, que creía que una fuerte autoridad central era la única solución para los pueblos de América Latina. Bolívar fracasó en su intento de liderar, incluso como dictador, este grupo de naciones, y una de sus afirmaciones finales expresaba su desilusión: “América es ingobernable”, declaró en 1830, poco tiempo antes de su muerte. “Los que han servido a la revolución han arado en el mar”. Lo que Bolívar no entendió fue que, luego de más de dos décadas de lucha contra una monarquía extranjera y absoluta, los americanos, especialmente en Colombia, no estaban dispuestos a aceptar en forma alguna un régimen de gobierno absolutista.

105

## EL CONFLICTO POLÍTICO EN EL SIGLO XIX

La muerte de Bolívar en diciembre de 1830 en la ciudad costera de Santa Marta significó, como ya se ha mencionado, el fin literal del experimento grancolombiano y el inicio de una intensa rivalidad entre las facciones que dominarían la política y la sociedad colombianas durante los siguientes 55 años. Uno de los primeros conflictos, la Guerra de los Supremos, entre 1839 y 1842, consistió en una sublevación de los habitantes del suroccidente del país, en y alrededor de la ciudad de Pasto, que denunciaban la intromisión del gobierno central en los asuntos locales. El levantamiento, que fue reprimido por el régimen centralista de José Ignacio de Márquez, ofrece ciertas claves temáticas que permiten entender futuros conflictos nacionales. Los intereses regionales se enfrentarían a la tendencia centralista de Bogotá y, por su parte, la Iglesia católica lucharía para proteger su poder, el fuero eclesiástico, sus propiedades y su derecho y exclusiva autoridad sobre el sistema educativo nacional. En este sentido, el conflicto Estado-Iglesia colombiano no se salía de la norma latinoamericana en el siglo

1 Gran Colombia es un apodo para el periodo en que Colombia comprendía Ecuador, Colombia, Venezuela y Panamá (1821-1830).

XIX: tanto Argentina como México recurrieron al conflicto armado para determinar las fronteras entre el poder secular y los derechos, deberes, obligaciones y jurisdicción de la Iglesia católica. En México, la Iglesia prácticamente le declaró la guerra al Estado por la institución de la constitución anticlerical de los liberales mexicanos en 1857. La Iglesia (y sus aliados conservadores) perdieron la guerra, pero continuaron con la lucha; incluso fueron capaces de apoyar la invasión del país por parte de una monarquía europea: la desastrosa intervención francesa de 1862-1866.

Aunque para el año de 1825 la monarquía española ya había dejado de gobernar en América Latina, quedaron fuertes vestigios de la cultura y la sociedad ibéricas, especialmente en la lengua y en el sistema religioso que los europeos impusieron desde los primeros días de la Conquista. La Iglesia católica, luego de la caída de la monarquía, mantuvo su modelo jerárquico de origen colonial, razón por la cual se opuso a todo cambio económico y social que pudiera amenazar su poder y su prestigio, y manifestó su alarma por la relajación de la moral y la educación protestante. Por lo general, la Iglesia adoptó el programa sociopolítico de los conservadores. Los liberales que alcanzaron el poder a mediados de siglo se aseguraron de hostilizar a la Iglesia, pero ella se defendió con firmeza.

106

El General José Hilario López llegó a la presidencia de Colombia en 1849 y continuó las políticas modernizantes del General Tomás Cipriano de Mosquera, quien ejerció una influencia considerable durante las décadas centrales del siglo XIX. López logró abolir la esclavitud en 1851, al tiempo que se granjeó la enemistad de la Iglesia por expulsar a los jesuitas en 1850 (los jesuitas fueron expulsados tres veces de Colombia, algo que aún hoy no han olvidado) y abolir el fuero eclesiástico. Los desacuerdos dentro del Partido Liberal ocasionaron la corta guerra civil de 1854 y le aseguraron el poder a los conservadores, bajo el liderazgo de Mariano Ospina Rodríguez, un profesor de derecho de la élite que: “cultivaba los valores burgueses de orden, sentido práctico y espíritu de trabajo”.<sup>2</sup> El gobierno de Ospina estaba desgarrado por las disidencias regionales y demostraba la dificultad de gobernar con eficiencia a todo un país desde la remota Bogotá. La comunicación era lenta, las leyes de la capital se ignoraban, y las élites militares y económicas locales tenían el verdadero poder en las regiones lejanas, sobre todo en el Valle del Cauca, donde el General Mosquera era la principal fuerza política y militar. Tras notar la incapacidad de Ospina de controlar la nación entera, Mosquera decidió rebelarse; la guerra civil (1860-1862) concluyó cuando Mosquera y los liberales radicales finalmente tomaron el

---

2 David Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta, 1996, 169.

poder y escribieron una nueva constitución federalista y anticlerical que prohibía la reelección tras un periodo de dos años.

Entre las naciones latinoamericanas, Colombia no debería señalarse como una especialmente dada a los conflictos. México también tuvo una guerra civil a mediados del siglo XIX y entre 1832 y 1862 fue el objeto de tres intervenciones extranjeras. Como hemos mencionado, la guerra civil mexicana de 1858-1861, conocida como la Guerra de Reforma, dejó miles de muertos y significó una desastrosa derrota para las fuerzas de la tradición y el conservadurismo. La constitución anticlerical de 1857 en México fue la chispa que encendió el conflicto. En los Estados Unidos, la Guerra Civil se dio entre 1861 y 1865 y dejó 630.000 muertos. En esta guerra la religión no tuvo mayor influencia, pues se originó en la oposición de las soberanías de los estados a la imposición de un fuerte Estado federal, en las tensiones que acompañaron el modelo económico de la joven nación y el papel de la esclavitud en la sociedad norteamericana.

El General Tomás Cipriano de Mosquera surgió como el líder político y militar indiscutido durante este periodo. Caudillo del siglo XIX, Mosquera cumplía el modelo del líder todopoderoso; pero en 1876 en Colombia llegaron al poder nuevas fuerzas políticas más en línea con el moderno modelo de gobierno de partido. Para 1880 el péndulo político había empezado a alejarse de los excesos anticlericales de los liberales y a acercarse hacia una estructura de gobierno más conservadora. Este fue el año en que Rafael Núñez llegó a la escena nacional, desde la ciudad costeña de Cartagena, y fue elegido presidente. Su elección representaba un cambio regional importante con respecto a la base de poder de Mosquera en el Valle del Cauca, y un cambio ideológico que favorecía el tradicionalismo en la política y en la estructura social. En 1884 fue reelegido, y al año siguiente los radicales liberales montaron una revuelta en su contra. Núñez usó esto como pretexto para abolir la Constitución de 1863. El movimiento de “Regeneración” de Núñez se convirtió en la plataforma política que habría de sostener un largo periodo de poder conservador. Una nueva constitución, de recio carácter centralista, se escribió en 1886. Esta le devolvía el poder al ejecutivo central y restauraba el prestigio y el poder de la Iglesia católica. Colombia se convirtió en una nación hispánica, católica y centralizada. La Constitución de 1886 corrigió la de 1863, descentralizada, anticlerical y excesivamente federalista, y los lazos de los conservadores con la Iglesia los llevaron a firmar un concordato con la Santa Sede en 1887. Este concordato definió la especial relación de Colombia con la Iglesia católica y aseguró que Colombia fuera una nación católica, una realidad que habría de influenciar la cultura, la educación y la política durante décadas.

Los excesos políticos y los conflictos del periodo de cincuenta años entre 1830 y 1880, caracterizado por la confusión, el mando conservador, la reacción política de los liberales, el surgimiento de Mosquera como líder regional,

guerras civiles y revueltas, ocurrieron en el marco de una constitución escrita y reconocida, y de elecciones respetadas, aunque fueran escasamente universales o representativas. Esta es una de las fascinantes ironías que sale a la luz al estudiar la historia de Colombia durante los siglos XIX y XX: los conflictos violentos han tendido a ocurrir en conjunción con las regulaciones propias de los procedimientos y procesos constitucionales; y aunque el conflicto político de la nación en el siglo XIX parecía casi interminable, jamás alcanzó los niveles de aterradora locura que, por ejemplo, soportó México bajo el liderazgo de Antonio López de Santa Anna, quien gobernó desde mediados de la década de 1820 hasta 1855, o la brutalidad arbitraria y cruel en Argentina bajo el mandato de Juan Manuel de Rosas, gobernante entre 1829 y 1852. El conflicto del siglo XIX en Colombia es confuso porque es regional y refleja los obstáculos geográficos que caracterizan a la nación y desafían la fácil unificación o colaboración política. Tales retos geográficos durante el tumultuoso siglo XIX estimularon la búsqueda del poder regional, pero obligaron a los colombianos a reconocer la necesidad de algún conjunto de principios o documentos unificador y centralizador.

El plan de gobierno de los conservadores no era mucho más que una maniobra política para permanecer en el poder. Como sus antecesores liberales, gobernaron excluyendo a sus adversarios políticos. Después de la muerte de Núñez en 1894, el extremadamente doctrinario, tradicional y ultracatólico Miguel Antonio Caro surgió como el líder real de la nación. El gobierno de Caro, arbitrario y excluyente, coincidió con la caída del precio del café; además, el impuesto a la exportación asignado a la industria cafetera en 1895 irritó fuertemente a los liberales. En 1899, sus frustraciones llegaron al límite, y estalló un conflicto armado. Este conflicto, la Guerra de los Mil Días, fue una gran guerra civil suramericana. Durante mil días se libró una guerra a lo largo de casi todo el territorio que dejó cerca de setenta mil muertos, frenó el crecimiento económico y paralizó el futuro de Colombia en los albores del nuevo siglo. Esta masacre partidista, llegada a su fin en 1902 y sin significarle la victoria real ni a los liberales ni a los conservadores, estableció el precedente de un peligroso patrón en la política del siglo XX: la exclusión política como catalizador del conflicto armado. Mientras otras naciones latinoamericanas forjaban la modernidad más o menos de acuerdo con los principios establecidos del “positivismo” (el orden político se equiparó con el progreso material, la ciencia moderna y la tecnología, apreciados como elementos salvíficos), Colombia se daba a una costosa guerra civil que alteró el ritmo de su modernización.

Por lo tanto, en comparación con otras naciones de América Latina, Colombia parecía un anacronismo al llegar el cambio de siglo: en 1899, México estaba en pleno plan de modernización bajo la dictadura de Porfirio Díaz, Argentina recibía inmigrantes europeos y sacaba adelante un exitoso plan económico

de exportación agrícola, y la joven república de Brasil se consolidaba bajo el estandarte (literal) de una nueva bandera positivista, “*ordem e progresso*”. En Colombia, en cambio, la devastadora guerra golpeó la economía interna y de exportación, y dejó tan débil económica y políticamente a la nación, que el panorama era apto para cualquier tipo de intervención extranjera. En noviembre de 1903, Colombia estaba en medio de un conflicto internacional con los Estados Unidos que acabó en la separación, o independencia, de la provincia de Panamá. Aunque esto no causó ningún conflicto físico, la separación de 1903 fue uno de los sucesos más devastadores y humillantes de la historia de Colombia como nación independiente. Esto alentó un acuerdo entre los partidos políticos del país, la llamada “Convivencia”, que inició a principios de 1904 con el gobierno de Rafael Reyes y duró cerca de veinticinco años.

## PANAMÁ SE SEPARA

En la primavera de 1902, el Senado de los Estados Unidos ratificó un tratado conocido como el Tratado Herrán-Hay, llamado así en nombre del secretario de Estado estadounidense John Hay y el ministro plenipotenciario de Colombia en Washington, Tomás Herrán. El tratado permitía que los Estados Unidos administrara una franja interoceánica de once kilómetros de ancho a través de la provincia de Panamá y que construyeran ahí un canal; el ejército de Estados Unidos controlaría y ocuparía el territorio por medio de un contrato de arrendamiento con el gobierno colombiano de noventa años de duración. El tratado fue la pieza final de un complejo proceso diplomático iniciado en 1850 en el que estaban involucrados cuatro países: Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y Colombia.

El gobierno colombiano en Bogotá difícilmente representaba las aspiraciones o ideología de la gente que vivía en la distante costa norte, incluyendo la provincia de Panamá. Los oligarcas bogotanos que gobernaban eran tradicionalistas, miembros vitalicios de la élite conservadora que miraba con desdén la cultura, las tradiciones y las afiliaciones políticas de los residentes de las costas, simpatizantes, en general, con los principios y prioridades del Partido Liberal. Los panameños jamás sintieron que estuvieran totalmente integrados al *ethos* nacional colombiano. La capital era distante y extraña para la mayoría de panameños; el acceso a Bogotá implicaba una ardua jornada de meses que llevaba al viajero desde el mar, río arriba por el Magdalena hasta Honda, y de allí a la capital por tortuosos caminos de montaña. Los panameños pagaban impuestos al gobierno, pero no recibían casi nada de Bogotá en servicios sociales que mejoraran la vida de la gente (hospitales, escuelas, vías e infraestructura básica).

Por lo tanto, en agosto de 1903, cuando el Senado colombiano rechazó unánimemente el tratado Herrán-Hay y los planes para la construcción del canal

se derrumbaron, algunos panameños se rebelaron, animados por los Estados Unidos. En defensa de la Panama Railroad Company (en la que tenían acciones inversionistas estadounidenses) y del libre transporte de bienes a través del istmo, los Estados Unidos declararon que las tropas colombianas no tendrían acceso ni a Colón, en la costa Caribe, ni a la Ciudad de Panamá, en el Pacífico. La separación de Panamá, o la independencia panameña, no causó una guerra entre Colombia y Estados Unidos, pero marcó un conflicto internacional entre las dos naciones que condujo a un callejón sin salida diplomático que habría de durar más de una década. Por supuesto, Colombia perdió una provincia costera importante, y los políticos en Bogotá empezaron a pensar más en los intereses nacionales que en los regionales una vez entendieron la gravedad de esa pérdida aleccionadora. Además, la importancia geoestratégica del país significaba que habría conflictos entre intereses opuestos desde los primeros días del siglo XX, un patrón que habría de repetirse después, con el conflicto generado por el tráfico de narcóticos ilegales.

La separación de Panamá marcó un punto de inflexión en la historia contemporánea de Colombia. Los colombianos empezaron a preocuparse por la recurrencia de los atroces conflictos en su país, y consintieron entrar en lo que se llamó “La nueva era de paz y café”.<sup>3</sup> El nuevo presidente subió al poder en 1904, poco después de la enojosa pérdida de Panamá; el conservador y elitista Rafael Reyes entendió el sentido del término convivencia y buscó fortalecer la sociedad por medio de la inclusión de ideas alternativas en su gobierno. De este modo, nombró algunos liberales en puestos de bajo nivel en el gobierno y ayudó a promover el liderazgo liberal en el cuerpo de oficiales del Ejército Nacional. La paz duró una o dos generaciones, y los precios crecientes del café ayudaron a generar estabilidad social y económica durante la primera década del siglo XX.

## CONFLICTOS EN EL SIGLO XX

Si la paz se define como la mera ausencia de una guerra formal declarada, puede decirse que Colombia estuvo “en paz” durante el lapso que culminó en 1932, cuando la nación se enfrentó en una breve guerra con Perú. Durante el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, las élites trabajaron en la mejoría de la infraestructura a través de la inversión costosa y, dada la geografía de Colombia, insostenible de una red de ferrocarriles. La construcción de ferrocarriles significaba “modernidad”, y la red de vías férreas casi se duplicó durante el periodo de seis años que transcurrió entre 1922-1927, con un total de cerca de 2.500 kilómetros construidos. La construcción de vías, medios de transporte

---

3 Véase el capítulo siete de Bushnell, “La nueva era de paz y café (1904-1930)”.

aéreo y otros signos de modernidad coincidieron con el *boom* de la exportación de café de la década de 1920. Con el fin de la Primera Guerra Mundial, los europeos y los estadounidenses dejaron de ver el café como un lujo reservado a los más ricos. Beber café se convirtió en costumbre para la élite y las clases trabajadoras, y el tostado ligero característico del café colombiano fue el favorito de los consumidores estadounidenses.

A pesar del *boom* del café, tres áreas de conflicto caracterizaron este periodo de Colombia, y una en particular produjo miles de muertes. El trabajo, la tierra y el conflicto con Perú ocasionaron el final de “La nueva era de paz y café” y le devolvieron el poder político a los liberales con las elecciones de 1930, después de cuarenta y cinco años de hegemonía conservadora. Las disputas por el trabajo, alimentadas por teorías europeas al respecto y la internacionalización de la reciente Revolución bolchevique en Rusia, llegaron a Colombia, donde las condiciones de trabajo estaban atrapadas en un pasado que en ocasiones parecía medieval.

Un lugar que produjo una grave sinergia entre condiciones laborales abusivas, posesión de tierras por enclaves extranjeros, monopolio de un producto en particular (en este caso bananos), y las dinámicas de una ciudad portuaria, a merced de ideas y fuerzas foráneas, fue Santa Marta. Allí, en 1928, miles de trabajadores de las bananeras hicieron huelga, cansados del trato abusivo de la administración extranjera, de recibir sus insignificantes salarios en pagarés de la compañía, y de sus inhumanas condiciones de vida, abiertamente contrastantes con el lujo palaciego en que vivían sus jefes extranjeros. La masacre que se desató en el pueblo de Ciénaga, descrita en el próximo capítulo (y en el capítulo diez), fue aterradora por su severidad y sentó un desafortunado paradigma para lo que quedaba del siglo: los desacuerdos se resolverían con la violencia, masiva en este caso, y no con las negociaciones.

La agitación en el campo también caracterizó este periodo: la Gran Depresión había disminuido la demanda de productos del sector agrícola, y la concentración de la propiedad de la tierra se hizo inevitable gracias a los bajos precios que se mantuvieron durante esos años. Por lo tanto, los pobres fueron expulsados de la tierra por los dueños de grandes extensiones, y la gente presionó al gobierno para que interviniera en su defensa. Estas disputas de tierra se intensificaron, sobre todo a principios de la década de 1930, cuando la gente confinada a la extrema pobreza en el campo esperaba una reforma por parte de un gobierno nuevo que había prometido gobernar en nombre de todos los colombianos, no solo de los poderosos y bien conectados. Con todo, no habría una reforma al estilo bolchevique en Colombia, pues el pragmatismo, el elitismo y la jerarquía seguían definiendo, hasta cierto punto, el carácter y el tono de la República Liberal. Marco Palacios lo expresó muy bien al anotar cómo “En suma,

la República Liberal dejó más o menos intacta la estructura social del campo colombiano”<sup>4</sup>.

En 1932 tuvo lugar un conflicto importante con un vecino latinoamericano: la guerra con Perú, o el “asunto de Leticia”. En septiembre de ese año, las fuerzas peruanas ocuparon la ciudad de Leticia, en el Amazonas colombiano. Este hecho generó una oleada de indignación nacional y fervor patriótico que no se habían visto antes, incluso con la separación de Panamá en 1903. Colombia desplazó sus fuerzas a Leticia a través de barcos y aviones para retomar lo que era su justa propiedad, según el tratado que en 1922 las dos naciones habían firmado al respecto. La guerra fue breve; la victoria suele acreditarse a los colombianos, y Leticia sigue siendo hoy su ventana hacia el Amazonas. La guerra trajo consigo un necesitado reconocimiento para las fuerzas armadas y el liderazgo nacional, que en 1932 aún no se recuperaban de la humillación y la desconfianza causada por la masacre de las bananeras en Ciénaga, cuatro años antes.

América Latina respondió a la crisis económica, política y social de los años treinta con su apoyo a líderes “populistas”, hombres carismáticos, y mujeres en el caso de Eva Perón, que ayudaron a cerrar la brecha entre las atrincheradas élites económicas y los pobres, muchos de los cuales habían llegado del campo a las grandes ciudades en busca de trabajo y de oportunidades. Los populistas obligaron a las élites a invertir en mejores viviendas y sanidad para los pobres, a permitir que los trabajadores se sindicalizaran, y a ofrecer financiación para clases de horario nocturno y otros medios por los cuales los pobres podrían mejorar su posición en la sociedad. Los populistas eran pragmáticos y buenos oradores, empeñados en mantener el orden social mientras llevaban a cabo sus propios programas políticos.

El líder populista de Colombia fue un joven y carismático abogado bogotano de clase baja llamado Jorge Eliécer Gaitán. Gaitán estudió derecho en Italia y supo apreciar la habilidad retórica del dictador fascista Benito Mussolini. Se identificaba con los trabajadores pobres, y sus orígenes humildes en un barrio de clase media-baja en el centro de la ciudad lo ayudaban a conectarse con la gente. Tuvo varios cargos políticos importantes, que incluyeron los de miembro del Concejo de Bogotá, ministro de educación y trabajo, y alcalde de Bogotá. Se lanzó a la presidencia en 1946 y ganó en ciudades importantes como la capital y Barranquilla, pero jamás obtuvo el apoyo de la clase dirigente liberal oficial, que ese año lanzó a su propio candidato, Gabriel Turbay, dividiendo el Partido Liberal, entregándole así la presidencia al candidato conservador, Mariano Ospina Pérez, y truncando un periodo de dieciséis años de hegemonía.

---

4 Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia. 1875-1994*. Bogotá: Norma, 1995, 151.

Gaitán era el candidato presidencial favorito para las elecciones de 1950, pero fue asesinado en el centro de Bogotá el 9 de abril de 1948, día que cambió la historia de la nación tanto como el asesinato del presidente Kennedy en 1963 cambió la sociedad estadounidense. La marginada clase trabajadora, gente que sentía que el gobierno, las leyes y la sociedad estaban en su contra, quedaron perplejos al ver que la esperanza de un mejor futuro, místicamente vinculada a la presidencia de Gaitán, se evaporaba tras varios disparos de revólver. Los disturbios que se dieron a continuación, conocidos como “el Bogotazo”, dejaron varias zonas del centro de Bogotá saqueadas y reducidas a escombros; el sistema de tranvías quedó seriamente afectado, varias iglesias y archivos eclesiásticos quemados, y los negocios, en especial los que parecían simpatizar con los conservadores, presa de asaltos.

De los principales líderes populistas de América Latina, entre los que se encuentran Lázaro Cárdenas en México, los Perón en Argentina, Getúlio Vargas en Brasil<sup>5</sup> y Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú, Gaitán fue el único que murió asesinado. De este modo, el programa populista terminó de manera abrupta, dramática y violenta en Colombia el 9 de abril de 1948, y el caos urbano que se desató en la capital y en otras ciudades del país hizo evidente que algo monstruoso había ocurrido, orquestado (presuntamente) por los ricos y los conservadores de la clase dirigente, para evitar que el pueblo tuviera una verdadera voz en la política o en la sociedad.

La violencia política urbana del 9 de abril se entrelazó con la violencia política rural, en aumento desde las elecciones de 1946, cuando el regreso de los conservadores pareció implicar un regreso al pasado, a los días de la hegemonía conservadora decimonónica. Por su parte, los políticos liberales, al haber gozado del poder durante dieciséis años, se rehusaban a volver a ser ciudadanos subordinados. El incompetente y aislado régimen de Ospina, afectado en extremo por los disturbios y saqueos en Bogotá, difícilmente podría tomar el liderazgo de la nación. Con Gaitán fuera de juego, un progresivo desorden se consolidó y expandió, adquiriendo rápidamente dimensiones incontrolables. La Violencia acabó por caracterizar el periodo entre 1946 y 1960 en Colombia. Algunos historiadores, como Catherine LeGrand, Michael Jiménez, Herbert “Tico” Braun y Álvaro Tirado Mejía, argumentan convincentemente que la violencia venía ya desde los años treinta, causada por el inicio de los conflictos agrarios y las presiones sobre el campo. Tales presiones, ocasionadas mayoritariamente por políticas que favorecían a los grandes propietarios del sector agrario, coincidieron con el ascenso político del Partido Liberal y terminaron por consolidar

5 La caída de varios líderes populistas latinoamericanos fue trágica: Getúlio Vargas se suicidó en su habitación del Palacio Presidencial en 1954, y la muy amada Eva Perón murió de cáncer a los treinta y tres años de edad, en 1952.

la concentración de la propiedad de la tierra y la exclusión de los agricultores pobres. El débil liderazgo político ejercido desde el centro no pudo impedir que se presentaran conflictos políticos y sociales en regiones que eran literalmente ajenas al poder de la clase gobernante en Bogotá.

Es imposible fechar los orígenes de La Violencia, pero se puede decir que la tensión entre liberales y conservadores, la causa primordial del conflicto, estaba ya dada desde la década de 1930. El regreso de los conservadores al poder en 1946 frustró a los pobres, que se sentían estafados, y el asesinato de Gaitán, el líder político más carismático, comprometido y decidido de la época, ocasionó un periodo de desmesurada violencia en el país. Al final, la violencia disminuyó al concluir la década de 1950 gracias, en gran parte, a un programa político: el acuerdo de alternancia del poder entre las élites llamado *Frente Nacional*.

## LA VIOLENCIA

En un país de regiones, con una geografía que desafía todo intento de unificación, La Violencia fue un fenómeno que mostró con claridad las debilidades del Estado colombiano. El gobierno estaba a todas luces restringido a la plaza de Bolívar, y a otras plazas centrales en las capitales regionales del país. La gente del campo no tenía incentivo para obedecer leyes arbitrarias, irradiadas desde una capital distante y escritas por políticos que no entendían la vida rural. Cuando el Partido Liberal decidió no presentar un candidato a la elecciones de 1950, la política se volvió algo más que concursos electorales y gobernanza: para los liberales que no tenían participación alguna en el aparato político oficial, la violencia parecía ser el único medio de intervención política. Por lo tanto los asesinatos por venganza, el robo de ganado y las largas disputas familiares y territoriales determinaron la realidad de extensas partes de la Colombia andina y rural, y el distante gobierno era a la vez incapaz y reticente a poner fin a todo esto. Es posible que un 80% de las víctimas de La Violencia, casi doscientas cincuenta mil personas asesinadas durante el periodo 1946-1960, fueran hombres, jóvenes y pobres.

La Violencia demostró una grave inconexión entre los colombianos urbanos y rurales, y entre los ricos y los pobres, además realizó el peligro de demonizar a los adversarios políticos. El liderazgo en Bogotá, miope y anémico, llevó a la gente de las áreas rurales a entender que el gobierno no podía y no quería responder, y entonces los pobres decidieron ocuparse personalmente de los asuntos políticos del modo en que les era más conveniente. Destrozaron a sus enemigos y a sus vecinos con una violencia brutal, visceral, y pasaron años antes de que los líderes de la nación prestaran atención y desarrollaran un plan de acción para detener o al menos disminuir la violencia. El plan, un esfuerzo colaborativo llamado Frente Nacional, fue diseñado por las élites de la capital

y les ofrecía a los partidos una pausa para respirar. Este acuerdo cambió la particular historia política de los siglos XIX y XX en Colombia, ya discutida, según la cual cada partido gobernaba con completa exclusión del otro, dejándole poco más que el reto de movilizarse violentamente. No hay duda de que el Frente Nacional logró apaciguar la violencia rural, pero la hostilidad, la rabia y las venganzas en el campo no se iban a acabar de la noche a la mañana por un acuerdo político firmado en Bogotá.

Otro factor que suele pasarse por alto, y que contribuyó a dar forma a un moderado consenso en contra de la violencia, fue un libro publicado en dos volúmenes en 1962. Tres colombianos, el jurista Eduardo Umaña Luna de la Universidad Nacional en Bogotá, un prelado, Monseñor Germán Guzmán Campos, y un joven intelectual con un doctorado de la Universidad de Florida, Orlando Fals Borda, escribieron *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social*.<sup>6</sup> El libro dibujaba un retrato claro y realista de los años de violencia, basado mayormente en trabajo de campo, entrevistas y fotografías. La publicación sorprendió a los intelectuales de Bogotá y de otras ciudades; los colombianos sabían que la violencia ocurría en las zonas rurales, pero los ricos y poderosos, la mayoría de los cuales estaban protegidos de este fenómeno, leyeron este desapasionado reporte como si proviniera de una tierra lejana. El libro chocaba con su noción de modernidad y de desarrollo nacional. Cabe anotar que *La violencia en Colombia* se publicó solo meses después de la visita del presidente John F. Kennedy al país, llevada a cabo como demostración de su solidaridad con la élite política y económica nacional. Kennedy destinó millones de dólares a Colombia, un país que veía como modelo de democracia y de desarrollo gradual, para su programa estrella de desarrollo en América Latina, la Alianza para el Progreso. Irónicamente, también promocionó los Cuerpos de Paz durante su visita. Colombia sería el primer país del hemisferio occidental en recibir a sesenta y un voluntarios de los Cuerpos de Paz en el otoño de 1961.

El primer párrafo de *La violencia en Colombia* manifiesta la falta de claridad respecto a este concepto que sin duda existía a principios de la década de 1960, y que hasta cierto punto también caracteriza a la Colombia contemporánea. Los autores escribieron: “Mucho ha sido escrito acerca de la violencia, pero no hay realmente ningún acuerdo en cuanto a su sentido”.<sup>7</sup> El libro establecía la “violencia” como un área legítima de investigación académica, razón por la cual sus investigadores recibieron el nombre de “violentólogos”. Durante muchos años, desde los años sesenta hasta hace muy poco, la violencia política y social parecía ser la principal preocupación de la comunidad académica, principalmente de

6 Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia: Estudio de un proceso social*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1962.

7 Guzmán, Fals Borda y Umaña, *La Violencia en Colombia*, 23.

especialistas que viven fuera de Colombia, como Robert Dix, estadounidense; Paul Oquist, nacido en Estados Unidos; y Daniel Pécaut, sociólogo francés, entre otros.

La singular solución a la violencia, el Frente Nacional, condujo a una nueva e imprevista subestructura de violencia bajo la forma de insurgencias guerrilleras de izquierda a lo largo del país. Los colombianos que no querían tener que ver con los programas de los partidos tradicionales liberal y conservador quedaron consternados ante la estrechez del acuerdo bipartidista entre las élites. ¿Cómo habrían de participar en política los no alineados o desilusionados después del establecimiento del Frente Nacional en 1958? Parte de la respuesta provino de una revolución en Cuba, meses después de la implementación del Frente Nacional. La Revolución Cubana de enero de 1959 alentó enormemente a los desilusionados, que cuestionaban la política tradicional, las convergencias políticas y la economía en el continente americano. En 1959 la naturaleza contemporizadora del Frente Nacional obligó a quienes eran contrarios a esa ideología y a las prácticas partidistas a organizarse por fuera de los partidos políticos tradicionales en Colombia. De hecho engendró los grupos insurgentes modernos de izquierda, dos de los cuales, las FARC y el ELN, aún siguen activos, pese a que ciertamente sus objetivos y filosofía hayan mutado durante su difícil existencia de casi medio siglo.

116

## LA INTERVENCIÓN DE LA INSURGENCIA

El ELN (Ejército de Liberación Nacional) entró en escena en el departamento de Santander a comienzos de los años sesenta. La base del grupo fueron estudiantes universitarios insatisfechos, algunos de los cuales habían viajado a la Cuba de Fidel Castro en 1962 y buscaron imitar en Colombia el camino de Castro al poder. Los estudiantes malinterpretaron las diferencias específicas históricas y culturales entre Cuba y Colombia y prefirieron centrarse en la teoría, casi toda escrita en Europa. El más famoso de los miembros incorporados al ELN durante esos primeros años fue un apuesto y burgués cura católico que ejercía su sacerdocio en Bogotá. Se unió a las fuerzas del ELN en octubre de 1965 y torpemente fue enviado al frente sin mayor entrenamiento. Murió en combate en febrero de 1966, y la mayoría de los colombianos consideran su ingreso a las fuerzas revolucionarias un ejemplo de ingenuidad juvenil y una tragedia nacional. El padre Torres tenía numerosos seguidores, sobre todo en los sectores urbanos, universidades, y entre todos los que creían que la histórica inercia política y económica en Colombia impedía todo tipo de movilidad social para los pobres.

En 1964 se formaron las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia); menos cerebrales o teóricas que el ELN, las FARC continúan retando al

Estado colombiano. Pueden ser vistas como un movimiento de origen rural que nació como resultado de la frustración de las luchas agrarias de las décadas de 1930 y 1940, luchas que no consiguieron más que represión por parte del Estado. Las FARC, que a principios de los años 1990 llegaron a tener entre quince y veinte mil hombres, han visto disminuir su tamaño e importancia. Su fundador, Pedro Antonio Marín (nombre de guerra Manuel Marulanda, alias “Tirofijo”) murió de causas naturales en marzo de 2008, sin haber sido capturado jamás por las autoridades. Su muerte recordó a los colombianos una dura realidad: el Estado colombiano no controla la totalidad del territorio nacional. La muerte de Tirofijo hirió los ánimos de la organización, como se hizo evidente con los cientos de desertores, muchos de los cuales habían entrado a la guerrilla en la adolescencia. El liderazgo pasó a Alfonso Cano (nacido Guillermo León Sáenz Vargas), pero una campaña persistente de las fuerzas armadas, financiada en su mayor parte con dólares de Estados Unidos, ha debilitado significativamente al grupo, como se hizo evidente en septiembre de 2010 con la muerte del comandante militar de mayor rango, el “Mono Jojoy” a unos ciento noventa kilómetros de la capital. Cano (nacido Guillermo León Sáenz Vargas) fue muerto por el ejército colombiano a principios de octubre de 2011. Hoy las FARC tienen entre seis mil y ocho mil hombres armados, y durante los últimos veinte años han usado el secuestro, la extorsión y la protección del narcotráfico como medios para financiar sus operaciones. En la actualidad, la gran mayoría de colombianos tiene una opinión negativa de las FARC.

117

Después de un periodo de represión severa por parte del Estado al final de la década de 1970, durante la presidencia de Julio César Turbay, caracterizada por asesinatos extrajudiciales, encarcelamientos ilegales y una mentalidad y atmósfera de “estado de sitio”, el gobierno de Belisario Betancur en 1982 propuso una estrategia conciliadora. Betancur es recordado hoy con algún aprecio pues dio forma a un plan de paz y amnistía con los diferentes grupos insurgentes que en esa época luchaban por el poder. Sin embargo, tal iniciativa de paz se detuvo a fines de 1985 cuando la guerrilla urbana del M-19 se tomó el Palacio de Justicia, el edificio de la Corte Suprema de Justicia.

El M-19 surgió en oposición a las elecciones presidenciales de 1970, cuando el líder del Partido Conservador, Misael Pastrana, ganó estrechamente contra Gustavo Rojas Pinilla, candidato de la ANAPO, (Alianza Nacional Popular) y en representación de los intereses de los estudiantes y de los trabajadores. Muchos vieron estas elecciones como fallidas o fraudulentas, y el M-19 se tomó las calles para hacerse conocer como “guerrilla urbana” mediante dramáticas acciones dirigidas al gusto popular. Un comando de este grupo asaltó las instalaciones militares del Cantón Norte en Bogotá con el objetivo de robar armamento, y en otra intervención incluso lograron apoderarse de la espada del Libertador

Simón Bolívar; en 1980 se tomaron la embajada de la República Dominicana en Bogotá y mantuvieron como rehenes a los diplomáticos. Su acto más osado, y el comienzo de su fin, tuvo lugar en noviembre de 1985, cuando se infiltraron al Palacio de Justicia y retuvieron por la fuerza de las armas a los magistrados de la Corte y otros funcionarios allí presentes. Su intención era someter la presidencia de Betancur a un juicio público, pero los comandantes del ejército no lo permitieron y decidieron contraatacar con fiereza y derrumbar la puerta principal con un tanque brasileiro ligero. Del asedio solo sobrevivió uno de los guerrilleros; dejó cerca de cien muertos entre los que se pueden contar once miembros de la Corte Suprema. A algunas personas, cerca de una docena, se les vio salir del Palacio conducidos por los militares, y después simplemente “desaparecieron”. Esta tragedia es una referencia en la historia moderna de Colombia y representa el inicio de otra fase trágica en el conflicto colombiano contemporáneo.

El optimismo y la esperanza de Betancur de llegar a un acuerdo de paz se frustraron en noviembre de 1985. Sin embargo, el mismo año de la tragedia del Palacio de Justicia, las FARC, en respuesta a la amnistía de Betancur, formaron un partido político compuesto de guerrilleros desmovilizados, llamado la Unión Patriótica. Este partido alcanzó un éxito impresionante en las elecciones locales de 1986, pero a lo largo de los cuatro años siguientes, hasta comienzos de la década de 1990, los líderes de la UP fueron sistemáticamente eliminados por redes de “misteriosas” fuerzas que incluían al ejército, mercenarios/paramilitares, miembros de organizaciones rivales de izquierda y, cada vez más, de “carteles” del narcotráfico. La violencia en contra de la UP frenó la posibilidad de una salida negociada del conflicto y ha producido un sentimiento general de desconfianza entre el gobierno y todos los que han desafiado su autoridad política con el uso de la fuerza.

## LA NARCO-VIOLENCIA

A medida que los líderes de la UP eran asesinados sistemáticamente (unas 3.500 personas hacia 1992, con un nivel alarmantemente bajo de arrestos y de juicios), el mensaje desde Bogotá era que los asesinatos extrajudiciales de los subversivos, activos o retirados, se ignorarían abiertamente. Un ambiente tal ayuda a entender el acelerado aumento de narcotraficantes durante los años ochenta, cuando la producción, transporte y financiación de la cocaína se volvieron dominio de un grupo de audaces y diestros negociantes radicados en tres ciudades principales: Bogotá, Cali y Medellín. El más famoso, Pablo Escobar, nacido en 1949 en Rionegro, Antioquia, empezó su carrera como ladrón de poca monta: robaba lápidas y borraba las inscripciones para revenderlas (con descuento) a los desprevenidos familiares de los que habían muerto recientemente. Escobar

fue elegido en 1982 como Representante suplente al Congreso de la Nación por Antioquia, mientras que su fortuna crecía con la producción y transporte de drogas, principalmente cocaína, para los mercados de Estados Unidos y de Europa. Por razones tanto geográficas como políticas, Colombia se convirtió en el epicentro de la exportación de drogas en Suramérica. El hecho de ser el único país del subcontinente con costas en los dos océanos le significó una gran ventaja, así como sus selvas y montañas, pues facilitaron ocultar los laboratorios en las mismas regiones que por su clima y altitud favorecían ampliamente el cultivo de la planta de coca (como también en Perú, Bolivia y otros países de los Andes). Políticamente, la descentralizada estructura del poder regional, junto a un gobierno central históricamente débil, permitieron que gente como Escobar comandara y controlara una gran red de tierras, mano de obra, dinero y políticos.

Hacia 1984, el poder y la riqueza de Escobar se habían vuelto notorios e inaceptables. Escobar tenía un zoológico en una de sus fincas de recreo en el Magdalena Medio antioqueño y había dado la orden al gobierno colombiano de no interferir en sus negocios. Cuando el joven y ambicioso ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla decidió condenar el lavado de dinero y destruir algunos de los laboratorios ilícitos de Escobar, este ordenó su asesinato. La muerte de Lara en 1984 desató una guerra de diez años que enfrentó al gobierno, a menudo reacio y a veces peor armado, contra los bien financiados y extravagantes capos del narcotráfico que se aprovecharon de la pobreza y de la desigualdad social para conformar cuadros de asesinos a sueldo. Estos adolescentes, en su mayoría de las comunas de Medellín, aceptaban el equivalente a cien dólares por asesinar a alguien, incluyendo políticos y policías. La guerra entre el Estado y el cartel de Medellín, liderado por Escobar, se intensificó entre 1989 y 1990, periodo al que el historiador Marco Palacios se refiere como “de fuego cruzado”<sup>8</sup>. En agosto de 1989, mientras hacía campaña por la presidencia en Soacha, a las afueras de Bogotá, Luis Carlos Galán fue asesinado por órdenes de Escobar. Galán, posible sucesor del presidente Virgilio Barco, había prometido usar el poder del Estado para dismantelar los carteles, por lo que su asesinato significó un sombrío retorno a la violencia y la desesperación; además, cuatro candidatos que hacían campaña por la presidencia en 1990 fueron igualmente asesinados. Empezó entonces una feroz contraofensiva.

Los carros-bomba, los secuestros y los asesinatos se volvieron parte de la vida cotidiana hasta diciembre de 1993, cuando una unidad militar finalmente capturó y mató a Escobar en Medellín. Con la muerte de Escobar, la policía y el ejército se enfocaron en los hermanos Rodríguez Orejuela, que controlaban el cartel de Cali. Hacia mediados de los noventa, el sistema de los “carteles”, de control sistemático y

---

8 Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia*, 290.

total de todos los aspectos del negocio de la droga había sido reemplazado por el de grupos más pequeños de narcotraficantes, más dispersos, menos visibles y menos abiertamente agresivos. La producción y transporte de la droga desde Colombia continuó, protegida por fuerzas guerrilleras y paramilitares extralegales, pero la lucha entre los arraigados carteles y el Estado parecía haber terminado.

Mientras el Estado perseguía a los carteles y a los grupos insurgentes, un actor relativamente nuevo surgió a principios de los años 1980. Se trataba de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia). Las historias de la formación de las AUC son múltiples y vagas. Una versión, contada por la periodista mexicana Alma Guillermoprieto, describe una riña entre amigos que terminó saliéndose de control. Anota que las FARC secuestraron “al padre de un traficante de drogas y esmeraldas de poca monta llamado Fidel Castaño”.<sup>9</sup> Fidel y su hermano Carlos entonces organizarían una fuerza militar formidable y altamente disciplinada para vengar la muerte de su padre, que murió en cautiverio. Las AUC crecieron hasta alcanzar los treinta mil hombres en el ápice de su poder a mediados de los años 1990, y su mera presencia, además de las espantosas masacres que cometieron, hicieron que gente razonable se preguntara quién, en efecto, estaba al mando en Colombia. Miles de personas murieron en esta nueva fase del conflicto en que los paramilitares se movilizaban para apoderarse de los territorios aún controlados o abandonados por las FARC y el ELN y de un sistema de producción de droga de más bajo perfil y en proceso de cambio. Hacia finales de la década de 1990, las FARC y el ELN combatían contra el ejército, las AUC contra las guerrillas, el ejército nacional contra todos ellos, y los narcotraficantes contra el gobierno mientras paralelamente luchaban o colaboraban con las guerrillas. Era una época confusa, y en medio del caos y el desorden, a medida que ascendía el número de víctimas, el país parecía fuera de control.

## EL PLAN COLOMBIA, 2000

Andrés Pastrana Arango, ex alcalde de Bogotá e hijo del presidente Misael Pastrana (que gobernó entre 1970 y 1974) subió al poder en 1998, en un momento en que el país llamaba la atención internacional por su cada vez más compleja e impenetrable estructura del conflicto. Colombia se había convertido en una anomalía en la región; en El Salvador en 1993 y en Guatemala en 1996 se habían firmado acuerdos de paz. El presidente Alberto Fujimori en Perú declaró la victoria sobre los insurgentes de Sendero Luminoso con la captura de su líder, Abimael Guzmán, en octubre de 1992. En Colombia, sin embargo, los implicados en los diversos conflictos parecían más atrincherados que nunca, y el Estado parecía haber perdido

<sup>9</sup> Alma Guillermoprieto, *Looking for History: Dispatches from Latin America*. New York: Vintage, 2001, 31.

la delantera. Tal percepción se reforzó con la aparición de un nuevo “plan de paz” organizado por el gobierno de Pastrana. El presidente autorizó una zona de despeje en el sudeste del país, en San Vicente del Caguán, donde el ejército dejaría de operar como gesto de buena voluntad hacia los comandantes de las FARC. La intención era mostrar la determinación del gobierno de negociar en el lugar y en términos habituales a los soldados de las FARC, muchos de los cuales jamás habían visto la capital. Pero las FARC usaron los 42.000 kilómetros cuadrados (el tamaño de Suiza) para almacenar armas y secuestrados, así como licores y cigarrillos de contrabando. Los reportes generalizados de insurgentes relajados viviendo gratis a costa del gobierno enfurecieron a las clases dirigentes y trabajadoras en las ciudades; la popularidad de Pastrana cayó por el suelo.

El proceso de paz, que comprometió el despeje de un inmenso territorio, alarmó a los Estados Unidos, y mientras Pastrana aparentemente planeaba la paz, logró convencer al presidente Bill Clinton de otorgarle un enorme programa de ayuda de 1.300 millones de dólares casi todos destinados a servicios militares. El programa, conocido como Plan Colombia, se debatió rápidamente en el Congreso estadounidense, que no entendía del todo las complejidades de Colombia pues la veía como una sociedad occidental a punto de perder el control. Con prudencia, Pastrana presionó y aleccionó a Clinton y a los poderosos de Washington sobre la importancia de “salvar” a Colombia de sí misma. El Plan Colombia fue aprobado en los últimos días del gobierno de Clinton y, en el momento, convirtió a esta nación en el país que recibía la tercera ayuda extranjera más grande de parte de Estados Unidos, después de Israel y Egipto.

Hacia el final del gobierno de Pastrana, sin una propuesta de paz en el horizonte, el presidente ordenó al ejército marchar hacia la zona desmilitarizada y retomar el territorio. Esto ocurrió el 20 de febrero de 2002, y significó una derrota para todos, pero especialmente para el presidente Pastrana, que parecía haber perdido la partida contra los comandantes de las FARC. Esta fallida iniciativa de paz abrió el camino para que un candidato sin vínculos formales con algún partido político para entonces, ex gobernador de Antioquia y confeso enemigo de la izquierda, llegara a la presidencia en mayo de 2002. Álvaro Uribe Vélez, un tecnócrata entrenado en Oxford, de apariencia y estilo político modestos y cuya consigna de campaña era “mano dura, corazón grande”, llegó a la presidencia en agosto de 2002 e inmediatamente tomó la ofensiva. El ataque con cohetes al palacio presidencial en Bogotá que las FARC llevaron a cabo el 7 de agosto de 2002, durante su ceremonia de posesión, televisado a todo el país, pudo haber influido en sus decisiones. Ni el nuevo presidente ni sus dignatarios resultaron heridos, pero algunos cohetes desviados mataron a quince personas e hirieron a cincuenta, muchas de las cuales vivían en una casa de consumo en el

sórdido sector central de El Cartucho, que luego fue demolido y convertido en parque público.

Con los fondos del Plan Colombia (que suman, al momento de esta publicación, 8 mil millones de dólares), el presidente Uribe empezó su ofensiva contra las FARC, empujándolos hacia los rincones del país, pero las FARC siguieron funcionando, incluso después de los dos periodos del gobierno de Uribe. Aún así, el presidente Uribe ganó con creces la guerra de relaciones públicas. Se presentó como un patriota infatigable al que nada lo frenaría para derrotar a las FARC y a otros grupos insurgentes. Se rehusó a referirse a las FARC y al ELN como actores “políticos”, y en su lugar, adoptó el término de moda desde el 11 de septiembre de 2001: terroristas. Su plan de redefinir los términos recibió ayuda de Washington, que puso a tres organizaciones en su lista de terroristas: las FARC, las AUC y el ELN.

La determinación de Uribe de destruir a las FARC llevó a una incursión armada de Colombia en territorio ecuatoriano, donde acampaban las fuerzas de las FARC, incluido el segundo al mando, el comandante Raúl Reyes, que fue asesinado en el ataque de marzo de 2008. Antes del ataque, y como ya se mencionó, las FARC habían perdido a su fundador, Manuel Marulanda y también a Iván Ríos, otro miembro del alto secretariado. Aunque Uribe anunció la muerte de Marulanda como muestra del éxito de sus políticas, otros subrayaron que el líder guerrillero jamás había sido capturado y más bien había eludido con éxito al ejército nacional durante cuarenta y cuatro años.

La incursión militar a través de la frontera en 2008 casi produce una guerra entre Colombia, Ecuador y Venezuela. El izquierdista presidente de Venezuela, Hugo Chávez, envió a sus tropas a la frontera con Colombia en muestra de su solidaridad con el presidente de izquierda de Ecuador, Rafael Correa. Prevalció la mesura, y se evitó así una guerra regional, pero la tensión en la región siguió hasta que el nuevo presidente colombiano, Juan Manuel Santos —quien llegó a la presidencia en 2010—, restableció las relaciones diplomáticas con las dos naciones andinas. Esto se discutirá con más detalles en el capítulo diez.

Los paramilitares siguieron sembrando el terror en Colombia. Aunque estaban técnicamente desmovilizados, desde entonces se convirtieron en bandas criminales con control sobre muchas partes del país. Su campaña en contra de los insurgentes de izquierda, campesinos y sindicalistas ha sido realmente aterradora. Los líderes sindicalistas, los activistas de derechos humanos y quienes piden salarios justos y mejores condiciones de trabajo o reformas agrarias para los pobres han sido víctimas de asesinos a sueldo, autosuficientes y difíciles de manejar, incluso por sus jefes.

En busca de algún tipo de solución a esta situación, el gobierno aprobó, a través del Congreso, la Ley 975 de 2005, que hoy se conoce como la Ley de Justicia y Paz. Su objetivo era darle a todos los combatientes extraoficiales,

guerrilleros y paramilitares, la oportunidad de desmovilizarse voluntariamente a cambio de no ser juzgados ni sentenciados. La ley buscaba facilitar la reinserción de actores armados a la sociedad, una vez estos individuos entregaran sus armas, confesaran sus crímenes y prometieran no unirse jamás a un grupo armado distinto a las fuerzas militares de la nación.

La Ley de Justicia y Paz puso en práctica las sentencias alternativas, con base en la idea de que para conseguir la paz, y en colaboración con la justicia y reparación de víctimas, no siempre era necesario aplicar la máxima sentencia a guerrilleros o paramilitares. De este modo, Colombia creó una Comisión Nacional para la Reparación y la Reconciliación, institución encargada de fomentar la ley en función de los reinsertados (guerrilleros y paramilitares que en efecto se entregaron) mientras protegían los derechos de las víctimas al determinar la verdad de lo ocurrido y buscar tanto justicia como compensación por los daños físicos y las pérdidas materiales. Se creó, además, la Comisión de Memoria Histórica, que ha desarrollado reportes detallados de algunos de los crímenes más terribles cometidos en contra de la población civil. Estos documentos resultan aún más importantes considerando que han sido difundidos y discutidos durante un periodo de guerra abierta. Hoy, en Bogotá, existe un museo y se está dando forma a un archivo, con el objeto de que la sociedad no olvide las violentas décadas que han marcado el pasado reciente.

La violencia ha sido endémica en Colombia desde los primeros días de la fundación de la república. En esta han influido factores geográficos que al aislar grandes regiones del país, crearon culturas e identidades regionales fuertes; pero también factores políticos que junto con la debilidad histórica del gobierno central, y el inmenso poder de la Iglesia y de la oligarquía, contribuyeron a las tensiones que acabarían en conflictos armados en diversos momentos del siglo XIX. La intromisión de los Estados Unidos a principios del siglo XX y los desacuerdos con países vecinos generaron igualmente contiendas, una de ellas armada. A pesar de ello la mayor parte del conflicto en Colombia se ha producido internamente; un liderazgo vacilante, prácticas judiciales inadecuadas, una prensa indiferente, servidores públicos apocados e insensibles, y un miedo generalizado le han permitido a los criminales asesinar impunemente en la Colombia contemporánea. Pero el conflicto no define a la nación ni a su gente. La resistencia de este país, que ha soportado tantos conflictos, se evidencia en ese “estilo colombiano” difícil de explicar, que es informal, cálido, incluyente y gratamente receloso de aquellos que dan todo por entendido. Los colombianos han aprendido a vivir en una gran ambigüedad e incertidumbre. El conflicto es parte de la vida cotidiana, pero también lo es su calidez, generosidad, y espíritu colaborativo. La mayoría de colombianos intentan superar el conflicto político y social cotidiano pasando mucho tiempo con la familia, los amigos y las visitas, un tipo de resistencia influenciado por el singular desarrollo histórico y cultural de Colombia.



## CAPÍTULO 6

# UNIDAD ECONÓMICA

La economía colombiana contemporánea es una economía moderna, diversa, impulsada por el mercado, y dirigida por un sector empresarial de la élite del país. Durante la segunda mitad del siglo XX, Colombia pudo evitar los destructivos ciclos de boom y quiebra de sus vecinos latinoamericanos, particularmente notables en Venezuela, Argentina y Brasil. Sin embargo, en 1999, la economía cayó en una gran recesión que paralizó al sector de la construcción, arrasó con la producción y causó que muchos abandonaran la actividad agrícola. La recesión se caracterizó por una tasa de desempleo de más del 20%, lo que causó una crisis social, aumentos en las tasas de crímenes, y una sospecha general, al final del siglo, de que Colombia estaba al borde de convertirse en un “Estado fallido”. La recuperación económica empezó con el siglo XXI, en parte debido al influjo de miles de millones de dólares aportados por Estados Unidos en ayuda militar a través del Plan Colombia, aprobado en 2000.

Con todo, pese a su reciente recuperación, Colombia sigue siendo una de las sociedades más desiguales de América Latina y del mundo. El coeficiente de Gini, que mide la desigualdad en los países, aumentó de 53,8 a 58,3 entre 1998 y 2008. Costa Rica, por ejemplo, tiene un coeficiente de Gini del 48%, y Francia de 32,7 (en 2008).<sup>1</sup> Aproximadamente el 46% de los cuarenta y cinco millones de colombianos vive en la pobreza, de los cuales cerca del 16% vive en la pobreza extrema, definida como la supervivencia con 1,25 dólares al día.

La producción en la Colombia contemporánea no satisface las necesidades de la población, tendencia que se mantiene desde la época colonial. La economía del siglo XXI depende de la exportación de petróleo y otros recursos minerales como las esmeraldas, el carbón y el oro; la producción, especialmente de textiles,

---

1 El cero representa la igualdad absoluta y el cien la desigualdad absoluta en esta fórmula llamada así en nombre del estadista italiano Corrado Gini.

papel y libros; y los productos agrícolas, como flores, arroz, algodón, azúcar y tabaco. La cocaína procesada es otro producto de exportación importante, aunque hace parte de las actividades económicas consideradas ilegales. Gran parte de la actividad económica es informal, sin impuestos y sin regulaciones, y esta mezcla de sectores formales e informales es una característica intrínseca del funcionamiento económico del país. Desde mediados del siglo XIX, la economía empezó a depender de las exportaciones, lo cual supuso la riqueza para quienes controlaban la tierra y el trabajo. Sin embargo, también surgió una economía local dinámica que se turnó la delantera, durante décadas, con el sector exportador y, por ejemplo, el “debate” sobre cuál sector de la economía prevalecería llevó, en gran parte, a la Guerra de los Mil Días, entre 1899 y 1902. Los desacuerdos sobre políticas económicas han tenido efectos profundos, duraderos y a veces devastadores en la sociedad colombiana.

## COLOMBIA COLONIAL COMPARADA

Durante el periodo colonial latinoamericano (1500-1800, aproximadamente), el territorio hoy conocido como Colombia era pobre comparado con México y Perú. Los grandes depósitos de plata se volvieron la base de la economía española de ultramar, y los depósitos de metales preciosos de Colombia, en comparación a los de las colonias aledañas, eran modestos. El sector minero colombiano, basado principalmente en la extracción de oro en placeres (o aluvial), se desarrolló en el occidente del país, en lo que hoy son los departamentos de Antioquia, Chocó, Cauca y Nariño. Con la explotación de estos yacimientos se produjeron asentamientos, comercio e intercambio en el occidente del país; sin embargo, Colombia jamás pudo igualar la actividad económica de los depósitos de plata mexicanos y peruanos. En el caso del alto Perú (hoy Bolivia), había literalmente una montaña de plata, conocida como Potosí, que generó una enorme riqueza entre mediados del siglo XVI y principios del XVII. El crecimiento económico de Colombia, desde la Colonia hasta el presente, puede caracterizarse como gradual y moderado, con una economía mixta, principalmente extractiva, por lo tanto, el país no tuvo el esplendor arquitectónico, ni las grandes fortunas sacadas de la minería y la ganadería, ni la opulencia o las dinámicas sociales debidas al golpe de suerte de la minería en México y Perú. La economía colonial se caracterizó por una modestia que condujo a un comportamiento adverso al riesgo, a patrones conservadores de inversión, y a políticas más bien prudentes, y para nada osadas o temerarias. Una de las grandes paradojas de la economía contemporánea colombiana se funda justamente en esta ironía histórica: a pesar de las alarmantes cifras de desigualdad económica, según las cuales cerca de la mitad de la población vive en o debajo de la línea de pobreza, los economistas

con entrenamiento clásico de Occidente suelen ver a Colombia como una economía estable, moderna y prudentemente manejada.

La ciudad de Bogotá, a gran altura sobre los Andes y aislada de sistemas importantes de puertos fluviales, dictó en gran medida la trayectoria de la economía colonial. Bogotá estaba muy bien integrada a la economía local andina, y el intercambio de alimentos y otros productos agrícolas del interior, que incluía productos de climas más cálidos como el tabaco y el algodón, tuvo una influencia decisiva en la economía interna del país, mucho más que el comercio transatlántico. Las ciudades portuarias de Cartagena y Portobello (hoy en Panamá) eran importantes centros de tráfico de esclavos durante el periodo colonial; allí se vendían los esclavos africanos a cambio de plata americana y otros minerales y productos agrícolas. En Colombia, la economía costera, centrada en Cartagena, operaba en función de la demanda de los mercados externos; la economía interior, centrada en Bogotá, El Socorro en el departamento de Santander y Popayán al sur, dependía de una circulación interna de bienes y productos provenientes de cultivos y talleres colombianos. El río Magdalena –que nace en los Andes colombianos, atraviesa el país y corre hacia el norte hasta la ciudad de Barranquilla y el mar Caribe– integraba las dos economías. Pero las dificultades del viaje por el Magdalena (el trayecto usual entre Cartagena y Bogotá duraba cerca de un mes en el periodo colonial) significaban que una verdadera integración económica aún estaba lejos. De ese modo se desarrolló un sistema dual, con una parte basada en los patrones costeros de comercio y en mercados extranjeros y la otra en redes bien establecidas ya desde las civilizaciones muiscas precolombinas. Las innovaciones tecnológicas en el siglo XIX (el barco a vapor y el ferrocarril, por ejemplo) habrían de unir estas dos economías, y la aviación, en el siglo XX, rompería rotundamente la división económica entre la costa y el interior. Ciertas economías locales de escala, basadas en condiciones geográficas determinadas, generaron producciones y patrones de comercio que permanecieron funcionales durante décadas, y establecieron un paradigma de producción caracterizado por un desarrollo económico lento, cuidadoso y conservador.

127

## **MONOPOLIO Y PROBLEMAS POLÍTICOS EN EL SIGLO XVIII**

Al final del periodo colonial, desde mediados del siglo XVIII, las llamadas reformas borbónicas intentaron aumentar el control sobre la actividad económica en las colonias a través de nuevas políticas emitidas en España. Tales políticas estaban diseñadas para recaudar más impuestos, estimular la actividad económica y disminuir la corrupción. La política de los Borbones se caracterizaba por el monopolio de ciertos segmentos de la economía colombiana. Debido al limitado ingreso que generaba la extracción directa de minerales o alimentos,

las políticas españolas para La Nueva Granada decretaron que la Corona controlaría directamente la producción, publicidad y venta de ciertos productos clave como el tabaco y el aguardiente. El monopolio del tabaco molestó particularmente a los neogranadinos y fue una fuente de tensiones entre los americanos y sus gobernantes foráneos.

En esta época tanto españoles como británicos buscaban nuevas fuentes de ingresos para financiar sus costosas guerras, y sus políticas eran asombrosamente similares. Ambas coronas buscaron incrementar sus ingresos elevando los impuestos a sus súbditos del otro lado del mar, intentaron restringir el comercio y evitar el flujo de contrabando instaurando monopolios comerciales, y aumentaron los precios de bienes controlados que los colonos necesitaban. En el caso de los británicos en Boston, los productos en cuestión eran estampillas, papel y té; y en La Nueva Granada española, el aumento de los impuestos sobre el tabaco y el aguardiente sobrepasó los límites de lo aceptable. La región que hoy conocemos como Santander, de clima templado por sus 1.200 metros sobre el nivel del mar, era una zona ideal para el cultivo de tabaco, pues sus valles con abundancia de agua fueron propicios para el desarrollo en pequeñas parcelas. El tabaco que allí se cultivaba era de gran calidad y, en una época anterior al cine, a la televisión, y a la prevención médica, se convirtió en importante catalizador para gentes de todos los estratos socioeconómicos. Una de las rebeliones más importantes de toda Suramérica fue consecuencia del alza en los impuestos al tabaco: la rebelión de los Comuneros de La Nueva Granada en 1781.

La rebelión de los Comuneros empezó en El Socorro, en lo que hoy es el departamento de Santander, y terminó en Zipaquirá, a un día de viaje desde Bogotá y famosa por sus salinas. La rebelión le mostró a los españoles que la gente se estaba cansando de pagar impuestos altos por el privilegio de vivir como súbditos coloniales. Los académicos han puesto en duda que la rebelión haya sido un temprano grito de independencia, pero sí forzó una reevaluación de los impuestos y las políticas de monopolio, y le dio a la gente de La Nueva Granada la seguridad de organizarse y presionar a un gobierno distante en temas de producción e impuestos. Esta rebelión tiene más en común con la “Tea Party” de Boston en la lejana Nueva Inglaterra que con la rebelión de Tupác Amaru (1780-1781) en las montañas peruanas, mucho más complicada y que enfrentó a los mestizos peruanos con los indígenas, a la Iglesia contra las autoridades reales, y acabó con una supresión violenta de las expresiones culturales de los indios.

Las largas y destructivas guerras de independencia latinoamericanas (1810-1826) retrasaron notoriamente a las economías del continente, especialmente en México y Perú, donde la extracción de plata se detuvo casi por completo. En Colombia, donde la mayoría de la producción era local y la estructura económica era regional, el cese fue menos perceptible. David Bushnell estima que la minería

de oro cayó cerca de un 40%, pero anota que se repuso rápidamente con el final de las guerras, pues la extracción de oro en Colombia (a diferencia de la de plata en México) era extracción aluvial de placeres, de baja tecnología.<sup>2</sup>

La independencia política no implicó una reestructuración radical de la economía colombiana; de hecho, muy poco cambió en este sentido con el inicio de la independencia. El nuevo gobierno provisional abolió la odiada alcabala (impuesto sobre las ventas), desde siempre asociada al abuso español, y aumentó sus ingresos manteniendo los monopolios del tabaco y de la sal. Las tasas de aduana conformaban un porcentaje considerable, quizá tanto como un tercio de los ingresos nacionales en este periodo, pero el difícil territorio montañoso impidió el desarrollo de una red económica interna; no hubo una unificación económica simbólica del país, como fue el caso en los Estados Unidos con la instauración del tren transcontinental en 1877. Los colombianos tuvieron que adaptarse creativamente a sus alrededores y cultivar, producir y comerciar localmente; en las zonas altas, sobre todo, no podían comprar bienes de lujo importados ni depender de ellos, y casi todos llevaban vidas extremadamente austeras, moldeadas por la conjunción de clima y geografía. En las tierras más bajas se producía azúcar y algodón para exportación, pero las cantidades eran mínimas en comparación con las exportaciones de algodón de Estados Unidos (sobre todo después de la Guerra Civil) o Cuba y Brasil (en cuanto al azúcar). El tabaco fue un producto importante cuyo comercio perduró durante todo el periodo colonial, y la quina, sacada de la corteza de la chinchona (que crece en las zonas altas de Colombia y de otros países suramericanos) y usada para tratar la malaria, creció comercialmente sobre todo después de mediados del siglo XIX. El llamado boom de la quina duró cerca de treinta años.

Sería impreciso escribir que las dificultades de transporte supusieron un obstáculo insalvable para los colombianos. La realidad es más compleja: históricamente los pueblos precolombinos y precapitalistas del territorio florecieron en las mesetas altas y en los valles de montaña, lo cual exigió que la producción, acumulación y comercio tuviesen que adaptarse a los rigores de una geografía montañosa. Comparar el desarrollo económico de Colombia durante este periodo con otros países es problemático, especialmente con aquellos que gozan de abundantes recursos naturales, importantes sistemas de ríos navegables integrados con claras estaciones de cultivo, o llanuras fácilmente transitables, como los Estados Unidos, Canadá o Argentina. Tales comparaciones han provocado que los académicos usen en ocasiones palabras como “dividida” y “fragmentada” para describir la economía y la sociedad colombianas al equipararlas con el desarrollo económico de países como Estados Unidos durante

---

2 Véase David Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta, 1996, 79.

este mismo periodo. Así, es necesario destacar que los colombianos aprendieron a adaptarse, a improvisar y crear, y lo hicieron mediante prácticas agrícolas y elaboración de productos básicos (ropa, calzado e implementos del hogar, entre otros) para mercados locales. También desarrollaron sistemas de comercio interregionales e intrarregionales que resultaron duraderos y funcionales. La durabilidad de esos sistemas económicos es asombrosa: hoy, por ejemplo, el algodón, el tabaco, el arroz, el azúcar y la panela se cultivan y procesan en las mismas regiones y, en el caso de la panela, del mismo modo en que se hacía hace cientos de años.

Lo que ha cambiado, por supuesto, son las redes de transporte, y el surgimiento de la aviación ha disminuido sensiblemente las dificultades que la geografía le imponía al desarrollo económico. Antes de la aviación, sin embargo, los colombianos tuvieron que atreverse a domar el poderoso río Magdalena, que fluye desde los Andes hacia el mar Caribe. La infraestructura se desarrolló a mediados de siglo, especialmente durante el primer gobierno del General Tomás Cipriano de Mosquera, a quien se le atribuye la construcción de vías modernas y la implementación de la navegación a vapor por el Magdalena. Los servicios de cargueros modernos en este río crearon un vínculo necesario entre las montañas y el Caribe, y les permitieron a los colombianos imaginar un sistema de exportación dinámico centrado en el Magdalena, que moldeó profundamente el intercambio, el comercio y el desarrollo económico en la nación andina.

La actividad económica de mediados del siglo XIX se centró entonces en la producción y el comercio regional de productos minerales (oro), sal, tabaco y algodón; la segunda mitad del siglo XIX vivió la continuación del tabaco y la minería, y la explotación y exportación de la quina como un factor importante en la economía. Pero hacia finales del siglo XIX un producto habría de llegar a dominar y definir la economía colombiana, y a establecer la base de un sistema económico moderno y completamente articulado: el café. Este producto ayudaría a vincular el sector rural de cultivo con el sector financiero y de transporte en las ciudades. Así mismo, la actividad bancaria y el comercio internacional habrían de crecer a medida que el café sobrepasaba, en términos de ganancia, a todos los demás segmentos de la economía colombiana.

## CAFÉ

El café surgió a finales del siglo XIX como el principal producto de exportación colombiano. Ayudó a moldear la nación a pesar de que, como ocurrió con los booms de exportación en otras regiones de América Latina (esto es, el trigo y la carne fresca en Argentina, el cobre en Chile y el café en Guatemala, El Salvador y Brasil), la dependencia de un producto vinculado a los gustos y mercados de países extranjeros generaría un crecimiento económico desigual

e insostenible. En el caso de Colombia, esto llevaría a la Guerra de los Mil Días (1899-1902). El historiador estadounidense Charles Bergquist, en su libro de 1981 *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*, fue el primer académico en conectar el café y el modelo económico centrado en la exportación con el conflicto político. Bergquist anota cómo la guerra, si bien representó un conflicto ideológico, también se volvió particularmente violenta en gran parte debido a la incapacidad de las élites de llegar a un consenso respecto al futuro económico del país. La mayoría en el Partido Conservador se preocupaba más de la economía local, el cultivo, la ganadería y el modelo latifundista tradicional. Los políticos liberales presionaban por el desarrollo económico y por las modificaciones financieras y bancarias que les permitieran optar por un modelo económico de exportación basado en gran parte en el cultivo, la distribución y la exportación del café. La guerra era complicada: enfrentó a liberales y conservadores, gente de la costa y gente del interior andino, la élite terrateniente y los que tenían poco o nada de tierra. La tasación fue, otra vez, uno de los factores primarios que ocasionaron la guerra: la implementación del impuesto de gobierno de 1895 sobre las exportaciones ocurrió en un momento en que la sobreproducción de café, a escala global, produjo una disminución en las ganancias de los caficultores colombianos y un malestar generalizado en el país. Ni los conservadores (que controlaban casi todo el aparato oficial del gobierno) ni los insurgentes liberales ganaron del todo la guerra, que, habiendo llegado a un punto muerto, acabó por disiparse en 1902.

No deja de ser irónico que la restauración del país, por así decirlo, se dio con la separación de Panamá, que ocurrió en 1903. Colombia estaba tan afectada por la guerra civil, que una potencia extranjera, los Estados Unidos, pudo fomentar un movimiento de independencia en la Provincia de Panamá. Después de una revuelta sin víctimas que llevó a la independencia de esta provincia, los Estados Unidos rápidamente reconocieron a la nueva república. Los colombianos no olvidaron las tensiones que los llevaron a una guerra de mil días, pero la aparición de un adversario mucho más poderoso les ayudó a canalizar sus odios internos hacia un objetivo común, los agresivos y poco diplomáticos Estados Unidos. Algo similar, aunque no del todo análogo, ocurrió en México después del conflicto que recibe el ambiguo nombre de Guerra México-Estados Unidos (1846-1848), que a México le ocasionó la pérdida del 51% de su territorio nacional y que demostró la urgencia de una colaboración política local, para evitar el ulterior desmembramiento del territorio.

Para finales del siglo XIX, según David Bushnell, el café proporcionaba cerca de la mitad de todas las ganancias de exportación del país;<sup>3</sup> hacia mediados de la década de 1920, después de la crisis económica y social causada

3 Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma*, 234.

por la Primera Guerra Mundial, el café proporcionaba el 80% de las ganancias en el extranjero, y cerca del 90% de las exportaciones del café tenían un destino común: los Estados Unidos. La privilegiada ubicación geográfica de Colombia le permitía un acceso fácil al mercado estadounidense. La geografía le proporcionaba una clara ventaja sobre otras naciones latinoamericanas en cuanto al cultivo y la exportación del café. Los cafetales crecen mejor en climas libres de heladas, templados, comunes en los valles de montaña colombianos, sobre todo en la parte occidental del país, en la llamada zona cafetera, que incluye los departamentos de Antioquia, Risaralda, Tolima, Caldas y Quindío. Un mosaico de inversiones en ferrocarriles, especialmente en Antioquia, sostenía la economía del café, y los pequeños productores acabaron definiendo el modelo colombiano, en el cual las familias trabajaban juntas cultivando café de exportación y alimentos básicos (fríjol, yuca y plátano, entre otros) para el consumo local.

La producción de café, que requiere un trabajo extremadamente intenso, les generaba mayores ganancias a los intermediarios y a los comerciantes que a los campesinos. Con el fin de controlar la producción y la comercialización de uno de los productos más importantes de la nación en términos de comercio internacional, el gobierno instauró la Federación Nacional de Cafeteros en 1927, la cual tendría por objeto regular la producción, balancear el comercio, ofrecer créditos y velar por los intereses tanto de productores como de comerciantes. Esta organización, que aún existe, simboliza un intento creativo y moderno de regular y balancear la economía, y de unificar un país y una economía que desafían la unificación. Naturalmente, como lo anotó Bushnell, esta organización estaba dominada por los grandes productores y comerciantes, pero la creación de la federación inauguró un periodo de planeación económica, colaboración y cooperación que se suele subestimar en los estudios sobre desarrollo económico contemporáneo en Colombia.<sup>4</sup>

Por lo tanto, durante las dos primeras décadas del siglo XX, el café definió la economía colombiana. La producción de café se había mudado al occidente, había quedado en manos de pequeños productores, y los ingresos de la economía del café permanecían en su mayor parte en el país. Esto ayudó a estimular la industrialización temprana, que tomó fuerza en Medellín. Otro factor que aceleró el desarrollo industrial fue el pago de la indemnización por parte de Estados Unidos en 1922, que se usó principalmente para modernizar el sistema de transporte. El resultado de las negociaciones que llevaron al Tratado Urrutia-Thompson de 1914 entre las dos naciones, que fue el pago de veinticinco millones de dólares, estaba pensado como compensación para Colombia por la pérdida de Panamá en 1903.

El año de 1914, una fecha importante en Colombia, representa el momento en que las relaciones estancadas entre los Estados Unidos y Colombia empezaron

4 Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma*, 238.

a componerse; esto se debió en parte a la apertura del canal de Panamá en ese mismo año, poco después del estallido de la Primera Guerra Mundial. Pedro Nel Ospina (1922-1926) fue el presidente que más se benefició de la indemnización y usó el dinero para promover proyectos públicos. Muchos de esos proyectos involucraban el transporte, la construcción de ferrocarriles, y otras mejoras en infraestructura diseñadas para facilitar el desplazamiento de mercancías y apoyar en general el crecimiento económico. En 1923, mostrando un nuevo espíritu de camaradería entre los Estados Unidos y Colombia, se fundó el Banco de la República, según la recomendación de la Misión Kemmerer, un consejo de asesoría económica estadounidense que buscó ayudarle a Colombia a regular y modernizar la banca, las finanzas, las inversiones y los calendarios de tasas de interés durante esos días embriagadores de altísimas ganancias del café.

Sin embargo, los historiadores datan el renacimiento de las relaciones comerciales y diplomáticas entre Estados Unidos y Colombia durante la presidencia de Marco Fidel Suárez (1918-1921); el presidente Suárez era un fiel creyente en vincular el futuro económico de Colombia a lo que él llamaba *respice polum*, o la “estrella polar”, representada por los Estados Unidos. Pero una doble tensión limitó los alcances a los que podía llegar la relación comercial entre los dos países: de un lado, había un importante desequilibrio comercial, debido a que la mayoría de los productos que llegaban a la costa Caribe venían de Europa, mientras que Colombia dependía profundamente del mercado estadounidense para sus exportaciones (principalmente café); esto significaba que la influencia estadounidense sobre la economía colombiana era limitada. Del otro lado, los créditos y las inversiones fluían hacia Colombia desde los Estados Unidos durante la década de 1920 cuando los bancos estadounidenses, rebosantes de capital de inversión después de la Primera Guerra Mundial, estaban ansiosos de ofrecer préstamos y créditos a las Américas.

Además de esta situación económica, la opinión de Suárez de la estrella polar estaba cargada de tensión cultural; él era un hombre profundamente influenciado por los valores católicos del siglo XIX que veía el desarrollo capitalista-industrial de estilo protestante de Estados Unidos con gran escepticismo. La Iglesia a menudo advirtió sobre los excesos del capitalismo y se preocupó de que sus feligreses fueran persuadidos por los sindicatos obreros seculares, los partidos políticos y los industriales extranjeros. Marco Palacios resume el dilema de Suárez al anotar proféticamente cómo “esta receta de catolicismo social y progreso yanqui, daría su sello al conservatismo modernista por el resto del siglo”.<sup>5</sup>

5 Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia. 1875-1994*. Bogotá: Norma, 1995, 101.

## LOS LOCOS AÑOS VEINTE

La “danza de los millones” de los años veinte, el nombre que se le dio a la década de prosperidad creada por el inusitado aumento de exportaciones de café y créditos extranjeros en Colombia (cuando los colombianos empezaron a pensar en millones de pesos y ya no en cientos de miles), se caracterizó por mayores capitales extranjeros penetrando la economía colombiana, sobre todo por parte de los Estados Unidos. La costa Caribe se convirtió en el lugar indicado para el cultivo de frutas exóticas, principalmente banano. La United Fruit Company (UFCO) había desarrollado prácticamente una economía de enclave en y alrededor de Santa Marta y administraba la siembra, el cultivo y el transporte de bananos hacia el mercado estadounidense. La UFCO también manejaba plantaciones en otros países del Caribe y de Centroamérica.

En 1928, los trabajadores de las bananeras hicieron una huelga, un punto de inflexión en la historia económica de la nación. Los empleados de la UFCO iniciaron un paro laboral que detuvo las operaciones a finales de 1928. Unos veinticinco mil trabajadores exigieron mejores condiciones de trabajo y que una mayor parte de las ganancias se usara para pagarles un sueldo verdadero a cambio de los vales de la compañía (inútiles afuera de la zona bananera). Los administradores de la UFCO, asustados por la cantidad de fruta que maduraría y se pudriría bajo el sol caribeño, le exigieron una solución al gobierno colombiano, lo cual resultó en una masacre en la plaza central de Ciénaga. Los trabajadores se habían reunido en este pueblo dispuestos a marchar hacia la capital departamental de Santa Marta, pero fueron acribillados en un despliegue de brutalidad extraordinario que, si bien oficialmente se dijo que arrojó cuarenta y siete muertos, la mayoría de los cálculos estima el número real entre mil y dos mil. La masacre quedó immortalizada en *Cien años de Soledad*, de Gabriel García Márquez, un relato de magia y de locura en Macondo, el pueblo que inventó para emular aquél en el que creció, Aracataca, en medio de la zona bananera, y a unos 80 kilómetros de Santa Marta. García Márquez usó la cifra de tres mil en referencia a los muertos en este suceso y, aunque muchos concuerdan en que se trata de una estadística exagerada, ese número ha terminado por definir la magnitud de la tragedia del 6 de diciembre de 1928. En una reflexión sobre la importancia de la literatura para explicar la historia de Colombia, García Márquez se refirió a ese hombre de mano dura que creó en una de sus primeras novelas: “en *El otoño del patriarca*, el dictador dice que no importa si no es cierto ahora, porque en algún momento, en el futuro, lo será. Tarde o temprano la gente le cree a los escritores más que al gobierno”.<sup>6</sup>

6 Ilan Staván, *Gabriel García Márquez: The Early Years*, New York: Palgrave, 2010, 26.

La masacre de Ciénaga de 1928 expuso una contradicción que ni la élite política ni los ciudadanos comunes dejaron de ver: mientras los ricos estaban danzando y pensando en millones, un segmento importante de la economía de exportación colombiana había caído prácticamente en manos de subsidiarias extranjeras, y a los pobres del país los estaban masacrando. Después de la matanza, los colombianos se organizaron enérgicamente para retomar el control de su economía y replantearse su futuro económico y político. Este impulso nacional ayudó a lanzar la carrera de una nueva estrella política, el bogotano Jorge Eliécer Gaitán, quien abogó por las víctimas de la masacre en una serie de discursos públicos, ampulosos y sensacionalistas. Estos discursos incluían críticas a las prácticas económicas y las políticas de la UFCO, a sus defensores estadounidenses y a sus aliados colombianos. En 1930, el Partido Conservador, que había estado en el poder desde 1886, perdió el liderazgo en las elecciones nacionales que llevaron al poder al Partido Liberal; la gente se había desencantado con las políticas y condiciones económicas que favorecían las ganancias de las corporaciones extranjeras en detrimento de las vidas de los ciudadanos colombianos, y la masacre de Ciénaga de 1928 se suele ver como el comienzo del fin de una hegemonía política conservadora de cuarenta y cinco años.

## PETRÓLEO E INDUSTRIALIZACIÓN

135

Durante la década de 1920 el petróleo se volvió un producto de exportación cada vez más importante en Colombia y es, hoy en día, el producto principal. Desde 1948, la empresa petrolera estatal, Ecopetrol, administra el desarrollo, la extracción, la producción y la distribución de petróleo en el país, y es la que concede los contratos a las petroleras extranjeras. Los excesos en la economía bananera, absolutamente monopolizada por una sola compañía y una sola nación, llevaron a la nacionalización, el control y la protección de los recursos preciosos y costosos del país, como el petróleo. Con todo, Ecopetrol S. A. se privatizó parcialmente en 2003 por medio de la venta de acciones en la bolsa colombiana. El país es autosuficiente en petróleo y lo exporta a otras naciones de la región, pero sus reservas son mínimas comparadas con las de la vecina Venezuela, una nación en que cerca del 33% del PIB está atado a la producción y exportación de petróleo a través de un monopolio estatal, los Petróleos de Venezuela S. A. o PDVSA.

Durante los quince años transcurridos entre la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, la economía colombiana siguió exportando café, y hacia finales de los cuarenta el café representaba cerca del 72% de las exportaciones. La administración cuidadosa y prudente llevada a cabo a través de la Federación de Cafeteros creó las condiciones para que las exportaciones de café continuaran durante los años difíciles de la depresión. En 1931, los colombianos

abrieron la Caja de Crédito Agrario con el ánimo de ofrecer préstamos a los pequeños productores y mantenerlos a flote durante la escasez de capital de los años treinta. Los colombianos aprovecharon su economía diversa y regional para pasar la tormenta y, como otras naciones vecinas latinoamericanas, empezaron a replantear su estructura económica y a reorientarla hacia el sector doméstico. El caos económico y político en los Estados Unidos y en Europa (la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial) impidieron el desarrollo de un mercado internacional robusto, y así la industria colombiana se dedicó a producir para el comercio interno. La producción de textiles, con base en el centro industrial de Medellín, tomó la delantera en el plan de industrialización colombiano. El país también se distinguió por la producción de papel, libros, ropa, zapatos y artículos del hogar, sobre todo muebles, y todos estos productos contribuyeron a la naciente industrialización, que crecería bajo la protección de aranceles favorables y, por supuesto, la limitada competencia de productores extranjeros.

El fin de la Segunda Guerra Mundial produjo en América Latina, y en Colombia en particular, alzas en los precios de bienes que durante la guerra habían obedecido a regulaciones de control de precio: de este modo, el azúcar, el algodón, el café y los minerales alcanzaron excelentes precios en el mercado mundial, y el del café en la posguerra alcanzó cifras históricas. El PIB de Colombia aumentó un 5% entre 1945 y 1955, a pesar del surgimiento de la incontrolable violencia rural, y demostrando cuánto había progresado la economía colombiana a pesar de tan grandes obstáculos. En este periodo la economía la administraron burócratas moderados, fieles a los principios del libre comercio con estilos administrativos conservadores. Un ejemplo es el presidente Mariano Ospina Pérez, un hombre de negocios paternalista e insulso que gobernó entre 1946 y 1950 y al que lo sucedió Laureano Gómez, que gobernó, junto con Roberto Urdaneta Arbeláez, hasta el golpe militar de 1953.

El régimen del General Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) se caracterizó por la intervención estatal en asuntos laborales. El dictador llevó a cabo proyectos de alto perfil para desarrollar la infraestructura del país. Ayudó a construir el moderno aeropuerto de El Dorado en Bogotá, la sede del Ministerio de Defensa y el nuevo Hospital Militar en la capital, y adhirió completamente al sistema de libre comercio apoyado por las élites y sus aliados. Su régimen se vio afectado por el precio decreciente del café, y su entusiasmo por la organización laboral asustó a los sectores más conservadores de la sociedad. Rojas Pinilla fue depuesto en 1957 con una huelga nacional, y una Junta Militar gobernó hasta las elecciones de 1958. Con todo, cabe anotar que en el siglo XX el ejército se tomó el poder una sola vez, cuando el General Rojas Pinilla sacó a Laureano Gómez de la presidencia. A diferencia de los argentinos, los chilenos o los brasileños, los colombianos han mostrado aversión a la dictadura militar, y parte del

problema de Rojas con la gobernabilidad fue la noción ampliamente aceptada de que algo andaba mal con ese gobierno que nadie eligió. Los colombianos prefieren mandatarios civiles, y aunque han tolerado muchas negociaciones tras bambalinas (como la que generó el golpe de Rojas a Gómez), suelen ir a las mesas de votación a elegir ciudadanos civiles para el gobierno.

## EL FRENTE NACIONAL

Tras la caída de Rojas, las élites políticas acordaron compartir el poder durante un lapso que se extendía desde 1958 hasta 1974. Respecto a la importancia económica de este periodo, el historiador Marco Palacios describe el Frente Nacional como “la edad dorada de los ‘pactos de caballeros’ entre el alto gobierno y organizaciones como la ANDI, Fenalco, Asobancaria y la SAC”<sup>7</sup>. La cohesión de las asociaciones comerciales colombianas, que defendían los intereses de los caficultores, ganaderos, comerciantes, industriales y banqueros, entre otros, muestra el valor que se le daba a la estabilidad sociopolítica como medio para asegurar las ganancias de los gerentes de negocios. La modernización económica era una preocupación importante en este periodo, y la apertura hacia el libre comercio, junto con una gerencia prudente por parte de tecnócratas y de élites (muchos de los cuales habían estudiado en los Estados Unidos) y devaluaciones periódicas de la moneda, hacían de Colombia un compañero económico atractivo para los Estados Unidos durante la Guerra Fría, una situación que se había intensificado tras la Revolución Cubana en 1959. La economía colombiana se integró completamente a la órbita del capitalismo económico liderada por los intereses de mercado libre de los Estados Unidos. El presidente John F. Kennedy hizo de Colombia una de las prioridades de su plan de unidad hemisférica llamado Alianza para el Progreso; Colombia se tomaba como una nación estable económicamente y de inclinación democrática, y la visita del presidente estadounidense y su esposa a Bogotá en 1961 marcó un punto de inflexión para Colombia en cuanto a la concepción de sí misma como un jugador importante en el escenario mundial.

El acuerdo político del Frente Nacional incluía un plan económico de dieciséis a veinte años fundado en la industrialización. La élite de los negocios en Colombia no quería mantener su papel histórico de meros productores de bienes primarios (café, petróleo, esmeraldas y bananos); en este periodo la industria colombiana se amplió para incluir sectores de Bogotá, la costa Caribe, Cali y Medellín. Por ejemplo, desde finales de los sesenta hasta el presente, Colombia ha ensamblado automóviles para el mercado interno bajo un acuerdo con la Renault de Francia.

<sup>7</sup> Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia*, 241.

Sin embargo, los carros franceses que salían de las líneas de ensamblaje colombianas escondían un problema histórico más grande y en crecimiento que acontecía en el campo. Desde finales de los veinte, el modelo agrícola había estado diseñado para privilegiar a un creciente sector agroindustrial, lo que llevó al abandono del campesino tradicional, esto es, del pequeño productor agrícola. Esto generó un importante proceso migratorio del campo hacia las ciudades, no solo en Colombia sino también en otros países de América Latina. La economía de la posguerra estimulaba este proceso, como también lo hacía el conflicto rural en los cincuenta y sesenta. Mientras algunos pequeños propietarios intentaron conservar sus tierras organizándose en lo que hoy son grupos insurgentes (como las FARC), otros campesinos que no estaban dispuestos a unirse a la rebelión huyeron hacia las grandes ciudades. Al no poder encontrar empleos regulares, se mudaron a lo que hoy son los barrios de invasión. El presidente Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) propuso una solución a esta compleja realidad socioeconómica: un programa de reforma agraria, a la cual se opusieron los terratenientes ricos y otros que temían que la reforma no tendría en cuenta sus intereses económicos. Debido a esto jamás se materializó. De este modo, desde finales de los sesenta en adelante, el modelo económico agrario ha favorecido a la agricultura industrial a gran escala en detrimento de los campesinos pobres. Dicho estado de cosas ayudó a establecer las condiciones para la disgregación social y las tensiones que siguen formando parte de la sociedad contemporánea.

## LOS TIEMPOS MODERNOS

A pesar del impulso a la industrialización, la economía sigue dependiendo de la exportación de bienes primarios. Recientemente, las flores, el carbón, el café y el petróleo han dominado el sector de exportación oficial. La industria de las flores se ha beneficiado de las tasas decrecientes del transporte aéreo desde la década de 1980, las condiciones ideales del clima y el terreno, y de la abundante mano de obra dispuesta a trabajar por salarios bajos. La minería en El Cerrejón, la más grande operación de minería a cielo abierto en el mundo, en un lejano rincón nororiental del país, La Guajira, se ha vuelto una parte importante del sector de exportación. El Cerrejón, un consorcio perteneciente a tres corporaciones mineras internacionales, es una empresa multimillonaria que en 2009 produjo 280 millones de dólares en regalías para los sectores público y privado en Colombia. Ese mismo año, la compañía exportó más de treinta millones de toneladas de carbón, principalmente a Europa; el 17% de las exportaciones fue a Norteamérica. La compañía tiene cinco mil empleados directos y otros cinco mil empleados a través de subcontratistas.

La exportación de drogas ilícitas, que inicia con el boom de la marihuana en la costa Caribe, centrado en Santa Marta, y sigue con el procesamiento y la exportación de cocaína, ha distorsionado la economía colombiana, sobre todo en los últimos treinta años. Las “narcoestadísticas” son poco confiables por naturaleza, pero el influjo y lavado de dinero se ve en las grandes ciudades, sobre todo en el boom de la construcción en los noventa (antes del derrumbe económico de 1999), en la abundancia de lujosos centros comerciales y en la construcción de vivienda de alto costo. Si bien para la mayoría de los colombianos la base de su economía es fruto de actividades legales, no se puede desconocer que miles de millones de dólares han entrado y salido de Colombia en los últimos años debido al negocio de la droga. Sin embargo, gran parte de la riqueza generada por el narcotráfico se queda en el punto de venta, es decir, en los Estados Unidos, Europa y otros lugares en que los consumidores están dispuestos a pagar extra por este particular producto de importación. Colombia no es la única nación en América Latina que exporta cocaína (y, cada vez más, heroína) hacia el norte. La producción peruana de cocaína ha aumentado notablemente durante los últimos cinco años, y Perú es actualmente el segundo productor de hoja de coca en el mundo.<sup>8</sup>

La economía colombiana ha evitado los vertiginosos ciclos de “auge y caída” de Argentina, Brasil o Ecuador, debido a la gerencia cuidadosa de las élites, que tienen títulos de universidades colombianas, europeas y estadounidenses. Pero la suerte política y económica del país recibió un duro golpe con la oleada de violencia política que terminó en el asesinato de tres candidatos presidenciales durante la campaña de 1990.

En ese año un joven economista de la Universidad de los Andes, César Gaviria, fue elegido presidente, una especie de presidente “ocasional”. Gaviria había sido el director de campaña para quien se veía como claro sucesor a la presidencia, Luis Carlos Galán, asesinado brutalmente en agosto de 1989 por orden del narcotraficante Pablo Escobar. La presidencia de Gaviria representaba una clara alineación con el llamado Consenso de Washington, que apoyaba la privatización de sectores claves de la economía colombiana, que incluían la empresa nacional de teléfonos, la ineficiente Telecom, y algunos sectores importantes de la actividad minera. La industria de aviación civil del país se desregularizó en 1991, y el aeropuerto de Cali se privatizó. Este impulso hacia la privatización y la desregulación del mercado (a menudo llamado “neoliberalismo”) recibió un buen trato por parte del FMI y de bancos de inversiones internacionales. A Gaviria le siguió, en 1994, el liberal Ernesto Samper, desprestigiado desde el comienzo por acusaciones de un influjo de seis millones de dólares ilegales a su campaña poco antes de las elecciones. Estados Unidos revocó la visa

8 CIA World Factbook, Documento en línea disponible en <http://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos.pe/html>. última modificación el 4 de mayo de 2011.

del presidente, y las relaciones diplomáticas y financieras se frenaron notoriamente. Los resultados de la desregulación del mercado, el desempleo creciente, y el hostil clima económico y político entre Washington y Bogotá dispararon una grave recesión que empezó seriamente en 1999 y duró cerca de cinco años. La economía colombiana en efecto decreció un 4,5% en este periodo, y el desempleo llegó al 22%. La construcción se detuvo prácticamente del todo en las grandes ciudades, y el panorama se volvió particularmente difícil debido a que las guerrillas empezaron a ensanchar notoriamente sus filas, los secuestros continuaron sin tregua, y parecían tener al ejército colombiano en la defensiva.

La economía se recuperó gradualmente después del enorme influjo de dinero conocido como el Plan Colombia; más de 1.300 millones de dólares (sobre todo en asistencia militar) ayudaron a restaurar la confianza en la economía colombiana durante el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002). Las políticas neoliberales continuaron también durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010). Uribe representaba la oposición más fuerte contra las guerrillas; planeó erradicar a las FARC y al ELN durante su mandato, mientras trataba de acelerar la aprobación de un tratado de libre comercio con los Estados Unidos. Este tratado, aprobado por el Senado colombiano, se estancó en el Congreso estadounidense durante cinco años, pero finalmente fue autorizado y el presidente Obama lo firmó en 2011.

La economía colombiana puede verse como una economía mixta, elástica, impulsada por el mercado, en la que la producción, la extracción minera, la agricultura y los servicios se combinan para crear un sistema saludable y orientado al crecimiento. Sin embargo, al momento de la publicación de este texto, Colombia es uno de los países más desiguales de América Latina y del mundo. El salario mínimo en 2013 es de 589.500 pesos mensuales. La pobreza en algunos barrios es casi surrealista, como un observador anotó recientemente mientras trabajaba en Tumaco en 2010,

Nunca había visto miseria como la que vi en Tumaco. Los niños tienen enfermedades en la piel debido a la pobre calidad del agua; la mayoría son familias desplazadas que construyeron patéticos palafitos en pantanos y manglares imposibles. Pocos van a la escuela, y los que van lo hacen descalzos caminando con dificultad por entre el barro y los excrementos humanos y de animales.<sup>9</sup>

Las personas ricas, dedicadas a emprendimientos mineros y a negocios honestos, adquieren grandes fortunas, mientras que los pobres langui-

9 Paul J. Angelo, correo electrónico privado a Michael J. LaRosa, 4 de octubre de 2010.

decen con programas gubernamentales sin fondos suficientes o dependen de organizaciones privadas de caridad para suplir sus carencias económicas.

Aunque sus beneficios se distribuyen de manera desigual, la economía colombiana perdura. El reto para los líderes futuros será el de cerrar la brecha entre los más ricos y los más pobres, mostrándoles a los pobres que ellos también son dueños de la prosperidad del país. Reducir la desigualdad económica ayudaría a resolver problemas sociales, y a refrenar el ímpetu de la insurgencia armada mientras se intenta unificar a la nación.



## CAPÍTULO 7

### UN ESPACIO COMÚN

La construcción de una comunidad que pudiera identificarse a sí misma como colombiana, una vez terminada la compleja coyuntura de la independencia, fue fruto no solo de las dinámicas sociales que se pusieron en marcha desde la política partidista, el sistema de creencias, la memoria común e instituciones que, como las Fuerzas Armadas o el Banco de la República, unieron entre sí las regiones bajo instrumentos comunes de gobierno y administración pública. Igualmente importante fue vencer las distancias que planteaba la agreste geografía para poder comunicar las regiones entre sí. En este sentido, no bastaba con saberse liberal o conservador, ser católico y hablar la misma lengua, además de realizar los intercambios económicos con la misma moneda. El Estado debía gobernar de manera inmediata y en todos los lugares; las gentes necesitaban poder trasladarse al ritmo de los negocios y las aspiraciones propias; las mercancías debían encontrar mercados amplios sin que sus precios se afectaran por los altos costos de los fletes; la opinión pública debía ser informada de lo que sucedía en todos los rincones del país y del mundo. En fin, era necesario que las personas, productos, ideas e instituciones pudieran circular por todos los lugares del territorio nacional, tanto del que ya estaba habitado, como del que poco a poco se iba incorporando a través de los cambios demográficos y los movimientos de colonización.

La nación, tal y como la entendemos hoy en día, es una comunidad política y no solamente cultural. Explicamos en un capítulo anterior que Colombia es un país de naciones; sin embargo, aceptar que en la comunidad política caben diversidades culturales y pluralismos ideológicos no fue una tarea sencilla, pues desde muy temprano en la historia republicana del país se impuso el principio de que la nación debía ser culturalmente homogénea. Como este no era el caso de Colombia, lo que terminó ocurriendo fue la imposición de una

misma idea de civilización para toda la población; idea que, creada por las elites urbanas, era un híbrido que juntaba instituciones y principios democrático-liberales, los ideales de pensadores burgueses capitalistas, y las normas y prácticas del catolicismo. De esta manera, la noción de habitar un mismo espacio, el nacional, se fundó en la certeza por parte de las elites de una civilización nunca alcanzada por todos los colombianos; y cerrar esa brecha, obligando a toda la población a cumplir ese ideal de civilización, se convirtió en objetivo fundamental del acto de gobernar durante los años que transcurrieron desde ese lejano 1830 hasta las profundas crisis sociales de los años 1960 a 1980. Así, una paradoja se hizo evidente a fines del siglo XX cuando se encontró que, si bien la mayoría de obstáculos geográficos se habían superado gracias a formas de comunicación cada vez más ágiles y eficientes, la homogeneidad cultural que las élites venían promoviendo desde comienzos del siglo anterior era claramente inviable. En otras palabras, hoy es claro que la comunidad nacional solo puede ser política y, por lo tanto, también es político el espacio en el que habita. Sin embargo, como lo expresamos, eso no siempre se entendió así.

144

En Colombia la distancia que separaba a las personas no era medible en kilómetros sino en tradiciones: los nichos culturales que se habían constituido a lo largo de los siglos, favorecidos por una geografía que con sus altas montañas, profundos valles e intrincadas selvas los separaba, impedían consolidar una comunidad nacional; esto es, un grupo de seres humanos con una identidad compartida, bajo iguales reglas de juego y conscientes de habitar un mismo espacio. Lograr este objetivo demandó un ingente esfuerzo tanto económico como tecnológico y administrativo por parte del Estado y sectores de empresarios privados, pues fue necesario reunir los capitales requeridos para construir sistemas de comunicación más eficientes e, igualmente, acumular experiencia administrativa para poder contratar las obras que debían hacerse y dar forma a instituciones y mecanismos de control que garantizaran el cumplimiento de los planes y objetivos propuestos. Hoy, doscientos años después, son evidentes los logros alcanzados; sin embargo, de nuevo la mencionada paradoja, la unidad alcanzada en términos de un espacio común reafirma a los colombianos como comunidad política, esto es de intereses y participación, pero no culturalmente homogénea.

El objetivo de este capítulo es, entonces, explicar la construcción de un espacio que se hizo nacional gracias a que las distancias fueron vencidas mediante la construcción de un sistema múltiple, aunque desvertebrado, de transportes; la puesta en marcha de tecnologías de comunicación eficientes y, no menos importante, la difusión interregional de las ideas y las noticias con el fin de dar lugar a una más informada y compartida opinión pública. Estos elementos, junto con los expuestos en un capítulo anterior, al dar forma a un espacio común,

al cabo de dos siglos hicieron de Colombia una comunidad política singular dentro del concierto mundial de estados nacionales.

## DEL CAMINO DE HERRADURA A LA AUTOPISTA

La república heredó de los siglos coloniales un modo de poblamiento que privilegió a las zonas andinas del interior del país arriba de los mil metros de altura sobre el nivel del mar. Estas regiones, habitadas siglos atrás por populosos pueblos indígenas, quienes buscaron tierras fértiles y sanas, lejos de las plagas y pantanos de la llamada “tierra caliente”, fueron por las mismas razones preferidas por los conquistadores españoles, además ofrecían la posibilidad de convertir a sus habitantes originales en mano de obra. Apenas dos ciudades que merecieran ese nombre se desarrollaron sobre las costas del Caribe colombiano, Santa Marta y Cartagena de Indias, a las cuales se sumaron las decenas de reales de minas que se establecieron en territorios imposibles de habitar, pero atractivos por las riquezas que guardaban, y por las cuales marcan la excepción en este modelo de construcción del espacio colonial. A ellos habría que agregar unos cuantos poblados de mulatos y mestizos que a las orillas de los grandes ríos sirvieron de puertos para el tránsito de mercancías y seres humanos hacia los pueblos de las montañas. En este marco, con excepción de Cartagena, las principales ciudades y villas quedaron en las cordilleras, alejadas del mar y los grandes ríos, separadas entre sí por alturas y abismos que dieron lugar a distancias medidas en semanas y meses.

En muchos lugares, sobre los caminos precolombinos, se construyeron otros que permitieron el paso ya no solo de seres humanos, sino también de mulas, caballos y bueyes. Algunos de ellos adquirieron el rango de *Caminos Reales* pues, además de ser empedrados, cumplían características especiales de manejo de aguas y control de los cambios de altura en su superficie. Reales o no, nunca superaron la característica de servir solo para caminar: ninguno fue carreteable. La rueda se usó en el interior de las poblaciones, acaso en algunas haciendas y minas, como gran novedad en el camellón que desde el siglo XVIII dio entrada a Santafé (Bogotá) por occidente o el que la comunicó con Zipaquirá por el Puente del Común cuando ya finalizaba el siglo XVIII. Pero de Santafé a Popayán, a Cartagena, a Medellín o a Pamplona se llegaba a pie y a lomo de indio o de mula.

Las dificultades existentes no significaron, sin embargo, que la incomunicación fuera el patrón reinante. Todo lo contrario. De acuerdo con nuestros estándares, sin duda, el ritmo de los transportes durante los siglos coloniales fue lento y costoso por su precariedad, pero las personas y las mercancías, así como el correo y con él las noticias y los edictos de gobierno, llegaron sin falta a todos los lugares poblados. La frecuencia de los viajes no era alta, más bien nula

para la mayoría de la población, que simplemente nacía y moría en el mismo lugar; y, cuando debían realizar desplazamientos a lugares lejanos, se preparaba el viajante de tal manera que la ausencia prolongada por meses o incluso años se convertía en una de las rutinas de la vida. El siglo XIX, sin embargo, aunque no vio una mejora sensible en las velocidades, sí fue una época en que la red caminera del país fue ampliada de manera significativa y se comenzó la ingente tarea de construir caminos carreteables, que no siempre podían seguir la rutas ya trazadas para los caminantes, capaces de sortear obstáculos imposibles para las carretas y otros vehículos de ruedas.

Asimismo, durante esta centuria tomó forma la noción de *Camino Nacional*. Esta denominación supuso que el Estado consideraba dicha ruta de utilidad pública, es decir, estratégica para el desarrollo nacional, y en consecuencia dictaba medidas especiales para su apertura y conservación y le asignaba recursos del presupuesto de la nación. En este sentido, en 1845, por un decreto del 16 de junio, se estableció lo que parece ser el primer plan de una red de caminos que debía garantizar la comunicación de la capital con las ciudades y puertos ubicados en los límites con otros países y sobre el océano Pacífico y el mar Caribe: de Bogotá a Venezuela por Tunja y Pamplona; a Ecuador y la costa del Pacífico por Neiva, Popayán y Pasto; a Buenaventura por Mariquita y el Valle del Cauca; a un puerto navegable en el río Atrato o al Golfo de Urabá por Mariquita; al Caribe por el río Magdalena; y una ruta que atravesara Panamá comunicando así sus costas en el Caribe con las del Pacífico. Para lograr la construcción o mejora de estos caminos, el Estado ofreció otorgar terrenos baldíos, fomentar la inmigración de técnicos y facilitar la mano de obra mediante el trabajo de los prisioneros en tales tierras.

Ciertamente, ninguno de los gobiernos que se sucedieron durante el cambiante siglo XIX dejó de lado la preocupación por mejorar y ampliar la red caminera del país, ya fuera manteniendo y ampliando los de herradura o abriendo nuevos para carretas y otros vehículos de ruedas. No solo las leyes y decretos son huellas de estas acciones, lo son también la inclusión en el presupuesto nacional de rubros específicos en esta materia; la creación de escuelas militares formadoras de ingenieros, y luego de la Universidad Nacional y la Escuela Nacional de Minas en Medellín, como centros de formación de ingenieros civiles capaces de enfrentar la tarea de vencer la montaña; el fomento para la contratación de ingenieros extranjeros e importación de los materiales e instrumentos requeridos para estas labores y, los incentivos a empresarios para invertir en nuevos caminos mediante el otorgamiento de extensas zonas baldías como contrapartida de los recursos empleados. Fundamentales en todo este proceso fueron los alicientes concedidos por el Estado y los empresarios a colonos para que poblaran las tierras colindantes con los caminos de manera

que, al tiempo que los cuidaban como parte de sus obligaciones, sirvieran para sacar sus productos a los pueblos que quedaban comunicados por las vías así construidas.

De esta manera, el país comenzó el siglo XX comunicado por una extensa red viaria compuesta en su mayor parte por caminos de herradura y en menor medida por carreteras. La lógica de estas redes era simple: sacar los productos a los mercados más cercanos y, si eran de exportación, darles salida al río Magdalena o al puerto de Buenaventura; asimismo, para el Estado, dichas vías debían facilitar la comunicación entre las personas y la libre movilidad de ellas por todo el país. La importancia otorgada a estas materias dio lugar, en 1905, a la creación del Ministerio de Obras Públicas y al traspaso a este de lo relacionado con las vías, controlado antes por el Ministerio de Fomento. De esta forma, el Estado se adecuaba institucionalmente para enfrentar lo que seguía siendo un reto aún no satisfecho: comunicar al país de manera que las personas y las mercancías fluyeran rápidamente por él.

Los tres decenios iniciales del siglo XX dieron la pauta de lo que sería el futuro del sistema de transportes del país: la predilección por el automóvil, el bus y el camión, hizo de las carreteras su elemento central. Aunque el primer automóvil que transitó tierras colombianas lo hizo en Medellín en 1899, pareciera que el viaje realizado en 1905 por el entonces presidente, Rafael Reyes, desde la Capital hasta Santa Rosa de Viterbo en Boyacá, su tierra natal, y para lo cual fue necesario adecuar la precaria carretera que unía las dos poblaciones por la vía a Tunja, marcó la preferencia por estos vehículos. Lo cierto es que las carreteras resultaron más económicas que el ferrocarril para superar las difíciles condiciones geológicas, además de ser más eficientes para comunicar entre sí y con los mercados la miríada de pueblos ubicados en las faldas de las montañas y en los valles que las separaban, y a los que el ferrocarril no podía unir en modo alguno por la rigidez y limitaciones técnicas de sus trazados. Lo examinaremos a continuación, pero es importante anotar ahora que las líneas férreas no cumplieron con su objetivo de recoger en sus estaciones intermedias los productos y personas que bajaban de las montañas, pues para cuando fueron construidas, en un sistema que no terminaba de completarse, ya las carreteras cumplían este propósito.

Con el impulso dado desde el gobierno nacional y los gobiernos departamentales a la mejora de los viejos caminos de herradura y a la construcción de nuevas carreteras durante estos decenios iniciales del siglo XX, para 1930 un total de 107.615 kilómetros de carreteras estaban en funcionamiento; sin embargo, del gran total, solo 5.743 kilómetros (cerca del 5% de la red total) permitía el paso de vehículos motorizados. El rumbo estaba marcado, pero todavía en esa fecha muchos de los colombianos debían seguir recurriendo a la

mula como medio de transporte. En 1946 los kilómetros de carreteras habilitadas para vehículos eran 17.900 y, de ellos, 391 habían sido pavimentadas; solo varias décadas después, en 1970, se terminó de pavimentar, por ejemplo, la carretera de Cali a Buenaventura, fundamental para el comercio exterior del país.

No obstante, cabe anotar que, a modo de ejemplo, en los Estados Unidos no fue sino hasta el gobierno de Eisenhower (en los cincuenta) que el país diseñó y construyó su sistema de autopistas interestatales. Con todo, para fines del siglo XX en Colombia ya estaba totalmente construida y pavimentada la red primaria de carreteras del país, 16.776 kilómetros a cargo de la nación que comunican las ciudades capitales entre sí y a estas con las fronteras internacionales, salvo las del Amazonas, y con los principales puertos sobre el Pacífico y el Caribe. De este total, tan solo 629 kilómetros eran en 2009 de doble calzada y autopistas. Este es, por tanto, el mayor reto para la adecuación del sistema de carreteras a las necesidades del siglo XXI. Bajo el control de los departamentos y municipios están hoy 147.500 kilómetros de carreteras, muchos de ellos, vitales para la economía del país, pues comunican las cabeceras municipales con las capitales departamentales y a aquellas con sus veredas y caseríos, pero que todavía están sin asfaltar.

148

## BARCOS Y LOCOMOTORAS

Otros medios de transporte fueron tenidos en cuenta por los gobernantes y empresarios desde muy temprano en el siglo XIX, pero su implantación solo fue realmente posible cuando el tamaño de los mercados, el movimiento de personas y los productos destinados a la exportación los hizo viables para los inversionistas: la navegación a vapor y los ferrocarriles. Respecto del primer sistema, ya en el decenio de 1820 fue aprobado por el gobierno de Bolívar y Santander un privilegio para que el empresario alemán, nacionalizado colombiano, Juan Bernardo Elbers adelantara la navegación a vapor por el río Magdalena. En efecto, desde 1825 dos embarcaciones, la Bolívar y la Santander surcaron las aguas del río, aunque solo en su parte baja. No obstante no duraron mucho en servicio.

Otros intentos fracasaron hasta que desde 1850, acabados los monopolios, ampliado el comercio con la carga de retorno que hicieron posibles los productos de exportación, y abiertos muchos caminos regionales que buscaron el Magdalena con el fin de dar salida a sus productos a otras zonas del país, se consolidó la navegación a vapor por este río. En este sentido, por ejemplo, en 1926 dieciocho empresas tenían en servicio ochenta buques y 155 remolques que transportaron, en conjunto, 600.000 toneladas de mercancía. Estos años son los del máximo desarrollo de este sistema por el río Magdalena, pues ya para mediados del siglo XX había decaído significativamente su uso. Otros medios terminaron

desplazándolo porque evitaban los transbordos de mercancías del barco al camión –o, con menor frecuencia, al ferrocarril– y por las distancias que debían ser allanadas desde los puertos sobre el río hasta las lejanas poblaciones. Igualmente, las dificultades insalvables que generaban las temporadas de lluvias o sequías en las frecuencias de los viajes, los costos de combustible y sus efectos sobre los fletes, la insuficiencia de mercancías de retorno hacia el Caribe –pues los productos de exportación no alcanzaban a copar la capacidad instalada por el sistema fluvial–, además de la preferencia de los habitantes por la aviación como medio más cómodo y al final más económico de movilizarse hacia la Costa y el exterior, hicieron del Vapor un medio de transporte para el recuerdo.

El río Magdalena no fue el único por el que navegaron embarcaciones a vapor. Igualmente fueron utilizados el río Atrato, por el que llegó a Quibdó el vapor Esmeralda en 1852 y fue aprovechado por una compañía por acciones desde 1855. El río Cauca fue utilizado en su parte alta, comunicando a Cali con La Virginia desde los años finales del siglo XIX hasta 1928, año en que el ferrocarril hizo innecesarias dichas embarcaciones. El río Zulia permitió que Cúcuta se comunicara con el Golfo de Maracaibo utilizando navegación a vapor desde finales del decenio de 1880. El río Meta fue igualmente utilizado desde mediados del siglo XIX, pues era fácilmente navegable por estas embarcaciones y, al desembocar en el río Orinoco, comunicaba el centro del país con el océano Atlántico; así lo pensaron muchos empresarios y gobernantes durante el siglo XIX, pero la recia oposición de los cartageneros, que protegían su ruta al interior por el Canal del Dique, y la inexistencia de un camino carreteable hasta la recién fundada población de Villavicencio (establecida en 1840 con el nombre de Gramalote) impidió que dicho plan tomara forma. El río Putumayo fue igualmente utilizado para beneficiar el comercio de la quina y, en especial, el del caucho; lo que sucedió también con el río Amazonas una vez fue abierto al libre comercio por el Rey Pedro II de Brasil en 1867. También fueron utilizados otros ríos más pequeños, como el río Bogotá, surcado por barcas a vapor para el transporte de carbón hacia la capital a finales del siglo XIX. En conjunto, estas otras rutas fueron marginales para la economía del país y terminaron siendo suplantadas fácilmente por las carreteras y sus vehículos motorizados y, en menor medida, por el ferrocarril.

Este sistema de transportes, la locomotora con sus vagones y vías paralelas, que impactó profundamente el modo como los seres humanos vencieron la distancia desde los años iniciales del siglo XIX, se quiso implantar en el país apenas comenzaba la primera Colombia. Pero, igual que con la navegación a vapor, solo hasta cuando la carga y pasajeros de retorno fueron suficientes, se posibilitó su puesta en marcha. El primero, no es sorprendente, se inició en 1850 cuando el gobierno colombiano autorizó a empresarios norteamericanos la

construcción del que sería uno de los primeros y más rentables ferrocarriles en el continente americano, el de Panamá, ya funcionando en toda su ruta para 1855. Pocos años pasarían para que todos los estados federados en los Estados Unidos de Colombia se propusieran construir sus propias líneas, buscando con ello facilitar el transporte de productos locales hacia mercados regionales, las capitales en especial; y de mercancías de exportación hacia el río Magdalena, rumbo a Cartagena y Barranquilla en el Caribe, o a Buenaventura en el Pacífico. Cuando se unificó el país en 1886 no varió esta tendencia. El Estado central asumió como tarea propia la continuación de las obras iniciadas en el periodo anterior o el inicio de otras nuevas que consideraba imprescindibles de adelantar. De esta manera, se buscó crear un sistema en el que carreteras, ferrocarriles y navegación a vapor interactuaran entre sí para optimizar el transporte de mercancías y pasajeros.

En la tabla incluida a continuación se presentan las líneas y principales trayectos de ferrocarril construidos en Colombia durante toda su historia. Se hace énfasis en los años de construcción de cada una y de la extensión en kilómetros. Al observar las fechas de inicio de las obras se evidencia que antes de 1900 estaba en curso la construcción de las principales líneas férreas e incluso algunas pocas ya funcionaban, llama igualmente la atención la gran cantidad de tiempo que demandó su terminación, lo cual nos da un indicio de las dificultades que tuvieron que ser resueltas. Vale la pena observar que algunas líneas terminaron conectadas entre sí, como las del Valle del Cauca, con las de Antioquia y la zona cafetera en el Gran Caldas, o el de la Sabana de Bogotá con el de La Dorada y por este hasta Puerto Berrio y Santa Marta, o el de Bogotá a Girardot conectado con la vía que desde Flandes llegó hasta Neiva (Villavieja), todo lo cual generó así un sistema interconectado que debía hacer más eficiente las comunicaciones. Finalmente, es evidente que los ferrocarriles dejaron de construirse hacia mediados del siglo XX, siendo el último trayecto el que unió a La Dorada con Santa Marta, en 1961, lo que muestra que la crisis de este sistema coincidió con la de la navegación a vapor, no casualmente esa última vía férrea trazada por las orillas del río mismo, el Magdalena.

**Tabla 1. Red nacional de ferrocarriles en Colombia**

Línea o trayecto	Años de construcción	Extensión (Kms)
Panamá	1850 – 1855	77
Puerto Colombia - Barranquilla	1869 – 1888	28
Cartagena - Calamar	1890 – 1894	105
Central de Bolívar (Cartagena -Medellín, pero construido solo hasta Gambote)	Ca. 1922 – 1925	nd <sup>1*</sup>
FFRR de Antioquia (Pto. Berrio - Medellín)	1874 – 1929	193
Medellín - Jericó (río Cauca)	1911 – 1930	127

Continúa

Línea o trayecto	Años de construcción	Extensión (Kms)
Buenaventura - Cali - Palmira	1878 - 1915 - 1917	Hasta Cali 173
Cali - Popayán	1914 - 1926	158
Cali - Zarzal - La Virginia	1917 - 1924 - 1928	nd
La Virginia - La Pintada (río Cauca)	1928 - 1951	nd
Zarzal - Armenia	1927	nd
Cartago - Pereira - Manizales	1915 - 1921 - 1927	111
Tumaco - El Diviso	1925 - 1928	109
La Dorada - Ambalema	1881 - 1907	111
Ambalema - Buenos Aires	1919 - 1931	65
Ibagué - Flandes	1899 - 1921	76
Espinal - Neiva (Villavieja)	1919 - 1930	185
La Dorada - Pto. Berrío - Bosconia - Fundación - Santa Marta	1953 - 1961	nd
Girardot - Facatativá	1881 - 1910	131
FFRR de La Sabana (Bogotá - Facatativá)	1882 - 1889	39
Facatativá - La Dorada (Palanquero)	1925 - nd	197
Bogotá - Soacha - Sibaté (FFRR del Sur)	1896 - 1903 - 1906	30
Ramal El Charquito - Salto de Tequendama	Terminado en 1927	10
Ramal Sibaté - San Miguel	1925 - 1929	41
FFRR del Norte (Bogotá - Zipaquirá - Chiquinquirá - Barbosa)	1893 - 1898 - 1928; hasta Barbosa después de 1930	nd
Puerto Wilches - Bucaramanga	1881 - 1941	109
Santa Marta - Fundación	1882 - 1906	94
FFRR del Nordeste (Bogotá-Tunja-Sogamoso)	1925 - 1931	nd
Cúcuta - Villamizar	Ca. 1879 - 1926	60
Ramal Cúcuta - El Diamante	1926 - 1929	42
Ramal La Frontera	1895 - 1897	16

\* Información no disponible

Fuente: Víctor Manuel Patiño. *Historia de la Cultura Material*, tomo 3, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990-1993.

Corregido por Juan Santiago Correa.

La crisis del sistema férreo no se debió realmente a las dificultades que una endiablada geografía le planteaba para su construcción y puesta en funcionamiento. Esto se convirtió en problema porque el Estado no tuvo las herramientas suficientes para enfrentar con éxito los intereses particulares, que hacían variar los trazados a conveniencia; la manipulación de los contratos, que beneficiaron a los empresarios al cobrar sobrecostos o ganar demandas por incumplimiento de cláusulas no muy claras o demasiado generosas; y la incompetencia de los funcionarios públicos para verificar la realidad de los argumentos dados para justificar demoras o entregas por fuera de los términos contratados. Igualmente,

las demoras en su construcción, que alcanzaron en algunas líneas el medio siglo y, por lo mismo, solo habilitaban parcialmente su uso en cortos e inconexos trayectos, impidió que este sistema compitiera realmente con el de carreteras, que a pesar de sus carencias, lograba continuidad en grandes distancias.

## CABLES Y AVIONES

El café cultivado en las fértiles tierras caldenses, que comenzó a exportarse en grandes cantidades a inicios del siglo XX, en su rumbo a los puertos colombianos sobre el Caribe, solo alcanzaba la población de Honda, luego de un largo trajinar de arriería por el camino que desde Manizales llegaba al río Magdalena por La Moravia. Un ferrocarril que desde Manizales llegara hasta dicho río era impensable, y el que finalmente se construyó lo hizo hacia Buenaventura; sabia decisión pero posible solo hasta finales del decenio de 1920. Los empresarios, en su urgencia por una solución alternativa, encontraron en el cable aéreo, una especie de teleférico para el café, una posibilidad que hicieron realidad. En 1922 se inauguró el Cable Aéreo que se había iniciado en 1913 y que comunicó a Manizales con Mariquita: con 72 kilómetros de extensión y 376 torres, transportó hasta diez toneladas de café y otras mercancías por hora en sus cerca de ochocientas vagonetas. El Cable estuvo en uso hasta 1961, convirtiéndose en uno de los factores que hicieron de Manizales el centro regional de mayor importancia en toda la zona cafetera del centro del país.

Dado el éxito de este cable, fue iniciada la construcción de otros en la misma zona, como el que condujo hasta Villamaría en 1927, o el del norte, en 1928, que llegaba a la población de Aranzazu, o el que hacia el occidente debía llegar hasta el Chocó, iniciado en 1929; pero ninguno de estos trayectos realmente pasó de algunos kilómetros de construcción. Otra empresa de cable aéreo que sí cumplió con su cometido fue el que se puso en marcha entre las poblaciones de Ocaña y Gamarra, esta última sobre el río Magdalena, que facilitó así la salida y entrada de mercancías al Departamento de Norte de Santander. Con 47 kilómetros de extensión y 204 torres, fue inaugurado en 1929 y suspendió sus servicios hacia mediados de la década de 1940.

De mayor impacto para las comunicaciones del país resultó el transporte aéreo. Luego de las primeras demostraciones públicas realizadas en globo a mediados del siglo XIX en las ciudades de Popayán, Bogotá, Medellín, Barranquilla y Tunja, y otros vuelos de exhibición, ya en avión, a comienzos del siglo XX, la aviación propiamente dicha de pasajeros, mercancías y correo se inició en septiembre de 1919 con la creación, por empresarios de Medellín, de la Compañía Colombiana de Navegación Aérea. Esta compañía contó inicialmente con cuatro aviones y a fines de ese mismo año tenía ya un contrato con

el gobierno nacional para transportar el correo y pasajeros. La CCNA inició sus vuelos en 1920 entre Cartagena y Barranquilla y solo hasta 1921 realizó su primer viaje a Medellín. Poco tiempo duró esta empresa, pues por problemas económicos tuvo que ser liquidada en 1923. La fiebre de la aviación prendió rápido en suelo colombiano ya que pronto se establecieron, por ejemplo, la Compañía Santandereana de Aviación, COSADA, en 1923 o la Urabá Medellín and Central Airways, UMCA, en 1932. Sin embargo, fue gracias a la creación de SCADTA, Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo, por un grupo de empresarios colombianos y alemanes el 5 de diciembre de 1919 en Barranquilla, que el transporte aéreo tomó forma definitiva al comunicar de manera permanente el centro del país con la costa del Caribe: en septiembre de 1920 se realizó el primer vuelo de Barranquilla a Puerto Berrío; el 19 de octubre siguiente se dio inicio a un vuelo semanal entre Barranquilla y Girardot y el 18 de noviembre aterrizó en Bogotá el primer vuelo de la empresa SCADTA. Poco antes, en marzo de ese mismo año, el gobierno nacional por el Decreto 599, que reglamentó la Ley 126 de 31 de diciembre de 1919, mencionada cuando se hizo referencia a la aviación militar, reguló el servicio aéreo dentro del territorio nacional. De este modo empezó una larga historia de servicio aéreo que se difundió por el país y que hoy conecta a Colombia con países en Suramérica, Norteamérica y Europa.

153

## EL CORREO Y LAS COMUNICACIONES

Sin duda, el servicio de correo fue uno de los sistemas de comunicación, puestos en marcha por el imperio español en nuestro territorio, que pasó a la época republicana sin otra crítica que la de mejorar el servicio. Puesto en función desde muy temprano en el siglo XVI, la Corona recurrió a su arrendamiento a particulares durante este y el siguiente siglo y, a mediados del siglo XVIII, trató de manejarlo con empleados propios a partir de las reformas de Carlos III. Esto último no se logró, pero sí lo hizo el control que directamente comenzó a ejercer la administración virreinal sobre la conducción del correo, lo cual fue heredado igualmente por los gobiernos republicanos. Algunos historiadores calculan que al finalizar el siglo XVIII el correo llegaba a unos mil lugares en el actual territorio del país y a doce mil en todo el continente.

Impulsar aún más la eficiencia del sistema de correos fue una de las preocupaciones de la administración Santander durante la primera Colombia. Los años siguientes son ricos en disposiciones del gobierno relacionadas con el manejo del correo, en especial favoreciendo el libre y gratuito transporte de periódicos nacionales y extranjeros. A mediados del siglo XIX, la entonces República de La Nueva Granada contaba con 154 oficinas postales y los mensajeros recorrían unos once mil kilómetros llevando cartas, comunicados y aun mercancías entre dichas

oficinas. El servicio de correo, un siglo después, en 1948, alcanzó a enlazar 1.218 oficinas postales en todo el territorio nacional. Con el objeto de facilitar el sistema y controlar los costos del mismo, en 1859 se usaron por primera vez estampillas en el correo nacional, año en el que se dictó la primera Ley Orgánica de los Correos Nacionales. El inicio de la aviación, como lo mencionamos, incluyó el manejo del correo, que comenzó a ocurrir con limitaciones en 1919 y de manera sostenida desde el año siguiente. De esta manera, el sistema de correos conectaba a la gente tanto emocional como financieramente y alimentaba la idea de que todos los colombianos hacían parte del mismo territorio; hoy, después de haber sido nacionalizado a comienzos del siglo XX, está privatizado.

Esta idea, sin embargo, encontró en la telegrafía un mecanismo tal vez más poderoso por su rapidez. Al igual que lo sucedido con el ferrocarril, y en correspondencia con él, la primera línea de un telégrafo de hilos entró en funcionamiento en Panamá a mediados del siglo XIX. En el territorio de la actual Colombia, fue la comunicación entre Bogotá y Honda la que preocupó a los empresarios y gobiernos desde 1847, año en el que Tomás Cipriano de Mosquera inició gestiones para establecer el telégrafo eléctrico en el país. Sin embargo, la estrategia inicial del gobierno de dejar que los empresarios privados, mediante el otorgamiento de monopolios y beneficios en tierras, fueran los encargados de colocar las líneas e impulsar su utilización, no dio resultado. Razón por la cual en 1865 fue la administración de Murillo Toro la que llevó a cabo con recursos del Estado, y unos pocos accionistas, la construcción de la primera línea, que comunicó a la capital con el sitio de Cuatro Esquinas (hoy conocido como Mosquera) en la sabana de Bogotá el primero de noviembre del año en cuestión. Pocos meses después, en abril de 1866, esta línea ya llegaba a Ambalema, por lo que el manejo de la comercialización del tabaco se pudo realizar sin mayores obstáculos desde Bogotá. Al mismo tiempo, en Antioquia, se comenzaba la construcción de la línea que de Medellín debía llegar hasta Manizales, fundada en 1849, integrando así a Medellín las zonas de reciente colonización al sur de la ciudad. Algo similar realizaron los caucanos, pues al año siguiente, 1867, suscribieron acciones para crear una compañía que por telégrafo uniera la población de Cartago con el puerto de Buenaventura.

Una medida visionaria fue tomada en este año: el Congreso autorizó al gobierno para establecer comunicaciones con otros países por medio de cables submarinos. Todos estos adelantos y la importancia dada al nuevo sistema dieron lugar a la creación de la Dirección de Correos y Telégrafos, lo que supuso crear cargos públicos para tal efecto y, pronto, con la creación de la escuela de telegrafía, de maestros para una tarea en la que se prefirió a las mujeres (del mismo modo en que, en los Estados Unidos, por ejemplo, las primeras operadoras telefónicas fueron predominantemente mujeres). Durante los años siguientes fueron

construidas líneas telegráficas desde Bogotá hacia Manizales, Medellín, Tunja y Bucaramanga, así como otras al interior de los estados federados, de manera que en 1873 ya estaban en funcionamiento 950 kilómetros de líneas, y dos años más tarde, en 1875, 2.045 kilómetros. En tan solo dos años se duplicó un sistema que en 1876 fue capaz de hacer llegar noticias de Londres a Bogotá en dos días. En efecto, el 12 de abril, recibió el Presidente un telegrama que siguió la ruta Londres-Jamaica-Colón-Panamá-Buenaventura-Bogotá. De esta manera, la unión del cable submarino con las líneas terrestres había vencido, finalmente, la distancia mediante recursos tecnológicos que fortalecieron la sensación de habitar en un espacio cada vez más cercano y, por ello, reducido.

Cuando en 1886 quedó sepultado el sistema federal que imperó en los años anteriores, unificando políticamente el espacio, y con él a sus habitantes, ya la velocidad de las comunicaciones había hecho su tarea. El palacio presidencial contaba con telégrafo propio desde ese mismo año de 1876; dos años después se hizo la primera llamada telefónica en la capital, aunque todavía con carácter experimental; y en 1882 quedó Colombia comunicada por la costa del Pacífico, con base en Buenaventura, con Perú, Ecuador, Panamá, México y Estados Unidos, además de Europa, comunicación que se logró inicialmente, como quedó dicho, por Colón y Jamaica. Logrado esto, el siglo XX será testigo de innovaciones tecnológicas y velocidades que ni los más optimistas de la centuria anterior pudieron prever. La telegrafía inalámbrica primero, el teléfono después, la radio a continuación, la televisión un poco más tarde en Colombia, y los sistemas satelitales y virtuales en los últimos decenios del siglo, son desarrollos que en poco menos de medio siglo transformaron profundamente el modo como se comunicaba entre sí el conjunto mundial de naciones, redefiniendo dominios y libertades. Colombia no fue la excepción, todo lo contrario, se esforzó todo el tiempo por estar al día con las innovaciones, fortaleciendo para ello el control público del sistema de comunicaciones mediante la creación del Ministerio de Correos y Telégrafos en 1923 y la contratación, entre otras, de la Misión Belga de Comunicaciones en 1924.

Luego de un decenio, el de 1920, en el que los radioaficionados colombianos comenzaron a comunicarse entre sí y con personas de otros países, y después de haberse realizado transmisiones radiales experimentales en 1923, se inició la radiodifusión comercial a partir de 1930 con emisoras privadas en las principales ciudades del país: La Voz de Colombia, en Bogotá; la Voz de Tunja; la HKJ y HKK de Cali; la HKT de Manizales; luego, al año siguiente, la Voz de Chapinero, en Bogotá; Ecos de la Montaña y Medellín Radio, en Medellín; una más en Cali, la HKR; y en 1934 la Voz de la Víctor comienza a difundir noticias de contenido político partidista en el primer radioperiódico de esta naturaleza en la historia colombiana. Este carácter local –y a lo sumo regional– de las emisoras radiales fue característico del sistema hasta muy entrado el siglo XX; en 1940

había sido creada la Radio Nacional, emisora del Estado que al tiempo que representaba oficialmente al país se encargaba de servir de vehículo de comunicación del gobierno. Con todo, la primera emisora de carácter claramente nacional y con cobertura en prácticamente todo el territorio fue Radio Sutatenza, creada por la Iglesia católica en 1948 y que a su vez distribuyó a muy bajo precio o gratuitamente receptores, todo ello con el objetivo de contribuir a la educación del campesinado y restar fuerza a las tendencias extremistas liberales y de izquierda que encontraban eco entre sus filas por las intolerancias propias de la época y, no menos grave, las malas condiciones laborales a las que estaban sometidos. En ese mismo año, 1948, se creó la Radio Cadena Nacional, RCN, primera que enlazó muchas emisoras locales, dando forma así a una radio realmente nacional, controlada, claro está, desde Bogotá o Medellín.

Del mismo decenio de 1940 fue la nacionalización de las telecomunicaciones en Colombia, realizada mediante la Ley 6 de 1943, que igualmente dio autorización al gobierno para crear una empresa que unificara todos los sistemas de radiotelegrafía que operaban en el país, lo que sucedió pocos meses después: en agosto se creó la Empresa Nacional de Radiocomunicaciones mediante la compra que hizo el Estado colombiano de la Marconi Wireless Telegraph. Cuatro años más tarde, en 1947, realizó una operación semejante al comprar el gobierno la Compañía Telefónica Central con el objeto de crear la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, TELECOM, que fue unida con la Empresa de Radiocomunicaciones al año siguiente. De esta manera, el Estado quedó en control tanto del espectro radial –lo que no obstante no impedía su uso por empresas comerciales del sector privado–, como del servicio de telefonía a larga distancia, además de regular los sistemas telefónicos locales y regionales. Esta tendencia a controlar las comunicaciones desde el sector público de nuevo se hizo visible cuando el gobierno emitió por primera vez un programa por televisión en 1954, valiéndose para ello de la recién creada Sección de Televisión de la Radio Nacional. En las décadas siguientes los adelantos fueron manifiestos, siendo significativo el poco tiempo que transcurrió entre la introducción de un nuevo sistema y su aplicación en territorio colombiano: el télex, el fax, el satélite, la Internet y la comunicación por teléfonos móviles. Hoy Colombia es una nación en la que el Estado puede técnicamente comunicarse con todos los habitantes por los diferentes medios que constituyen el sistema público, además de poder usar, cuando es necesario, el amplio y sofisticado sistema privado que ha sido desarrollado por empresarios nacionales y extranjeros en el país.

## LOS MEDIOS IMPRESOS

Finalmente, la prensa escrita debe ser considerada como uno de los medios que contribuyó a crear una conciencia nacional entre los colombianos; sin embargo,

esto no fue obstáculo para también reforzar identidades regionales, pues de hecho pocos periódicos llegaron a convertirse en nacionales, y más bien surgían en cada región publicaciones que se encargaban de comunicar a sus habitantes las noticias surgidas en las capitales. Estos periódicos, con el tiempo y gracias al correo aéreo, pudieron ser leídos en muchas partes del país, permitiendo así que se siguiera siendo local sin importar la ciudad de habitación.

La prensa periódica, en particular el diario, solo fue posible en Colombia cuando al mismo tiempo confluyeron las posibilidades de saber casi al instante las noticias de otros lugares y poder remitir con igual velocidad los periódicos impresos a esos ávidos lectores. En este sentido, la prensa fue local por naturaleza desde su creación en Colombia durante los últimos años del siglo XVIII y hasta los primeros decenios del siglo XX. Existieron los corresponsales, aunque en mayor número los suscriptores en otras ciudades, pero las dificultades creadas por la distancia y los costos que ello representaba impidieron que realmente se desarrollara un periodismo nacional. De esta manera, predominaron las publicaciones locales de carácter literario, científico y de divulgación, las cuales acompañaron la multiplicidad de panfletos y libelos de claro contenido partidista. A ello se añan importantes mejoras técnicas que fueron implantadas en las imprentas desde mediados del siglo XIX, época en la que se introdujo la litografía en Bogotá o, más tarde, en 1881, con el *Papel Periódico Ilustrado* de Alberto Urdaneta, la publicación de imágenes mediante grabados; y en 1911 la introducción del linotipo, técnica que permitió la aparición de los periódicos de circulación diaria al aumentar la velocidad de armado y rebajar sus costos.

Primero fue el telégrafo el que permitió saber rápidamente lo que sucedía en otros lugares del país y del mundo. Después, generalizado el sistema de corresponsales así como la compra de noticias gracias a la aparición de las agencias internacionales, el contenido del periódico se fue transformando en noticioso. Sin embargo, ellos no se hicieron nacionales sino hasta cuando el sistema de transportes pudo garantizar que los suscriptores recibieran el periódico en sus residencias sin importar el lugar del país donde estuviera. Por ello, en consecuencia, la posibilidad de pasar del semanario al diario, que implicaba no solo soluciones técnicas sino esfuerzos económicos, se logró cuando la distribución alcanzó las otras ciudades del país; sin duda, el correo aéreo fue la condición. Debemos mencionar dos condiciones más que contribuyeron, tanto como la técnica, a la aparición de los periódicos de circulación nacional y regional: los progresos en el alfabetismo, lo cual aumentó el número de posibles lectores; y, sin duda, el que la opinión pública, que requiere de la información para formar el juicio a que da lugar, se hubiese ido generalizando en la misma medida en los pueblos y ciudades, en donde instituciones del Estado y de la Iglesia, así como

también la escuela y los espacios de intercambio social como el café y la plaza, iban acogiendo a más y más personas.

Los diarios colombianos que finalmente se hicieron nacionales por la amplitud de la circulación que alcanzaron, sin embargo, tienen en su raíz la misma limitación del centralismo político. Con sede en Bogotá, son las noticias de la capital las que más ocupan sus páginas y ello porque dichos informes, además de los referidos al Estado y sus instituciones que por lógica están ubicados en esta ciudad, adquieren significación general por provenir de la única ciudad realmente colombiana y no regional. Esta circunstancia sirvió en el pasado, y se mantiene en la actualidad, como factor de identidad general al hacer partícipe a muchos de lo que ocurre solo para algunos: los asuntos de Bogotá son los de Colombia. Cabe advertir, sin embargo, que este fenómeno se debe igualmente a que los escasos periódicos colombianos de verdadera circulación nacional, aunque dieran cabida en sus páginas a noticias de otras regiones, comenzaron su existencia como prensa local.

De esta manera, los pocos periódicos de carácter nacional hoy en Colombia son *El Espectador*, fundado en 1887 en Medellín, pero luego trasladado a Bogotá, ciudad desde la que se hizo un periódico liberal de circulación nacional. *El Tiempo*, fundado en Bogotá hace 102 años, en 1911, es hoy el diario de mayor circulación en el país y el de más influencia en la opinión pública, con una orientación abiertamente liberal. *El Siglo*, ahora conocido como *El Nuevo Siglo*, publicado en Bogotá y de ideología conservadora, fue fundado por Laureano Gómez en 1936 como mecanismo para contrarrestar el poder de los liberales en la presidencia desde 1930. *La República*, último de los periódicos nacionales publicado en Bogotá y de orientación igualmente conservadora, fue fundado por Mariano Ospina Pérez en 1954, líder de la vertiente moderada de dicho partido; hoy en día es un influyente periódico especializado en asuntos económicos.

La prensa regional, por su lugar de origen, como se expresó, pero especialmente porque su horizonte noticioso está referido a lectores de la zona en la que circula principalmente, es leída también por dichos habitantes en las diferentes partes del país donde por diversas razones han decidido establecer su lugar de residencia. Entre ellos cabe mencionar *El Colombiano*, de orientación conservadora y fundado en Medellín en 1912; *El Herald*, de Barranquilla, establecido en 1933; *El País*, periódico caleño creado en 1950; *Vanguardia Liberal*, de Bucaramanga y en existencia desde 1919; *La Patria*, impreso en Manizales desde 1921; *El Liberal*, publicado en Popayán y en circulación desde 1938.

La compleja geografía de Colombia ha representado un obstáculo para la unificación nacional, y uno de los más grandes retos de los colombianos ha sido el de crear sistemas de gobierno, de comunicaciones y económicos que permitan consolidar algún sentido de unificación. El registro histórico es variado, pero

la construcción de un sistema vial nacional, el uso generalizado del avión en el siglo XX y la adaptación de la radio, la televisión y la Internet a las realidades políticas y sociales de la nación han permitido un desarrollo lento pero sostenido pese a obstáculos físicos aparentemente infranqueables. El reto que aún perdura es el de la creación de mecanismos para distribuir adecuadamente la riqueza entre los ciudadanos de la nación colombiana.



## CAPÍTULO 8

### DINAMISMO CULTURAL

Increíblemente diversa ha sido la producción cultural de Colombia, nutrida de diferencias regionales e identidades enlazadas a las realidades sociopolíticas del país. Este capítulo se centra en las contribuciones colombianas a la cultura mundial, sobre todo en los campos de las artes plásticas (pintura y escultura), literatura, teatro, arquitectura y música. Durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX, los logros de Colombia en estas áreas fueron prácticamente desconocidos fuera del país, debido, en gran medida, a las tensiones políticas internas y, como escribió un historiador, a la fuerza centrífuga de “la enorme moda de todo lo mexicano”.<sup>1</sup> En efecto, el arte mexicano, en particular el movimiento muralista posrevolucionario, cautivó al mundo, y eclipsó la producción de muchos países de Latinoamérica. El mundo literario de comienzos del siglo XX, por su parte, cuando se fijaba en América Latina, hablaba de unos cuantos modernistas como Rubén Darío en Nicaragua, José Martí en Cuba y José Enrique Rodó en Uruguay, pero no fue sino hasta finales de los sesenta que la literatura colombiana alcanzó la fama internacional tras la publicación, en 1967, de la encumbrada y arrobadora novela de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*. El teatro colombiano, influenciado por el existencialismo europeo, surgió con una identidad nacional, pero solo hasta la década de los cincuenta. Las contribuciones de los arquitectos solían, hasta hace poco, pasar desapercibidas para los críticos, cuya atención se dirigía hacia la construcción de la capital de Brasil, en los cincuenta, la influencia del modernista suizo Le Corbusier en el sur de Latinoamérica, la construcción de la Ciudad Universitaria de México, y el esplendor barroco de la Colonia que abunda en Lima, La Habana, Ciudad de México y Quito. Rara vez se cuenta a Colombia o a los colombianos entre los que

---

1 Véase Helen Delpar, *The Enormous Vogue of Things Mexican: Cultural Relations between the United States and Mexico, 1920–1935*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1995.

han aportado algo único o valioso a la arquitectura mundial. Por otra parte, el impacto de Colombia en la música del mundo es importante, pero (en cuanto a la música académica) no hay nadie de la estatura del pianista y compositor argentino Alberto Ginastera; ni de la de Heitor Villa-Lobos, el compositor brasileño; el cubano Ernesto Lecuona; o el mexicano Carlos Chávez. Sin embargo, existen manifestaciones únicas de música popular colombiana que incluyen la cumbia de la costa norte, la música llanera en los llanos orientales y el vallenato en las llanuras del centro-norte de la costa Atlántica.

## ESCULTURA Y PINTURA

En cuanto a las artes plásticas, la tradición de Colombia es profunda y diversa. Los que visitan Bogotá por primera vez suelen ir al Museo del Oro, recientemente reconstruido y rediseñado, y empiezan a entender el inmenso talento de los artesanos precolombinos colombianos. El trabajo en filigrana de oro, increíblemente detallado, que antecedió por siglos la llegada de los españoles, sugiere un nivel de destreza, paciencia y atención al detalle que da cuenta de una civilización sofisticada y muy estructurada. La llegada de los europeos significó que, en adelante, el oro y otros metales y piedras preciosas halladas en Colombia se convirtieran en materia prima para los oficios del culto cristiano, las tradiciones de la Iglesia católica y la devoción a los santos. Así, por ejemplo, una de las esculturas religiosas más impresionantes del siglo XVIII está en Colombia, en el Museo del Banco de la República. Se conoce comúnmente como *La lechuga*, y es una custodia diseñada para contener la hostia consagrada. Está hecha de 1.485 esmeraldas y 4.900 gramos de oro incrustado con perlas, diamantes y otras piedras preciosas. La obra, que se conoce formalmente con el nombre de *La Custodia de la Iglesia de San Ignacio de Bogotá*, fue confeccionada entre 1700 y 1707 para la Compañía de Jesús, pero los jesuitas vendieron la pieza a la nación en 1985, y el dinero de la venta se usó para iniciar el Programa por la Paz en los ochenta. La escultura es un claro ejemplo del vínculo directo entre arte y política en Colombia.

Registros visuales únicos y ejemplares de la flora, la fauna y la belleza topográfica de Colombia son los dibujos elaborados por quienes conformaron la Expedición Botánica, empresa científica dirigida por el sacerdote y médico español José Celestino Mutis, quien llegó a Colombia en 1760 y, allí mismo murió, en el año 1808. Dicha colección de dibujos fue confiscada y enviada a España en 1816 durante las guerras de independencia y permaneció allí durante casi 150 años.<sup>2</sup> Consta de aproximadamente 5.300 dibujos en folios que conforman un mapa visual y fundacional de La Nueva Granada.

2 Véase Maurico Nieto Olarte, “Ciencia imperial y ciencia criolla en el período de la Ilustración en el Nuevo Reino de Granada”, en *Colombia: Preguntas y respuestas sobre su pasado y su presente*,

Mutis no fue el único europeo que quedó cautivado por la geografía y la belleza natural de Colombia. El científico alemán Alexander von Humboldt hizo un viaje de cinco años (1799-1804) a Cuba, el norte de Suramérica y México. Le interesaban cuestiones científicas relacionadas al clima, las corrientes marítimas, los ríos y los valles, y sus dibujos ayudaron a los europeos a imaginar las maravillas naturales de América Latina. Von Humboldt encontró especialmente interesante la cordillera central, que conecta a Bogotá con Quito, la capital de Ecuador. Después, el ingeniero-geógrafo italiano, Agustín Codazzi estuvo diez años en Colombia, entre 1850 y 1859, mapeando el territorio y estudiando su geografía física y humana, junto a un equipo de pintores, cartógrafos, botánicos y otros. Muchas de las acuarelas estilizadas y folklóricas de sus expediciones se pueden ver hoy en la Biblioteca Nacional de Colombia.

Pero no todo el arte colombiano del siglo XIX se limitó a expediciones científicas o cartográficas; el proceso de independencia en Colombia generó una efusión de expresión artística. El *Simón Bolívar, libertador y padre de la nación*, del artista colombiano Pedro José Figueroa está en la Quinta de Bolívar en Bogotá, casa y cuartel del Libertador durante su estadía en la capital. El pintor José María Espinosa produjo muchos retratos del Libertador, incluyendo un esbozo a lápiz de un Bolívar demacrado y derrotado, que terminó poco antes de la muerte del prócer el 17 de diciembre de 1830. Bolívar no fue el único héroe de la independencia retratado a comienzos del siglo XIX: Policarpa Salavarrieta, heroína del movimiento de independencia, que actuó como informante para los insurgentes y a la que los españoles ejecutaron en 1817, también fue icono artístico popular. Un cuadro anónimo del Museo Nacional en Bogotá retrata sus últimos pasos hacia el martirio.<sup>3</sup>

Influenciada por el proceso político de Independencia y el trabajo de varias misiones científicas, cartográficas y geográficas de Europa, la tradición artística del siglo XIX en Colombia rompió rotundamente con la tradición colonial del arte como símbolo religioso. La primera escuela de arte, la Escuela de Bellas Artes, es de 1886, fue fundada durante el periodo de ascendencia política conservadora conocida como la “Regeneración”. La Escuela sirvió como canal a través del cual las últimas tendencias artísticas de Europa, sobre todo de Madrid y de París, llegarían al país. El modernismo, que surgió a comienzos del siglo XX, floreció en lugares con centros urbanos en expansión e influjo de inmigrantes europeos. De este modo, Buenos Aires, Sao Paulo y Ciudad de México se volvieron importantes centros de modernismo latinoamericano. Colombia,

---

Diana Bonnet, Michael LaRosa y Mauricio Nieto (eds.), Bogotá: Editorial Universidad de los Andes, 2010, 193-194.

3 Jacqueline Barnitz, *Twentieth-Century Art of Latin America*, Austin, University of Texas Press, 2001, 3.

con su capital a casi mil kilómetros de la costa Caribe, no recibió a muchos inmigrantes europeos en los siglos XIX y XX, y por lo tanto el movimiento modernista nunca tomó fuerza.

El primer pintor modernista del país, también director de la Escuela de Bellas Artes, fue Andrés de Santamaría, bogotano que pasó la mayor parte de su vida en Europa y murió en Bruselas en 1945. La historiadora del arte Jacqueline Barnitz lo describe como el primer modernista del país por sus “perversas combinaciones de color”.<sup>4</sup> La obra de Santamaría no gozó de buen recibimiento en Colombia en aquel momento, pero los gustos y las sensibilidades cambiaron con el tiempo y en los sesenta, veinticinco años después de su muerte, se estableció su reputación como una figura importante en el arte nacional.

Dos pintores de la ciudad de Medellín hicieron grandes contribuciones al arte colombiano del siglo XX. El muralista Pedro Nel Gómez creó interpretaciones extraordinariamente detalladas de la historia y la cultura colombianas, con una obra enfocada en la región y en las fuerzas que movían a Medellín y al Departamento de Antioquia, como la extracción de oro, el trabajo, la vida familiar y la violencia. Sus enormes murales decoran uno de los principales edificios públicos en el centro de Medellín, y en la estación del Parque de Berrío del Metro de Medellín está dibujada toda la historia de Antioquia, en un homenaje colombiano al famoso muralista mexicano Diego Rivera.

Déborá Arango, una polémica pintora del municipio de Envigado, cerca de Medellín, y quien murió en 2005 a la edad de noventa y ocho años, ofendió a algunos colombianos conservadores y católicos con sus crudos retratos del cuerpo femenino. También criticó a la sociedad oficial con un arte muy político: en un cuadro pintó al presidente de entonces, Laureano Gómez, como un sapo gordo. En su obra confrontó a la Iglesia católica y se atrevió a pintar la violencia del país. Trabajó durante la mayor parte del siglo XX y llegó a ser considerada, después de críticas y obstáculos iniciales (como la clausura de una de sus exposiciones en la España franquista), una valiente y creativa representante del arte colombiano.<sup>5</sup>

Entre los colombianos que más impacto tuvieron en la escultura latinoamericana del siglo XX estuvieron Édgar Negret y Eduardo Ramírez Villamizar. Negret nació en Popayán, en el suroccidente de Colombia, y vivió mucho tiempo en el exterior, sobre todo en Nueva York, París y Barcelona, pero regresó a Colombia en 1963. Hizo de emisario cultural para artistas en Europa, Colombia y Estados Unidos, y una de sus obras, *Dinamismo*, “estructura exterior de ocho pies de largo”, está en la esquina de la carrera Séptima con calle 72 de Bogotá, frente a

4 Barnitz, *Twentieth-Century Art of Latin America*, 35-36.

5 Juan Forero, “Déborá Arango, 98, Painter of Politically Charged Themes, Dies”, en *The New York Times*, diciembre 13, 2005.

la entrada del Banco Ganadero.<sup>6</sup> Asimismo, Eduardo Ramírez Villamizar, nacido en 1922 en Pamplona, Santander, estudió y visitó estudios en Francia, España e Italia; también pasó mucho tiempo en Nueva York, y en 1973 produjo una pieza llamada *De Colombia a John F. Kennedy*, un tributo modernista al fallecido presidente que visitó Colombia en 1961. La obra se encuentra ahora en el Kennedy Center en Washington.

Ana Mercedes Hoyos, nacida en Bogotá en 1942, es una reconocida artista colombiana cuyas pinturas, dibujos y fotografías han capturado, quizá como ningún otro artista colombiano, la esencia, los colores y la textura de la costa norte del país y la dignidad de la gente que allí vive y trabaja. Junto a Hoyos, las obras de otros cuatro pintores ofrecen una perspectiva amplia de la producción artística en Colombia en el siglo XX: las de Enrique Grau, Alejandro Obregón, Luis Caballero y Fernando Botero.

Enrique Grau nació en 1920 en Ciudad de Panamá, creció en Cartagena, y murió en Bogotá en 2004. Autodidacta en pintura, alcanzó la fama internacional con sus cuadros influenciados por el barroco europeo. Como tantos otros artistas famosos de su época, viajó a Italia y a Francia y fue bien recibido en Nueva York, donde sus cuadros se exhibieron en el MOMA (el Museo de Arte Moderno) y en el Guggenheim. Alejandro Obregón nació en 1920 en España. Su madre era española y padre colombiano. Vivió en el sur de Francia durante los primeros años de La Violencia y en 1955 se instaló en Cartagena. Obregón trató directamente el asunto de la violencia en su obra. De hecho, le dedicó una serie de cuadros al tema, como una especie de crónica pictórica de modo semejante al de su contemporáneo, el pintor Fernando Botero, quien pintó y expuso una serie controversial de dibujos basados en el escándalo de los abusos del ejército estadounidense en la cárcel de Abu-Ghraib en 2004. Una de las obras principales de la serie de Obregón, *Violencia* (1962), representa, de modo más bien abstracto, el cadáver de una mujer embarazada.

Luis Caballero, al contrario de Débora Arango, se centró en el desnudo masculino y murió a los cincuenta y dos años de edad, en 1995, en París. Dejó Colombia a los veintiséis años y jamás volvió a vivir allí. Caballero entendió muy temprano que las sensibilidades de los colombianos no se alineaban con su trabajo, y encontró un público más receptivo en Europa. Pero cuando los gustos conservadores y las condenas de la Iglesia católica pasaron de moda a finales de los sesenta y setenta, a Caballero se le reconoció como un maestro e importante representante del desarrollo cultural colombiano. Este cambio en el ánimo artístico de Colombia puede atribuirse, en gran medida, al trabajo de la crítica de arte argentina Marta Traba, quien ayudó a que la abstracción y otras corrientes

6 Barnitz, *Twentieth-Century Art of Latin America*, 192.

artísticas europeas, latinoamericanas y estadounidenses entraran en Colombia. Pasó mucho tiempo en Bogotá y se asoció principalmente, a la fundación del MamBo, Museo de Arte Moderno de Bogotá.

El pintor más famoso y aclamado internacionalmente de Colombia hoy en día, Fernando Botero, nació en Medellín en 1932 y ahora vive en Italia y en Nueva York. Su obra es fácil de reconocer: sus figuras expresivas y con sobrepeso, y sus bodegones son conocidas en todo el mundo occidental. Botero es uno de los artistas financieramente más exitosos de Colombia y del mundo. Su obra es política de una forma sutil y juguetona; dibuja militares y padres de la Iglesia “corpulentos”, sugiriendo un sentido exagerado de prepotencia por parte de estas instituciones históricas. Su obra se encuentra en las galerías más importantes del mundo; el Museo Nacional (Bogotá) aloja una importante colección. Sin embargo, la colección más completa de cuadros y esculturas en bronce de Botero está en el Museo Donación Botero en Bogotá y en el Museo de Antioquia en Medellín. En 2000, el artista donó al museo del Banco de la República en Bogotá 123 de sus obras y ochenta y cinco piezas de su colección personal, incluyendo obras de Chagall, Picasso, Robert Rauschenberg, y los impresionistas franceses. Donó una cantidad similar de obras al Museo de Antioquia, en su natal Medellín, transformando a las ciudades en importantes centros de arte contemporáneo. El fuerte sentido de identidad regional de Botero se encuentra en casi toda su obra, y su donación ayudó a reformar el centro urbano de Medellín. El Museo de Antioquia se inauguró en 2004, en un edificio *Art Decó* del centro que funcionaba como el principal edificio municipal de la región. El año 2004 coincidió con la segunda gran donación de Botero y la construcción de la Plaza de las Esculturas, más conocida como Plaza Botero, frente al museo, y en la que se exhiben decenas de sus grandes esculturas en bronce.

## LITERATURA

La capacidad creativa de los colombianos se extiende también a otras artes: la figura literaria de mayor importancia en Colombia y probablemente en toda América Latina es la del colombiano Gabriel García Márquez, hombre de prodigioso talento literario galardonado con el Premio Nobel en 1982. García Márquez es el único colombiano que ha ganado un Premio Nobel, y uno de los seis latinoamericanos que han obtenido tal distinción en la literatura. Nació en 1927 en el pueblo costeño de Aracataca, y su obra es el producto de una larga y rica tradición literaria en Colombia. Su novela *Cien años de soledad* es un reflejo de ese realismo mágico, en que lo maravilloso y lo real se vuelven indistinguibles. Muchos colombianos consideran a García Márquez como un tesoro nacional y como ejemplo viviente del impulso creativo de los colombianos; otros lo miran

con indiferencia, creyendo que su fama mundial ha ensombrecido los logros de muchos otros escritores extraordinarios que han producido grandes obras en el siglo XX. Tal diferencia de apreciaciones es evidente, por ejemplo, en la tercera edición del comúnmente citado *Manual de Historia de Colombia* (cuarta edición, 1992), en que un capítulo de ochenta y nueve páginas titulado “La literatura colombiana en el siglo XX”, de Rafael Gutiérrez Girardot, menciona a García Márquez una vez, en una sola frase.

Entre los autores anteriores a García Márquez, vamos a señalar a cinco que pueden considerarse representativos de la producción literaria del país desde los inicios de la república en el siglo XIX: el poeta José Eusebio Caro; la escritora Soledad Acosta de Samper, una de las primeras defensoras de la igualdad de género en Colombia y, el poeta José Asunción Silva. El novelista más importante del siglo XIX, Jorge Isaacs, produjo la novela romántica *María*, y José Eustasio Rivera enlazó los dos siglos (1888-1928) y escribió su poderosa novela política *La vorágine* en 1924.

José Eusebio Caro vivió treinta y seis años en los inicios de la república; fue político, ensayista, periodista y poeta romántico. El legado latinoamericano de fusionar aspiraciones literarias (en este caso la poesía) y políticas parece haber sido establecido por él, uno de los fundadores del Partido Conservador moderno en Colombia. Su poesía, gran parte de la cual es muy estilizada, es de tono romántico y decimonónico. Compuso elegías amorosas para Blasina Tobar, hija de una distinguida familia conservadora. La poesía de Caro hoy parece desactualizada y anacrónica (“*No soy feliz; tu amor, que es mi tesoro/Es quien me roba mi quietud también*”);<sup>7</sup> pero la combinación de sensibilidad literaria, expresión periodística y ambición política se volvió un paradigma práctico para los líderes políticos latinoamericanos. En sociedades con acceso limitado a la educación, un modelo jerárquico de liderazgo y una desconfianza general entre las clases sociales, los que sobresalían políticamente mediante un alto discurso oral y escrito, empezaron sus “campañas políticas” publicando sus ideas en forma de ensayo en periódicos o panfletos. En los Estados Unidos ha habido presidentes que han demostrado un gran talento como escritores, incluyendo a Abraham Lincoln, Theodore Roosevelt y Barack Obama, pero los ciudadanos estadounidenses no los identifican principalmente como escritores. En Colombia y en América Latina la erudición literaria se traducía, no siempre para bien, en habilidad política y en el camino hacia el poder. Este fue sin duda el caso de por lo menos dos presidentes colombianos, los conocidos escritores José Manuel Marroquín y Marco Fidel Suárez. Suárez llegó a la presidencia en 1918, y su opositor ese año había sido el famoso poeta modernista Guillermo Valencia.

7 De un artículo inédito de Guiomar Dueñas-Vargas titulado “José Eusebio Caro y Blasina Tobar: La política, el amor conyugal, y la educación de los hijos”.

Una escritora del siglo XIX con aguda previsión para la política fue Soledad Acosta de Samper, quien ha sido descrita como “la escritora más influyente en La Nueva Granada durante el siglo XIX”.<sup>8</sup> Fue una de las primeras defensoras latinoamericanas de la activa participación de las mujeres en la sociedad. De crianza escasamente normativa para la América Latina del siglo XIX, su padre fue Joaquín Acosta, un héroe de la independencia, y su madre Caroline Kemble Rowe, nacida en Kingston, Jamaica; Soledad viajó mucho de niña, aprendió a hablar francés e inglés con fluidez y se casó con José María Samper, importante político e intelectual. Su primer libro, publicado en 1869, se titula *Novelas y cuadros de la vida suramericana*. También publicó novelas escritas desde la perspectiva de mujeres fuertes, y generalmente ponía a sus personajes femeninos en una “búsqueda del autoconocimiento a través de la experiencia”<sup>9</sup>. Acosta de Samper se considera una pionera por exigir un trato igualitario para las mujeres, e insistir en su capacidad intelectual en una época y un lugar en que tales temas rara vez se discutían.

El novelista colombiano de mayor renombre en el siglo XIX fue Jorge Isaacs (1837-1895), autor de una de las novelas románticas más importantes del siglo, *María*. Isaacs luchó en la guerra civil de 1860-1862 y registró, con lujo de detalle, la vida en una hacienda en la región al suroccidente del país, en lo que hoy se llama el Valle del Cauca. Publicó su “novela fundacional”<sup>10</sup> en 1867, estableciéndose como una importante figura literaria en las Américas. La poesía siempre le ha dado ánimos a la vida intelectual colombiana, y uno de los poetas más importantes de Colombia en las últimas décadas del siglo XIX fue el melancólico José Asunción Silva, quien se suicidó en 1896, a la edad de treinta y un años. Escribió poesía romántica y sentimental, gran parte de la cual, al parecer, se dirigía a su hermana Elvira, cuya muerte en 1892 hundió a Silva en una espiral de desesperación. Su poema “Nocturno”, parte del cual reproducimos aquí, refleja el estado de ánimo tanto del autor como de la época:

*Esta noche*

*Solo, el alma*

*Llena de las infinitas amargas y agonías de tu muerte*

*Separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la distancia,*

*Por el infinito negro,*

*Donde nuestra voz no alcanza,*

*Solo y mudo*

*Por la senda caminaba...*

8 Guiomar Dueñas-Vargas, “El Romanticismo: Las mujeres que escribían.” Artículo inédito.

9 Dueñas Vargas, El romanticismo: las mujeres que escribían.

10 Esta frase la acuñó la académica literaria Doris Sommer, cuyo libro de 1991 (2004 en traducción al español) se llama *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Hubo un redescubrimiento de la obra de Silva, sobre todo entre los estudiantes universitarios de Bogotá, en el centenario de su muerte; la ocasión se marcó en 1996 con lecturas de poesía, celebraciones y concursos, y hasta el día de hoy, la Casa de Poesía Silva, en el barrio colonial de La Candelaria, en Bogotá, es un importante centro cultural y un monumento a la tradición y los gustos literarios del país, que suelen favorecer la poesía.

En 1924 José Eustasio Rivera publicó una importante novela sociopolítica llamada *La vorágine*. Esta novela, que habla de los “barones del caucho” y de su trato abusivo hacia los pobres trabajadores del caucho en el Amazonas, fusiona elementos de la novela periodística estadounidense inaugurada por Upton Sinclair con la obra del naturalista, escritor y reportero brasileño Euclides da Cunha, quien abrió (metafóricamente) el interior del Brasil a las élites asentadas en las costas del país. *La vorágine* ayudó a unir las disciplinas del periodismo y la escritura en Colombia, arte que sería perfeccionado, más adelante, por Gabriel García Márquez. Infortunadamente, Rivera murió en 1928, a los cuarenta años, al sufrir una serie de convulsiones en Nueva York. Había viajado a la ciudad norteamericana con la esperanza de encontrar una editorial de lengua inglesa para su novela.

Un año antes de la muerte de Rivera, nació García Márquez en un pequeño pueblo de la costa Caribe colombiana, en una familia de folklóricos personajes que serían la base de casi toda su obra. La inmensa fama y popularidad de García Márquez en América Latina y en el mundo ha desviado la reflexión crítica de otros notables escritores colombianos del siglo XX, que incluyen a su gran amigo, Álvaro Mutis. Lo que queda de esta sección sobre literatura colombiana la dedicaremos a seis escritores del siglo XX: Tomás Carrasquilla, Álvaro Mutis, Manuel Zapata Olivella, Fernando Vallejo, Laura Restrepo y García Márquez.

Tomás Carrasquilla nació en Santo Domingo, Antioquia, en 1858; murió ochenta y dos años después en Medellín, en donde vivió casi toda su vida, pese a que trabajó, de mala gana, durante algunos años en Bogotá. Al contrario de muchos artistas colombianos, Carrasquilla permaneció en Colombia toda su vida, y las modas, tendencias literarias y acontecimientos de París y Nueva York le fueron indiferentes. Uno de sus biógrafos, el literato canadiense Kurt Levy, señala que “su ámbito fue la realidad, tal y como se reflejaba en Antioquia, en su gente y en sus paisajes”.<sup>11</sup> Sus novelas e historias provienen de Antioquia del mismo modo en que las historias de García Márquez reflejan las usanzas, tradiciones y la historia de la costa norte de Colombia. Levy describió la vida de Carrasquilla como “carente de sucesos”, pero este autor de historias que describen la “trivialidades”<sup>12</sup> de la vida cotidiana en Antioquia les recuerda a los lectores el

11 Kurt Levy, *Tomás Carrasquilla*. Boston: Twayne, 1980, 124.

12 Levy, *Tomás Carrasquilla*, 124, 126.

increíble poder de la ficción y la capacidad de la literatura de capturar y destilar lo esencial de la identidad de una región.

Un escritor colombiano con una vida rica, variada y compleja es el bogotano Álvaro Mutis: trabajó como ejecutivo de relaciones públicas para la Standard Oil y como gerente de ventas para Twentieth Century Fox y para Columbia Pictures en América Latina; estuvo prisionero en México durante quince meses y es conocido como escritor de novelas cortas, poesía y cuentos. Al igual que García Márquez, Mutis vivió la mayor parte de su vida en Ciudad de México, en donde murió en octubre de 2013. La fama internacional le llegó tarde en la vida, a la edad de sesenta y dos, cuando publicó su novela breve *La Nieve del Almirante*, que se volvió parte de una serie de siete novelas. Estas cautivadoras novelas no están centradas en Colombia o México, sino que llevan al lector por una variedad de viajes monumentales que permiten compararlo con Don Quijote, aunque las novelas de Mutis ocurren en la época contemporánea.

Manuel Zapata Olivella nació en 1920 en Lórica, Córdoba, y murió en Bogotá en 2004. Fue uno de los primeros escritores afrocolombianos en conseguir una fama literaria internacional. Viajó por las Américas y Europa, enseñó literatura en la Universidad de Kansas en los años setenta, y dio varias clases sobre literatura, identidad y cultura latinoamericana. Entre sus amigos estuvo el gran escritor peruano Ciro Alegría, quien escribió el prólogo de su novela *Tierra*, y el poeta estadounidense Langston Hughes. Los viajes de Zapata Olivella se relatan en dos obras, *Pasión vagabunda* (1953) y su continuación, *He visto la noche*. Estas obras son importantes comentarios sobre el trato a los extraños (en este caso, un hombre colombiano de piel oscura); *Pasión vagabunda* lleva al lector desde Bogotá hasta México a través de Centroamérica, y *He visto la noche* va desde México a la urbana Estados Unidos en los cincuenta. Son obras de gran importancia crítica que combinan observación etnológica, destreza literaria y comentarios sociales precisos durante una década en la cual Estados Unidos luchaba contra las contradicciones de la segregación, y mientras la gente, tanto en el norte como en el sur del país, exigía un programa social más moderno y progresista. Zapata Olivella presenció todo esto y escribió al respecto como colombiano, como hombre negro y como intelectual.

El polémico escritor Fernando Vallejo ha pasado la mayor parte de su vida fuera de Colombia. Nació en 1942 y se mudó a México en 1971; de hecho, en 2007, poco después de la reelección del presidente Álvaro Uribe (y después de haberse asegurado la ciudadanía mexicana), Vallejo renunció a la ciudadanía colombiana con un escándalo ruidoso e histriónico que enfureció a muchos colombianos. Su novela de 1994, *La virgen de los sicarios*, es una breve y extremadamente cruda descripción de la vida de sicarios adolescentes y de su entorno en

Medellín; el libro salió en inglés en 2001 bajo el título de *Our Lady of the Assassins* y el alemán Barbet Schroeder la adaptó a una súper producción cinematográfica en 2000. La obra de Vallejo es un reflejo del lado de Medellín que muchos ciudadanos preferirían más bien olvidar, y el autor representa un importante denominador común en las corrientes literarias colombianas: el de los escritores que han usado la realidad objetiva de ambientes conocidos para crear obras de tajante simplicidad (en este caso) o de intrincada complejidad (García Márquez) sin volverse excesivamente académicos o intelectualmente distantes.

La escritora colombiana Laura Restrepo (nacida en Bogotá en 1950) ha sido reconocida internacionalmente en los últimos años. Restrepo empezó su carrera como periodista y crítica social. Su novela *Delirio*, de 2004, fue alabada por la crítica y sacó a la luz sus obras anteriores, especialmente la novela *Leopardo al sol*, de 1993, que les ayudó a los lectores a entender el comienzo del negocio del narcotráfico en Colombia, centrado en el tráfico de marihuana en Santa Marta durante los años setenta. En muchos sentidos la carrera de Restrepo siguió los pasos de su colega García Márquez: los dos hacen periodismo, están activos políticamente y han dado su opinión sobre el conflicto en Colombia, y los dos han intentado ayudar a resolver los problemas políticos de su país natal. García Márquez, por ejemplo, ayudó a escribir la constitución colombiana de 1991, y a Restrepo la contrató el presidente Belisario Betancur, a principios de los ochenta, para promover el diálogo con los insurgentes de izquierda como preparación de su proceso de paz, que se desplomó en noviembre de 1985 con la tragedia del Palacio de Justicia.

Los logros literarios de Colombia han sido con frecuencia eclipsados por los titulares y reportajes negativos sobre el país, y por la enorme fama de la aclamada estrella literaria, Gabriel García Márquez. Lejos de ser una estrella distante, García Márquez se ha esforzado en promover jóvenes escritores colombianos, su fraternal amistad con Mutis se mantuvo hasta la muerte de este último y fundó en Cartagena una escuela para apoyar el periodismo llamada la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, FNPI. La literatura colombiana, como ya se ha mencionado, ha florecido y lo habría hecho sin García Márquez, pero la literatura universal ciertamente se ha enriquecido con la obra de este “colombiano nostálgico y errante” nacido en Aracataca en 1927.

## TEATRO

El teatro colombiano ha sufrido una transformación radical en los últimos sesenta años. Antes de la Segunda Guerra Mundial, consistía principalmente en un discurso elitista centrado en temas religiosos seguros y predecibles, poco sugerente y nada innovador, diseñado para apaciguar las sensibilidades de la

élite y para no ofender al sistema de censura de la Iglesia católica. El Teatro de Cristóbal Colón, reinaugurado en 1892 para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América, situado en el centro de Bogotá, se volvió un lugar en que se promovían discusiones políticas y literarias, se hacían lecturas de poesía, presentaciones musicales y óperas. Durante los primeros años del siglo XX, las obras de teatro, usualmente escritas por figuras políticas del momento, incluyendo a Rafael Núñez y a José Manuel Marroquín (presidente durante la separación de Panamá), estaban pensadas para leerse entre amigos más que para ser presentadas ante un público en un escenario.

Antonio Álvarez Lleras fue quizás el más notable dramaturgo colombiano durante el primer tercio del siglo XX. Gran parte de su trabajo lo interpretaba la compañía que él mismo había creado, llamada “Renacimiento”. Dos de sus primeras obras, *Víboras sociales* (1911) y *Como los muertos* (1916), fueron llevadas posteriormente al cine; el surgimiento del cine colombiano reforzó y se entrecruzó con el trabajo de la dramaturgia durante los primeros treinta años del siglo XX.

A mediados del siglo XX, el actor y director de teatro Víctor Mallarino influyó profundamente el teatro colombiano como director de la Escuela Nacional de Arte Dramático. Pero hubo una serie de sucesos dramáticos que cambiaron para siempre el teatro colombiano: en un periodo de diez años, entre 1945 y 1955, Bertolt Brecht se conoció en Colombia, ocurrió el Bogotazo, y el periodismo, la literatura y el teatro modernistas se unieron en una innovadora revista llamada *Mito*, editada por el poeta Jorge Gaitán Durán y el crítico literario Hernando Valencia Goelkel.

*Mito* sería comparada con las revistas *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo y de la cual Jorge Luis Borges fue colaborador, y *Orígenes* en La Habana, dirigida por José Lezama Lima. Pero, a diferencia de Argentina y Cuba, el número más bien reducido de inmigrantes europeos durante los primeros cincuenta años del siglo XX en Colombia, hizo que *Mito* fuera pensada para traer a Europa a Colombia, es decir, para estudiar y traducir las tendencias intelectuales del momento en Europa y publicar sus ideas en Bogotá. Pensadores modernistas de cabecera como Brecht, Sartre y Beckett, fueron algunos de los autores europeos publicados en *Mito*. Brecht se volvió la figura central en la emergente y modernizante escena teatral de Bogotá. Los jóvenes intelectuales que publicaban la revista creían que la cultura, la literatura y el teatro modernista y el pensamiento político eran la solución más eficiente para el desarrollo político y social en Colombia. Intentaron romper con la “vieja guardia” que en sus mentes se caracterizaba por el “nueve de abril”, La Violencia, y décadas de intransigencia política y social.

Aunque *Mito* ayudó a difundir y traducir las tendencias de la literatura y el teatro europeos en Colombia, una nueva generación de directores de teatro produjo obras sorprendentemente originales, centrándose en la realidad social

y política de Colombia, o por lo menos en la realidad que ellos veían. Enrique Buenaventura (1923-2003) fundó y dirigió el Teatro Experimental de Cali, TEC, y se le considera uno de los dramaturgos y directores más importantes del siglo XX en América Latina. El teatro en Colombia en este tiempo se volvió un foro a través del cual se discutían las condiciones sociales y políticas de la nación. Mito pudo haber introducido el modernismo europeo en los cincuenta, pero veinte años después, Buenaventura y otros estaban creando obras ancladas en la crisis contemporánea del país. De este modo, *Los papeles del infierno*, una serie de obras de un acto que exploraban la crisis de derechos humanos en Colombia, se alejó notoriamente del teatro de “salón” inspirado en las élites. Según un académico, Buenaventura fue uno de los muchos directores que “encontró que ‘el ‘colectivo’ a la manera de Marx podía crear un teatro dirigido a públicos ‘populares’ grandes, en vez de a la pequeña camarilla de las élites culturales que dominaban el panorama cultural de la nación”.<sup>13</sup>

Una amplia selección de compañías de teatro, influenciadas por la proclividad política del teatro colombiano, floreció en Colombia en esta época, especialmente en la capital, incluyendo el Teatro Popular de Bogotá, TPB, y el Teatro de la Candelaria. En 1974 el TPB en colaboración con La Candelaria montó una obra política llamada *I took Panamá*, un comentario satírico sobre la separación de Panamá que critica agudamente a la clase dirigente conservadora de comienzos del siglo XX, a la Armada estadounidense y por supuesto, al presidente estadounidense Theodore Roosevelt. La obra demostró la afición de Colombia por combinar el humor y la sátira con la crítica seria de los gobernantes y sus políticas.

173

## ARQUITECTURA

La arquitectura ha sido un área comúnmente desatendida por los que se preguntan por la capacidad creativa de los colombianos. La mayoría de los que visitan Bogotá por primera vez, ven la plaza central, bautizada en honor a Simón Bolívar, y aprenden que el hermoso Capitolio neoclásico que conforma el segmento sur de la plaza tomó más de ochenta años en construirse. La construcción empezó en 1847 y no se completó hasta 1928. Los planes para este capitolio son del arquitecto nacido en el Caribe Thomas Reed, quien también hizo los planes para el Panóptico Municipal, hoy sede del Museo Nacional en la carrera séptima con calle 32. Ese proyecto empezó en 1874. En 1883 se inauguró el primer parque urbano en la capital, el Parque del Centenario. Todos estos proyectos eran funcionales, diseñados para contribuir a la modernización,

13 Diana Taylor y Sarah J. Townsend (eds.), *Stages of conflict: A critical Anthology of Latin American Theater and Performance*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2008, 245.

la armonía y la estabilidad de la nación; el Capitolio era la casa del Congreso, el Panóptico era la cárcel y el Parque del Centenario promovía la recreación pública y sana. En esta época, los parques públicos se volvieron populares, pues los diseñadores urbanos, a lo largo de las Américas, los veían como parte del programa civilizador de la ciudad moderna. El Central Park de Nueva York, quizás el parque urbano más famoso, abrió inicialmente en 1857, y siguió en obra, ateniéndose a los planes de Frederick Law Olmsted y Calvert Vaux, hasta que el proyecto se completó en 1873.

Dos proyectos de urbanización importantes se llevaron a cabo en Bogotá durante el siglo XX: el primero llevó a la creación de la Ciudad Universitaria, a las afueras del centro de Bogotá; el segundo fue un inmenso programa de vivienda diseñado para proveer viviendas seguras de clase media a la creciente población urbana en la era de la violencia rural y antes de la planificación familiar.

La Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá, se diseñó en 1936 como un parque grande, con espacio para la experimentación con agronomía y agricultura, la cría de animales, y otras ciencias importantes en Colombia en ese momento. El estilo modernista del campus se debe a una serie de arquitectos innovadores, entre los cuales se cuenta el alemán Leopold Rother, quien implementó elementos de la Bauhaus en el diseño del campus.<sup>14</sup>

Ciudad Kennedy, llamada así en honor del presidente norteamericano —quien visitó a la ciudad en 1961 con la oferta de fondos para promover el desarrollo social, y falleció en 1963—, se planeó en los sesenta para alojar a cerca de ochenta mil residentes. Ciudad Kennedy es hoy el hogar de más de un millón de residentes; la fase de planeación durante los sesenta y setenta representó un esfuerzo apreciable por parte de arquitectos colombianos, científicos sociales y urbanistas para crear viviendas urbanas seguras y agradables para la clase trabajadora. La población creciente, sin embargo, sobrepasó todos los planes, y hoy Kennedy es una parte de la ciudad, densamente poblada, muy distinta de la comunidad idílica y pacífica que se había imaginado hace unos cincuenta años.

El arquitecto contemporáneo que definió un estilo colombiano particular fue Rogelio Salmona (1929-2007), que nació en Francia y estudió diez años en París con Charles-Edouard Jeanneret-Gris, más conocido como Le Corbusier. El estilo de Salmona se caracteriza por el uso de ladrillos rojos hechos según el método artesanal tradicional, a partir de la arcilla roja que abunda en los alrededores de la capital. Salmona estuvo un tiempo en España y se interesó por la estilizada arquitectura mora, por lo que sus obras incluyen arcos decorativos y elaboradas fuentes. Diseñó muchos edificios importantes en Colombia y quizás por lo que más se conoce es por su complejo de apartamentos residenciales

14 Alberto R. Saldarriaga y Lorenzo M. Fonseca, “Un siglo de arquitectura colombiana” en *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989, vol. 6, 195.

en el centro de Bogotá, las Torres del Parque, que rodean la Plaza de Toros. También diseñó el Archivo General de la Nación, la biblioteca pública Virgilio Barco (ambos en Bogotá), y la casa en Cartagena de García Márquez. El último proyecto de Salmons, terminado póstumamente, es el Centro Cultural Gabriel García Márquez, en medio del barrio colonial La Candelaria de Bogotá.

## MÚSICA

La música es un componente crucial en cualquier discusión sobre la capacidad creativa de los colombianos. Única en América Latina, la música de Colombia ha alcanzado los escenarios internacionales comerciales con artistas como Juanes (nacido Juan Esteban Aristizábal Vásquez) y Shakira (nacida Shakira Isabel Mebarak Ripoll), famosos en el mundo entero. La amplia variedad de tradiciones musicales en Colombia refleja la diversidad regional de la nación. La música de la costa norte, por ejemplo, es completamente diferente de la música de los llanos orientales.

Aunque a Colombia se la reconoce como pionera y líder en música popular, la nación también goza de una rica y variada tradición en música académica. En este sentido, Guillermo Uribe Holguín se considera el más influyente compositor de comienzos de siglo XX. Como la obra de sus contemporáneos de otros países latinoamericanos, entre ellos Heitor Villa-Lobos en Brasil, la de Uribe Holguín incluye elementos nacionalistas en términos de ritmo y melodía, especialmente en sus *Trozos en el sentimiento popular*, una colección de trescientas piezas para piano escritas entre 1927 y 1939.<sup>15</sup>

La contraparte colombiana de la samba brasileña, el tango argentino y la ranchera mexicana es la cumbia. El libro del antropólogo inglés Peter Wade, de 2000, *Music, Race and Nation*, es un análisis crítico de los orígenes costeños de esta música, que conecta la cumbia (el término es probablemente de finales del XIX) con las poblaciones afrocolombianas del país. La cumbia se ha vuelto popular recientemente en toda América, aunque el ritmo y la danza se asocian claramente a las costas colombianas, Panamá y la costa ecuatoriana. Lo que unifica a la cumbia y a su primo de banda de cobres, el porro, es su origen en la historia y las dificultades de las comunidades afrocolombianas. El ritmo y la danza de la cumbia, originarias del occidente africano, probablemente nacieron alrededor de la ciudad de Cartagena, que era el puerto principal de entrada de esclavos africanos. El colombiano Luis Eduardo (Lucho) Bermúdez (fallecido en 1994) fue uno de los más amados artistas y compositores de música caribeña; fue famoso por tomar los ritmos africanos del porro y tocarlos con una orquesta completa.

15 Gerard H. Béhague, "Music, c. 1920 - c. 1980", en Leslie Bethell (ed.), *A Cultural History of Latin America*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998, 321.

Puede parecer algo exagerado catalogarlo como el Benny Goodman colombiano pero, al igual que Goodman, acercó la música tradicional negra haciendo que fuera “aceptable” y agradable para los mestizos de la clase media y los blancos de las ciudades del interior y a lo largo y ancho del país.

El vallenato, según Wade, nació en y alrededor de la ciudad de Valledupar, cerca de la costa norte, y suele incluir el acordeón (instrumento traído a Colombia por inmigrantes alemanes en la década de 1880); es una musicalización de la poesía folklórica de la región. El vallenato fue muy popular entre las clases trabajadora y media-baja, en el campo y en las ciudades, y se volvió una forma importante, y a veces melancólica, de expresión popular en fiestas, celebraciones, “parrandas” o reuniones de otro tipo. Originalmente interpretado por hombres, el vallenato adquirió una nueva e inmensa popularidad a principios de los noventa cuando un joven cantante, Carlos Vives, de Santa Marta, grabó un disco de vallenatos tradicionales en versiones con un sonido nuevo, moderno, y tocado por músicos entrenados en la tradición del vallenato. Su álbum de 1993 *Clásicos de la provincia* se volvió un éxito inmediato en Colombia, América Latina y algunas partes de Europa y Estados Unidos. Muchas de las canciones cantadas por Vives las había escrito anteriormente el que fuera considerado quizá el más importante creador y promotor del vallenato, el compositor Rafael Escalona, fallecido en 2009 en Bogotá.

176

El bambuco, que algunos consideran la música nacional de Colombia, se originó en la región andina. En cuanto a estilo, ritmo e instrumentación, el bambuco imitaba las tradiciones europeas del vals y la polka famosas a mediados del siglo XIX. El bambuco se alabó como la música “nacional” en un momento en que el país intentaba definir y forjar una identidad nacional.

Un tipo de música muy original de los llanos orientales, la música llanera, es muy popular en los llanos colombianos y venezolanos. Con géneros como el joropo, la música llanera se caracteriza por el uso de la arpa llanera, que crea un sonido característico de este estilo regional de música y danza. El joropo está fuertemente asociado a las tradiciones y cultura ganadera de los llanos orientales, que salen a relucir en eventos regionales como el “coleo”.

Este capítulo ha intentado estudiar algunas de las características particulares de la cultura y el arte colombianos, una cultura nacional y universal muy atada a las regiones que moldean la historia del país. La increíble diversidad de tradiciones en pintura, escultura, literatura, teatro, arquitectura y música sugiere una cultura joven, creativa y dinámica que ni deriva ni imita a la de Europa o Estados Unidos. Los colombianos han logrado crear obras literarias de gran originalidad, como *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; al mismo tiempo, han conseguido incorporar, adaptar e innovar como solo una nación mestiza puede hacerlo. Los colombianos están cómodos con lo híbrido; su cultura no

está obsesionada con búsquedas puramente intelectuales, vanguardistas y de algún modo divorciadas de las preocupaciones de la diaria realidad. La cultura colombiana, moldeada por realidades regionales y las restricciones y obstáculos de la historia, y condicionada por la serena sabiduría de vivir los días de a uno, es enérgica, a menudo nostálgica y a veces incierta. Es una metáfora de la sociedad colombiana.



## CAPÍTULO 9

### VIDA COTIDIANA

La vida cotidiana en Colombia varía notoriamente, pues el modo en que las personas se entretienen depende de la clase social, la región, la identidad religiosa y de si residen en zonas urbanas o rurales del país. Este capítulo explora las fuerzas culturales que mueven a Colombia y a los colombianos; por ejemplo, las fiestas religiosas y los festivales católicos forman parte del ritmo del calendario en el país. El “puente”, o lunes festivo, que sirve de paso entre el fin de semana y la semana laboral, abunda en el almanaque y es ejemplo de la persistencia de la identidad católica de la nación. En un año cualquiera, hay nueve lunes de puente y un total de catorce festivales directamente relacionados con el calendario litúrgico católico. Prácticamente todos son festivales oficiales nacionales, días de descanso para la fuerza laboral colombiana. Sin embargo, solo los colombianos más devotos conocen el nombre del santo al que se hace honor en un festivo dado.

Este capítulo se centra en la cultura popular colombiana, y para ello nos valemos de ejemplos de los siglos XIX y XX. No podemos ofrecer un análisis completo de las vastas, ricas y fascinantes prácticas culturales que ayudan a definir la singular identidad cultural de los colombianos. Mientras los escritos de Gabriel García Márquez son representativos de la cultura colombiana, también lo es el “coleo”, presente en muchos pueblos pequeños y parte esencial de la cultura del ganado y el vaquero de los llanos orientales. Los cuadros de Fernando Botero se conocen en el mundo entero: se exhiben en los más prestigiosos museos y galerías del mundo y reflejan su crianza en Medellín y sus alrededores. Por otro lado, el Carnaval de Barranquilla es una experiencia viva, celebrada en las calles de la ciudad caribeña por decenas de miles de colombianos cada año antes de la Cuaresma.

## CELEBRACIONES POPULARES RELIGIOSAS

El catolicismo ha sido la identidad religiosa dominante en Colombia, y hasta 1991, con la ratificación de la nueva constitución colombiana, era la religión oficial de la nación. Hoy en día, una Colombia decididamente más secular aún conserva las celebraciones religiosas regulares católicas. La sociedad colombiana se construyó literalmente alrededor de los ideales y las prioridades de la Iglesia. De este modo, prácticamente todos los pueblos del país están contruidos en torno a una iglesia católica en el centro. Esto incluye la catedral primada de Bogotá, que ocupa el costado oriental de la Plaza de Bolívar. Pero la jerarquía eclesiástica católica, que es un agente político, social y económico en el país, opera a un nivel distinto y a veces indiferente al catolicismo popular, como se expresa en la variedad de celebraciones, peregrinajes a lugares sagrados, y devoción por figuras espirituales (la Virgen María, Cristo) a través de sus representaciones “colombianas” populares (como la Virgen de Chiquinquirá o el Divino Niño Jesús del Veinte de julio).

La celebración popular más importante de Colombia es el Carnaval de Barranquilla. La celebración empezó a finales del siglo XIX. Aunque los carnavales católicos originales son de la Edad Media europea, sus manifestaciones en el Nuevo Mundo, sea el *Mardi Gras* en Nueva Orleans o el Carnaval de Rio de Janeiro, se celebran durante los días previos al inicio de la Cuaresma, el periodo de cuarenta días de ayuno y penitencia anterior a la conmemoración de la Pasión, Crucifixión y Resurrección de Cristo, conocida como la Semana Santa. La celebración se ha vuelto más atrayente con el paso del tiempo, y el Carnaval de Barranquilla es una fiesta callejera multicultural, alegre y musical que paraliza la ciudad durante cuatro días y produce millones de pesos, dólares y euros que gustosos pagan los turistas colombianos y extranjeros. Históricamente, los carnavales en Colombia siguen la trayectoria hacia el norte del Magdalena. Un antiguo carnaval se celebraba en el puerto fluvial de Mompox, una ciudad eclipsada por el crecimiento de Cartagena y posteriormente de Barranquilla. El carnaval moderno ha perdido toda identificación con el control por parte de la Iglesia; aunque su historia es católica, el carnaval contemporáneo es de espíritu secular. Es una celebración de música, danza, del cuerpo humano y de la alegría exuberante que ayuda a unificar a la ciudad, al menos durante esos cuatro días antes de la Cuaresma.

El Carnaval de la ciudad suroccidental de Pasto es único, pues ocurre durante los días previos a la celebración de la fiesta de Reyes Magos, el 6 de enero, en la que los católicos celebran la llegada de los tres Reyes Magos a Belén para ver a Jesús recién nacido. En Pasto esta celebración se llama el Carnaval de Negros y Blancos, y ha sido reconocida como Patrimonio Cultural Inmaterial por

la UNESCO. La celebración probablemente proviene de una festividad agraria precolombina mezclada con tradiciones de esclavos africanos, y del reconocimiento del 5 de enero como “día libre de trabajo” concedido por la Corona en respuesta a una petición oficial. El 5 de enero, la ciudad celebra el Día de los Negros en el que la gente se viste de negro y se pinta de negro el cuerpo y la cara en recuerdo de ese día oficial de libertad de la esclavitud. El día siguiente, el 6 de enero, es el Día de los Blancos, y todos se ponen talco en la cara y en el cuerpo para emular la blancura. Este es el último día de la celebración, y coincide con el día de la llegada de los reyes. Esta celebración es fascinante en cuanto al modo en que intenta reproducir la herencia cultural de la gente que siempre ha habitado la ciudad de Pasto y la región; elementos indígenas, cultura y tradiciones afrocolombianas e historia europea se reúnen, organizados alrededor de la fuerza centralizadora y la tradición de la Iglesia católica y su calendario litúrgico.

Otro ejemplo de la complejidad de la cultura colombiana, y también del grado de adaptabilidad de los colombianos, cómodos con las síntesis, es el Carnaval de Riosucio, o la Fiesta del Diablo, en el departamento de Caldas. Riosucio combina la tradición católica (es una celebración de enero, diseñada para empatar con la llegada de los Reyes Magos el día 6) con una fiesta inspirada originalmente por los festivales agrícolas indígenas. La celebración se institucionalizó a mediados del siglo XIX y hace referencia a la conquista española en el siglo XVI. El diablo de Riosucio no es ni cruel ni maligno, más bien las máscaras de esta fiesta representan la integración de las tres culturas principales de la región, la indígena, la europea y la africana, y de ese modo muestran la universalidad de esta cultura popular. El festival habla del gusto por la celebración de la gente y del modo en que los colombianos pueden crear celebraciones y alegría incluso a partir de símbolos y tradiciones pensadas para asustar y aterrorizar.

Dos actividades populares de la clase trabajadora en Bogotá constituyen una especie de peregrinaje local. Una consiste en ascender hasta un santuario construido entre 1650 y 1657 en la cima de una montaña que mira a la sabana de Bogotá. El cerro de Monserrate se eleva a 3.152 metros sobre el nivel del mar, y la gente sube por un camino para visitar la estatua del Señor Caído de Monserrate, que es una imagen de Cristo caído y torturado, camino a su crucifixión. Los fieles más devotos hacen el peregrinaje de rodillas, y como cumplimiento de promesas hechas a cambio de algún beneficio.

La otra actividad tiene por sitio el Veinte de julio, un barrio de clase media-baja en el sur de Bogotá. Ahí, a principios del siglo XX, un cura salesiano italiano, el padre Juan del Rizzo, empezó a impulsar el culto al Divino Niño, y se construyó una iglesia en honor del Niño Jesús en la mitad del barrio. El Veinte de julio es un destino habitual de peregrinaje, y gente de toda la ciudad y de todas las clases de la sociedad colombiana se dirige allí, sobre todo los domingos,

para ir a misa, socializar, y pedirle ayuda al Niño Jesús para resolver una crisis personal, curar una enfermedad o satisfacer algún otro tipo de necesidad. Al Divino Niño lo pintan feliz, y vestido con una túnica rosada y los brazos extendidos. Está parado sobre una base con la inscripción “yo reinaré”. El símbolo es importante para los colombianos, especialmente aquellos que viven en la ciudad de Bogotá, de casi ocho millones de habitantes. Los colombianos visitan la iglesia y se sienten confortados por el receptivo, acogedor y amoroso abrazo del Niño que les ayuda no tanto a olvidarse de sus problemas cotidianos como a pensar en esa otra dimensión: la amplitud, el cariño y la infantil exuberancia que los espera a todos en el Reino de Cristo.

A pesar de los fuertes lazos históricos entre Colombia y la Iglesia católica, no fue sino hasta 2013 que los colombianos tuvieron su primera santa, se trata de la hermana misionera Madre Laura Montoya (1874-1949). Así mismo, ha habido santos que, sin ser colombianos, han estado cercanos al país, como es el caso de San Pedro Claver, jesuita español que vivió entre 1580 y 1654 y pasó gran parte de su vida asistiendo a los esclavos que llegaban al puerto de Cartagena. Claver acogió a los esclavos y los trató con gentileza a su llegada al mercado de esclavos, aunque jamás luchó en contra de la institución de la esclavitud. Sin embargo, para la época era un hombre poco común, pues se esforzó en darles un trato humanitario a los recién llegados, quienes eran considerados como nada más que mercancía, y la iglesia jesuita más importante de la costa colombiana está dedicada a su memoria; sus despojos descansan allí, en una caja de vidrio en el altar, a la vista de todos.

## DEPORTES

Los colombianos de todas las clases sociales participan del deporte, especialmente del fútbol, que se organizó profesionalmente en 1948 tras una huelga en Argentina que obligó a muchos jugadores talentosos de ese país a mudarse a Bogotá. El fútbol ha sido fuente de enormes alegrías y frustraciones para los colombianos. En 1989, por ejemplo, el Club Atlético Nacional, de Medellín, ganó la Copa Libertadores de América, el campeonato de clubes más importante de América Latina, pero fue acusado de recibir dinero ilícito de los capos del narcotráfico. En el contexto de selecciones nacionales, luego de su primera participación en un Campeonato Mundial de Fútbol, en 1962 en Chile, y de una notoria participación en el Campeonato Mundial de 1990 en Italia, el seleccionado colombiano estuvo presente en la Copa Mundo de 1994 en Estados Unidos; sin embargo, su participación tuvo un triste final cuando el defensa central Andrés Escobar marcó un autogol y Colombia quedó eliminada del torneo, al perder el partido 2-1 frente a la selección estadounidense. Casi inmediatamente después

de regresar a su nativa Medellín, a Escobar lo asesinaron frente a un bar, supuestamente por órdenes de los que habían perdido grandes sumas de dinero apostando que Colombia llegaría a cuartos de final. El escritor e intelectual uruguayo Eduardo Galeano, astuto observador de la cultura latinoamericana contemporánea, escribió un breve libro sobre fútbol y, comentando la trágica muerte de Escobar, anotó sagazmente: “La violencia no está en los genes del pueblo colombiano, pueblo celebrador de la vida, loco de alegría por la música y el fútbol”.<sup>1</sup>

Los colombianos han sobresalido en varios deportes internacionales. El bogotano Juan Pablo Montoya corrió, entre 2001 y 2006, con dos equipos de Fórmula 1 y ganó al nivel más alto de la competencia mundial. El golfista colombiano Camilo Villegas ha tenido éxito en el PGA Tour, y para el año 2011, algunos colombianos se estaban haciendo famosos en el tenis internacional. Un artículo de Greg Bishop para *The New York Times* (“Los colombianos se abren un futuro en el tenis”, 30 de agosto de 2010) comenta los logros de dos jóvenes tenistas colombianos, Alejandro Falla y Santiago Giraldo. El artículo se publicó antes de que Colombia fuera la sede de la Copa Davis, el más prestigioso campeonato internacional de tenis masculino, en septiembre de 2010.

Colombia constituye una singularidad en América Latina en su entusiasmo por el ciclismo. Durante los años ochenta los ciclistas colombianos solían turnarse la llegada a la meta en las pistas más importantes del ciclismo, incluyendo el Tour de France. La Federación Nacional de Cafeteros patrocinó a un equipo, Café de Colombia, en cuyas camisetas aparecía el ícono de la campaña publicitaria de la federación, Juan Valdez y su confiable mula, Conchita. En 1988 Fabio Parra obtuvo el tercer lugar en el tour y Luis “Lucho” Herrera cultivó grandes éxitos en los circuitos internacionales, incluyendo varias etapas en el Tour de France y una victoria en la Vuelta a España. Pero fue en 2013 que el joven pedalista boyacense Nairo Quintana brilló en el mundo al conquistar el segundo lugar en la clasificación general, el título a mejor escalador y el premio al mejor novato, todo ello en su primera participación en la vuelta más exigente del ciclismo mundial: el tour de Francia. Un año antes, el ciclista antioqueño Rigoberto Urán se había colgado la medalla de plata en el ciclismo de ruta de los Juegos Olímpicos de Londres 2012. La geografía singular de Colombia, con tantas montañas y valles conectados por caminos zigzagueantes e inclinados, permite a los ciclistas principiantes, aficionados y profesionales entrenar a lo largo del territorio nacional durante todo el año.

Diez colombianos han jugado en las ligas mayores del béisbol. Permanecen activos en las ligas mayores: el cartagenero Orlando Cabrera, el barranquillero Édgar Rentería, Ernesto Frieri, de Arjona, así como Donovan Solano, Julio

1 Eduardo Galeano, *El fútbol a sol y sombra*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1995, 230-231.

Teherán y José Quintana. El béisbol, desde comienzos del siglo XX, ha tenido una suerte de encanto panamericano, siguiendo el paso de la marina estadounidense y las fuerzas militares a finales del siglo XIX y pasando por la política caribeña del Gran Garrote de Teddy Roosevelt a principios de siglo XX. El béisbol no es un deporte “nacional” en Colombia del modo en que lo son el fútbol y el ciclismo. Pero muchos colombianos siguen este pasatiempo estadounidense, prestando particular atención a los equipos en que juegan los costeños que representan a Colombia en las ligas mayores de los Estados Unidos.

Un deporte y evento cultural que se practica con gran pasión en los llanos orientales, sobre todo en la ciudad de Villavicencio y sus alrededores, es el coleo, una especie de rodeo colombo-venezolano. El coleo es una reunión, una celebración de la cultura y la tradición de los llanos, y una demostración del trabajo, del arte y de los esfuerzos de los llaneros. Los llanos orientales son una región caracterizada por una cultura vaquera, y la ganadería predomina tanto social como económicamente. El coleo es una competición en que un vaquero a caballo debe tumbar a un toro joven poniéndose detrás y jalándolo de la cola hasta que este pierde el equilibrio y se cae. La caída es importante: mientras más limpia, dramática y sensacional, más puntos gana el concursante. El rodeo colombiano difiere del rodeo de Texas, pues en el primero el toro se ataca por detrás; los rodeos de los Estados Unidos y Canadá se tratan de montar a los toros y enlazarlos por los cuernos. A diferencia del toreo español, ni el coleo colombiano ni el rodeo estadounidense incluyen un duelo a muerte con el toro, aunque muchos animales quedan malheridos y terminan en los mataderos. Durante el coleo se toca joropo en vivo o en grabación, y la cerveza es relativamente barata y abundante. Desde 1997, en Villavicencio se lleva a cabo la Copa Mundo del Coleo; en el XIV Encuentro Mundial de Coleo, que se llevó a cabo en octubre de 2010, el ganador fue Ángel Rigoberto Zambrano Brito, de la ciudad de Arauca, en la frontera con Venezuela. Los panameños, los brasileños, los argentinos y los venezolanos son los vecinos latinoamericanos que practican el coleo, que puede ser clasificado como deporte, actividad social, o forma de unión social de las gentes de las llanuras latinoamericanas.

Si bien hasta hace unos treinta años las mujeres no habían recibido un reconocimiento generalizado en los deportes en Colombia, desde los años noventa hasta el presente las mujeres se han ganado un incuestionable protagonismo como representantes de su país, sobre todo en el contexto internacional. Desde la Medalla de Bronce ganada por Ximena Restrepo en los Juegos Olímpicos de Barcelona, 1994, ellas han estado presentes en el podio en diferentes disciplinas y ganando distintas preseas (María Isabel Urrutia en pesas, María Luisa Calle en ciclismo, Mariana Pajón en bicigrós, Catherine Ibargüen en salto triple, Yuri Alvear en judo). Hoy es claro el liderazgo femenino en el deporte colombiano

a nivel internacional, liderazgo que ha llegado incluso al fútbol, pese a ser un deporte con un claro rezago de machismo en la cultura, pero en el que las actuaciones de la Selección Femenina sub-17 empiezan a adquirir protagonismo y suscitar interés entre los colombianos.

## DESFILES DE BELLEZA

Un área de la sociedad en que las mujeres colombianas tienen un poder que no se cuestiona, a veces una especie surrealista de poder, es el de la belleza, y el escenario por excelencia es el concurso de belleza colombiana. Cada noviembre se lleva a cabo en Cartagena el Concurso Nacional de la Belleza. Como en los Estados Unidos, el reinado colombiano es el certamen final luego de un proceso de clasificación de un año, en que participan representantes de cada departamento. El concurso tiene un amplio público televisivo, y las ganadoras son figuras públicas tanto en sus departamentos como en el país: deben hacer obras sociales, participar en eventos especiales y mantener altos estándares de comportamiento para que las imiten las jóvenes colombianas. Algunos intelectuales colombianos, incluyendo a Laura Restrepo y a Gabriel García Márquez, han ridiculizado el concurso por su mirada unidimensional de la belleza física de las colombianas. Pero como cualquier otro torneo mediático, en Colombia o en otra parte, el patrocinio corporativo permite un programa costoso y una preparación de una semana para el evento. Los críticos han alegado que el espectáculo es elitista y poco representativo de Colombia en general, y que el despliegue de costosos atuendos, joyas, y lujos solo accesibles para un porcentaje infinitesimal de los colombianos es irresponsable. Otros tienen una opinión más matizada del concurso, y resaltan la dimensión teatral de la competencia y lo entretenida que resulta. El director actual del concurso nacional, Raimundo Angulo, dice que el Reinado de Belleza podría, en el futuro, convertir a un pequeño pueblo húmedo de la costa en “el Monte Carlo del Caribe”, aunque eso aún está por verse.<sup>2</sup>

La fascinante descripción que hizo el periodista estadounidense Simón Romero de los concursos de belleza “duales” de Cartagena muestra la importancia del concurso para la historia y la conciencia de la nación. Simultáneo con el concurso “oficial”, al que asiste el jet set internacional, se lleva a cabo otra celebración, en la que la ciudad conmemora su independencia de España (1811), un “tumultuoso festival callejero” en los barrios más pobres de la urbe.<sup>3</sup> Cartagena es una ciudad acostumbrada a las dificultades: durante la guerra de independencia de España, sufrió un terrible asedio en 1815 que duró meses y terminó

2 Véase Simon Romero, “Dueling Beauty Pageants Put Income Gap on View”, en *The New York Times*, 30 de noviembre de 2010.

3 Romero, “Dueling Beauty Pageants Put Income Gap on View”.

en la muerte de unos 65.000 habitantes, cerca de un tercio de la población total. Este concurso y la celebración paralela reflejan con más fidelidad la realidad socioeconómica de una ciudad extremadamente pobre, más negra que blanca, y en la que la gran mayoría de las mujeres, tan bellas como las otras, jamás se han puesto un vestido de alta costura.

El Concurso Nacional de la Belleza apareció en las noticias estadounidenses en mayo de 2001, cuando el comediante y presentador de televisión David Letterman hizo un comentario crudo en que comparaba indirectamente a la Señorita Colombia con una *mula* —persona que transporta a través de las fronteras nacionales, cápsulas redondas de látex llenas de drogas ilegales—. Letterman se disculpó, pero solo después de que Andrea Nocetti, la Señorita Colombia de ese año, amenazara con demandarlo. Los dos llegaron a un acuerdo cuando Nocetti accedió a aparecer en Nueva York en el programa *Late Show with David Letterman*, en que la banda de Letterman le dio la bienvenida con una emocionante versión del himno nacional.

## RECONQUISTANDO LOS CENTROS URBANOS

A finales de los años setenta y en los años ochenta, la ciudad industrial de Medellín se conocía como uno de los lugares más violentos y peligrosos del país, tanto para colombianos como para extranjeros. La ciudad fue creciendo descontroladamente fuera de toda planeación hasta conformar cinturones de miseria en las faldas de las montañas más allá de sus límites, en donde las comunidades más pobres vivían sin acceso a una estructura básica de servicios públicos como agua, luz o centros educativos. La élite se resguardó en barrios como El Poblado, un barrio de enclave en el sur, mientras los círculos de pobreza se fueron extendiendo hacia el nororiente y noroccidente de la ciudad.

La violencia de los carteles de los años ochenta hasta los años noventa generó grandes tensiones sociales en Medellín, y al tiempo que la violencia aumentaba, los líderes de la ciudad empezaron a planear un sistema de Metro con trenes elevados que ayudara a unificar una ciudad y una sociedad fracturadas. En 1995, se inauguró el Metro de Medellín e inmediatamente se volvió una fuente de orgullo cívico y nacional con el que los colombianos pudieron demostrarle al mundo que podían planear, desarrollar y ejecutar proyectos de infraestructura a gran escala capaces de resolver los problemas urbanos modernos, a la vez que reunían a la gente y a la ciudad. El Metro se convirtió en la envidia de la nación, pero los planes para extenderlo a las vastas comunas (sectores de la ciudad) a través del sistema del “metro cable” parecían tecnológicamente imposibles y muy poco probables dadas las grandes tensiones sociales en esas zonas. Sin embargo, en 2004, se inauguró el “Metro Cable Línea K”,

que permite subir a la gente hasta el barrio Santo Domingo, uno de los sectores más poblados y con más problemas sociales en la ciudad. La Línea J abrió en 2008 para transportar a la gente que vivía en la falda oriental de la montaña. En general el sistema de Metro ha ayudado a resolver algunos de los problemas de tránsito de la ciudad, a la vez que ha servido para generar mayor cohesión entre sus ciudadanos en esta ciudad de tres millones de habitantes. Con mayor acceso físico a los barrios pobres de Medellín, los líderes de la ciudad y los urbanistas han podido construir parques, escuelas, bibliotecas y otros proyectos cívicos en estos barrios hasta entonces descuidados, marginados y temidos. Quizás el proyecto más impresionante sea el Parque/Biblioteca España, una monumental biblioteca y parque construido en el barrio de Santo Domingo. El proyecto obtuvo financiación del gobierno español, de ahí su nombre, y en 2008 ganó un premio en Lisboa a la mejor arquitectura del año.

A mediados de los años setenta, Bogotá se volvió uno de los centros poblacionales más grandes de América Latina y tal vez el quinto más grande en la región, después de Ciudad de México, Sao Paulo, Buenos Aires y Lima. Los problemas de la ciudad se hicieron cada vez más complejos con una inseguridad creciente, carencia de viviendas adecuadas y escasa inversión en transporte público. La atmósfera fría, lluviosa, oscura y como de perpetuo fin de otoño de Bogotá contrastaba agudamente con el optimismo de la “eterna primavera” de Medellín, su plácido clima y su orgullo cívico, sobre todo después de la inauguración del Metro. Con una población de cerca de ocho millones, la suerte de Bogotá cambió para bien como resultado del liderazgo dinámico y creativo del matemático, filósofo y antiguo rector de la Universidad Nacional, Antanas Mockus Sivickas, quien alcanzó el segundo cargo de elección popular más importante del país: la alcaldía de Bogotá. Mockus usó tácticas teatrales para hacer que los residentes de Bogotá ahorraran agua (protagonizó un comercial de televisión en que salía en la ducha), obedecieran a las normas de tránsito (contrató mimos para avergonzar públicamente a los infractores), y pagaran impuestos. Después, Enrique Peñalosa, tecnócrata educado en Estados Unidos, y Luis Eduardo “Lucho” Garzón, más enfocado hacia temas sociales, continuaron modernizando a Bogotá por medio de la inversión en parques y bibliotecas públicas. También le dieron prioridad a la meta de alcanzar la cobertura de servicios básicos (agua y luz) en todos los hogares; las tasas de homicidio descendieron y se desarrollaron los planes para la construcción de un sistema de transporte que operaría según los mismos principios del Metro, sin la necesidad de túneles obstaculizadores y excesivamente costosos. Un liderazgo fuerte, un compromiso con grandes proyectos de infraestructura, y una administración fiscal prudente permitieron en diciembre de 2000 la inauguración del sistema de transporte TransMilenio, inspirado en un sistema similar en Curitiba, Brasil.

A pesar de algunos inconvenientes, que incluyen errores graves de cálculo en la construcción de los carriles de bus, aún se están construyendo nuevas rutas para abastecer los corredores norte-sur-occidente de Bogotá, y se estima que en la actualidad 1,5 millones de personas usan diariamente el servicio.

En Bogotá se abrieron tres nuevas bibliotecas públicas en la primera década del siglo XXI: la Biblioteca Virgilio Barco cerca del Parque Simón Bolívar, el Parque Biblioteca el Tunal en el sur de la ciudad, y la Biblioteca El Tintal, en el occidente. Estas bibliotecas, dispuestas para proveer acceso a computadores, libros y lugares de estudio para todos los ciudadanos, tienen el objetivo de disminuir la brecha del éxito potencial entre los ricos, con bibliotecas en casa, acceso a excelentes bibliotecas privadas y lugares de estudio en los colegios y universidades privadas, y la mayoría de ciudadanos, que no pueden pagar este tipo de educación. El soporte del sistema de bibliotecas públicas, la Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA), en el centro del barrio colonial La Candelaria, sigue siendo un dinámico centro cultural. A la BLAA llegan estudiantes de colegio, bachillerato y universidad, y niños de los barrios vecinos, y funciona como el centro del sistema público, que incluye más de cien bibliotecas.

Los elementos unificadores de la capital también incluyen parques urbanos, como el Parque Central Simón Bolívar y el Parque Metropolitano Tercer Milenio, que abrió en 2002. El Parque Simón Bolívar es comparable con el Central Park de Nueva York, aunque el de Bogotá es más grande. Es un lugar del que disfrutan personas de todas las clases sociales; hay kilómetros de caminos para caminar o trotar, un lago artificial en el centro, y el parque está protegido por guardias uniformados. El Parque Tercer Milenio se planeó a finales de los años noventa, y la primera sección abrió en 2002; está construido en lo que antes fue el lúgubre sector del centro llamado El Cartucho<sup>4</sup>, conocido por su actividad criminal y en el que los bogotanos del norte de la ciudad (los más ricos, en general), jamás se aventuraban. Después de demoler más de seiscientas estructuras, la ciudad construyó un parque de 16 hectáreas diseñado para revitalizar el centro, reducir el crimen en la ciudad y proveer un espacio seguro de tránsito y recreación para todos los residentes. Infortunadamente, hay pocos defensores de los indigentes en Bogotá, y es difícil calcular a dónde fue la gente que vivía en este barrio, aunque muchos concuerdan en que simplemente se les expulsó más hacia el occidente y el sur de la ciudad, donde la mayor parte

4 “El Cartucho” fue el nombre informal que se le dio a este sector del centro de Bogotá, abandonado por la clase media en la década de 1950 y ocupado por indigentes, muchos de los cuales se ganaban la vida por medio de una variedad de actividades ilegales; también le ofrecían a la ciudad un servicio informal pero eficiente de reciclaje y ganaban dinero vendiendo metal, papel y otros elementos reciclables, de donde viene el nombre de El Cartucho, que es el cartón de las cajas usadas.

de la población vive en niveles socioeconómicos que van desde la clase media hasta la extrema pobreza.

Otra actividad clave que reúne armoniosamente a todas las clases sociales es la ciclovía semanal, que funciona los domingos entre las 7 a.m. y las 2 p.m. en Bogotá y que ha sido imitada recientemente en otras ciudades. La ciclovía empezó en 1976 y consiste en un uso muy ordenado, los domingos y lunes festivos, de algunas avenidas principales, que se llenan de gente en bicicleta, trotando, caminando o en monopatín. Se estima que dos millones de personas participan semanalmente en la ciclovía, que convierte a la ciudad en una especie de parque abierto. A lo largo de la ruta la gente pone puestos de venta de bebidas, jugos y comida, y algunos colombianos emprendedores montan puestos de reparación para los que sufran problemas mecánicos menores. En sus inicios, la ciclovía se extendía a lo largo del carril sur-norte de la avenida principal del centro de la ciudad, conocida como la carrera Séptima, pero ahora las rutas se extienden a lo largo de muchas otras avenidas. Gente de todas las edades, clases sociales y profesiones sale a la ciclovía, que se ha vuelto un programa modelo de Colombia y de América Latina.

## RADIO, TELEVISIÓN Y TELENÓVELAS

Los adelantos de la tecnología ayudaron a romper los muros del aislamiento que muchos colombianos sentían, un aislamiento impuesto por los accidentes geográficos. Las fuertes identidades regionales, característica principal de la sociedad colombiana, empezaron una especie de diálogo nacional con la aparición de tres adelantos tecnológicos: el avión, la radio y finalmente, en 1954, la televisión, traída a Colombia por el General Rojas Pinilla. En 1919, en la ciudad portuaria de Barranquilla, nació la Sociedad Colombo Alemana de Transportes Aéreos, SCADTA, generalmente considerada la primera aerolínea comercial en las Américas, fundada por inmigrantes alemanes en Barranquilla y sus alrededores. Posteriormente se convirtió en Aerolíneas Avianca, que aún existe y es la aerolínea nacional de Colombia. Aunque en los primeros días de la aviación solo los colombianos más ricos se podían dar el lujo de hacer uso de ella, el transporte aéreo inauguró un importante proceso de modernización en Colombia y ayudó a los colombianos a sentirse más conectados a otras regiones de su país y del mundo.

Diez años después de la aparición del transporte aéreo llegó la radio a Colombia, también en la ciudad de Barranquilla. Las cadenas de radio, que incluyen las poderosas RCN y Caracol, han ayudado a unificar una nación dividida por valles y montañas. El crecimiento de la radio ocurrió con el ascenso del Partido Liberal en 1930. Los líderes liberales permitieron un sistema de financiación público-privado que trajo fondos de fuera hacia el país, para impulsar

esta nueva tecnología, y la inversión en radio creció, sobre todo después de 1931. Los ciudadanos se enteraron de los detalles de la guerra entre Colombia y Perú en 1932 gracias a las emisiones radiales, y los anunciantes pronto entendieron el poder de este nuevo medio para vender productos en Colombia. La radio colombiana fue única en las Américas gracias a la creación de la Radio Sutatenza en 1947, una cadena radial educativa fundada por el padre José Joaquín Salcedo en la comunidad rural de Sutatenza, Boyacá, al norte de la capital. El padre Salcedo intentaba alfabetizar y educar a los campesinos de la Colombia rural, en lugares en los que no había profesores, jamás se habían construido escuelas y el futuro de la gente era, en el mejor de los casos, incierto. Finalmente la estación se mudó a Bogotá, y se convirtió en una poderosa herramienta para la educación popular, lo que le permitió recibir fondos de benefactores extranjeros como el Banco Mundial, General Electric y el Banco Interamericano de Desarrollo. El Papa visitó y bendijo el centro de transmisiones de la radio en 1968. En los años sesenta estalló una controversia cuando un padre joven, rebelde y políticamente activo, el padre Camilo Torres Restrepo, acusó a la estación, a sus fundadores y a sus patrocinadores de estar afectando a la gente a la que pretendía ayudar a través de sus enseñanzas excesivamente anticomunistas. El padre Torres veía la estación como una herramienta de los elementos más reaccionarios de la sociedad, en llave con los financiadores extranjeros. A pesar de sus preocupaciones y de las de otros militantes de la izquierda, la estación siguió transmitiendo hasta principios de los noventa, cuando Radio Caracol la absorbió.

La televisión llegó a Bogotá con gran algarabía en junio de 1954. Como la radio veinticinco años antes, la televisión cambió las dinámicas sociales de los hogares colombianos. Según el periodista y crítico social Óscar Collazos, “Los hogares colombianos ubicaron la televisión en la sala antes que en el dormitorio. Allí se ofrecía la posibilidad de unidad familiar sin conversación, las familias podían comer juntas sin sentarse a la mesa e ‘informarse’ sin leer el periódico”.<sup>5</sup> La nueva tecnología forzó los cambios dentro de los hogares, pero también les enseñó imágenes de otros lugares a los colombianos que jamás habían viajado fuera de su ciudad o región. Los anunciantes podían usar la nueva tecnología para vender productos y expandir los mercados, los políticos se volvieron más tangibles y la política se volvió más inmediata e importante. Tales cambios inaugurados por la televisión fueron drásticos, aunque se estima que solo hubo 1.500 televisores disponibles para ver la primera transmisión, el

5 Óscar Collazos, “Aparece la Televisión,” texto en línea disponible en [www.colombialikn.com](http://www.colombialikn.com). Consultado el 8 de febrero de 2011.

13 de junio de 1954, emitida desde el sótano de la Biblioteca Nacional.<sup>6</sup> Hacia 1960, cerca del 80% del territorio nacional recibía señal de televisión,<sup>7</sup> y aunque esta nueva tecnología no resolvió los problemas sociales ni redujo la pobreza, sí ayudó a forjar y a unificar la nación colombiana moderna, un proyecto de unificación que parecía imposible a principios del siglo XX. Se estima que para el año 2008, cerca del 85% de los hogares tenían televisión. De este modo, el prominente historiador y periodista colombiano Eduardo Lemaitre, fallecido en 1994, no exageraba cuando escribió que “tres cosas le han dado a este país de países una nación con principios comunes y la han compactado para existir como una unidad singular: la Constitución de 1886, el río Magdalena y la televisión”.<sup>8</sup>

La televisión colombiana se ha ridiculizado por su supuesta superficialidad, su atención excesiva en la belleza femenina, en el estilo en vez de la sustancia, y una tendencia a mostrar violencia cruda en las noticias de la noche. Pero las telenovelas colombianas generaron un público en Colombia y en América Latina que hoy es legendario. Las telenovelas de México, Colombia, Brasil y Venezuela se ven por toda América Latina y en los mercados estadounidenses con poblaciones latinoamericanas importantes, como Miami, Nueva York, Los Ángeles, Chicago y el sur de Texas, por ejemplo. Las telenovelas colombianas son famosas por su excelente calidad de producción y grandes actuaciones y guiones, y vale la pena comentar dos de las más reconocidas. Cuando se emitió *Café, con aroma de mujer*, en 1994, los colombianos quedaron cautivados. La telenovela apareció en un momento en que los colombianos buscaban un escape de sus rutinas cotidianas, rutinas que en algunos casos se habían vuelto mortales y deprimentes. *Café* distrajo a la gente de su pasado reciente y les ayudó a pensar en otra cosa. La historia parecía, a primera vista, basada en un cliché: una hermosa campesina se enamora de un rico hombre de negocios. La serie, sin embargo, lidiaba con temas sociales importantes comunes en Colombia y en América Latina en el momento. Estos temas incluían la trata de personas, la prostitución, la habilidad de las mujeres para progresar en un universo dominado por los hombres y el poder impercedero del amor. La novela se filmó en locaciones de la zona cafetera colombiana y ayudó a cultivar un boom del turismo en las atractivas ciudades cafeteras de la montaña, sobre todo en Pereira, Manizales y Armenia.

Unos años después, en 1999, *Yo soy Betty la fea* cautivó a la nación. La historia de Betty, la fea e inteligente secretaria que trabaja tras bambalinas para rescatar la compañía de moda en que trabaja y que tiene un romance con su jefe, se volvió tan popular en Colombia que la versión que se lanzó en Estados Unidos, con el

6 Raymond Leslie Williams y Kevin G. Guerrieri, *Culture and Customs of Colombia*, Westport, Greenwood Press, 1999, 45.

7 Williams y Guerrieri, *Culture and Customs of Colombia*, 46.

8 “Así arrancó la odisea”, en *Revista Semana*, junio 6 de 2004.

nombre de *Ugly Betty*, en 2006, fue enormemente exitosa durante cuatro temporadas. A los colombianos les sorprendió que un producto creativo diseñado para Colombia pudiera competir en la escena mundial, sobre todo en el poderoso y competitivo mercado de la televisión estadounidense.

## GASTRONOMÍA, AL ESTILO COLOMBIANO

La cocina colombiana no suele figurar entre las grandes cocinas del mundo del modo en que los críticos y expertos en comida ven la cocina francesa, china, italiana o mexicana. La cocina colombiana varía de región a región y entre clases socioeconómicas. La dieta tradicional se centra en la carne, y no hay comida completa sin algún tipo de esta (sea res, cerdo, pollo o pescado) como plato principal. La papa, el arroz y el maíz son esenciales, junto con la yuca, el plátano y todo tipo de frutas tropicales. La dieta colombiana es alta en carbohidratos: un típico almuerzo obrero puede llegar a tener un pedazo de carne acompañado de arroz blanco, papas y pasta.

Aunque Colombia no tiene un plato “nacional”, el ajiaco es un ejemplo de los regionales. Es una sopa hecha con tres variedades de papa locales, guascas, arroz y trozos de pollo. Se sirve con alcaparras, crema de leche y aguacate. El ajiaco es el plato de los sábados por la tarde, cuando las familias bogotanas se reúnen a almorzar; rico en carbohidratos y calorías, está pensado para alimentar a un gran número de gente. En Medellín priman los fríjoles y el cerdo: la bandeja paisa es el plato regional de Antioquia y al igual que el ajiaco, facilita la alimentación de los miembros de las numerosas familias antioqueñas. La bandeja consta de carne molida, chorizo, arroz, plátano frito, arepas, fríjoles, aguacate y un huevo frito encima. Se condimenta con poca sal. Los colombianos, en general, son adversos a los picantes fuertes y, a diferencia de sus vecinos en el sur (los peruanos) y en el norte (los mexicanos), suelen preferir la comida suave de sabor. En las costas de Colombia tienen su propia cocina basada en el pescado fresco disponible. El pescado se sirve con arroz blanco, plátano frito y arroz con coco, la especialidad de la costa.

## LA VIDA UNIVERSITARIA

Las cifras oficiales de la educación en Colombia parecen prometedoras, pero pueden ser engañosas. Por ejemplo, entre 2005 y 2007, el porcentaje de niños entre los cinco y los dieciséis años que se matricularon al colegio subió de 88 a 90%. La asistencia es un término relativamente ambiguo y no da cuenta de vastas diferencias en la calidad de los servicios educativos disponibles. En todas las grandes ciudades de Colombia hay colegios privados acreditados internamente y

extremadamente rigurosos: los colegios de la élite. Los más pobres, en las zonas rurales, cuentan con profesores insuficientes e infraestructura básica limitada. La tasa de alfabetización general en Colombia es del 90%, y hoy es cuando más colombianos están yendo a la universidad. Entre 2002 y 2007, según las estadísticas del Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE, el porcentaje de estudiantes inscritos en universidades públicas o privadas creció 7,4%, y llegó al 31,8%. Las universidades públicas, incluyendo la Universidad Nacional, insignia de la nación, ofrecen una educación universitaria moldeada según los programas europeos y estadounidenses. Muchos de los intelectuales, abogados, científicos sociales, artistas, científicos e ingenieros principales del país se graduaron de esta universidad, a la que se llama informalmente la “Nacho”. La admisión se otorga según los resultados de un examen exhaustivo y selectivo. La matrícula, antes gratis, ahora varía según los ingresos de la familia y la capacidad de pagarla. Las huelgas, las protestas y las manifestaciones políticas son legendarias en la Nacional, pero la universidad sigue entrenando profesores, muchos de los cuales se vuelven líderes en sus campos respectivos. Asimismo, la Universidad de Antioquia en Medellín ha formado a la elite técnica que se ha ocupado de asegurar la reputación de la ciudad como el principal centro de producción del país.

Aunque este capítulo no podría ser jamás del todo representativo de la vida cotidiana en Colombia, hemos intentado mostrar las complejidades de la sociedad colombiana contemporánea y la cantidad de oportunidades que tienen los colombianos para expresar sus rasgos culturales. Dividida por su geografía, Colombia ha tenido dificultades al unificarse en torno a unos valores culturales nacionales. La Iglesia católica impulsó la unidad utilizando y reafirmando su calendario católico de días santos, de fiestas y obligaciones. La tecnología moderna trajo consigo algunos elementos cotidianos unificadores; sobre todo en la forma de radio, televisión, y las consiguientes transmisiones de acontecimientos deportivos nacionales y concursos de belleza. Una nación tan dividida como Colombia, por la geografía, la raza, las clases económicas y sociales, el poder político, la educación y el apellido, difícilmente podrá unificarse del todo, pero los colombianos innovadores e inteligentes han trabajado fuertemente para crear una infraestructura, parques, programas, sistemas de transporte y programas universitarios que le ayudan a los colombianos a ver lo que los une como pueblo y como nación, y no lo que históricamente ha dividido a la sociedad.



## CAPÍTULO 10

### COLOMBIA Y EL MUNDO

Durante los siglos XIX y XX, las relaciones de Colombia con sus vecinos de América Latina, Europa y los Estados Unidos fueron cambiando de manera sustancial y sistemática. Este capítulo se ocupa de tales relaciones, prestando particular atención a los nexos con los países vecinos, la complejidad de las alianzas europeas y el interés creciente que Colombia despertó en los Estados Unidos, sobre todo después de la Doctrina Monroe en 1823. El capítulo concluye con las recientes colaboraciones y tensiones entre Estados Unidos y Colombia, una colaboración que se dio en forma de ayuda financiera a través del Plan Colombia, gracias al cual ha recibido cerca de ocho mil millones de dólares principalmente en ayuda militar desde el año 2000. Consideraremos además las relaciones recientes con dos vecinos andinos, Ecuador y Venezuela. Se explorará también el legado de las relaciones con Perú, centrándonos en el relativo estado de paz y colaboración entre las dos naciones después de la guerra de 1932. Brasil y Colombia comparten una vasta frontera amazónica, y el transporte de drogas ha sido un motivo reciente de tensión entre las dos naciones. Tales factores se han magnificado por el surgimiento de Brasil como una potencia mundial y regional empeñada en defender sus fronteras del contrabando que le llega por la frontera con Colombia.

Por supuesto, el estudio de las relaciones exteriores de Colombia debe comenzar con España, el poder colonizador europeo. Pero la historia de la independencia ya ha sido narrada cuidadosamente en capítulos anteriores, y aquí tal vez quepa decir simplemente que, una vez se rompió por completo con España, en la Batalla de Boyacá en 1819, la tarea de reordenar el país implicó la labor paralela de reordenar sus alianzas y relaciones con Europa. La nueva nación colombiana miraba, en general, a Gran Bretaña en busca de asesoría económica, a Francia en busca de principios culturales y filosóficos, y de mala gana, a Estados Unidos en busca de asistencia técnica.

Las relaciones de América Latina con el joven vecino del norte, los Estados Unidos, empezaron con una serie de malentendidos perpetuados por comentarios prejuiciosos y distorsionados. Ya en 1811, Thomas Jefferson se preocupaba por el movimiento de independencia en América Latina, sugiriendo que los latinoamericanos no estaban listos para una verdadera independencia y no serían capaces de lograrla. “Me temo”, escribió el estadista al respecto de los movimientos de independencia en América Latina, “que la degradante ignorancia en la que sus curas y reyes los han hundido, los ha descalificado para el mantenimiento o incluso el conocimiento de sus derechos, y que mucha sangre será derramada a cambio de una mínima mejoría en su condición”.<sup>1</sup> Simón Bolívar, el gran Libertador de la región noroccidental de Suramérica, tenía una opinión igualmente miope, aunque un poco más matizada, de su vecino del norte. En un estudio breve pero fascinante publicado en 1986, David Bushnell describe la “ambivalencia” de Bolívar frente a los Estados Unidos, que se puede ver en la declaración del Libertador en una carta de 1829, un año antes de su muerte, donde afirma: “Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo”.<sup>2</sup> Más famosos sean quizás los comentarios inequívocos, provocativos y algo proféticos de una carta de 1829. En ella advierte: “Los Estados Unidos de Norteamérica parecen destinados por la Providencia a plagar la América toda de miserias en nombre de la libertad”.<sup>3</sup> Bushnell sugiere que el Libertador se lamentaba del apoyo estadounidense a la instauración de gobiernos republicanos en América Latina en contra de los objetivos más monárquicos de Gran Bretaña, una sociedad que habría de tener una influencia mucho mayor en toda Latinoamérica, incluyendo a Colombia, durante gran parte del siglo XIX.

## LOS PRIMEROS DÍAS

En 1823, los Estados Unidos mostraron interés en influir sobre la política y el comercio latinoamericanos con la famosa Doctrina Monroe, que muchos malinterpretaron como una doctrina de intervención. Lo cierto es que la doctrina del presidente James Monroe era más bien una advertencia en contra de futuros intentos de recolonización por parte de Europa en América Latina, a medida que las guerras de independencia llegaban a su fase final. Gran Bretaña era el poder occidental dominante en 1823, y su presencia en América Latina, incluida

1 De Thomas Jefferson a Pierre Samuel Dupont de Nemours, 1811, en Lipscomb and Bergh, eds., *The Writings of Thomas Jefferson*, Memorial ed., Washington, D.C., Thomas Jefferson Memorial Association, 1903–1904, vol. 13, 40.

2 David Bushnell, “Simón Bolívar and the United States: A Study in Ambivalence”, en *Air University Review* vol. 37, 1986, 106-112.

3 Bushnell, “Simón Bolívar and the United States”, 106-112.

Colombia, era profunda. Simón Bolívar, por ejemplo, se benefició de los mercenarios británicos en la decisiva Batalla de Boyacá, y los británicos le proporcionaron “a crédito, importantes cantidades de equipo militar”<sup>4</sup>. La independencia de Colombia permitió la apertura de puertos clave en el Caribe, y las importaciones británicas inundaron Cartagena y Santa Marta. Con los británicos dirigiendo el comercio exterior de La Nueva Granada desde los primeros días de la república, la deuda de Colombia creció, y hacia mediados de la década de 1820, inmediatamente después de la independencia, el nuevo país se vio incapaz de pagar los intereses de los exorbitantes préstamos de los bancos británicos.

La Nueva Granada estaba involucrada directamente en una rivalidad intensa librada entre los Estados Unidos y Gran Bretaña por los mercados e influencia en el Caribe. Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos estaban interesados en una ruta a través del istmo (lo que hoy es Panamá) como forma de extender sus redes comerciales. Los británicos construyeron carreteras en la costa caribe de Centroamérica (la “Costa Mosquito” de Nicaragua y Honduras británica, después rebautizada Belice), y el colonialismo francés en el Caribe perduró por gran parte del siglo. Los intereses franceses en el Caribe crecieron particularmente después de la revolución de 1848 en Francia, que presencié la elección de Louis Napoleón Bonaparte, quien tres años después anuló los resultados e inauguró el Segundo Imperio Francés. Este imperio se caracterizó por una política extranjera agresiva, con repercusiones en América Latina, especialmente en México y en el Caribe. El Segundo Imperio Francés duró hasta 1871.

También en 1848, los Estados Unidos ratificaron el Tratado Bidlack-Mallarino, que cubría intereses comerciales (los productos estadounidenses gozarían de iguales tarifas), y la cuestión del istmo. Los Estados Unidos acordaron apoyar la “perfecta neutralidad” del istmo de Panamá siempre y cuando los ciudadanos norteamericanos pudieran transitar libremente por este.

En 1855 se inaugura el Ferrocarril de Panamá, empresa privada y operada por los Estados Unidos, que conectaba la ciudad portuaria de Colón en el Caribe con la capital de la provincia, la Ciudad de Panamá, en el Pacífico. El descubrimiento de oro en California en 1849 provocó una estampida de especuladores de la costa este de Estados Unidos hacia el lejano oeste, y la ruta más segura y cómoda, sobre todo gracias a los ferrocarriles, era a través del istmo de Panamá. Stephen J. Randall ha escrito sobre la rentabilidad de los ferrocarriles y ha anotado cómo “fue la fuente de ingresos más importante para la tesorería colombiana desde la turbulenta década de 1850 hasta la revisión del

---

4 Frank Safford y Marco Palacios, *Colombia: País fragmentado, sociedad dividida*, Bogotá, Editorial Norma, 2002, 221.

contrato en 1867”.<sup>5</sup> La presencia de una compañía ferroviaria estadounidense en Panamá creó un trío de tensiones entre los panameños, los estadounidenses y los bogotanos; las partes discutieron por el control de las ganancias por impuestos, el acceso y derecho a la tierra, y las tarifas del transporte, entre otras cosas. Las tensiones se descontrolaron en muchas ocasiones, pero el incidente que más se suele mencionar es el “incidente de la tajada de sandía”, el 15 de abril de 1856. Este episodio violento, que empezó aparentemente a causa de un ciudadano estadounidense que no pagó una tajada de sandía, dejó cerca de dos docenas de muertos. Infortunadamente, como el incidente lo demostró, la tensión y la desconfianza primaban en las relaciones entre Bogotá y Washington, aunque las inversiones estadounidenses en Colombia crecieron, sobre todo tras el final de la Guerra Civil estadounidense en 1865. Tales inversiones privilegiaban los medios de transporte, lo que incluía el transporte a vapor y proyectos ferroviarios para el interior de Colombia, aunque casi todas las inversiones del momento se dirigieron a Panamá. Se estima que en 1881 los Estados Unidos habían invertido catorce millones de dólares y, según Randall, “el grueso [de tales inversiones] se dirigió al Ferrocarril de Panamá”.<sup>6</sup>

## EL PROYECTO DEL CANAL

La discusión sobre el canal a través del istmo se volvió una prioridad en la década de 1860, sobre todo tras la construcción exitosa del canal de Suez en Egipto, un proyecto inicialmente desarrollado por el ingeniero y empresario francés Ferdinand de Lesseps. El canal de Suez fue abierto en 1869 después de casi diez años de trabajo. En Colombia, sin embargo, los Estados Unidos dejaron sin ejecutar un tratado de 1870 que les habría permitido construir un canal a través de Panamá. Durante este periodo, los Estados Unidos estudiaron una ruta posible a través de Nicaragua y una ruta mexicana a través de Tehuantepec que implicaba, básicamente, levantar a los barcos en el Caribe y ponerlos sobre una plataforma que sería transportada por tierra en trenes paralelos desde el Caribe hasta el Pacífico. Este proyecto jamás se inició.

Frente a la larga vacilación estadounidense, los franceses por su parte se dieron a la tarea de construir el canal de Panamá. Ferdinand de Lesseps, cuyo éxito con el canal de Suez lo había convertido en una especie de estrella internacional, diseñó y financió el proyecto, la construcción empezó en 1881. El proyecto jamás recibió el apoyo de Estados Unidos, que se opuso a la expansión de la presencia francesa en el Caribe. Lo que ocurrió luego fue que la compañía

---

5 Stephen J. Randall, *Colombia and the United States: Hegemony and Interdependence*, Athens, University of Georgia Press, 1992, 33.

6 Randall, *Colombia and the United States*, 56

de ingeniería se quebró en 1889, y se calcula que cuarenta mil trabajadores, casi todos de Jamaica y otros lugares del Caribe, murieron de fiebre amarilla mientras trabajaban bajo el sol caribeño para una compañía francesa mal administrada y carcomida por el fraude y la corrupción. Aunque cerca del 40% de la ruta del canal se había cavado en siete años, el proyecto de Lesseps fue un monumental fracaso y, en teoría, una experiencia aleccionadora para la expansión económica de Europa en el exterior.

Con el colapso francés en el Caribe, la resolución de los Estados Unidos de construir y ocupar un canal creció notoriamente, y la competencia entre los poderes europeos y las grandes aspiraciones de los jóvenes Estados Unidos era comparable a la carrera espacial de los años cincuenta y sesenta entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Varios factores influyeron en la pretensión de Estados Unidos de tener un canal, uno de las cuales, y no poco importante, fue el ascenso a la presidencia de Theodore Roosevelt en septiembre de 1901. Habiendo trabajado de secretario para la marina, Roosevelt abogaba por una marina de “dos océanos” y creía que el poder económico y militar de los Estados Unidos dependía directamente de la fuerza de su marina. La breve guerra entre Estados Unidos y España en 1898 en el Caribe dejó a Cuba y a Puerto Rico en manos de los Estados Unidos. Guam y Filipinas, en el Pacífico, también quedaron bajo el control de Estados Unidos, pero solo después de una campaña larga y sangrienta. Al llegar el siglo XX, los Estados Unidos retomaron con urgencia el tema del canal, pues estaban cada vez más convencidos de que su bienestar económico y militar dependía de una ruta directa que conectara el Caribe y el Pacífico.

En esta época, Colombia sufría importantes cambios estructurales, subrayados por la promulgación de una nueva constitución en 1886 y el inicio de una importante guerra civil en 1899. La “regeneración” política de Colombia inauguró un periodo de hegemonía conservadora durante la presidencia de Rafael Núñez y de Miguel Antonio Caro, quien como vicepresidente estuvo al mando durante las ausencias frecuentes de Núñez, y hubo de reemplazarlo cuando Núñez enfermó, en 1892. Como ya se ha anotado, el nuevo régimen conservador de 1886 representaba un regreso al centralismo y enfatizaba la cultura y tradición católica e hispánica de Colombia. Un año después de la promulgación de la nueva constitución, Colombia firmó el Concordato que inició una relación especial con la Santa Sede y que, en términos prácticos, significó que Colombia acataría oficialmente las reglas de la Iglesia católica.

Pero ni siquiera un acuerdo con la Santa Sede fue suficiente para prevenir el caos que se desataría a finales del siglo XIX. Mientras los Estados Unidos terminaban su guerra contra España en Cuba, Colombia empezaba su extensa guerra civil que duró desde finales de 1899 hasta inicios de 1902. En la guerra se enfrentaron los liberales y los conservadores; la intransigencia política

combinada con exigencias económicas crearon la tormenta perfecta, y la devastadora guerra complicó nuevas negociaciones para la construcción del canal en Panamá.

Luego de varias decisiones y discusiones, el Congreso estadounidense tomó la decisión de acometer un canal a través de Panamá y ya no de Nicaragua; ambas rutas tenían defensores y detractores, pero la ruta de Panamá, aunque compleja tecnológicamente, ya estaba adelantada en un 40%, gracias al trabajo de Ferdinand de Lesseps. El Senado norteamericano ratificó el Tratado Herrán-Hay a comienzos de 1903, pero el Senado colombiano lo rechazó. Los colombianos temían perder la soberanía sobre Panamá cuando apenas empezaban a recuperarse de la devastadora Guerra de los Mil Días. Eran conscientes de su debilitada capacidad de negociación de un tratado importante frente a la enérgica, joven y decidida presidencia de Roosevelt.

Al presidente Roosevelt no le complació en absoluto la decisión de Colombia de rechazar el tratado Herrán-Hay, y fue ahí cuando llamó a los colombianos “despreciables criaturillas”.<sup>7</sup> Obstinado, el presidente optó por apoyar el movimiento de independencia en la provincia de Panamá, ubicando perceptiblemente el destructor *Nashville* en las aguas frente a Colón. Cuando las tropas colombianas intentaron cruzar el istmo para rescatar a sus oficiales en Ciudad de Panamá, las tropas estadounidenses les impidieron a los colombianos subirse a los trenes del Ferrocarril de Panamá, cuyos dueños eran en parte inversionistas estadounidenses. Unos días después de declarar su independencia de Bogotá, Panamá fue reconocida por los Estados Unidos como un Estado independiente, y panameños y norteamericanos escribieron y firmaron un nuevo tratado del canal. Philippe Buneau-Varilla, el promotor francés del Canal de Panamá, fue nombrado ministro oficial en Panamá, y el Tratado del Canal Panamá-Estados Unidos quedó ratificado a comienzos de 1904. Las obras empezaron al instante, y el canal abrió sus puertas en 1914.

La intervención de Teddy Roosevelt, su abierto desdén hacia los colombianos, y su indiferencia hacia los procedimientos diplomáticos llevó a un rompimiento de las relaciones entre Colombia y Estados Unidos que duró más de una década. Es irónico que durante el lapso entre la “pérdida de Panamá” y el derrumbe económico de 1929, Colombia se mantuvo asombrosamente estable, política y económicamente. La rudeza de Roosevelt había ofendido tanto a los colombianos que la sola mención de normalizar las relaciones diplomáticas con Estados Unidos fue suficiente para destituir no a uno sino a dos presidentes colombianos. Rafael Reyes, que gobernó entre 1904 y 1909, inició el proceso de normalización de las relaciones, pero terminó siendo destituido, pues

---

7 Randall, *Colombia and the United States*, 83

cualquier tipo de negociación con el “coloso del norte” era, según sus detractores, “una traición a los intereses y el honor nacionales”.<sup>8</sup> Unos años después, el presidente Marco Fidel Suárez, de humilde origen antioqueño, fue más conciliador en sus asuntos con el norte: concluyó que Colombia debía, a toda costa, adherirse económica, social y culturalmente a los Estados Unidos. También apoyó la ratificación del tratado que normalizaría las relaciones entre los dos países, el Tratado Urrutia-Thompson, que ocurrió en 1922. Suárez tuvo que salir de la presidencia en 1921 debido a acusaciones de corrupción, pero en realidad fueron sus intentos de facilitar las negociaciones con los Estados Unidos los que le granjearon la enemistad de sus detractores. Pedro Nel Ospina, el tecnócrata conservador de Medellín, era el presidente cuando se alcanzó la normalización y, por supuesto, su gobierno se benefició de la indemnización de veinticinco millones de dólares pagada por los Estados Unidos. Este capital, junto a la accesibilidad de crédito durante los años veinte, ayudó a financiar el desarrollo de la infraestructura en Colombia, en especial de proyectos ferroviarios, carreteras e inversión en pozos petroleros.

## 1928

Mientras las oportunidades de inversión facilitaban las relaciones diplomáticas entre Colombia y los Estados Unidos en los veinte, cobró forma un conflicto social que involucraba a la compañía estadounidense, la United Fruit Company (UFCO) y a su subsidiaria colombiana, la Magdalena Fruit Company. La Magdalena le compraba bananos a los hacendados locales, mientras que la UFCO tenía la red de transporte (el ferrocarril) y controlaba los precios, la estructura de exportación y el mercadeo del banano en la región. Los trabajadores locales estaban a merced de la UFCO. Hacia el final de los veinte Colombia se había vuelto el tercer exportador de banano en el mundo, pero a medida que crecía la organización entre los trabajadores, la huelga que estalló en la ciudad costera de Ciénaga en 1928 era inevitable. Los soldados colombianos fueron a acallar la huelga, y el 6 de diciembre de 1928, el ejército disparó sobre la multitud.

La brutal respuesta del gobierno colombiano a la huelga de Ciénaga, combinada con las dificultades económicas impuestas por el derrumbe económico mundial que había empezado diez meses antes en octubre de 1929 y las disputas entre la clase dirigente conservadora, ocasionaron un cambio en la jefatura del Estado colombiano en 1930. Las elecciones presidenciales de ese año las ganó el candidato liberal Enrique Olaya Herrera. Era la primera vez que el Partido Liberal ganaba la presidencia de Colombia desde finales del siglo XIX. A pesar

8 David Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma*, Bogotá, Planeta, 2000, 224.

de este radical cambio político, una característica que se mantuvo durante este tiempo en la sociedad colombiana fue la relativa fuerza de sus lazos con los Estados Unidos, una relación que se haría cada vez más estrecha a lo largo del siglo XX y de lo que va del XXI. Si bien los sucesos de noviembre de 1903 parecían trazar un rumbo oscuro, o cuando menos incierto, para las relaciones entre Colombia y Estados Unidos, luego de la política de la “estrella polar” del presidente Suárez, la negociación final del tratado Urrutia-Thompson, y el pago de la indemnización de veinticinco millones de dólares, las relaciones diplomáticas entre las dos naciones mejoraron progresiva y sistemáticamente. Esta relación se puede ver como funcional y práctica, dado que los Estados Unidos han sido para Colombia el mercado principal de sus exportaciones más importantes y que las tendencias de migración de los colombianos al exterior han tenido a los Estados Unidos como destino predilecto más o menos desde los años sesenta. En comparación con las relaciones de los Estados Unidos con otros países latinoamericanos durante el siglo XXI, las de Colombia en realidad han sido un ejemplo de pragmatismo y estabilidad. Las relaciones entre México y Estados Unidos, por ejemplo, han estado llenas de tensiones, intervenciones militares e intrigas. Las relaciones estadounidenses con la República Dominicana también se han complicado debido a numerosas intervenciones militares, la última de las cuales ocurrió en 1965 durante la presidencia de Lyndon B. Johnson. Tal intervención marcó el final del gesto de buena voluntad del presidente Kennedy hacia América Latina: la Alianza para el Progreso. Las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, a la fecha, están congeladas de modo similar a como estaban en la Guerra Fría antes de los sesenta. La intervención directa e indirecta de los Estados Unidos en Nicaragua persistió durante gran parte del siglo XX, y el estado actual de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Venezuela, Bolivia y Ecuador es, en el mejor de los casos, un estado de tensión.

El presidente Olaya hizo lo posible para proteger los intereses económicos de Estados Unidos, sobre todo durante los primeros años de la Gran Depresión. Sin embargo, su gobierno no siempre estuvo en buenos términos con sus vecinos del sur, especialmente con Perú. El llamado “conflicto de Leticia” en 1932, que duró cerca de ocho meses, fue en realidad un enfrentamiento entre Perú y Colombia por territorio en el Amazonas, cerca de la ciudad colombiana de Leticia. Como se discutió en el capítulo cinco, unos ciudadanos peruanos se tomaron unas tierras que lindaban con Leticia, desafiando abiertamente el Tratado Salomón-Lozano de 1922, que le concedía Leticia a Colombia. Colombia se vio obligada a enfrentar el reto de llevar tropas a esta ciudad. La armada tuvo que navegar desde Cartagena hacia el Atlántico y después río arriba por el Amazonas (a través de territorio brasileño) para llegar a Leticia, y usaron aviones para descargar soldados colombianos en la región. El asunto fue más un “conflicto” que un guerra, y para

mayo de 1933 ya se había declarado un cese al fuego mediado por la Sociedad de Naciones, y un tratado de paz se firmó al año siguiente. Los colombianos se organizaron enérgicamente para defender el territorio, una franja de selva escasamente poblada que casi nadie visitaba, y recuperarlo le costó el equivalente a diez millones de dólares. Estados Unidos le vendió las municiones a Colombia, comprometiéndola a un gasto militar enorme (para estándares de 1930) el cual, según un historiador, significó “un costoso desvío de fondos y energías escasas, y llevó al gobierno a tener que declarar una moratoria del pago de su deuda externa”.<sup>9</sup>

## LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y JORGE ELIÉCER GAITÁN

La participación de Colombia en la Segunda Guerra Mundial a favor de los Aliados fue importante, a pesar de la fuerte afinidad con el fascismo del emergente líder conservador, Laureano Gómez. La clase dirigente francófila de Colombia estaba asustada por el prospecto de dominación mundial por parte del Eje, y a finales de 1943 el país declaró estado de beligerancia contra Alemania en respuesta al hundimiento de un navío colombiano. Colombia jamás mandó tropas a la guerra, como sí lo hizo Brasil, ni tampoco envió aviones, como hizo México en el Pacífico Sur. Sin embargo, sí cooperó plenamente con los Aliados, dirigidos desde Washington. Los Estados Unidos coordinaron formalmente misiones militares con Colombia, y los soldados colombianos fueron entrenados en Estados Unidos. A Colombia se le pidió congelar las propiedades alemanas, sacar a los pilotos alemanes de su aerolínea (que pasaría a llamarse Avianca en esa época), y cooperar económicamente con los poderes Aliados. Los Estados Unidos buscaron controlar el mercado colombiano de productos de exportación considerados indispensables para la guerra, incluyendo el aceite, madera de balsa, cuarzo y platino, y como resultado de la colaboración de Colombia, el gobierno recibió asistencia económica directa de Estados Unidos por medio del Export-Import Bank.

Durante este periodo surgió el líder político más importante de la historia de Colombia. Jorge Eliécer Gaitán nació en el centro de Bogotá, en un barrio modesto llamado Las Cruces. Obtuvo el título de abogado de la Universidad Nacional a los veintiún años y fue a Roma a hacer una especialización en criminología. Su fama nació en Colombia cuando en 1929 se atrevió a litigar en contra de la estadounidense United Fruit Company, alegando que la compañía había provocado la tragedia de Ciénaga de 1928 que significó la muerte de miles de colombianos. El discurso antiimperialista de Gaitán le granjeó el apoyo de los

<sup>9</sup> Randall, *Colombia and the United States*, 144.

pobres de las ciudades y lo conectó a los ciudadanos de las costas, que veían, de primera mano, los devastadores efectos de la estructura económica de la UFCO, que mantenía a los trabajadores colombianos sumidos en la pobreza mientras los empleados estadounidenses vivían cerca con lujos inimaginables.

En Bogotá, Gaitán se volvió un fiero defensor de los pobres y fue nombrado alcalde de la ciudad en 1936; diez años después se lanzó a la presidencia de la república pero jamás recibió el reconocimiento o apoyo oficial del Partido Liberal. La clase dirigente lo veía como un peligroso arribista y lo llamaba con desprecio “el negro Gaitán”, en referencia a sus rasgos mestizos. El día en que lo asesinaron con un disparo, Gaitán estaba trabajando en su oficina, preparándose para competir en las elecciones presidenciales de 1950. Su muerte despertó una oleada de disturbios urbanos a lo largo del país y exacerbó la intransigencia entre los dos partidos políticos. La esperanza de los pobres de tener voz y voto en el manejo del Estado colombiano se evaporó con la muerte de Gaitán; mucha gente pobre supuso que el asesinato del líder liberal había sido orquestado por algunos sectores del conservadurismo en el país. Los conservadores, por supuesto, culparon a los comunistas. El día de su muerte debía comenzar en Bogotá la Novena Conferencia Internacional de Estados Americanos, encargada de redactar el acta de constitución de la Organización de Estados Americanos. El importante hecho de que Colombia hubiera sido elegida como el sitio para fundar la OEA, organización diseñada para promover la solidaridad y la colaboración hemisférica después de la Segunda Guerra Mundial, suele quedar opacado por los sucesos trágicos del 9 de abril de 1948. Y para hacer más compleja la historia, Fidel Castro estaba presente ese día en Bogotá.

El líder cubano (quien tomaría La Habana once años después) se hallaba en Bogotá el 9 de abril de 1948, por lo que aquellos que dan crédito a las teorías de la conspiración han dicho que el “comunismo internacional” fue el responsable de los disturbios que siguieron a la muerte de Gaitán. La presencia de Castro en la capital colombiana no tuvo nada que ver con promover la revolución comunista: participaba en una reunión de estudiantes que se había programado para que coincidiera, como forma de protesta, con la reunión de la delegación oficial de la OEA. En sus memorias, *Vivir para contarla*, Gabriel García Márquez, relata, con ironía, que la agenda de Gaitán para el 9 de abril de 1948 decía: “Fidel Castro, 2 p.m.”; Gaitán murió a la 1 p.m. Los sucesos en Bogotá entusiasmaron e interesaron políticamente a Castro. Él era un estudiante activista cubano, y su revolución de 1959 en Cuba estuvo claramente influenciada por lo que presencié ese lúgubre día de abril en Bogotá. No es para nada sorprendente que Castro estuviera en Bogotá, protestando contra la reunión de la OEA: los estudiantes con preocupaciones políticas en Colombia y en toda América Latina

sospechaban de cualquier organización internacional dirigida por los Estados Unidos, la potencia occidental indiscutida en el mundo de posguerra.

Se suele culpar a la muerte de Gaitán de haber desencadenado los siguientes diez años de guerra civil no declarada conocidos como La Violencia. Pero la violencia rural había empezado mucho antes, en los treinta, cuando los pobres se vieron obligados a competir por una tierra cada vez más escasa. La medida de reforma agraria de 1936 pareció haber exacerbado, y no aliviado, las tensiones. La intransigencia política a nivel nacional, una recesión económica mundial y una brecha creciente entre los que detentaban el poder y la riqueza y los que no, son algunos de los factores que explican la violencia. El asesinato de Gaitán fue un fenómeno urbano, pero la gente que se identificaba con el líder populista estaba cansada de políticas gubernamentales que ignoraban los esfuerzos de los pobres en el campo. Y la creciente violencia, urbana y rural, puso en evidencia la incapacidad de la clase gobernante para controlar la nación entera.

Por supuesto, la realidad de doscientas mil muertes violentas en una guerra civil no declarada es algo que toda sociedad quisiera olvidar, pero irónicamente lo que ha ocurrido en el caso de Colombia es todo lo contrario: académicos colombianos y extranjeros han hecho de La Violencia un terreno en propiedad, y decenas de investigadores han publicado cientos de estudios sobre el fenómeno de la violencia hasta llevar a muchos a pensar que ello es quizá el único tema que define a la nación.

Un sacerdote colombiano, el padre Camilo Torres, hizo parte del debate académico sobre la violencia en el país. En 1963 publicó un ensayo titulado “La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales en Colombia”. El padre Torres era un internacionalista que en los cincuenta hizo una maestría en sociología de la Universidad Católica de Lovaina, en Bélgica, donde lo influenció profundamente el movimiento francés de padres trabajadores, iniciado en Marsella por el padre Jacques Loew. Era este un periodo efervescente para el catolicismo mundial, y los jóvenes curas de Europa estaban tratando de entender sistemáticamente los horrores de la Segunda Guerra Mundial y el papel de los miembros de la Iglesia en un mundo de creciente complejidad, marcado por la violencia y la pobreza. El padre Torres era un dotado estudiante, orador y pensador. Regresó a Colombia listo para enfrentarse a las atrincheradas estructuras socioeconómicas y políticas. En su ensayo, por ejemplo, el padre Torres sugiere que la violencia ha producido cambios positivos para los campesinos de Colombia y ha tenido un efecto modernizante, pues empujó a la gente hacia las ciudades y los ayudó a “madurar” en términos de socialización y de movilidad social. Poco después de publicar su ensayo sobre la violencia, el padre Torres se

implicaría directamente en ella como guerrillero del ELN. Se unió al grupo en octubre de 1965 y murió en combate cuatro meses después.<sup>10</sup>

La percepción que el mundo exterior tuvo de la violencia colombiana quedó resumida en una reseña del historiador británico Eric J. Hobsbawm, de 1986. El autor intentó explicar la violencia en Colombia, en un análisis aparecido en el *New York Review of Books*. Como muchos otros académicos que han estudiado la violencia, Hobsbawm abrió la reseña catalogando a Colombia como un lugar “de hace tiempo conocido por una proclividad del todo excepcional al homicidio”.<sup>11</sup> Sin embargo, muy pocos autores se han fijado en la cantidad de políticas desarrolladas por los colombianos para poner fin a la violencia. Al respecto, las dirigencias políticas en Colombia hicieron un acuerdo de alternancia en el poder conocido como el Frente Nacional, según el cual los liberales y los conservadores se turnaron la presidencia por periodos. Esto con el objetivo, al menos en teoría, de darle a todo el mundo una participación en la sociedad colombiana y corregir algunos de los abusos de poder que definieron el desarrollo político tanto del siglo XIX como del XX.

## COREA Y LA ALIANZA POR EL PROGRESO

206

La Violencia sola no es suficiente para explicar la Colombia de los cincuenta. Las fuerzas armadas, por ejemplo, participaron en un conflicto militar en Corea (1950-1953) patrocinado por Naciones Unidas. Colombia fue el único país de América Latina que participó en este episodio de la Guerra Fría; y su participación fue un resultado directo del gobierno virulentamente anticomunista del presidente Laureano Gómez, un político de ultraderecha conocido por sus detractores como “el Monstruo”. Gómez, que saldría del gobierno en 1953 con un golpe militar, una rareza en la Colombia del siglo XX,<sup>12</sup> esperaba recibir asistencia militar de los Estados Unidos como pago por los servicios prestados por las tropas colombianas en Corea. Colombia recibió millones de dólares en ayuda militar y entrenamiento para tropas y oficiales militares y quedó firmemente alineada a los Estados Unidos.

Los vínculos entre las dos naciones crecieron durante los años sesenta. La Revolución cubana de principios de 1959 obligó a los Estados Unidos a prestar más atención a la sociedad latinoamericana como un todo, y no solo a las élites económicas, políticas y militares. La presidencia de John F. Kennedy, iniciada

---

10 Véase Michael J. LaRosa, *De la derecha a la izquierda: La Iglesia Católica en la Colombia contemporánea*, Planeta Colombiana Editorial, 2000, capítulo 5.

11 E. J. Hobsbawm, “Murderous Colombia”, en *New York Review of Books*, 20 de noviembre de 1986.

12 El único otro presidente depuesto en Colombia con un golpe militar en el siglo XX fue el presidente Manuel Antonio Sanclemente, en 1900.

en 1961, representó una nueva era de liderazgo juvenil y creativo, y en América Latina se le admiró por su carisma, vitalidad y catolicismo. Kennedy rápidamente identificó a Colombia como un elemento importante en su nuevo programa para América Latina, la Alianza para el Progreso, que se inauguró formalmente el 17 de agosto de 1961 en Uruguay, por medio del Acta de Punta del Este. El objetivo de la alianza era mostrar que el “el medio más efectivo para mejorar las condiciones materiales de vida en América Latina era el capitalismo progresista y no el comunismo”.<sup>13</sup> Durante los sesenta, América Latina recibiría cerca de veinte mil millones de dólares casi todos en ayuda para el desarrollo, y Colombia se volvió una especie de ejemplar de exhibición para la alianza. El nuevo gobierno en Washington estaba sorprendido por el compromiso de Colombia con el poder democrático, la inteligencia y preparación de su élite económica y administrativa y la relación en general de colaboración que se había desarrollado entre Washington y Bogotá desde los años veinte. El presidente Kennedy y su esposa, Jacqueline, visitaron Bogotá a mediados de diciembre de 1961 y aprovecharon la ocasión para promover la alianza y los desarrollos sociales, que eran su característica principal. Los fondos de la Alianza permitieron construir escuelas, hospitales, viviendas, y las áreas centro-occidentales de la capital se planearon y desarrollaron con ayuda de la iniciativa de Kennedy. También se inauguró un barrio que hoy habitan más de un millón de personas, primero llamado Ciudad Techo y más adelante, luego del asesinato del mandatario, Ciudad Kennedy.

207

La financiación para Colombia fue asombrosa en los primeros días de la alianza: cerca de veinticinco millones de dólares en becas de desarrollo llegaron al país en 1961 y 1962, y otros veintidós millones de dólares al año siguiente. Entre 1962 y 1963, el programa “*Food for peace*”, desarrollado por el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, donó cerca de treinta y cinco millones de dólares en productos agrícolas excedentes a Colombia, y un “préstamo para programas” de treinta millones de dólares llegó a Bogotá a comienzos de 1962. Es interesante notar que el gasto militar de los Estados Unidos en Colombia fue mucho menos importante que el gasto social y de desarrollo, algo ciertamente muy diferente de lo que hoy ocurre. Solo seis millones de dólares llegaron a Colombia destinados a asistencia militar en 1962; la cifra creció a 8,4 millones en 1963.<sup>14</sup>

Colombia también fue el primer país de América Latina en recibir a los Cuerpos de Paz estadounidenses; 61 voluntarios llegaron en septiembre de

13 Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma*, 316.

14 Estas cifras provienen de un excelente artículo de 2003 presentado por Luis Eduardo Fajardo y llamado “From the Alliance for Progress to the Plan Colombia: A Retrospective Look at U.S. Aid to Colombia”, publicado por el Crisis States Research Center del London School of Economics and Political Science (UK), 2003.

1961. Hacia finales de los años sesenta, había unos setecientos voluntarios de los Cuerpos de Paz. Los voluntarios estaban encargados de apoyar el “desarrollo” de Colombia, pero el programa había sido organizado a la carrera y los jóvenes estadounidenses habían recibido muy poco entrenamiento práctico, y no pudieron llevar a cabo todos los cambios sustanciales que pensaron para Colombia. Muchos de los primeros voluntarios de los Cuerpos de Paz tuvieron durante su estancia en Colombia transformaciones personales y a veces definitivas para toda su vida: algunos de los principales expertos en Colombia en los Estados Unidos (Bruce Bagley, Chuck Bergquist y Jim Henderson, por mencionar a unos cuantos) tuvieron su primer encuentro con Colombia a través de los Cuerpos de Paz.

## EL PAPA PABLO VI Y EL FINAL DE LOS AÑOS SESENTA

Los viejos vínculos de Colombia con la Santa Sede se reafirmaron cuando el Papa Pablo VI hizo su visita inaugural al país, la primera de cualquier pontífice a América Latina, el 22 de agosto de 1968. La visita se planeó para que coincidiera con el cierre del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional, llevado a cabo en Bogotá, y el inicio de la II Conferencia Episcopal Latinoamericana, reunión de obispos que tuvo lugar en Medellín a finales de agosto de 1968. La reunión de Medellín estableció la estructura y la guía filosófica de una nueva, enérgica y latinoamericana “teología de la liberación”. Llegaron a Colombia obispos, curas e intelectuales de toda América Latina para ver al Papa y empezar la ardua tarea de coordinar las prioridades de la Iglesia frente a las realidades socioeconómicas del continente.

Mientras que a los colombianos les gusta pensar en los años sesenta como una década de colaboración con los Estados Unidos, desarrollo creciente y modernización de la infraestructura y las ciudades, una realidad menos halagüeña se ve con el crecimiento de los grupos insurgentes en esa misma década. Dos grupos aún activos son el Ejército de Liberación Nacional, ELN, que se formó en 1962, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, fundada en 1964. El ELN lo fundaron estudiantes universitarios y otros colombianos insatisfechos que sentían que sus ideas de una sociedad más justa e incluyente se habían perdido con el acuerdo político jerárquico y elitista del Frente Nacional (un acuerdo que dejó las estructuras colombianas intactas). Mientras que el ELN era internacionalista, inspirado en Fidel Castro y su exitosa Revolución de 1959, las FARC eran más locales, un movimiento agrario que salió de la clase de los campesinos, gente del campo que sentía que las élites políticas en las grandes ciudades jamás habían representado sus intereses o prioridades.

Los orígenes de las FARC están en las luchas por la tierra de los años veinte y treinta, cuando los pobres fueron expulsados de sus tierras por prósperos

latifundistas conectados con el aparato político y militar estatal. En 1964, en un intento de mostrar que el Estado estaba al mando, el ejército colombiano bombardeó una base insurgente en Marquetalia, y en ese momento estalló el conflicto. El Partido Comunista, mayoritariamente urbano y profesional, buscó el apoyo de Moscú y vio a las FARC como sus fieles representantes armados en el campo, pero a Moscú parecía interesarle más apoyar los movimientos de izquierda en Centroamérica, México, Cuba y, después de 1970, en el Chile del presidente marxista Salvador Allende. Las FARC aún conservan un ejército, de entre seis y ocho mil soldados a la fecha, pero han sufrido varios golpes en los últimos años.

La ilegalidad se extendió hacia otros aspectos de la sociedad colombiana, como lo demostró el auge del procesamiento y el tráfico de la droga. El narcotráfico llegó a definir la sociedad colombiana, desde los setenta y hasta el presente. La marihuana de la costa norte se cultivaba y enviaba a los Estados Unidos; la llamada Santa Marta Gold llegó a marcar el estándar de excelencia entre los consumidores de marihuana en la década de 1970. Los Estados Unidos intentaron convencer al gobierno colombiano de comprometerse a un programa de erradicación, pero escasamente afectó a los consumidores estadounidenses, que se cambiaron a productores en California y otras regiones de los Estados Unidos de clima templado. Sería otra sustancia adictiva, mucho más rentable y fácil de transportar, la cocaína, la que, rodeada del glamour y de la música disco de entonces se convertiría en la locura entre las clases altas de las ciudades a todo lo largo y ancho de Estados Unidos.

Infortunadamente, muchos extranjeros aún asocian a Colombia con la cocaína y con el famoso capo del cartel de Medellín, Pablo Escobar, cuyo poder se hizo famoso en los años ochenta. Su organización coordinaba y controlaba cargamentos de drogas que salían de Colombia, aprovechando la posición estratégica del país (de cara a dos océanos en la punta norte de Suramérica), la debilidad del Estado y la policía mal paga y susceptible de sobornos e intimidaciones.

209

## **CONTADORA, CENTROAMÉRICA Y LOS VECINOS DE COLOMBIA**

Mientras lidiaba con una guerra interna brutal, compleja y ya marcada por el narcotráfico, Colombia se dedicó activamente a promover la paz en Centroamérica durante los ochenta, por medio del Grupo Contadora, así llamado en honor de la isla frente a la costa de Panamá en que se llevaron a cabo las reuniones iniciales en 1983. Por sugerencia del primer ministro sueco, Olof Palme, del Nobel colombiano Gabriel García Márquez y de otros, los acuerdos de Contadora se pensaron como una solución regional a las guerras civiles aparentemente

interminables en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. En esos tres conflictos, el ejército estadounidense había jugado un papel decisivo, aunque no siempre justo en lo que toca a los derechos humanos. Las otras naciones latinoamericanas involucradas en la iniciativa de paz fueron México, Venezuela y Panamá. El grupo de Contadora jamás recibió el apoyo o el respaldo de los Estados Unidos, que veían las tres guerras en el contexto estratégico de la Guerra Fría contra la Unión Soviética. Sin embargo, Contadora se considera como un importante primer paso regional hacia la creación de los acuerdos de paz que habrían de dar fin a los conflictos en El Salvador en 1993 y en 1996 en Guatemala. En Nicaragua, la guerra de los contras, apoyados por los Estados Unidos, llegó a su fin cuando los izquierdistas sandinistas perdieron la presidencia en las elecciones de 1990.<sup>15</sup>

Colombia ha tenido una larga disputa con Nicaragua por el archipiélago de San Andrés y Providencia, cerca de la costa nicaragüense, que constituyen un departamento colombiano, y la querrela de la soberanía sobre el territorio existe desde el siglo XIX. A finales de la década de 1920, un tratado formal entre Nicaragua y Colombia resolvió el asunto a favor de Colombia, pero el gobierno revolucionario de Nicaragua que tomó el poder en Managua en 1979 desconoció el tratado. Actualmente, mientras San Andrés y Providencia se convirtieron en dos de los destinos de descanso preferidos por los colombianos, una agria disputa diplomática con Nicaragua se mantiene desde entonces. El reciente fallo del Tribunal Internacional de La Haya, que le reconoció a Nicaragua la soberanía sobre amplias zonas marítimas, ha sido discutido por el gobierno colombiano, pues no está dispuesto a aceptarlo en los términos en los cuales fue dictado.

Por supuesto, la producción y el tráfico de drogas, sobre todo de cocaína y heroína, de Colombia hacia los mercados de Europa y los Estados Unidos han creado tensiones con los países vecinos. Tales tensiones continúan hoy en día e involucran una mezcla de actividades ilegales en las fronteras entre Colombia y Brasil, al suroccidente; Venezuela al oriente; Ecuador y Perú al sur; y al norte, Panamá. Las drogas son solo una parte de una estructura de tensiones que cubre también el contrabando de comercio, dinero y gasolina y la migración humana a través de las fronteras. Tales tensiones han sido más graves en los lindes con Venezuela. Durante los años setenta, cuando el boom del petróleo venezolano estaba en su mejor momento, decenas de miles de colombianos, sobre todo pobres de escasa formación, viajaron a Venezuela para realizar trabajos denigrantes y mal pagos. Muchos regresaron a finales de los años noventa, a medida que crecían las tensiones políticas y sociales que llevaron al ascenso

15 La palabra *contra* es una contracción de la palabra contrarrevolucionario. Los Estados Unidos apoyaron a los contras, llamados “guerreros de la libertad” por el presidente Ronald Reagan, en contra del gobierno sandinista, de inspiración marxista.

del presidente Hugo Chávez. En Ecuador, este patrón se dio al contrario. Los ecuatorianos pobres, muchos de ellos indígenas, vienen a Colombia a trabajar, a menudo vendiendo objetos artesanales en los mercados urbanos, y los colombianos, más ricos, los suelen mirar con desprecio.

Las relaciones regionales se deterioraron gravemente a principios de marzo de 2008, cuando el ejército colombiano invadió brevemente el territorio ecuatoriano para matar a Raúl Reyes (nacido Luis Édgar Devia Silva), el segundo al mando de las FARC, quien había establecido su campamento en Ecuador, en la frontera con Colombia. Un total de diecisiete personas que vivían en el campamento murieron, como también un soldado colombiano. El gobierno de Rafael Correa denunció enérgicamente la redada; en solidaridad con su colega izquierdista, el presidente Chávez parecía a punto de declararle la guerra a Colombia. Envío a sus tropas a la frontera, pero las tensiones disminuyeron con el tiempo, sin lo que muchos temieron sería una guerra de tres países en el norte de Suramérica.

Los años noventa fueron ciertamente agitados para Colombia. Fue una década en que ocurrió la muerte de Pablo Escobar (aunque no la caída del narcotráfico), un fortalecimiento de los insurgentes de izquierda, el crecimiento de la actividad paramilitar, una crisis de refugiados internos rematada por una crisis política importante y, por último, una recesión económica en medio. La nación sobrevivió, pero la lucha fue intensa, compleja y aparentemente interminable. La crisis política alteró brevemente la antigua colaboración entre Colombia y los Estados Unidos. El candidato presidencial Ernesto Samper, del Partido Liberal, fue elegido a comienzos de 1994, pero pronto, en el mismo año, se reveló que había ingresado un aporte de dinero ilegal de cerca de seis millones de dólares para su campaña; el dinero evidentemente había sido reunido por los narcotraficantes. Las acusaciones, produjeron una crisis inmediata entre Washington y Bogotá. La situación se agravó tanto que al presidente Samper se le suspendió la visa para viajar a los Estados Unidos. Samper sobrevivió a la crisis, pero la economía colombiana se resintió a medida que la sociedad reaccionaba a las iniciativas de privatización de finales de los ochenta y principios de los noventa, a la caída de los precios del café a principios de los noventa, a la dificultad para asegurar el capital de inversión en el país y en el extranjero, a los bajos niveles de productividad, y a las limitadas inversiones extranjeras debidas a la crisis política y a la inseguridad.

Cuando Andrés Pastrana fue elegido presidente en 1998, la crisis política con los Estados Unidos se solventó rápidamente, y la economía poco a poco se empezó a reponer. Pastrana se hizo amigo del presidente Bill Clinton y convenció al mandatario y al Congreso de los Estados Unidos (aunque no a la Unión Europea, a la que también le había hecho la corte) de la gravedad de la situación. A Pastrana le preocupaba, y con razón, que la complicidad entre los cultivadores de hoja de coca,

los procesadores de pasta básica y cocaína, y las guerrillas izquierdistas se había consolidado. Habló de una insurgencia de izquierda fuera de control que ganaba anualmente cerca de quinientos millones de dólares por medio del secuestro, la extorsión y la “protección” de operaciones de narcotráfico. Y pidió ayuda.

A la crisis del país se sumaron las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia, los paramilitares), bajo el mando de Carlos Castaño, que para ese momento estaban del todo activas. Los *paras*, como se les llama coloquialmente, se enfocaron en luchar contra la guerrilla y contra sus presuntos colaboradores e informantes. Fue así como, bajo esta consigna, decenas de miles de colombianos fueron asesinados en este periodo, y cerca de dos millones fueron desplazados de sus hogares. El presidente Pastrana se vio obligado a mantener el difícil equilibrio entre asegurarles a los líderes mundiales que estaba al mando de la situación, y al mismo tiempo tratar de convencer al mundo de que las circunstancias del país eran críticas. Pastrana dio una entrevista para el programa *60 Minutes* de la CBS en otoño de 1999; hablando con tranquilidad, en perfecto inglés, describió a Colombia como una democracia históricamente estable que necesitaba un flujo considerable de capital para seguir funcionando como una entidad democrática. El presidente Clinton respondió apoyando el llamado Plan Colombia, un plan de ayuda de 1.350 millones de dólares (casi todos para fines militares) cuyo objetivo era “salvar” a Colombia. Clinton mencionó a Colombia en su Discurso del Estado de la Unión del año 2000, y tras un breve debate, el Congreso estadounidense aprobó el plan de ayuda en el verano del mismo año.

El ataque terrorista a los Estados Unidos el 11 de septiembre del 2001 distrajo la atención de Washington de Colombia y del resto del hemisferio norte. El presidente George W. Bush etiquetó a tres naciones de “eje del mal” (Corea del Norte, Irán e Iraq), y clasificó una variedad de grupos armados como “terroristas”, tres de los cuales eran colombianos: las AUC, el ELN y las FARC. Más o menos al mismo tiempo, entre 1999 y 2002, el presidente Pastrana hizo un intento relativamente serio de negociar la paz en Colombia, pero la respuesta por parte de los líderes de las FARC y del EPL (Ejército Popular de Liberación), no fue sino para sacar provecho estratégico y militar. Muchos colombianos concluyeron que los líderes de las FARC habían sido más listos que Pastrana, y muchos ciudadanos se mostraron furiosos y humillados por la arrogancia de los insurgentes. La paz fallida, junto al creciente sentido de que al país le faltaba un timón confiable, llevaron a la elección del rudo gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez, un hombre que representaba una coalición de derecha. Se posesionó el 7 de agosto de 2002.

## URIBE Y BUSH: COMPAÑEROS DE ARMAS

El presidente Uribe y el presidente George W. Bush se convirtieron en aliados cercanos: tenían en común una colección de historias sobre ranchos y la vida

rural, a los dos les gustaba ponerse botas de vaquero y sombreros en las ruedas de prensa. Desarrollaron una genuina amistad, y Colombia rápidamente se volvió el primer aliado regional de los Estados Unidos en la Guerra contra el Terrorismo que siguió al 11 de septiembre. La ayuda militar siguió llegando a Colombia; cerca de ocho mil millones de dólares han sido enviados desde el inicio del Plan Colombia en 2000, aunque el ímpetu inicial del Plan, diseñado para frenar el poder de los narcotraficantes y ayudar a los colombianos a recuperar el control de su país por medio de reformas judiciales, políticas y de seguridad, se transformó, después del 11 de septiembre, en una guerra en contra de “terroristas”, en particular las FARC. Los rebeldes demostraron ser más tercos y huidizos de lo que el presidente había imaginado, pero hubo varios aciertos en la lucha contra la insurgencia armada durante los ocho años de la presidencia de Uribe (2002-2010). Sin embargo, la cuota de abusos de derechos humanos, asesinatos extrajudiciales y escándalos militares, en especial el escándalo de los “falsos positivos” en que algunos comandantes militares inflaban el número de bajas asesinando a ciudadanos inocentes, vistiéndolos de subversivos e invitando a una prensa taquigráfica a celebrar la “victoria”, produjo la condena abierta por parte de grupos de derechos humanos (tales como el CINEP de Bogotá, un grupo de discusión y defensa de los derechos humanos dirigido por los jesuitas) y de grupos internacionales como la *Human Rights Watch* y Amnistía Internacional, entre otros.

El lamentable récord en violación de derechos humanos ha tenido consecuencias económicas y sociales, sobre todo bajo la forma de una demora en la aprobación del Tratado de Libre Comercio con Colombia. La aprobación del TLC, una prioridad del gobierno de Bush, que había logrado negociar un acuerdo en 2006, se demoró cinco años. La demora se puede atribuir, a grandes rasgos, a la oposición del liderazgo sindicalista del Partido Demócrata, que no suele apoyar los TLC que propician el traslado de los empleos bien remunerados a otras naciones y, con ello, la pérdida de control sindical sobre los mismos. Los líderes sindicalistas y sus aliados políticos en los Estados Unidos evaluaron el TLC colombiano en función de un programa de derechos humanos. Se estima que cerca de tres mil líderes del movimiento sindical han sido asesinados en Colombia desde 1986; pero con millones de dólares en juego (en 2009, las importaciones estadounidenses de Colombia sumaban 11.300 millones de dólares, y las exportaciones 9.400 millones), el TLC se firmó en octubre de 2011. El presidente Obama, que denunció en voz alta el TLC colombiano durante su campaña de 2008, revirtió su posición, para regocijo de las grandes empresas. Los representantes sindicalistas en los Estados Unidos y los activistas de derechos humanos de todo el mundo lucharon en contra de la ratificación del TLC colombiano en el Congreso estadounidense, pero el destino del tratado quedó sellado cuando a mediados del 2011 el TLC entre Canadá y Colombia entró en vigor, y cuando

China empezó, en los últimos cinco años, a incursionar económicamente en el mercado colombiano.

Las violaciones de derechos humanos y las limitadas oportunidades económicas han obligado a muchos colombianos a irse del país. Se estima que más de dos millones de colombianos viven fuera de su tierra, en los Estados Unidos, Europa occidental y América Latina y, para 2009, enviaron al país, por concepto de remesas, cerca de 4.200 millones de dólares. La cifra cayó a 3.900 millones en 2010 debido, sobre todo, a la contracción de las economías de los Estados Unidos y de Europa. Cincuenta y ocho mil millones de dólares en remesas llegaron a América Latina en 2010, más o menos un 12% menos que el año anterior (2008-2009).

## LLEGA SANTOS

El presidente Juan Manuel Santos, que se posesionó en la presidencia de Colombia en agosto de 2010, redefinió las relaciones internacionales de Colombia de manera significativa: primero, y muy importante, mejoró notoriamente las relaciones con los países vecinos de Ecuador y Venezuela. Además, ha intentado de un modo más deliberado y prudente que el de su predecesor crear relaciones cordiales y colaborativas con importantes países latinoamericanos como Argentina, Chile y Perú. También ha mirado hacia otros países además de los Estados Unidos para establecer diálogos comerciales, lo que incluye a China y a países de Europa. Su política exterior ha sido más balanceada y matizada que la de Uribe, centrada casi exclusivamente en una especie de colaboración servil con los Estados Unidos.

Santos sorprendió a muchos al firmar, en enero de 2011, la Ley de Víctimas, que podría concernir a cuatro millones de personas. Esta nueva ley reconoce a todas las víctimas del conflicto colombiano, desde 1985, y garantiza reparaciones bajo la forma de pagos en efectivo. Además, y tal vez más importante, garantiza que el Estado devolverá las tierras tomadas ilegalmente desde 1991 a sus dueños reales. La ley se vio como un primer paso importante en el intento de controlar y reparar parte del daño que ha hecho un conflicto largo y devastador que siempre pareció demasiado difícil de refrenar.

Desde su papel en la rivalidad económica entre los Estados Unidos y Gran Bretaña a comienzos del siglo XIX, hasta la separación de Panamá en 1903 y, más recientemente, sus conflictos con Venezuela y Ecuador, las interacciones de Colombia con el mundo exterior han tenido un evolución compleja pero sustancial, que ha venido desarrollándose en función de las necesidades y aspiraciones de la nación. La prensa extranjera ha tendido a demonizar a Colombia, centrándose en la historia de un conflicto regional de violencia, movimientos

guerrilleros y narcotráfico. Sin embargo, como hemos intentado demostrar en este capítulo, los periodos de violencia y actividad ilegal son solo una parte de la historia de Colombia. Las relaciones con el mundo exterior siempre han estado guiadas por un espíritu de colaboración. El presidente Marco Fidel Suárez, por ejemplo, a comienzos del siglo XX reinició las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos a pesar del resentimiento aún presente en Colombia por la intervención en Panamá en 1903. Entendió la conveniencia estratégica de colaborar con la creciente potencia del norte. Colombia también colaboró con los Aliados en la Segunda Guerra Mundial, con los Estados Unidos y las Naciones Unidas durante el conflicto en Corea, y con los Estados Unidos en el arranque de la Alianza por el Progreso y los Cuerpos de Paz. Además, lideró una campaña de paz con sus vecinos en los ochenta, en lo que se conocería como el Grupo de Contadora. En cada caso, Colombia ha mostrado voluntad de participar y también iniciar proyectos internacionales para promover a su gente, sus ideales y su forma de vida. Este capítulo ha mostrado la profundidad y complejidad de las relaciones exteriores de Colombia y la futilidad de reducir esa historia a simples afirmaciones sobre drogas y violencia. La cooperación y la colaboración internacionales le plantearán al país oportunidades y retos en el futuro, pero la viabilidad de Colombia como nación y sociedad ya no es un tema de debate.



## CONCLUSIÓN

Pese a muchas dificultades, retos diversos y una historia a la vez trágica y dinámica, Colombia ha sabido ingeniárselas para permanecer, poco más de doscientos años después de su independencia, como una nación. Los colombianos no huyen de su pasado; por el contrario, han aprendido a confrontar una historia con pasajes que, quizá en ocasiones, pareciera ser más conveniente olvidarlos.

La moneda de la Colombia contemporánea cuenta la historia de cómo el país mira su pasado. En los billetes aparecen héroes de la política y de la literatura que han vivido tragedias: Policarpa Salavarrieta, heroína y mártir de la lucha por la independencia, ejecutada por los leales a la Corona en 1817, se recuerda en el billete de diez mil pesos. El reconocido poeta José Asunción Silva, que se suicidó en 1896, figura en el billete de cinco mil pesos, y Jorge Eliécer Gaitán, cuyo asesinato el 9 de abril de 1948 desató un caos urbano con profundas consecuencias en todo el país y que se conoce simplemente como *el nueve de abril*, se conmemora en el billete de mil pesos, en el que figuran dos de sus frases célebres. Una de ellas, “el pueblo es superior a sus dirigentes”, muestra el escepticismo irónico del político respecto a los “políticos”.

Ahora bien, más que la moneda, la geografía explica la condición colombiana; los contrastes físicos de la tierra son enormes, imponen el aislamiento a pueblos que viven en el mismo territorio y sin embargo se identifican con su región y sus vecinos más que con sus conciudadanos nacionales. Que de esta complejidad haya sido posible construir un país es por sí solo digno de mención. El único momento en la historia moderna de Colombia en que el país en efecto se “desbarató” fue durante la hostil intervención extranjera de 1903, cuando los Estados Unidos planearon y ejecutaron la separación de Panamá del territorio central colombiano. La separación de la provincia de Panamá fue una consecuencia directa de la singular posición geográfica de Colombia, situada entre dos océanos, y, para una época anterior a la aviación, la delgada franja de territorio colombiano que conectaba los dos mares era especialmente valiosa. Hoy, ese territorio se llama la República de Panamá.

Así mismo, numerosas son las fuerzas y factores que han colaborado en la unificación de Colombia. Los procesos constitucionales han moldeado su historia durante los últimos doscientos años, como se mostró en el capítulo tres; las instituciones han sido forjadas para unir lo que parecía permanentemente fracturado. La Iglesia católica ayudó a unificar y, a veces, a dividir a la nación. Sin embargo, una lengua común, una narrativa histórica dirigida por las élites y un sistema educativo enfocado en Occidente han contribuido también a forjar la nación colombiana.

Los extranjeros que visitaron Colombia por primera vez (José Celestino Mutis, Agustín Codazzi y Alexander von Humboldt entre los más prominentes y productivos) quedaron asombrados por la belleza natural, la exuberante vegetación y la biodiversidad del país. Sin embargo, hasta que los sistemas modernos de transporte y comunicación hicieron presencia, Colombia fue en gran medida un enigma para el mundo exterior. El profético comentario de David Bushnell en la introducción a su libro de 1993 confirma este punto: “Colombia es hoy en día el menos estudiado de los países de América Latina, y tal vez el menos comprendido”. Bushnell se refiere al hecho de que la historia de Colombia no es fácil de entender o de categorizar, pues no sigue los patrones historiográficos desarrollados por los historiadores del siglo XX, especialmente aquellos que escriben desde fuera. A Colombia le falta el largo y fuerte patrón de inmigración que se encuentra en lugares como los Estados Unidos, Argentina, Brasil, Chile, Cuba, Perú y Uruguay. También carece de alboroto revolucionario y de gobiernos militares; no hubo en el siglo XX una “revolución” sociopolítica como las de México, Cuba o Nicaragua, ni tampoco una intervención militar drástica como la hubo en Brasil en 1964, en Perú en 1968, en Chile en 1973 y en Argentina a mediados de los años setenta. El populismo en América Latina se volvió un tema importante en la academia en los años setenta y en los ochenta, pero la investigación sobre populismo se centró en el Brasil de Getúlio Vargas, el Perú de Víctor Raúl Haya de la Torre, el México de Lázaro Cárdenas y la Argentina de los Perón; se consideraba improbable estudiar el populismo colombiano porque el líder populista, Jorge Eliécer Gaitán, murió joven y de manera trágica, antes de conseguir el poder nacional.<sup>1</sup>

La excepcional generación de historiadores sociales colombianos, forjada en los años sesenta con el trabajo pionero del profesor Jaime Jaramillo Uribe, le ha enseñado al mundo la riqueza de la historia de Colombia. Estos historiadores han hecho énfasis en la importancia que reviste entender a Colombia en sus propios términos. Los modelos y teorías que se han diseñado en otros contextos, sea la teoría de la dependencia, de la industrialización por sustitución

---

1 Los académicos no han ignorado en absoluto a Gaitán, pero el estudio del populismo colombiano requeriría una creatividad y un juicio particulares con las fuentes, como se demuestra en el libro de Herbert “Tico” Braun, *Mataron a Gaitán* (1987).

de importaciones o el desarrollismo, no coordinan del todo ni se adaptan en Colombia. Estudiar a Colombia requiere dedicación y pasar un buen tiempo en varios lugares del país. Infortunadamente, las advertencias de viajes de por ejemplo el Departamento de Estado de los Estados Unidos, que concentra sus prevenciones en la presencia de guerrillas activas, y la percepción ampliamente aceptada de que Colombia es más peligrosa que la mayoría de los sitios en el hemisferio occidental, han conspirado para mantener a los investigadores lejos de los archivos y colecciones de documentos colombianos.

En este libro hemos intentado mostrar que Colombia, a pesar de su compleja historia, se mantiene, y que el enfoque en la violencia política, las drogas ilegales y la corrupción encubre una historia menos dramática pero más importante de procedimientos constitucionales, gobiernos que con regularidad ceden el poder tras las elecciones, y una preocupación por los derechos sociales de la gente, como se hizo evidente en la reevaluación y reescritura de la Constitución colombiana en 1991. El país se sostiene no solo gracias a la Constitución y a un gobierno estable aunque imperfecto, sino también gracias a una infraestructura (descrita en el capítulo siete) que ha buscado unificar al país. El aspecto más sobresaliente y admirable de Colombia, sin embargo, es su desarrollo cultural diverso, complejo y original. Los colombianos se unen con más entusiasmo a sus embajadores culturales que a los políticos y líderes empresariales. Los ciclistas colombianos que compiten en el Tour de France, los triunfos y derrotas de su selección nacional de fútbol y de sus equipos regionales, los pintores cuyas obras se exhiben en galerías de todo el mundo, y los escritores que han ganado premios y reconocimientos en muchos ámbitos culturales del mundo, son el tema de las conversaciones cotidianas.

La cultura colombiana es extraordinariamente vivaz, pero ha sido a menudo ensombrecida por los titulares de la prensa mundial, que se centran, por razones tanto prácticas como económicas, en la “Colombia peligrosa”. Si bien es cierto que escritores, pintores, poetas, directores de teatro e intelectuales de diversas disciplinas han sido animados por “la crisis” (ejemplo de lo cual fue la galardonada exhibición de 1999 presentada en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, “Arte y violencia en Colombia desde 1948”), también es cierto que su trabajo se ha esforzado en desafiar el discurso histórico oficial y aceptado mientras se resisten a las fuerzas de la jerarquía, el elitismo y la estratificación social.

¿Cuál es la historia “correcta” de Colombia? Esperamos haber mostrado cómo esa pregunta es a la vez peligrosa, por sus implicaciones, e imposible de responder. La historia de Colombia es asombrosamente dinámica, y los historiadores llegan a conclusiones del todo diferentes cuando escriben acerca de los mismos sucesos o periodos. Con este libro hemos querido atender a las fuerzas

de la unidad, las dinámicas que creemos han mantenido a Colombia unida. Otros libros, académicos y no tan académicos, estudian a Colombia desde la perspectiva de la desintegración, el fracaso, la catástrofe o la división. Nuestras interpretaciones y énfasis no son necesariamente “correctos”, y es probable que en el futuro los académicos contradigan lo que aquí hemos dicho. Así es el terreno de nuestra profesión, que se mueve y cambia a medida que nuevas interpretaciones se desarrollan, se debaten y se divulgan, y se apoyan o descartan con el tiempo.

Aunque las interpretaciones han de variar, no dudamos que la nación colombiana perdure, y que los colombianos sigan sorteando los retos que se les presenten con un sano espíritu de escepticismo aferrado en la esperanza, la fortaleza y la dignidad que parecen definirlos como personas. La búsqueda de un futuro mejor es la meta de todas las civilizaciones, y este país se ha ido acercando a esa meta, no siempre uniformemente, pero sí a la manera sistemática y excepcionalmente creativa de los colombianos.

## EPÍLOGO

### ¿CRÓNICA DE UNA PAZ FRUSTRADA?

Escribir sobre un proceso de paz en camino es peligroso, quizás imprudente. Pero para esta edición de bolsillo revisada hemos decidido incluir aquí una pequeña cronología de los varios procesos de paz de Colombia durante los últimos sesenta años. Creemos, con cauto optimismo, que el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC, el grupo armado insurgente que ha estado activo desde los sesenta, van a llegar a alguna especie de acuerdo. El proceso de paz actual, que surgió en febrero de 2012, ha tomado la forma de negociaciones que están ahora en proceso en La Habana, Cuba, y ambos lados han acordado un cronograma según el cual las deliberaciones deberían concluir en noviembre de 2013. Hoy sabemos que tomará un poco más de tiempo, no exento del riesgo de ser suspendidas por las muchas fuerzas que conspiran en su contra.

Durante muchos años, los colombianos han estado intentando asegurar una paz duradera para poner fin a décadas de conflicto armado, inseguridad social y pérdidas que, en términos de dinero, se calculan en billones de pesos a lo largo de varias generaciones. Se estima que el conflicto tiene un costo anual de entre 2 y 4% del PIB,<sup>1</sup> dinero que podría destinarse a reparar la infraestructura, mejorar la educación, apoyar las artes y sacar a más colombianos de la pobreza. Una edición reciente de *Semana*, la revista de noticias y de política más importante del país, estima que más de cinco millones de colombianos (a grandes rasgos, uno de cada nueve ciudadanos de este país de cuarenta y cinco millones) puede ser clasificado como víctima del conflicto armado de las últimas dos décadas.<sup>2</sup> El artículo de *Semana* estudia este conflicto desde una perspectiva amplia: cuenta las víctimas de homicidio, secuestro, desplazamiento forzoso y lesiones a él asociadas, así como las ocasionadas por el ejército nacional, los insurgentes

---

1 El PIB de Colombia en 2011 era de 331 mil millones de dólares.

2 “5,5 millones de víctimas y contando”, *Semana*, junio 3-10, 2013, Edición Especial, No. 1622.

armados (grupos guerrilleros), los paramilitares, los narcotraficantes y/o lo que ahora se conoce simplemente como bandas criminales, Bacrim.

La mayoría de los colombianos están cansados del perpetuo conflicto. Las FARC, a las que sus admiradores alguna vez vieron como infatigables luchadoras en nombre de los pobres, han perdido una ideología coherente y han recurrido, en los últimos años, a la extorsión, el secuestro y la protección de los narcotraficantes para financiar sus actividades. Por su parte, el gobierno de Santos podría dedicar sus energías a, en vez de continuar la guerra, construir una economía más fuerte y una sociedad más democrática, a la vez que promover en el exterior las ricas tradiciones históricas y culturales de Colombia. El conflicto armado ha mostrado ser un freno constante para la economía, la estructura política y el espíritu de las víctimas y de los victimarios.

Sin embargo, tal conflicto se ha vuelto parte de la vida cotidiana en el país. Los académicos y los periodistas en Colombia y afuera sigue estudiándolo, y las librerías ofrecen un suministro aparentemente infinito de títulos relacionados con el tema.<sup>3</sup> En 2011 salió al aire la telenovela “El Capo”, un programa que trata la historia del narcotráfico colombiano y que creó versiones compuestas de los variados e infames capos de la droga. La serie fue renovada recientemente para una tercera temporada, después de su éxito colosal en Colombia y en el exterior, y transmisiones en América Latina, España y el mercado hispanoparlante de Estados Unidos. El 3 de marzo de 2013, el canal RCN, en colaboración con MundoFox sacó al aire una nueva serie, “Tres Caínes”, basada en las barbaries de los hermanos Fidel, Carlos y Vicente Castaño. Los Castaño planearon la organización de las fuerzas paramilitares que destruyeron a Colombia durante décadas hasta su desarme final en 2005, tras lo cual se disolvieron en redes criminales vagamente vinculadas. De este modo, la “narcovela” hoy le proporciona entretenimiento a millones en Colombia y afuera, y demuestra lo fácil que es monetizar la violencia.

La violencia vende, pero también distorsiona. Lo que la narconovela no muestra son los sesenta años de intentos de negociar la paz, cuyos resultados han sido inconsistentes e insatisfactorios.

Muchos datan los planes de paz contemporáneos en Colombia en el gobierno de Belisario Betancur a principios de los ochenta. Sin embargo, treinta años antes del ascenso de Betancur a la presidencia, el General Gustavo Rojas Pinilla (en 1953) organizó la desmovilización de unos 6.500 guerrilleros de los Llanos Orientales, Cundinamarca, el Magdalena medio, Santander, Tolima y

3 Dos ejemplos recientes de 2012 son Stephen Ferry, *Violentología: un manual del conflicto colombiano* y Mario Alejandro Molano y Elkin Rubiano, eds., *La violencia en Colombia según Fernando Botero. Consideraciones historiográficas, estéticas y semióticas*. Ambos tratan gráficamente la violencia, el uno a través de las fotos de Ferry y el otro a través de los cuadros y dibujos de Botero.

otras regiones; las negociaciones de ese entonces prometían la reforma agraria y el cese de operaciones en contra de los insurgentes por parte del ejército. Sin embargo, muchos de los líderes fueron asesinados, incluyendo a Guadalupe Salcedo y a Jacobo Prías Alape, entre otros. Estas insurgencias no se adscribían a una sola filosofía o ideología; en los Llanos Orientales, por ejemplo, los guerrilleros comandados por Salcedo eran fieles miembros del tradicional Partido Liberal colombiano, y finalmente formaron soviets, o comunidades marxistas-comunistas. Lucharon entre 1946 y 1953, en contra de los gobiernos conservadores y de las fuerzas paramilitares.

Alberto Lleras Camargo, el primer presidente que gobernó dentro del acuerdo elitista de compartir el poder, llamado Frente Nacional y que empezó en 1958, reconoció la desmovilización y amnistía (de 1958), pero su gobierno desarrolló una amnesia gradual con respecto al ímpetu social, cultural y económico de la insurgencia en Colombia. De este modo, en los cincuenta la desmovilización no fue ni completa ni eficiente, y la violencia y el desorden social estallaron en áreas en que la guerrilla había operado previamente, lo que desencadenó la represión por parte del gobierno.

En 1962, preocupado por la propagación de la Revolución cubana en América Latina, el gobierno estadounidense implementó y patrocinó el Plan LASO (Latin American Security Operation), una ofensiva diseñada para eliminar a los insurgentes y proteger las inversiones y los gobiernos elegidos democráticamente. Dada la historia reciente de Colombia de insurgencia y conflicto civil, el país se volvió un foco importante para el gobierno del presidente John F. Kennedy (1961-1963). En esta época, algunos estudiantes desilusionados de las universidades colombianas, inspirados por la Revolución cubana, formaron el ELN. En 1964 las FARC surgieron a raíz del desinterés e hipocresía de la clase dirigente, que se rehusaba a ofrecer una reforma agraria seria y sostenida en Colombia. A pesar de un éxito moderado, el ejército colombiano tampoco logró extirpar del todo la amenaza guerrillera ni combatió las causas profundas de la insurgencia.

Estos y otros grupos guerrilleros se fueron fortaleciendo durante las décadas de 1960 y 1970, y el primer intento sistemático y completo de negociar una paz general no surgió sino hasta principios de los ochenta con el gobierno de Belisario Betancur.

El presidente Belisario Betancur aseguró el Acuerdo de La Uribe (1984), que representaba una importante negociación de paz entre el gobierno y las FARC. Los pilares principales del acuerdo fueron las reformas sociales, la reforma agraria y las garantías para la reincorporación a la vida civil, y de aquí surgió un nuevo partido político, la UP, Unión Patriótica. Cientos de candidatos de la UP (antiguos insurgentes desmovilizados) salieron elegidos alcaldes, miembros de concejos o en otros puestos en pequeños pueblos y municipios a lo largo y ancho

del territorio nacional, pero dos tragedias simultáneas destruyeron dicha iniciativa. Primero, el M-19, una guerrilla urbana fundada a principios de los años setenta, orquestó una toma dramática del Palacio de Justicia en noviembre de 1985, que causó la destrucción del edificio y la muerte de más de cien personas. Segundo, un siniestro y aún bastante desconocido complot de poderes puso en su mira a los líderes de la UP, y durante los seis o siete años siguientes asesinó a cerca de tres mil miembros del partido en Colombia. De ese modo, hacia el final de 1985, la creativa y seria iniciativa de paz de Betancur se evaporó, y las tres guerrillas principales se reorganizaron y regresaron al campo.

El presidente Virgilio Barco (1986-1990) aseguró un acuerdo de paz con el M-19. En 1990, unos ochocientos miembros del M-19 entregaron las armas y accedieron a una amnistía general, y algunos de sus militantes, incluyendo a Antonio Navarro Wolf y el actual alcalde de Bogotá, Gustavo Petro, se han convertido en líderes cívicos nacionales. Sin embargo, muchos de los líderes del M-19 en la fase posdesmovilización, como fue el caso de Carlos Pizarro, murieron violentamente; Pizarro fue asesinado durante su campaña para la presidencia en 1990. Otros dos candidatos, el candidato liberal Luis Carlos Galán y Bernardo Jaramillo (presidente de la UP, y que había ascendido a ese cargo tras el asesinato de Jaime Pardo Leal, candidato del mismo partido a la presidencia de Colombia en 1986), fueron asesinados durante esta campaña.

De la atroz carnicería de la campaña de 1990 salió César Gaviria Trujillo como presidente de Colombia. Joven economista con un plan de desarrollo económico y no tanto de paz, Gaviria empezó a reestructurar la economía colombiana en dirección neoliberal. Al rehusarse a apoyar un tratado con los Estados Unidos para la extradición de los capos del narcotráfico, sin quererlo expandió y vigorizó el tráfico de drogas. El gobierno de Gaviria sí supervisó la desmovilización de un grupo insurgente pequeño pero importante en el rincón suroeste de la nación, el MAQL o Movimiento Armado Quintín Lame, que se reinsertó a la vida civil en 1991. En este tiempo, el gobierno logró negociar con otros pequeños grupos insurgentes como el EPL (Ejército Popular de Liberación) y el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores). A Gaviria se le recuerda con mayor aprecio por su valiente liderazgo al organizar el plebiscito que culminó en la Asamblea Nacional Constituyente y en la confección y ratificación de una nueva constitución colombiana en julio de 1991. La nueva carta armonizaba al Estado colombiano y a su estructura política, pero ignoraba en gran parte la configuración agraria, tristemente inadecuada y desigual.

En 1994, un candidato liberal tradicional, Ernesto Samper, llegó a la presidencia, pero su mandato sufrió enormemente debido al flujo de “narco-dólares” en los últimos días de su campaña. Tal vez para mostrar que no era un esbirro de los capos del narcotráfico, Samper usó al ejército nacional, poco entusiasmado,

agobiado y con fondos insuficientes, para perseguir a los narcotraficantes, lo que contrastaba con la estrategia previa de usar a la policía nacional, cada vez más corrupta y deficiente, para la lucha antinarcóticos. El ejército también se enfrentó a las guerrillas y, en menor medida, a los paramilitares, pero la débil posición de Samper dentro y fuera de Colombia, junto con una economía en recesión, hicieron imposible el surgimiento de una negociación de paz seria en este tiempo.

Andrés Pastrana (1998-2002) hizo un intento serio pero fallido de asegurar un acuerdo de paz con las FARC durante su mandato. Para el 2000, las FARC parecían haber crecido en fuerza y en cantidad. Los colombianos estaban cansados del conflicto y querían un acuerdo negociado o la erradicación total de los insurgentes. Mientras planeaba la paz, el presidente planeaba simultáneamente la guerra, buscando con éxito una ayuda de los Estados Unidos, sobre todo militar, de miles de millones de dólares, lo que se conoció como el Plan Colombia, del año 2000. Los diálogos de paz del gobierno de Pastrana se llevaron a cabo en San Vicente del Caguán, en el departamento del Caquetá, uno de los municipios que hizo parte de la infame zona de despeje que el gobierno le concedió a las FARC como muestra de buena voluntad. Los diálogos formales empezaron de manera poco propicia, cuando el líder de las FARC, Manuel Marulanda Vélez (“Tirofijo”), decidió no presentarse y dejar al presidente y a su comitiva esperando, sudando bajo el sol tropical. Ninguno de los bandos, durante los tres años de negociaciones, se tomó en serio la paz: Pastrana aprovechó el tiempo para armar al ejército y las FARC aprovecharon su zona desmilitarizada para reforzar y consolidar sus fuerzas. Cuando el ejército nacional volvió a tomar control de la zona de despeje, bajo órdenes presidenciales, los diálogos de paz llegaron oficialmente a su fin y el consenso de opinión fue desalentador: los líderes de las FARC le habían ganado la partida al presidente Pastrana después de ese dramático y eterno ballet de tres años, lo que acabó en la desgracia personal del presidente y la humillación de toda la nación.

El fracaso del Caguán llevó inexorablemente, en las elecciones de mayo del 2002, al ascenso de Álvaro Uribe Vélez, un habilidoso político cuya campaña prometió la victoria militar total sobre los insurgentes de izquierda. El Plan Colombia le permitió a Uribe fortalecer y profesionalizar las fuerzas armadas de Colombia. Importó de los Estados Unidos una flotilla de helicópteros tácticos y todo terreno y guardó los elegantes pero inútiles Mirage franceses, aviones de guerra que ya pertenecían a otra época. El “Plan Patriota” de Uribe consistía en empujar a la guerrilla hacia los rincones del país, acorralarlos y reducirlos con “bajas” verificables que le mostraran a los colombianos que era el ejército, y no los insurgentes, el que iba ganando la guerra.

A pesar de los discursos bravucones y tempestuosos del gobierno sobre una victoria militar total, los colombianos empezaron a dudar seriamente del modo en que Uribe estaba lidiando con la guerra cuando estalló el escándalo de los “falsos positivos” en 2008. El escándalo, una manipulación siniestra y criminal del número de bajas de la guerra, ya descrito en este libro, obligó a los colombianos a dudar de la eficacia de una victoria militar total, y nuevamente se empezó a discutir una salida dialogada del conflicto. El escándalo de los falsos positivos perjudicó al gobierno de Uribe, avergonzó a su ministro de defensa Juan Manuel Santos y representó el comienzo de una serie de revelaciones sobre el segundo mandato de Uribe.

El presidente Uribe sí hizo un acuerdo con las fuerzas paramilitares, las AUC, que culminó en la Ley de Justicia y Paz, según la cual las AUC se desintegrarían, admitirían públicamente sus crímenes, y recibirían sentencias reducidas por su transparencia aparente. La salida a la luz de algunos de estos crímenes, masacres en la mayoría de los casos, conmocionó a los colombianos, y pronto muchos políticos y figuras importantes (incluyendo socios cercanos del presidente) se encontraron inmersos en el escándalo por haber colaborado con las asesinas fuerzas paramilitares. Muchos de estos están ahora en la cárcel. El desmembramiento oficial de las AUC no condujo a la paz nacional y a la armonía; en muchas regiones del país, sobre todo en la costa norte, los paramilitares se han vuelto a armar furtivamente y a conformar bandas criminales, las Bacrim. Estas organizaciones criminales tienen verdadera influencia política y poder económico en gran parte del territorio nacional.

Uribe hizo un intento mediocre de negociar con las FARC, pero una especie de odio histórico y visceral hacia esta organización le impidió a él o a su gobierno negociar seriamente con los guerrilleros. El presidente Uribe buscó el apoyo del presidente venezolano Hugo Chávez,<sup>4</sup> un hombre que tenía un vínculo cercano con las FARC, e intentó usar a Chávez y al presidente izquierdista de Ecuador, Rafael Correa, como interlocutores. Pero las proposiciones de Uribe a sus vecinos de izquierda colapsaron en marzo de 2008, cuando el ejército colombiano atacó un campamento en Ecuador y mató a Raúl Reyes, el segundo al mando de las FARC. Un total de dieciocho personas murieron, incluyendo a un soldado colombiano. Esto enfureció al presidente Correa, al presidente Chávez y a los hermanos Castro en La Habana y llevó a una seria y aguda crisis política. También marcó el fin de todo tipo de negociación entre el gobierno de Uribe y las FARC.

La elección de Juan Manuel Santos como presidente de Colombia abrió el paso para un nuevo intento de reanimar el estancado proceso de paz en el país. Santos entendió las dimensiones regionales del conflicto, y al posesionarse

---

4 El presidente Chávez murió en el cargo en marzo de 2013.

en agosto de 2010, normalizó de inmediato las relaciones con los presidentes Chávez y Correa. A principios de 2012 se habló de diálogos exploratorios, y poco después se firmó un acuerdo (para empezar a dialogar) en La Habana, Cuba, y las charlas empezaron formalmente en noviembre de 2012; deberían concluir en noviembre de 2013.

A la fecha de este escrito, finales de junio de 2013, los diálogos están en proceso, y un importante avance se logró a fines de mayo con respecto al tema de la reforma agraria. Ambas partes han aceptado una reforma que garantice un acceso más justo a la tierra, acompañado de desarrollo rural y el establecimiento de un “banco de tierras” que le ayude a los verdaderos dueños a recuperar las que les fueron usurpadas ilegalmente. Un acuerdo sobre el tema agrario es fundamental para cualquier paz legítima y duradera en Colombia: Aunque la nación es moderna, el sector agrario de la economía es pobre y desigualmente repartido. Una historia de desigualdades ha llevado a desacuerdos y violencia ya desde los años treinta, formando la base de la que se agarra, aunque precariamente, la insurgencia contemporánea en Colombia.

Otros temas que han de tratarse en los diálogos en proceso incluyen la participación política de los miembros desmovilizados de las FARC, el desarme, las drogas ilegales, los derechos de las víctimas y la implementación de los acuerdos de paz. Noruega y Cuba, los dos países “garantes” de los diálogos, han apoyado el proceso, como también lo han hecho Venezuela y Chile.

En mayo de 2013, el 64% de los colombianos encuestados se mostró optimista respecto a la posibilidad de que los diálogos tengan un resultado positivo para el país. Este optimismo refleja un nuevo capítulo de la participación política, pues hasta hace poco casi todas las discusiones políticas en Colombia pronto se volvían negativas y pesimistas. A los colombianos les incomoda su estatus de ser el único país latinoamericano con guerra interna. Los conflictos acabados recientemente en Perú, Guatemala y El Salvador muestran que los enfrentamientos largos finalmente acaban, generalmente con negociaciones. Los colombianos quieren vivir en paz, y han desarrollado un saludable escepticismo acerca de todos los aspectos del conflicto.

La paz no está ni muy distante ni es muy abstracta para los colombianos. Aunque las negociaciones actuales puedan no producir una paz perfecta o completa, los conflictos suelen acabar en diálogos y negociaciones. Las naciones civilizadas modernas negocian. Ninguna sociedad está en guerra eternamente. Y Colombia no es la excepción.



# CRONOLOGÍA DE COLOMBIA, 1810–1991

AÑO	POLÍTICA	SOCIEDAD Y ECONOMÍA	CULTURA Y CIENCIA
1810	Junta Autónoma Provincial.		Periódicos: <i>La Constitución Feliz</i> y <i>Diario Político de Santafé</i> .
	Junta Suprema de Santafé.		Composición de la primera canción patriótica por José María Salazar.
	Acta del 20 de Julio y expulsión del virrey.		Se publica en Cartagena <i>Argos Americano</i> .
	Primera batalla de la Guardia Nacional.		
1811	Constitución de Cundinamarca.		Antonio Nariño publica <i>La Bagatela</i> .
	Se firma el pacto federal.		
	Declaración de Independencia de Cartagena.		
	Constitución de Tunja.		
1812	Constitución de Antioquia.		

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1813</b>	<p>“Campaña Admirable” de Simón Bolívar.</p> <p>Declaración de Independencia de Tunja y Cundinamarca.</p> <p>Empieza la campaña militar de Nariño.</p>		<p>Francisco José de Caldas funda su academia militar en Medellín.</p> <p>Publicación en Mompo del catecismo o <i>Instrucción popular de Fernández de Sotomayor</i>.</p>
<b>1814</b>		<p>Se autoriza la venta de ejidos.</p> <p>Esclavos de Antioquia en libertad.</p>	
<b>1815</b>	Cartagena es sitiada por el ejército de Pablo Morillo.		
<b>1816</b>	<p>Pablo Morillo se toma Santafé.</p> <p>Empieza Régimen del Terror.</p> <p>Se reestablece el virreinato.</p>		
<b>1819</b>	<p>Congreso de Angostura.</p> <p>Campaña Libertadora.</p> <p>Batalla de Boyacá.</p> <p>Carta Fundamental: se crea la República de Colombia.</p>		

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1820</b>	Simón Bolívar es declarado presidente por el Congreso de Angostura.	Gobierno declara que se fundarán escuelas en todos los pueblos.  Primera logia masónica en Bogotá.	
<b>1821</b>	Congreso de Cúcuta promulga una nueva constitución, centralista.  Panamá declara la independencia y se adhiere a Colombia.	Ley de vientres; los hijos de esclavos nacen libres.  Ley de libertad de prensa.  Primer barco a vapor llega a la costa.	Sistema educativo de Joseph Lancaster entra en vigor en Colombia.  Misión francesa es contratada para impulsar investigación científica agrícola.
<b>1822</b>	Estados Unidos reconoce a Colombia.  Reunión entre San Martín y Bolívar en Guayaquil.  Gobierno regula ministerios y organiza las propiedades en el país.	Se crea en Bogotá la “Sociedad Industrial” para construir una industria de loza.	Se funda el Colegio de Antioquia, que dará origen a la Universidad del mismo nombre.
<b>1823</b>			Se funda el Museo Nacional.
<b>1824</b>	<i>Tratado de Amistad, Comercio y Navegación</i> entre Estados Unidos y Colombia.	La británica “Asociación Minera de Colombia” reestablece la actividad minera en Antioquia.	

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1825</b>	Gran Bretaña reconoce a Colombia y firma el <i>Tratado de Amistad, Comercio y Navegación</i> .  Abolición del comercio de esclavos.	Censo: 2.583.799 personas.  Abolición de los impuestos coloniales.	Circula el periódico <i>La Miscelánea</i> .  Exploración de posible ruta interoceánica a través de Panamá.
<b>1826</b>	Rebelión en Venezuela en contra de vicepresidente Santander.  Congreso Anfictiónico de Panamá.	Se aprueban leyes protectoras para indígenas.	Se funda la Universidad Central en Bogotá.  Se aprueba la Ley General de Instrucción Pública.
<b>1828</b>	Convención de Ocaña.  Dictadura de Bolívar.  Guerra con Perú.	Fundación de Pácora en una nueva zona de colonización de Antioquia.	Pintor José María Espinosa retrata a Bolívar.
<b>1829</b>	Levantamiento militar contra la dictadura de Bolívar.	Proyecto de astillero para construir barcos a vapor.	Juan García del Río escribe <i>Meditaciones colombianas</i> .
<b>1830</b>	Asamblea Constitucional crea nueva constitución.  Se disuelve la Gran Colombia cuando Venezuela y Ecuador se separan.  Muere Simón Bolívar.	Privilegios especiales para los productores de vasijas, vidrio, lino, hierro, papel y textiles.	
<b>1832</b>	Nueva constitución crea la República de La Nueva Granada.	Abolido todo tributo indígena.	Se crea el Colegio de La Merced para mujeres.

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1834</b>		Censo: 1.687.129.	Se aprueba la bandera nacional tricolor (amarillo, azul y rojo).
<b>1835</b>	Los Estados Pontificios reconocen a la Nueva Granada.	Se crea sistema nacional de moneda.  Primera exportación de café.	Teorías de Jeremy Bentham resurgen en programas universitarios.
<b>1837</b>	José Ignacio Márquez es elegido presidente.  Se escribe el Código Penal.	Se desarrolla la protección económica.	
<b>1839</b>	Guerra civil de “los Supremos” (1839-1842); varias provincias se rebelan contra el gobierno central, este último resulta vencedor.		
<b>1840</b>		Empieza el cultivo de café cerca a Bogotá.	
<b>1841</b>	Pedro Alcántara Herrán es elegido presidente de la república.	Judas Tadeo Landínez abre la “Compañía de Giro y Descuento” o el primer banco, que quiebra a los pocos años, causando crisis.	Exposición de productos artísticos e industriales.  Periódico <i>El Cóndor</i> publica, en cada edición, una novela de un autor colombiano.
<b>1843</b>	Aprobada nueva constitución, centralista.	Censo de la república: 1.931.685.	

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1845</b>	Tomás Cipriano de Mosquera es elegido presidente de la república.  Inician grandes reformas estatales.	Se inicia la navegación a vapor por el Río Magdalena.  Se estructura un plan vial nacional para conectar a la capital con Venezuela y Ecuador.  Banco de Ahorros fundado en Bogotá.	Lino de Pombo publica su <i>Recopilación Granadina de Legislación Nacional</i> .
<b>1846</b>	Tratado Mallarino-Bidlack, entre Estados Unidos y Colombia respecto a Panamá.	Carruaje con caballos: primer sistema de transporte público en la capital.	Se funda la primera Escuela Normal.  El arquitecto Thomas Reed empieza la construcción del Capitolio Nacional.
<b>1847</b>	Se forman sociedades democráticas y progresistas de artesanos.	Se establece el directorio general de presupuesto.  Se firma concesión para construir el Ferrocarril de Panamá.	Se crea la Sociedad Filarmónica de Bogotá.  Estatua de Bolívar es erigida en la plaza central de Bogotá.
<b>1848</b>	Se definen dos partidos políticos: Liberal y Conservador.	Libre comercio aprobado.  Empieza libertad de agricultura y comercialización del tabaco.  Concesión a Norteamérica para la construcción del Ferrocarril de Panamá.	Joaquín Acosta publica el <i>Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo XVI</i> .  Se publican en La Nueva Granada periódicos que usan la técnica de litografía.
<b>1849</b>	José Hilario López es elegido presidente.	Abolición de la pena de muerte.	

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1850</b>		Reformas liberales.	Se establece la <i>Comisión Corográfica</i> dirigida por Agustín Codazzi.  Terminan restricciones educativas, títulos universitarios abolidos.
<b>1851</b>	Guerra civil.	Censo: 2.240.054.  Ingreso de ganado inglés <i>Durham</i> y <i>Hereford</i> .  Abolición de la esclavitud.  Libertad de prensa, juicio con jurado.  Construcción de primera carretera con técnica McAdam.	
<b>1853</b>	José María Obando es elegido presidente.  Nueva constitución moderada.		
<b>1854</b>	José María Melo realiza un golpe de estado.  Guerra civil, Melo cae y gobierna José de Obaldía.		

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1855</b>	Manuel María Mallarino es elegido presidente.  Panamá se vuelve Estado federal.	Ferrocarril de Panamá empieza a funcionar.	
<b>1856</b>	<i>Incidente de la tajada de sandía</i> en Panamá; la marina estadounidense ocupa Colón.  Antioquia se convierte en Estado luego de la aprobación de su propia constitución.	Colombia, tercer productor de oro en el mundo.  Se construye fábrica textil (algodón) en Bogotá.	Agustín Codazzi publica su <i>Geografía física y política de la Nueva Granada</i> .
<b>1857</b>	Mariano Ospina Rodríguez es elegido presidente.  Creación de estados: Santander, Cauca, Boyacá, Bolívar y Magdalena.	Tabaco producido en Ambalema bajo control inglés.	
<b>1858</b>	Nueva constitución federal.  República de la Nueva Granada se convierte en Confederación Granadina.		<i>Manuela</i> de Eugenio Díaz publicada en capítulos en la nueva revista literaria <i>El Mosaico</i> .  Edición publicada en Francia de la <i>Historia de la revolución de la República de Colombia</i> de José María Restrepo.

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1859</b>	Guerra civil hasta 1862.	Se crea el Banco Botero Arango e hijos; dura hasta 1898.  Se crea sistema moderno de correos.	
<b>1860</b>	Varios estados se separan.	Llegan motores a vapor para limpiar algodón.  Exportación de quina y añil.	Ezequiel Uricoechea publica <i>Elementos de mineralogía</i> .  José María Vergara y Vergara publica la <i>Lira granadina</i> .
<b>1861</b>	Dictadura de Tomás Cipriano de Mosquera.  Bogotá se vuelve Distrito Federal.  Pacto provisional de unión da soberanía a los estados.	Se firma decreto que libera los bienes de “manos muertas”.	Biblioteca Nacional se muda a conventos liberados.  José María Samper publica su <i>Ensayo sobre las revoluciones políticas</i> .
<b>1863</b>	Nueva constitución, federalista.  Confederación Granadina se vuelve Estados Unidos de Colombia.  Tomás Cipriano de Mosquera es elegido presidente.	Se funda la ciudad de Pereira.  Crece producción y exportación de tabaco.	

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1864</b>	Manuel Murillo Toro es elegido presidente.	Se establecen bancos. Primer mensaje de telégrafo.  Desarrollo de infraestructura: cables subacuáticos y vías.	Se funda el <i>Diario oficial</i> ; publicación del gobierno.  Se funda la <i>Gaceta Médica de Colombia</i> .  Se funda la Escuela de Medicina.
<b>1865</b>		Se crea el Banco de Londres, México y Suramérica.	Felipe Pérez publica su <i>Geografía general de los Estados Unidos de Colombia</i> .
<b>1866</b>	Tomás Cipriano de Mosquera es elegido presidente.		
<b>1867</b>	Golpe contra Mosquera; Manuel María de los Santos Acosta es elegido presidente.	Se suscribe contrato para ferrocarril entre Barranquilla y Sabanilla.	Jorge Isaacs publica <i>María</i> .  Se funda la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá.
<b>1868</b>	Santos Gutiérrez es elegido presidente.		Se actualizan la Biblioteca Nacional y el Museo Nacional.
<b>1870</b>	Eustorgio Salgar es elegido presidente.	Se funda el Banco de Bogotá.	Reforma educativa, favorece a las ciencias.
<b>1871</b>	El gobierno se encarga de la educación pública.	Se crea el Banco de Antioquia.  Se crea la Sociedad de Campesinos Colombianos.	El Colegio de Antioquia se convierte en la Universidad de Antioquia.

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1872</b>	Manuel Murillo Toro es elegido presidente por segunda vez.		Decreto: la fiesta nacional se celebrará el 20 de julio.  Rufino José Cuervo publica sus <i>Apuntes sobre el lenguaje bogotano</i> .  Se funda la Academia Colombiana de la Lengua.
<b>1874</b>	Santiago Pérez es elegido presidente.	Se funda la Compañía de Seguros de Colombia.  Se funda el Banco de Colombia.  Se contrata la construcción del Ferrocarril de Antioquia.	Se funda la Escuela de Minas en Medellín.
<b>1876</b>	Aquileo Parra es elegido presidente.  Guerra civil nacional.		
<b>1877</b>	Termina guerra civil, gobierno triunfa.	Se funda la Compañía de Chocolates Chaves.	Candelario Obeso publica sus <i>Cantos populares de mi tierra</i> .
<b>1878</b>	Julián Trujillo es elegido presidente.	Empiezan excavaciones del canal interoceánico de Panamá.  Contrato para construcción del ferrocarril entre Buenaventura y Cali.	Carlos Martínez publica <i>Repertorio colombiano</i> .

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1880</b>	Rafael Núñez es elegido presidente.	Se establece el Banco Nacional con políticas de aduanas proteccionistas.  Empieza obra de ferrocarriles de La Dorada a Ambalema, de Girardot a Facativá, de Puerto Wilches a Bucaramanga, y de Cúcuta a Puerto Santander.	Se funda el Instituto Nacional de Agricultura.
<b>1882</b>	José Eusebio Otálora es elegido presidente.	Empieza construcción de ferrocarril entre Bogotá y Facativá, y entre Santa Marta y Fundación.	Se establece el Instituto de Bellas Artes en Bogotá.  Se compone el Himno nacional.
<b>1883</b>		Se establece el Banco de Crédito Hipotecario.  Se establece el Banco Unión en Cartagena.	
<b>1884</b>	Núñez es elegido presidente por segunda vez.	Estadounidenses fundan compañía de tranvías en Bogotá.	Primera línea de teléfono en el país, entre Bogotá y Chapinero.
<b>1885</b>	Guerra civil; radicales liberales vencidos por alianza entre conservadores y liberales moderados.		

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1886</b>	Nueva constitución, centralista.  Eliseo Payán presidente; en 1887 Núñez regresa a la presidencia.  Nuevo nombre para el país: República de Colombia.	Papel moneda entra en circulación.	Rufino José Cuervo publica su <i>Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana</i> .
<b>1888</b>	Carlos Holguín es elegido presidente.  Se aprueban fuertes leyes antiprensa.	Compañía del Canal de Panamá se quiebra.  Se funda la Policía Nacional.  Se funda el Jockey Club.	
<b>1891</b>	Partido Conservador se divide en “Históricos” y “Nacionalistas”.	Se funda la Compañía de Vidrio en Bogotá.  Se funda la cervecería Bavaria en Bogotá.	Se funda la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales.  Julio Garavito empieza sus investigaciones astronómicas.
<b>1892</b>	Miguel Antonio Caro es elegido presidente.	<i>Tratado de Amistad, Comercio y Navegación</i> con Alemania e Italia.  Se promulga ley de ferrocarriles.	Reforma educativa.  Se reinaugura el Teatro Colón en Bogotá.
<b>1894</b>		Quiebra del Banco Nacional.  Abre ferrocarril de Cartagena a Calamar.	José Asunción Silva publica su <i>Nocturno II</i> .

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1895</b>	Guerra civil nacional: gana el gobierno.	Colombia se vuelve nación exportadora de café.	
<b>1898</b>	Manuel Antonio Sanclemente es elegido presidente.		
<b>1899</b>	Empieza la Guerra de los Mil Días.	Crecen exportaciones de café.  Se establece la United Fruit Company en Colombia.  Primer automóvil llega a Medellín.	Guillermo Valencia publica <i>Anarkos</i> .
<b>1900</b>	Golpe contra Sanclemente; José Manuel Marroquín es elegido presidente.		Servicio de energía eléctrica en Bogotá.  José María Vargas Vila publica <i>Ibis</i> .
<b>1902</b>	Se firma en Panamá el tratado que finaliza la Guerra de los Mil Días.	Se crea en Medellín la Compañía Textil Antioqueña.  Los Estados Unidos compran las acciones de la fallida compañía francesa del canal.	Se establece la Academia Colombiana de Historia.
<b>1903</b>	Panamá se separa de Colombia con apoyo de Estados Unidos.	Se establece el patrón oro para el sistema monetario.	Carlos Cuervo Márquez publica <i>Apuntaciones sobre los orígenes del pueblo Chibcha</i> .

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1904</b>	Rafael Reyes es elegido presidente; cierra el Congreso.	Se crea en Medellín la empresa de refrescos Posada y Tobón.  Expansión de la producción cafetera en Antioquia.  Se crea Fabricato, empresa textil, en Medellín.	Primer automóvil en Bogotá.  Exposición de las pinturas de Andrés de Santamaría.  Inicia la construcción del Hospital San José.  Se funda la Sociedad Geográfica de Colombia.
<b>1905</b>	Presidente reemplaza el Congreso con Asamblea Nacional.	Se estabiliza la moneda.  Censo: 4.533.777.  Concesión a “Barco y Mares” para buscar petróleo.	
<b>1907</b>	Se funda la Escuela Militar y se reorganiza el Ejército Nacional.	Subsidios a cambio de exportación de café, caucho, tabaco y algodón.  Se establece Coltejer (textiles) en Medellín.	Se producen primeros cortos cinematográficos.
<b>1909</b>	Rafael Reyes renuncia a la presidencia; es reemplazado por Ramón González Valencia.	Aumenta la producción de banano, azúcar y algodón.  Abre compañía eléctrica de Barranquilla.	La Academia de Música de Bogotá se vuelve el Conservatorio Nacional.

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1910</b>	<p>Carlos E. Restrepo es elegido presidente.</p> <p>Boicot en Bogotá a compañía estadounidense de tranvías.</p> <p>Huelga de trabajadores del puerto y de los ferrocarriles.</p> <p>Reforma a la Constitución de 1886.</p>		Celebración del centenario de la independencia.
<b>1911</b>	<p>Reforma al ejército con ayuda de misión chilena.</p> <p>Tensiones entre Perú y Colombia por producción de caucho en el Amazonas.</p>	<p>Crecen exportaciones de café.</p> <p>Primer telégrafo inalámbrico.</p>	Se funda <i>El Tiempo</i> en Bogotá.
<b>1912</b>	Estalla conflicto con soldados peruanos en la zona del caucho en el Amazonas.	<p>Censo: 5.472.604.</p> <p>Importante desarrollo industrial en Barranquilla.</p> <p>Estación radiotelegráfica en Cartagena.</p>	Se funda <i>El Colombiano</i> en Medellín.
<b>1914</b>	<p>José Vicente Concha es elegido presidente.</p> <p>Tratado Urritia-Thompson; Colombia reconoce a Panamá a cambio de indemnización de 25 millones.</p>	<p>Se crean las empresas Energía Eléctrica y Obregón Textiles en Bogotá.</p> <p>Navegación a vapor en los ríos Atrato y Sinú.</p>	Se crea el Instituto de Medicina legal.

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1916</b>	<p>Rebelión indígena bajo dirección de Quintín Lame.</p> <p>Colombia no logra aprobar Tratado Urrutia-Thompson debido a modificaciones del Congreso estadounidense.</p>	<p>Inicia Tropical Oil Company of Delaware.</p> <p>Se crea Cementos Samper en Bogotá.</p> <p>Empieza servicio de bus público en Barranquilla.</p>	<p>Circula la revista <i>Cromos</i>.</p>
<b>1918</b>	<p>Marco Fidel Suárez es elegido presidente.</p> <p>Primer sindicato de trabajadores de petróleo.</p> <p>Huelga de trabajadores de los puertos de Barranquilla y Cartagena.</p>	<p>Suarez da su discurso sobre la <i>Respice Polum</i>.</p> <p>Censo: 5.855.077.</p> <p>Se construye el puerto de Buenaventura.</p>	
<b>1919</b>	<p>Huelga de artesanos en Bogotá.</p> <p>Se crea la Fuerza Aérea.</p>	<p>Primer Congreso del Partido Socialista.</p> <p>Se crea la Sociedad Colombo Alemana de Transportes, SCADTA.</p>	
<b>1921</b>	<p>Renuncia el presidente Suárez; lo reemplaza Jorge Holguín.</p> <p>Senado estadounidense ratifica el tratado Urrutia-Thompson y paga los 25 millones.</p>	<p>Exportaciones de café siguen en aumento.</p>	<p>José Eustasio Rivera publica <i>Tierra de Promisión</i>.</p>

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1922</b>	Pedro Nel Ospina es elegido presidente.	“Prosperidad al debe” gracias a la cantidad de préstamos de Estados Unidos a Colombia.	Miguel Triana publica <i>La civilización Chibcha</i> .
<b>1923</b>	Misión Kemmerer visita Colombia desde Estados Unidos para ayudar con finanzas.	Se establece el Banco de la República, junto a la Superintendencia de bancos.	La misión de la Fundación Rockefeller ayuda a curar la epidemia de fiebre amarilla en Bucaramanga.  Primeras traducciones de Freud llegan a Colombia.
<b>1924</b>	Huelga de trabajadores petroleros en Barrancabermeja.  Misión militar suiza ayuda a ordenar el Ejército Nacional.	Llega misión de pedagogía alemana.	José Eustasio Rivera publica <i>La Vorágine</i> .  Sale al público la película colombiana <i>Aura o las Violetas</i> .
<b>1926</b>	Miguel Abadía Méndez es elegido presidente.  Se funda el Partido Socialista.	Se funda el Instituto Pedagógico en Bogotá.	Se crea la revista <i>Universidad</i> , dirigida por Germán Arciniegas.
<b>1928</b>	Huelga y masacre de trabajadores bananeros en Ciénaga, Magdalena.  Nicaragua reconoce derechos de Colombia sobre islas de San Andrés y Providencia.	Se crea la Bolsa de Valores en Bogotá.	Se desarrolla en Palmira una estación de experimentación agrícola.

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1930</b>	<p>Enrique Olaya Herrera es elegido presidente.</p> <p>Se funda el Partido Comunista de Colombia.</p> <p>Primeros chispazos de violencia bipartidista.</p>	<p>Se siente la crisis económica mundial en Colombia.</p>	<p>Primera estación de radio se crea en Medellín.</p> <p>Se reestablece la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá.</p>
<b>1932</b>	<p>Jorge Eliécer Gaitán crea la UNIR (Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria).</p> <p>Guerra con Perú.</p>	<p>Se implementa un plan de obras públicas de tres años con énfasis en carreteras.</p> <p>Se funda el Banco Central Hipotecario.</p>	<p>Porfirio Barba Jacob publica <i>Canciones y elegías</i>.</p> <p>Eduardo Zalamea publica <i>Cuatro años a bordo de mí mismo</i>.</p>
<b>1934</b>	<p>Alfonso López Pumarejo es elegido presidente.</p> <p>Crece la violencia política en Boyacá y Santander.</p>	<p>Se establece jornada laboral de ocho horas junto con otros derechos laborales.</p>	<p>Luis López de Mesa publica <i>De cómo se ha formado la Nación colombiana</i>.</p> <p>Se crea la Asociación Colombiana de Arquitectos.</p>
<b>1935</b>	<p>Primer Congreso de campesinos lleva a la creación de la Confederación de Trabajadores de Colombia.</p>	<p>Relaciones diplomáticas con Unión Soviética.</p>	<p>La Universidad Nacional se unifica en un solo campus, con autonomía institucional.</p>
<b>1936</b>	<p>Reforma de la Constitución de 1886 da más derechos a ciudadanos.</p>	<p>Se crea la tarjeta de identidad nacional.</p> <p>Reforma agraria (Ley 200).</p> <p>Propiedad privada puede ser limitada si hay necesidad social.</p>	<p>Se crea la Orquesta Sinfónica Nacional.</p> <p>Se publica el periódico <i>El Siglo</i>.</p> <p>Se crea la Federación Médica.</p>

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1938</b>	Eduardo Santos es elegido presidente.	Censo: 8.701.816.  Se aprueba ley que protege a las madres embarazadas.	Inauguración del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional.
<b>1939</b>	Jorge Eliécer Gaitán es nombrado ministro de educación.  Campesinos se manifiestan en Viotá (Cundinamarca).	Se llevan a cabo proyectos de modernización del Puerto de Buenaventura.	Aparece grupo de poetas "Piedra y cielo".  Se crea la <i>Revista de Indias</i> .
<b>1940</b>	Intelectuales españoles llegan a Colombia huyendo de la Guerra Civil.	Se crea el Instituto de Fomento Industrial, IFI, para impulsar sector industrial.  Durante la Segunda Guerra Mundial es anulada la licencia de SCADTA.  Acuerdo Interamericano regula exportación de café a Estados Unidos.	Se establece red de radio nacional.  Primer "Salón Nacional de Artistas".
<b>1942</b>	Alfonso López Pumarejo es elegido presidente por segunda vez.	Colombia sufre las consecuencias de crisis económica por Segunda Guerra Mundial.	

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1945</b>	<p>Presidente López renuncia; es reemplazado por Alberto Lleras Camargo.</p> <p>Huelgas en el valle del Magdalena frenadas con severidad.</p> <p>Reforma constitucional.</p>	<p>Se establece la Flota Mercante Grancolombiana para facilitar exportaciones de café.</p> <p>Se establece la Asociación Nacional de Empresarios.</p> <p>Café representa el 90% de exportaciones nacionales.</p>	<p>Se crea el “Círculo” de periodistas colombianos en Bogotá.</p>
<b>1946</b>	<p>Mariano Ospina Pérez es elegido presidente.</p> <p>Se establece la Unión de Trabajadores Colombianos.</p> <p>Huelgas en toda la nación.</p> <p>Crece violencia política en toda la nación.</p>	<p>Se crea el Instituto Colombiano de Seguridad Social.</p> <p>Importación de maquinaria agrícola.</p>	<p>Colombia es sede de los V Juegos Centroamericanos y del Caribe.</p>
<b>1948</b>	<p>Jorge Eliécer Gaitán es asesinado en Bogotá; estallan disturbios.</p> <p>Novena Conferencia Panamericana en Bogotá; establece la no intervención en asuntos internos.</p>	<p>Se crea la Empresa Colombiana de Petróleos, Ecopetrol.</p> <p>Se establece planta de hierro en Paz del Río, Boyacá.</p>	<p>Se crea la Universidad Industrial de Santander (Bucaramanga).</p> <p>Alejandro Obregón pinta <i>Los muertos del 9 de abril</i>.</p> <p>Museo Nacional se muda al viejo Panóptico.</p> <p>Exposición de Arte Moderno.</p>

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1949</b>	<p>El presidente Ospina cierra el Congreso.</p> <p>Se deteriora la estabilidad política; crece el conflicto partidista.</p>	<p>Sube el precio del café en mercados internacionales.</p> <p>Se consolida la industria nacional.</p> <p>Visita de la misión económica del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento.</p>	<p>Se funda la Universidad de los Andes.</p> <p>Contrato con Le Corbusier para construir "Plan Piloto" para Bogotá.</p>
<b>1950</b>	<p>Laureano Gómez es elegido presidente.</p> <p>Se forman guerrillas de los llanos orientales.</p> <p>Colombia participa en la Guerra de Corea.</p>	<p>Confederación de Trabajadores Colombianos se divide entre liberales y comunistas.</p> <p>Partidos políticos se dividen entre moderados y radicales.</p> <p>Medidas para estabilizar la moneda.</p>	<p>Se funda el periódico <i>El País</i>.</p> <p>La cumbia se vuelve internacional.</p> <p>Misión Rockefeller ayuda con investigación agrícola y animal en Colombia.</p>
<b>1951</b>	<p>Laureano Gómez enfermo; gobierna Roberto Urdaneta.</p> <p>El Partido Liberal se abstiene de participación política.</p>	<p>Censo: 11.614.586.</p> <p>Aprobado el Código Laboral.</p> <p>Capital extranjero es bienvenido sin restricciones.</p>	<p>Se funda la Universidad La Gran Colombia.</p>
<b>1952</b>	<p>Cien mil muertos a causa de violencia; otros quinientos mil heridos.</p>	<p>Oleoducto opera entre Puerto Salgar y Bogotá.</p> <p>Plan para construir planta hidroeléctrica.</p>	<p>Eduardo Caballero Calderón publica <i>El Cristo de espaldas</i>.</p> <p>Se funda la Universidad de América.</p>

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1953</b>	Golpe militar: General Rojas Pinilla se toma el poder.	Se crea el Banco Cafetero.  Presupuesto militar aumenta 70%.	Laureano Gómez publica su estudio de Mussolini, Hitler, Gandhi y Stalin, <i>El cuadrilátero</i> .
<b>1954</b>	Rojas Pinilla es “elegido” presidente por Asamblea Constitucional Nacional.  Ejército asesina estudiantes manifestantes en Bogotá.	Se crea el Banco Popular.  Crecimiento económico gracias al precio internacional del café.  Bogotá se vuelve Distrito Especial.	Primera transmisión televisiva.  Eduardo Caballero Calderón publica <i>Siervo sin tierra</i> .  Abre la Biblioteca Pública Piloto en Medellín.
<b>1956</b>	Rojas crea la “tercera fuerza” como alternativa a los partidos Liberal y Conservador.  Pacto de Benidorm (España); Alberto Lleras y Laureano Gómez planean lucha contra la dictadura.  Alfonso López Pumarejo establece la estructura del Frente Nacional.	Se establece el salario mínimo.  Se establece la Conferencia Episcopal Latinoamericana, CELAM, en Bogotá.  Explosión de dinamita en el centro de Cali. Miles de muertos.	Colombia participa en los Juegos Olímpicos de Melbourne.

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1957</b>	<p>Rojas es depuesto por medio de una huelga nacional; gobierna la Junta Militar.</p> <p>Liberales y conservadores acceden a gobierno de coalición.</p> <p>Tratado de Sitges (España) establece el procedimiento del Frente Nacional.</p>	<p>Se establece el Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA.</p>	<p>Décimo Salón Nacional de Artistas: Fernando Botero gana premio.</p> <p>Se crea la Escuela Nacional de Periodismo.</p> <p>Se crea la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá, con apoyo del Banco de la República.</p>
<b>1958</b>	<p>Alberto Lleras Camargo, primer presidente del Frente Nacional.</p> <p>Ley de amnistía para los involucrados en revuelta armada.</p>	<p>Se crea la Organización Internacional del Café.</p>	<p>Gabriel García Márquez publica <i>El coronel no tiene quién le escriba</i> en la revista <i>Mito</i>.</p>
<b>1960</b>	<p>Rojas Pinilla forma la Alianza Nacional Popular, ANAPO.</p> <p>Se forma el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino, MOEC.</p>	<p>Colonización del Carare (Santander) impulsada por el Banco Agrario.</p> <p>Gobierno impulsa la industria metalúrgica.</p>	<p>Álvaro Mutis publica el <i>Diario de Lecumberri</i>.</p>

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1961</b>	<p>Álvaro Gómez (en el Congreso) denuncia existencia de “repúblicas independientes” controladas por guerrillas y le pide acción al gobierno.</p> <p>Se cortan relaciones diplomáticas con Cuba.</p> <p>El presidente John F. Kennedy visita Bogotá.</p>	<p>Se desarrolla la Organización Nacional de Planeación como herramienta del gobierno.</p> <p>Colombia se une a la ALAC, Asociación Latinoamericana de Comercio.</p> <p>Se establece el Instituto Colombiano de Reforma Agraria, INCORA. Colombia se beneficia de la Alianza para el Progreso.</p>	<p>García Márquez gana premio por su novela <i>La mala hora</i>.</p>
<b>1962</b>	<p>Guillermo León Valencia, segundo presidente del Frente Nacional.</p> <p>Se toman medidas represivas en contra del conflicto social rural.</p>	<p>Grave devaluación del peso.</p>	<p>Alejandro Obregón gana primer premio en el Salón Nacional de Artistas.</p> <p>Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña publican <i>La Violencia en Colombia</i>.</p>
<b>1964</b>	<p>Primeros ataques del ELN.</p> <p>Nacen las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, en el Tolima.</p>	<p>Censo: 17.484.508.</p> <p>Inicia la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia, CSTC.</p> <p>Crisis de la industria textil.</p> <p>Presidente francés Charles de Gaulle visita Colombia.</p>	<p>Manuel Zapata Olivella publica <i>En Chimá nace un Santo</i>.</p>

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1966</b>	<p>Carlos Lleras Restrepo, tercer presidente del Frente Nacional.</p> <p>El padre Camilo Torres, quien se unió al ELN en 1965, muere en combate contra el Ejército Nacional.</p>	<p>Declaración de Bogotá, con respecto a la integración comercial de los países andinos.</p> <p>El presidente Lleras rechaza las sugerencias de reforma del FMI.</p>	<p>Nace el grupo de teatro La Candelaria.</p>
<b>1967</b>	<p>Nace el Ejército Popular de Liberación, EPL.</p> <p>Manifestaciones estudiantiles en Bogotá.</p> <p>Masacre de dieciséis indígenas en La Rubiela.</p>	<p>Se establece control sobre monedas extranjeras.</p> <p>Se establece PROEXPO para promover exportaciones colombianas.</p>	<p>Gabriel García Márquez publica <i>Cien años de soledad</i>.</p> <p>Álvaro Cepeda Samudio publica <i>La casa grande</i>.</p> <p>Ciclistas colombianos consiguen éxito internacional.</p> <p>Álvaro Mejía gana la Maratón de San Silvestre en Río de Janeiro (Brasil).</p>
<b>1968</b>	<p>Reforma constitucional.</p> <p>El Papa Pablo VI visita Colombia.</p>	<p>Inicia el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.</p>	<p>Se establecen Colcultura, Colciencias y Coldeportes para impulsar la cultura, la investigación científica y académica y el deporte.</p>
<b>1970</b>	<p>Misael Pastrana, cuarto presidente del Frente Nacional.</p> <p>La ANAPO acusa al gobierno de fraude electoral.</p>		

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1972</b>	Se crea un plan para luchar contra la producción, venta y consumo de drogas ilegales.	Termina la reforma agraria.	Primera medalla olímpica para el colombiano Helmut Bellingrodt.
<b>1973</b>	Se firma nuevo Concordato con La Santa Sede.  Se forma el grupo insurgente M-19, y se separa de la ANAPO.	Censo: 20.666.920.	Álvaro Mutis publica <i>La mansión de Araucaima</i> .
<b>1974</b>	Alfonso López Michelsen es elegido presidente.	Se declara la emergencia económica para controlar la inflación.	Se funda la revista <i>Alternativa</i> , de carácter izquierdista democrático.
<b>1975</b>	Paro nacional.  Se restablecen relaciones diplomáticas con Cuba.	Se declara la mayoría de edad a los dieciocho años.  Programa económico llama a mayor gasto social y apoyo de campesinos.  Crece la producción de café.	García Márquez publica <i>El otoño del patriarca</i> .  Descubrimiento en la Sierra Nevada de Santa Marta: las ruinas de Buritaca 200 (Ciudad Perdida).
<b>1977</b>	Huelga civil nacional.		
<b>1978</b>	Julio César Turbay es elegido presidente.  Se impone estatuto jurídico para la seguridad del Estado, que se vuelve mecanismo de represión para la oposición política.		Educación étnica para indígenas se vuelve política del Ministerio de Educación.

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1982</b>	Belisario Betancur es elegido presidente.	Colombia decide no apoyar a Argentina en la Guerra de las Malvinas.	Gabriel García Márquez gana el Premio Nobel de Literatura.
	Se crean organizaciones de derecha.	Colombia se une a los países No Alineados.	El Instituto Caro y Cuervo publica <i>Atlas lingüístico de Colombia</i> .
	Se crea la comisión de paz.	El presidente Ronald Reagan visita Colombia.	Los Arhuacos expulsan de la Sierra Nevada a los misioneros capuchinos.
	El Congreso aprueba la Ley de Amnistía.	Despega la economía del petróleo.	
		La mina de carbón de El Cerrejón exporta a España.	
<b>1984</b>	Paro nacional.	Éxodo de capitales crea crisis.	Participación colombiana en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles.
	Comisión de paz y FARC firman acuerdo en La Uribe, Meta.	Se implementa el impuesto al valor adquirido, IVA.	Primer festival de cine de Bogotá.
	Ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla es asesinado por narcotraficantes.	Nace la UP, Unión Patriótica, como resultado de acuerdos de paz con las FARC.	UNESCO declara a Cartagena Patrimonio de la Humanidad.
	Asesinato de Carlos Toledo Plata, del M-19.		
	Se firma tratado de paz con M-19, EPL y otros grupos.		

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1985</b>	<p>Cuatro primeros narcotraficantes extraditados a Estados Unidos.</p> <p>M-19 se toma el Palacio de Justicia.</p>	<p>Censo: 27.837.932.</p> <p>Importante aumento en producción de petróleo en el país.</p> <p>Avalancha en el Nevado del Ruíz entierra al pueblo de Armero; mueren 20.000 personas.</p> <p>Se descubre oro en la frontera con Brasil.</p>	<p>Primer trasplante de corazón en el país.</p>
<b>1986</b>	<p>Virgilio Barco es elegido presidente.</p> <p>Se aprueban elecciones populares de alcaldes.</p>	<p>El Papa Juan Pablo II visita Colombia.</p> <p>La costa pacífica se militariza para prevenir importación de armas para grupos insurgentes.</p>	<p>Se celebran 100 años de la constitución.</p> <p>Abre la Casa de Poesía Silva en Bogotá.</p>
<b>1987</b>	<p>Asesinato del candidato presidencial Jaime Pardo Leal, de la UP.</p> <p>Insurgentes se unen en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar en La Uribe, Meta.</p> <p>Diálogos de paz entre el gobierno y Coordinadora Simón Bolívar.</p>	<p>Crecen exportaciones de productos diferentes al café.</p>	<p>Abre el Teatro Metropolitano de Medellín.</p>

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1988</b>	<p>Primera elección popular de alcaldes.</p> <p>Gobierno reconoce guerrillas como actores políticos válidos.</p> <p>Primera masacre por paramilitares en el Magdalena Medio.</p>	<p>Inflación alcanza el 30%.</p>	<p>Manuel Mejía Vallejo publica <i>La casa de las dos palmas</i>.</p>
<b>1989</b>	<p>El M-19 acepta plan de paz del gobierno.</p> <p>La extradición es aceptada como política gubernamental.</p> <p>Pablo Escobar derriba un avión de Avianca.</p> <p>Fuerzas paramilitares declaradas ilegales.</p> <p>Líder de izquierda José Antequera es asesinado.</p> <p>Bomba destruye sede del DAS; otra bomba destruye oficinas de El Espectador en Bogotá.</p> <p>Asesinan al candidato presidencial Luis Carlos Galán.</p>	<p>Estados Unidos destina sesenta y cinco millones de dólares a la lucha contra la droga en Colombia.</p> <p>Inflación al 26%.</p> <p>Marcha silenciosa en Bogotá, organizada por movimiento estudiantil.</p>	<p>Abre el Archivo General de la Nación.</p> <p>Club de fútbol Atlético Nacional gana Copa Libertadores de América.</p>

<b>AÑO</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>SOCIEDAD Y ECONOMÍA</b>	<b>CULTURA Y CIENCIA</b>
<b>1990</b>	<p>César Gaviria presidente.</p> <p>Estudiantes promueven la Asamblea Nacional Constituyente.</p> <p>Asesinado el candidato presidencial de izquierda Bernardo Ossa Jaramillo.</p> <p>Asesinado Carlos Pizarro, negociador de paz del M-19 y candidato presidencial.</p> <p>Aprobada en elecciones la Asamblea Nacional Constituyente.</p>	<p>Llega American Airlines a Colombia.</p> <p>Empiezan reformas neoliberales en Colombia.</p> <p>Inflación llega al 30%.</p>	<p>Se crea el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología.</p> <p>Colombia participa en la Copa Mundo de fútbol, en Italia.</p>
<b>1991</b>	<p>Asamblea Nacional Constituyente aprueba nueva Constitución el 4 de julio.</p> <p>Conversaciones de paz en Caracas entre gobierno y guerrilla.</p>	<p>Café y petróleo dejan de ser los principales productos de exportación.</p>	<p>Cuarta Feria del Libro en Bogotá.</p>



## ENSAYO FOTOGRÁFICO

Las dieciséis fotos de esta sección provienen de dos fuentes: La Colección Germán Mejía (CGM), tomadas por Germán Mejía, y la Biblioteca Pública Piloto de Medellín/Archivo Fotográfico (BPP), tomadas por varios autores, según se anotará.



### 1. PALENQUE DE SAN BASILIO

FUENTE: CGM, 2010

LUGAR: PALENQUE DE SAN BASILIO, MAHATES, BOLÍVAR

PALENQUE DE SAN BASILIO ES UNA COMUNIDAD DE CERCA DE TRES MIL PERSONAS, BOLÍVAR. PALENQUE ES EL TÉRMINO ESPAÑOL PARA "COMUNIDAD DE ESCLAVOS FUGADOS". ESTA COMUNIDAD EN PARTICULAR SE ORIGINÓ EN EL SIGLO XVI Y SUS MIEMBROS HAN CREADO UNA CULTURA ÚNICA EN LA CUAL, AUNQUE HABLAN ESPAÑOL, TAMBIÉN CONSERVAN UN LENGUAJE QUE COMBINA UNA VARIEDAD DE IDIOMAS AFRICANOS. LA CONSTITUCIÓN COLOMBIANA DE 1991 RECONOCE A PALENQUE DE SAN BASILIO COMO UNA COMUNIDAD ÉTNICA SINGULAR. ESTA FOTO MUESTRA LA PRESENCIA AFROCOLOMBIANA EN LAS COSTAS DEL PAÍS, Y AUNQUE SU CULTURA ES FUERTE, ESTE GRUPO NO HA SIDO INCLUIDO EN LA REPARTICIÓN DE LAS RIQUEZAS GENERADAS POR LA ECONOMÍA MODERNA COLOMBIANA.



263

## 2. BOGOTÁ DESDE LA CANDELARIA

FUENTE: CGM, 2010

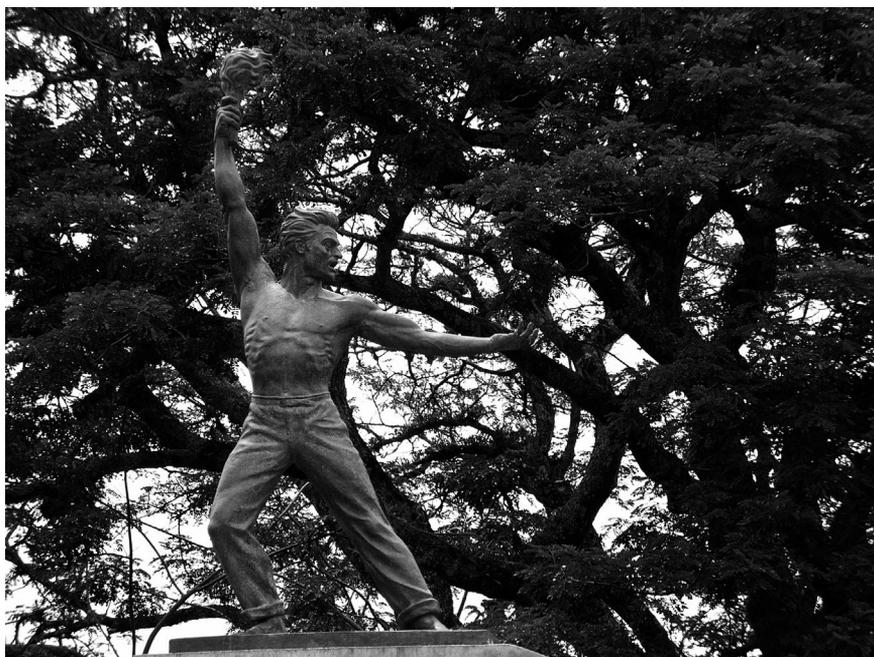
LUGAR: BOGOTÁ, D.C.

LA CIUDAD DE BOGOTÁ VISTA DESDE EL BARRIO HISTÓRICO DE LA CANDELARIA. LA ARQUITECTURA QUE SE VE EN LA FOTO ES UNA MEZCLA DE ESTRUCTURAS DE LOS SIGLOS XVIII, XIX Y XX. NO HAY CONSTRUCCIONES DEL SIGLO XVI EN BOGOTÁ, Y MUY POCAS DEL XVII. EL CENTRO DE BOGOTÁ ES DINÁMICO Y FLUIDO; FUNCIONA COMO CENTRO DE GOBIERNO, DE CULTURA Y DE LA VIDA UNIVERSITARIA. HAY VARIAS UNIVERSIDADES IMPORTANTES EN EL CENTRO, ENTRE LAS CUALES SE ENCUENTRAN LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES Y LA UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA. LA CANDELARIA HA SIDO, DESDE LOS SESENTA, UNA ZONA HISTÓRICA PROTEGIDA, LO QUE QUIERE DECIR QUE EL GOBIERNO REGULA TODAS LAS MODIFICACIONES ARQUITECTÓNICAS Y LA CONSTRUCCIÓN EN EL BARRIO.



3. EL CARMEN, PLAZA  
FUENTE: CGM, 2009  
LUGAR: EL CARMEN, NORTE DE SANTANDER

EL CARMEN, DE FINALES DEL SIGLO XVII, ES UN TÍPICO PUEBLO COLOMBIANO QUE SIRVE DE MEDIADOR ENTRE QUIENES VIVEN EN EL CAMPO Y QUIENES VIVEN EN LAS CIUDADES MÁS GRANDES. LA PLAZA DEL PUEBLO ES EL CENTRO DEL PODER DE LA REGIÓN; LA NOTARÍA, LA ALCALDÍA, EL BANCO Y, DE MANERA MÁS VISIBLE, LA IGLESIA CATÓLICA, ESTÁN PRESENTES EN EL CENTRO DEL PUEBLO. DURANTE EL SIGLO XX SE CONSTRUYERON PARQUES COMO EL QUE AQUÍ SE VE EN LOS CENTROS DE LOS PUEBLOS, LLAMADOS JARDINES DE LA REPÚBLICA; USUALMENTE UNA ESTATUA DE ALGÚN PRÓCER COLOMBIANO OCUPA EL LUGAR MÁS PROMINENTE DE LA PLAZA.



265

#### 4. GALÁN

FUENTE: CGM, 2009

LUGAR: CHARALÁ, SANTANDER

JOSÉ ANTONIO GALÁN, CAPITÁN Y LÍDER DE LA REBELIÓN DE LOS COMUNEROS EN 1781, ESTÁ HEROICAMENTE REPRESENTADO EN ESTA ESTATUA QUE OCUPA EL CENTRO DE LA PLAZA PRINCIPAL DE CHARALÁ, EL PUEBLO NATAL DEL HÉROE. MUSCULOSO Y SIN CAMISA, GALÁN RECUERDA LAS LUCHAS DEL PASADO EN CONTRA DEL DOMINIO EXTRANJERO, EN ESTE CASO, DE LOS ESPAÑOLES. LOS ESPAÑOLES NEGOCIARON CON EL EJÉRCITO COMUNERO, QUE SE ENCONTRABA EN MARCHA Y EN BUSCA DE UNA DISMINUCIÓN EN LOS IMPUESTOS Y DEL FINAL DEL ODIADO MONOPOLIO DEL TABACO, PERO INCUMPLIERON EL TRATO. GALÁN CONTINUÓ SU REBELIÓN Y FUE CAPTURADO POR LAS FUERZAS ESPAÑOLAS, QUE LO AJUSTICIARON Y DESCUARTIZARON EN PÚBLICO.



5. ELECCIONES “DE MITACA” (MITAD DE PERIODO PRESIDENCIAL), 1961

FUENTE: BPP, HORACIO GIL OCHOA, 1961

LUGAR: MEDELLÍN, COLOMBIA

ESTA FOTO MUESTRA LAS ELECCIONES “DE MITACA” EN MEDELLÍN, CUANDO LOS LIBERALES DETENTABAN EL PODER POLÍTICO NACIONAL. CARLOS LLERAS RESTREPO ERA EL LÍDER DEL PARTIDO LIBERAL, Y SU PRIMO, ALBERTO LLERAS CAMARGO, HABÍA SIDO ELEGIDO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EN 1958, EN EL PERIODO EN QUE EL FRENTE NACIONAL ESTUVO EN FUNCIONAMIENTO. LA FOTO MUESTRA UN PROCESO ELECTORAL TÍPICO, CON MÚSICOS Y FESTEJOS; HASTA CIERTO PUNTO, EL FRENTE NACIONAL ALIVIÓ LAS TENSIONES POLÍTICAS Y SOCIALES ALTERNANDO EL PODER POLÍTICO CADA CUATRO AÑOS ENTRE LOS DOS PARTIDOS PRINCIPALES, EL LIBERAL Y EL CONSERVADOR. LOS EMPLEADOS ELECTORALES SE TOMAN EN SERIO SU TAREA, COMO LO SUGIERE LA MUJER QUE EXAMINA LA CÉDULA DE UN VOTANTE.



267

6. EL PAPA PABLO VI LLEGA A COLOMBIA  
 FUENTE: BPP, ALBERTO PALACIO ROLDÁN, 1968  
 LUGAR: AEROPUERTO INTERNACIONAL EL DORADO DE BOGOTÁ

EL PAPA PABLO VI LLEGÓ A BOGOTÁ EN AGOSTO DE 1968, EN LA PRIMERA VISITA DE UN PONTÍFICE A AMÉRICA LATINA. SU VISITA FUE PLANEADA PARA CLAUSURAR EL XXXIX CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL, LLEVADO A CABO EN BOGOTÁ; EL OBJETIVO DEL CONGRESO ERA FOMENTAR LA ESPIRITUALIDAD Y LA ORACIÓN EN EL CONTINENTE COMO REACCIÓN A LA CRECIENTE SECULARIZACIÓN Y ACTIVIDAD REVOLUCIONARIA EN AMÉRICA LATINA. ROMA VEÍA A COLOMBIA COMO UN ALIADO INTEGRAL EN LA DEFENSA DE LA FE CATÓLICA DESDE EL CONCORDATO DE 1887, UN TRATADO ENTRE LA SANTA SEDE Y EL ESTADO COLOMBIANO. EL PAPA PABLO VI TAMBIÉN APROVECHÓ SU VISITA PARA RESPALDAR A LA CONFERENCIA EPISCOPAL LATINOAMERICANA REUNIDA PARA ENTONCES EN LA CIUDAD DE MEDELLÍN. ESA REUNIÓN, DE FINALES DE AGOSTO DE 1968, ES CONSIDERADA LA CUNA DE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN LATINOAMERICANA.



7. GAITÁN CON SU FAMILIA  
 FUENTE: BPP, FRANCISCO MEJÍA, S.F.  
 LUGAR: COLOMBIA

TOMADA A INICIOS DE LOS CUARENTA, ESTA FOTO MUESTRA A JORGE ELIÉCER GAITÁN COMO "PADRE DE FAMILIA"; LO ACOMPAÑAN SU HIJA GLORIA Y SU ESPOSA AMPARO JARAMILLO DE GAITÁN. EL FOTOMONTAJE (LA FOTO DE LA FAMILIA ESTÁ SUPERPUESTA A UNA FOTO DE FONDO) INTENTA MOSTRAR AL LÍDER LIBERAL COMO HOMBRE DE FAMILIA Y HOMBRE DE LA GENTE A LA VEZ. EL PUEBLO LITERALMENTE RODEA AL CAUDILLO Y A SU FAMILIA. LA EXPRESIÓN DEL LÍDER, DE HUMILDAD Y CALMA, CONTRASTA CON LA FORMA EN QUE SE LO SUELE DIBUJAR: COMO UN FIERO POLÍTICO POPULISTA, DANDO DISCURSOS EN PLAZAS LLENAS DE GENTE.



269

#### 8. BUSTO AUSENTE EN EL CARMEN

FUENTE: CGM, 2009

LUGAR: EL CARMEN, NORTE DE SANTANDER

EL BUSTO DE JORGE ELIÉCER GAITÁN EN EL CARMEN FUE DESTRUIDO EN 1949, Y ESTE MONUMENTO LES RECUERDA A LOS VISITANTES LA VIOLENCIA DE LA REGIÓN EN LOS AÑOS CUARENTA Y CINCUENTA. EL CARMEN, UN PUEBLO LIBERAL, FUE ATACADO EL 16 DE NOVIEMBRE DE 1949 POR UNA FUERZA POLICIAL ARMADA CONSERVADORA, QUE OCASIONÓ CINCUENTA MUERTES. UNA DE LAS BAJAS DE ESE DÍA FUE LA DEL BUSTO DEL LÍDER LIBERAL GAITÁN, CUYO ASESINATO UN AÑO ANTES EN 1948 HABÍA DESATADO LA VIOLENCIA URBANA Y RURAL.



9. QUIBDÓ, CHOCÓ  
FUENTE: CGM, 2010  
LUGAR: QUIBDÓ, CHOCÓ

ESTA FOTO, TOMADA A LA CIUDAD DE QUIBDÓ DESDE EL RÍO ÁTRATO, REFLEJA LAS PRECARIAS CONDICIONES EN QUE MUCHAS PERSONAS VIVEN EN COLOMBIA. QUIBDÓ ES LA CAPITAL DEL DEPARTAMENTO DEL CHOCÓ; ESTA REGIÓN ES RICA EN RECURSOS MINERALES Y ALOJA PREDOMINANTEMENTE POBLACIÓN AFROCOLOMBIANA, PERO TAMBIÉN CONJUNTOS NUMEROSOS DE INDÍGENAS, MESTIZOS Y, UN POCO MENOS, BLANCOS, EN ESPECIAL ANTIOQUEÑOS. QUIBDÓ ES UNA CIUDAD HUNDIDA EN LA POBREZA, Y POCO SE HA HECHO POR LLEVAR EL DESARROLLO SOCIAL A ESTA REGIÓN DE COLOMBIA. LAS VIVIENDAS SOBRE ESTACAS ESTÁN DISEÑADAS PARA RESISTIR LAS CRECIDAS DEL RÍO ÁTRATO.



271

## 10. CHAPOLERA

FUENTE: BPP, GABRIEL PÉREZ CARVAJAL, S.F.

LUGAR: ZONA CAFETERA DE COLOMBIA

LAS “CHAPOLERAS” (PALABRA QUE VIENE DEL VERBO ‘CHAPOLEAR’, SALTAR DE FLOR EN FLOR) SON TRABAJADORAS MIGRANTES QUE VAN DE UN LADO A OTRO CULTIVANDO PRODUCTOS AGRÍCOLAS. SE ASOCIAN MÁS QUE TODO A LA COLECTA DEL CAFÉ, COMO SE OBSERVA AQUÍ. A LAS CHAPOLERAS LAS CONTRATABAN DURANTE LA ÉPOCA DE LA COSECHA EN LA ZONA CAFETERA, Y VIAJABAN EN UNIDADES FAMILIARES; LOS TERRATENIENTES SOLÍAN PREFERIR RECOLECTORAS MUJERES, PUES ERAN CONSIDERADAS MANO DE OBRA MENOS PROBLEMÁTICA Y MÁS HÁBIL QUE LOS HOMBRES EN LA DELICADA TAREA DE RECOGER LOS GRANOS DE CAFÉ. ESTA FOTO ES PROBABLEMENTE DE LOS CINCUENTA Y SEGURAMENTE FUE TOMADA EN LA ZONA CAFETERA.

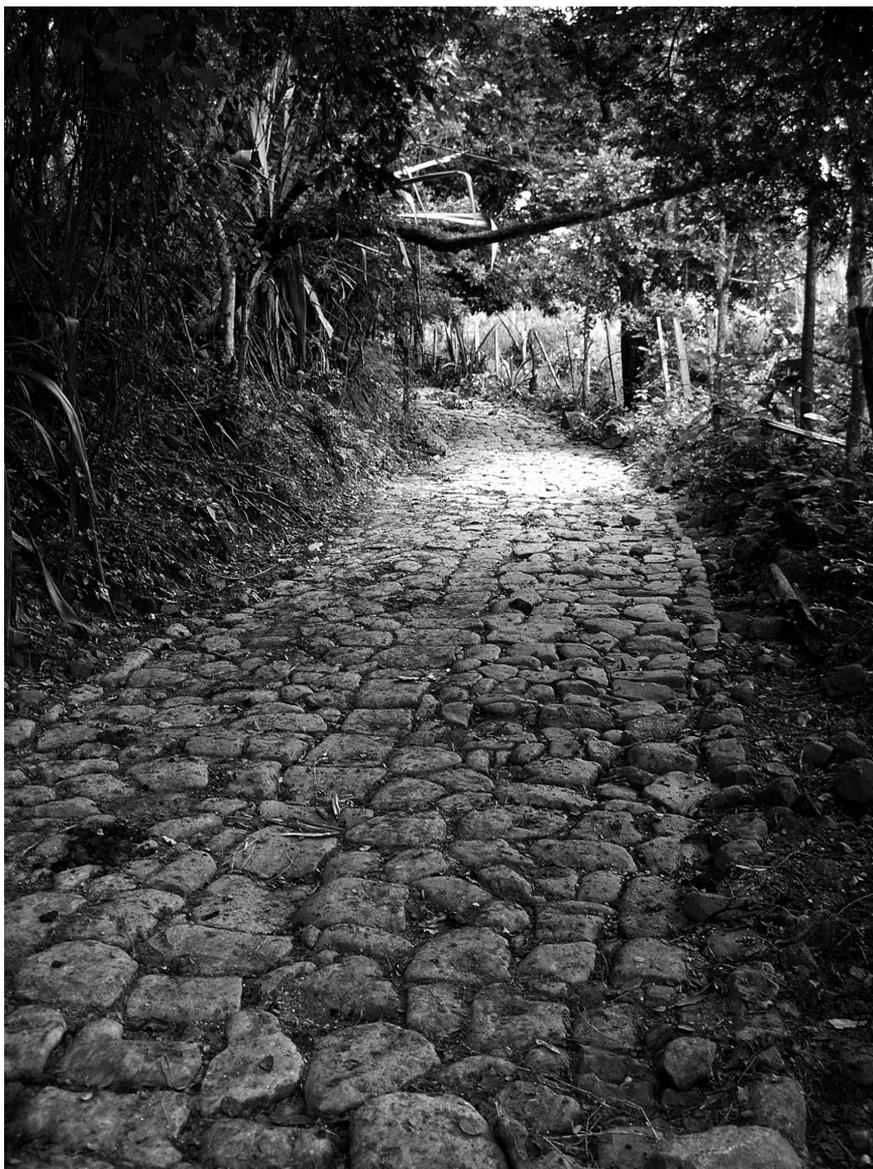


### 11. PESCADORES

FUENTE: CGM, 2005

LUGAR: CARTAGENA, BOLÍVAR

ESTA FOTO, TOMADA EN LA POPULAR PLAYA DE LA BOQUILLA EN CARTAGENA, MUESTRA A LOS PESCADORES EN UNA CANOA SIN MOTOR PARTIENDO A PESCAR CON EL USO DE EQUIPOS TRADICIONALES. LA FOTO CAPTURA LAS TRIBULACIONES DE LOS DEDICADOS PESCADORES, Y EXPRESA LA VOLUNTAD Y LA RESOLUCIÓN DE TRABAJAR Y AVENTURARSE A PESAR DE LAS DIFICULTADES APARENTEMENTE INSUPERABLES.



273

### 12. CAMINO REAL

FUENTE: CGM, 2009

LUGAR: GUADUAS, CUNDINAMARCA

ESTA FOTO DEL SEGMENTO DE UN CAMINO REAL COLOMBIANO ES UN BELLO EJEMPLO DEL SISTEMA VIAL PLANEADO Y CONSTRUIDO POR LOS ESPAÑOLES A TRAVÉS DE LAS AMÉRICAS. ESTA VÍA, QUE PROBABLEMENTE DATA DEL SIGLO XVII, SE DISEÑÓ PARA FACILITAR LAS COMUNICACIONES ENTRE LOS PUEBLOS DEL AMPLIO IMPERIO. LOS CAMINOS REALES SE CONSTRUÍAN DONDEQUIERA QUE HUBIERA PRESENCIA ESPAÑOLA; POR ESO SE PUEDEN ENCONTRAR DESDE ARGENTINA HASTA CALIFORNIA. LOS CONSTRUCTORES DE CAMINOS ESPAÑOLES ESTABAN SIN DUDA INFLUENCIADOS POR EL LEGADO DE LOS CONSTRUCTORES ROMANOS, DADA LA AMPLITUD DE LA PRESENCIA ROMANA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA Y SU MONOPOLIO EN EL PODER POR CERCA DE SEISCIENTOS AÑOS.



### 13. EL RÍO MAGDALENA Y GIRARDOT

FUENTE: CGM, 2004

LUGAR: FLANDES, TOLIMA

ESTA FOTOGRAFÍA DEL RÍO MAGDALENA Y DEL PUEBLO DE GIRARDOT ESTÁ TOMADA DESDE FLANDES, DEL OTRO LADO DEL RÍO. EL MAGDALENA ES LA ARTERIA PRINCIPAL DE COLOMBIA, Y EN EL PERIODO ANTERIOR A LA AVIACIÓN ERA LA ÚNICA CONEXIÓN VIABLE ENTRE LA CAPITAL Y LA COSTA NORTE. MUCHOS PUEBLOS Y CIUDADES CRECIERON A LO LARGO DEL MAGDALENA, VIVIENDO DEL COMERCIO GENERADO POR EL TRÁFICO DEL RÍO. LOS SERVICIOS DE BARCOS A VAPOR DURANTE EL SIGLO XIX PARECIERON OFRECER UNA MANERA MODERNA DE CONQUISTAR EL PODEROSO MAGDALENA, PERO EL DINERO SE DESVIÓ HACIA TECNOLOGÍAS FERROVIARIAS MÁS MODERNAS, DESPUÉS DE LA MITAD DEL SIGLO, Y CON LA APARICIÓN DEL AUTOMÓVIL EN EL SIGLO XX LOS BARCOS A VAPOR DESAPARECIERON DEL TODO. LOS PUEBLOS SOBRE EL RÍO, SIN EMBARGO, PERMANECEN.



275

14. MULA EN CHARALÁ  
FUENTE: CGM, 2009  
LUGAR: CHARALÁ, SANTANDER

ESTA MULA SOLITARIA EN EL MEDIO DE LA PLAZA DE CHARALÁ RECUERDA LOS TIEMPOS EN QUE LOS ANIMALES CARGABAN UNA VARIEDAD DE PRODUCTOS A TRAVÉS DE LARGAS DISTANCIAS EN COLOMBIA. LOS ARRIEROS LLEVABAN CIENTOS DE MULAS Y BURROS A TRAVÉS DE TERRENOS DIFÍCILES CON TODO TIPO DE PRODUCTOS AGRÍCOLAS, MANUFACTURAS Y NOTICIAS DEL MUNDO; INCLUSO HOY, EN MUCHOS LUGARES DE COLOMBIA, LAS MULAS SIGUEN BRINDANDO UN SERVICIO DE TRANSPORTE CONFIABLE, FIRME Y BARATO. DE ESTE MODO, NO ES TAN INUSUAL VER UNA MULA, UN BURRO U OTRO ANIMAL DE CARGA EN EL CENTRO DE UNA POBLACIÓN.

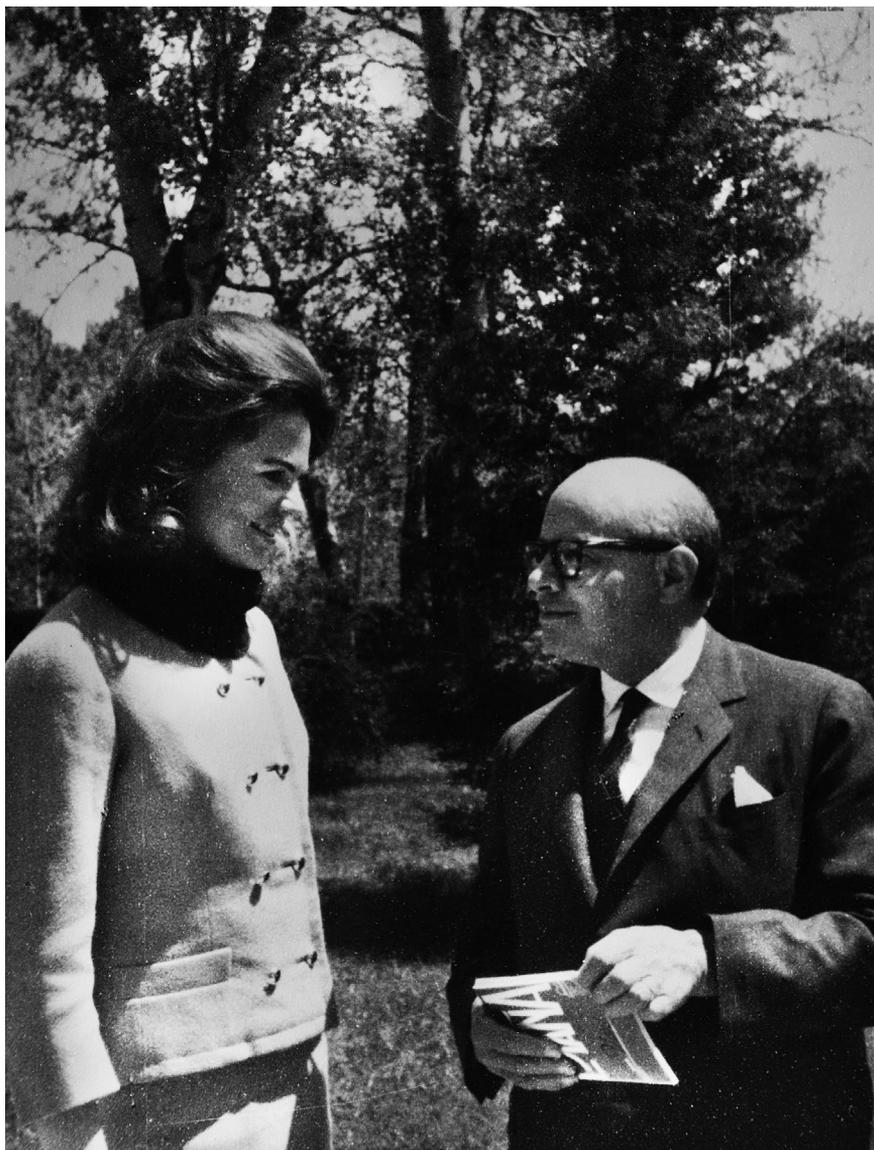


15. MÚSICOS DE LA PLAZA

FUENTE: CGM, 2009

LUGAR: GUADUAS, CUNDINAMARCA

UNA ESCENA TÍPICA DE DOMINGO POR LA TARDE: UNA BANDA LOCAL TOCA EN EL CENTRO DE GUADUAS, CUNDINAMARCA. ESTA FOTO MUESTRA PARTE DE LA VIDA CULTURAL EN UN PUEBLO PEQUEÑO. EN COLOMBIA HAY MÁS DE QUINIENTAS ESCUELAS DE MÚSICA, LA MAYORÍA CUENTA CON ALGÚN TIPO DE APOYO GUBERNAMENTAL. ESTAS BANDAS SUELEN PRESENTARSE EN LAS CELEBRACIONES DEL PUEBLO Y DURANTE LAS CONMEMORACIONES DE FESTIVOS NACIONALES Y FIESTAS RELIGIOSAS.



277

## 16. JACQUELINE BOUVIER KENNEDY CON CARLOS LLERAS RESTREPO

FUENTE: BPP, ANÓNIMO, S.F.

LUGAR: ESTADOS UNIDOS

CARLOS LLERAS RESTREPO FUE ELEGIDO PRESIDENTE DE COLOMBIA EN 1966, COMO GOBERNANTE LIBERAL DURANTE EL FRENTE NACIONAL. PARA IMPULSAR LA INDUSTRIALIZACIÓN DE COLOMBIA APOYÓ POLÍTICAS ISI (INDUSTRIALIZACIÓN POR SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES), PARA GRAN DESCONTENTO DE WASHINGTON. RECHAZÓ ABIERTAMENTE LOS CONSEJOS DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL, FMI, LOCALIZADO EN WASHINGTON, Y DEL BANCO MUNDIAL, PERO NUNCA INTENTÓ SEPARAR A COLOMBIA DE LA FUERZA CENTRÍPETA DE WASHINGTON. ÉSTA FOTO SIN FECHA DEL PRESIDENTE COLOMBIANO CON JACQUELINE KENNEDY SUGIERE UNA RELACIÓN CORDIAL Y DE COOPERACIÓN ENTRE COLOMBIA Y LOS ESTADOS UNIDOS, A PESAR DE LAS TENSIONES SUBYACENTES GENERADAS POR LA INDEPENDENCIA DE LLERAS ANTE EL FMI.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS  
© PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
© UNIVERSIDAD DEL ROSARIO  
© MICHAEL J. LA ROSA  
GERMÁN R. MEJÍA

PRIMERA EDICIÓN EN INGLÉS:  
*COLOMBIA: A CONCISE CONTEMPORARY HISTORY*  
MARYLAND: ROWMAN & LITTLEFIELD  
PUBLISHERS, 2012

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL:  
BOGOTÁ, D.C.,  
NOVIEMBRE DEL 2013

ISBN: 978-958-716-680-4

NÚMERO DE EJEMPLARES: 600  
IMPRESO Y HECHO EN COLOMBIA  
*PRINTED AND MADE IN COLOMBIA*



COORDINACIÓN EDITORIAL:  
FEDERICO TORRES, ANA CECILIA CALLE,  
PAMELA MONTEALEGRE

TRADUCCIÓN:  
MATÍAS GODOY

CORRECCIÓN DE ESTILO:  
NELSON ARANGO

CARÁTULA:  
SANDRA STAUB

DIAGRAMACIÓN:  
MARGOTH C. DE OLIVOS

IMAGEN DE CARÁTULA:  
SIN TÍTULO  
ÓLEO SOBRE LIENZO  
ALFREDO LLERAS

IMPRESIÓN:  
JAVEGRAF

EDITORIAL PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
CARRERA 7. N.º 37-25, OFICINA 13-01  
TELÉFONO: 3208320 EXT. 4752  
WWW.JAVERIANA.EDU.CO/EDITORIAL  
EDITORIALPUJ@JAVERIANA.EDU.CO  
BOGOTÁ, D. C.

EDITORIAL UNIVERSIDAD DEL ROSARIO  
CARRERA 7 N° 12B-41, OFICINA 501  
TELÉFONO 297 02 00, EXT. 7724  
EDITORIAL.UROSARIO.EDU.CO

AGRADECEMOS AL ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO Y A LA COLECCIÓN GERMÁN MEJÍA POR EL PRÉSTAMO Y AUTORIZACIÓN PARA EL USO DE LAS IMÁGENES DE ESTE TEXTO.

ESTE LIBRO ES GANADOR DE LA CONVOCATORIA “BECA PARA TRADUCIR OBRAS ESCRITAS EN LENGUAS DIFERENTES AL ESPAÑOL SOBRE TEMAS COLOMBIANOS”, DEL 2013, OTORGADA POR EL MINISTERIO DE CULTURA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.

LA ROSA, MICHAEL J., 1963-  
HISTORIA CONCISA DE COLOMBIA (1810-2013) / MICHAEL J. LA ROSA Y GERMÁN R. MEJÍA; TRADUCCIÓN  
MATÍAS GODOY. -- 1A ED. -- BOGOTÁ : EDITORIAL PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA : EDITORIAL UNIVERSIDAD  
DEL ROSARIO, 2013.

TÍTULO ORIGINAL: COLOMBIA: A CONCISE CONTEMPORARY HISTORY.

278 P. : ILUSTRACIONES, FOTOS, MAPAS Y TABLAS ; 24 CM.

INCLUYE REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

ISBN: 978-958-716-680-4

1. VIOLENCIA - HISTORIA - COLOMBIA - 1810-2013. 2. COLOMBIA - HISTORIA - 1810-2013. 3. COLOMBIA -  
CIVILIZACIÓN. I. MEJÍA PAVONY, GERMÁN RODRIGO, 1954- II. GODOY, MATÍAS, TR. III. PONTIFICIA UNIVERSIDAD  
JAVERIANA.

CDD 986.1 ED. 23

CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN - PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA. BIBLIOTECA ALFONSO BORRERO  
CABAL, S.J.

DFF.

DICIEMBRE 05 / 2013

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE MATERIAL, SIN AUTORIZACIÓN POR ESCRITO DE LA PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD JAVERIANA.



# **HISTORIA CONCISA DE COLOMBIA (1810-2013)**

ESTE LIBRO SE DISEÑÓ CON LAS FUENTES WHITMAN Y VISTA SANS SC  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN JAVEGRAF, EN EL MES DE NOVIEMBRE DEL 2013.